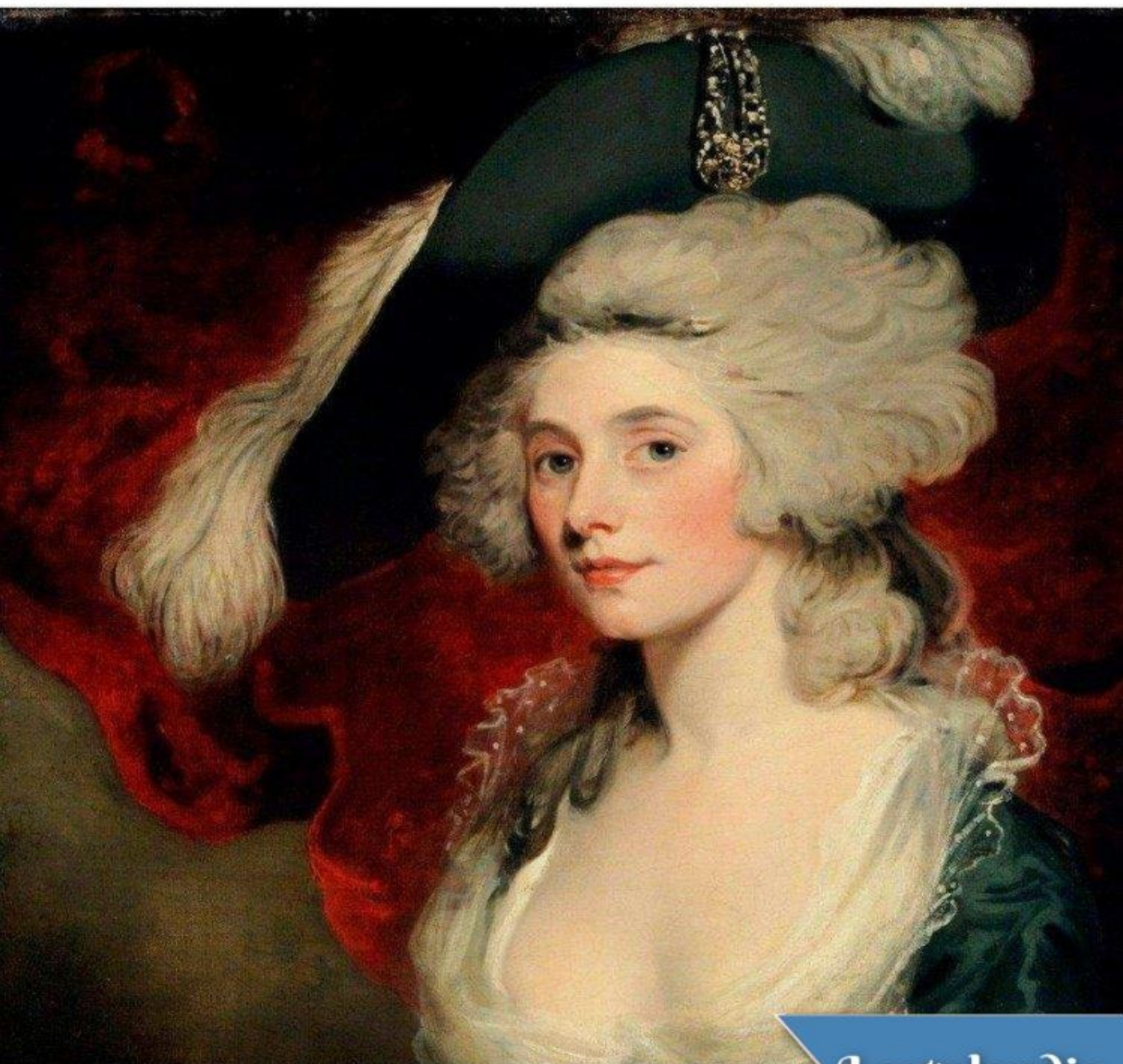


Daniel Defoe

Roxana

o la cortesana afortunada



Lectulandia

Narra Daniel Defoe las aventuras y desventuras de una mujer que, abandonada por su esposo en precaria situación y amenazada por el hambre y la pobreza, se ve abocada a dedicarse al oficio más viejo del mundo. De esta manera amasará una considerable fortuna, de modo que el oprobio mediante el que escapó a una situación sin salida, dejará de ser considerado una deshonra para pasar a contemplarse como un lucrativo negocio.

Defoe convierte a Roxana en narradora y ésta, al comenzar a desgranar sus peripecias, advierte claramente que su intención no es moralizar, sino describir los hechos tal como acontecieron, de manera que sean las buenas gentes que conozcan su historia quienes juzguen y aprendan la manera insidiosa en que el pecado puede gobernar una vida. Roxana no escapa por completo a los prejuicios de su época, pero parece asumir sus yerros como algo deseable si a cambio se obtiene la libertad.

Lectulandia

Daniel Defoe

Roxana,
o la cortesana afortunada

ePUB v1.0

griffin 20.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Roxana: The Fortunate Mistress*

Daniel Defoe, 1724.

Traducción: Miguel Temprano García

Editor original: griffin (v1.0)

ePub base v2.0

Nota al texto

Esta novela se publicó por primera vez en Londres, en 1724, de forma anónima, como las demás novelas de Defoe, con el título de *The Fortunate Mistress*. El título de *Roxana* no se añadió hasta la edición de 1740. La presente traducción se basa en el texto de la primera edición.

Prefacio

La historia de esta hermosa dama debería hablar por sí sola: si no es tan hermosa como se supone que es la propia dama; si no es tan divertida como desearía el lector, y aún más de lo que tiene derecho a esperar; y si sus partes más entretenidas no están dedicadas a su instrucción y mejora, quien la escribe reconoce que debe de ser porque ha cometido algún error y porque ha vestido la historia peor que como la dama, que habla por su boca, la presentó al mundo.

El autor se toma la libertad de afirmar que este cuento difiere de otros ejemplos modernos similares, aunque algunos hayan gozado de muy buena acogida; y digo que difiere de ellos en una cuestión de esencial importancia: en concreto, que se basa en un hecho real, por lo que la obra no es tanto cuento como Historia.

Su trama está ambientada tan cerca del lugar donde ocurrió que se ha hecho necesario ocultar los nombres, no sea que lo que no ha sido olvidado del todo en esa parte de la ciudad fuese recordado y los hechos reconstruidos con demasiada facilidad por mucha gente que aún vive y conoció a dichas personas.

No siempre es preciso revelar los nombres si la historia es interesante en varios sentidos, y si tuviésemos que optar entre hacerlo o no relatarla, la consecuencia sería sólo que muchas historias amables y deleitosas quedarían relegadas a la oscuridad y el mundo se vería privado tanto de su disfrute como de su provecho.

El autor afirma que conocía muy bien tanto al primer marido de esta dama, el cervecero, como a su padre, y también sus penosas circunstancias, y asegura que la primera parte de la historia es cierta.

Confía en que con eso baste para dar credibilidad al resto, aunque la última parte transcurra en el extranjero y no haya podido ser confirmada como la primera, pero, puesto que ha sido la propia dama quien la ha contado, no parece haber motivos para dudar de su sinceridad.

Por el modo en que ha contado su historia, resulta evidente que no ha tratado de justificarse en ningún momento y mucho menos de recomendar su conducta, o aspecto alguno de su proceder, salvo su penitencia. Por el contrario, incluye numerosas digresiones, en las que censura y condena justamente su comportamiento. ¿Cuántas veces no se liará reproches a sí misma con la mayor vehemencia y nos conducirá ajustas reflexiones en casos parecidos?

Cierto que varias veces tropezó con un éxito inesperado a lo largo de su torcida carrera, pero incluso en los momentos de mayor prosperidad admite con frecuencia que el placer de su maldad no vale lo que su arrepentimiento, y que todas las satisfacciones de las que disfrutó, las alegrías que le proporcionaba su bienestar, e incluso las riquezas en las que puede decirse que nadó —sus vestidos suntuosos, sus carruajes y todos los honores que recibió— no bastan para apaciguar su espíritu,

acallar los reproches de su conciencia o procurarle una hora de descanso cuando las justas reflexiones le impiden conciliar el sueño.

Las nobles conclusiones que se extraen de esta primera parte valen lo que el resto del relato y justifican sobradamente (tal como así lo pretendían) su publicación.

Si hay alguna parte en su historia en la que, al verse obligado a describir una mala acción, parece hacerlo con demasiada claridad, el autor afirma que ha puesto todo el cuidado imaginable para evitar cualquier indecencia o expresión indecorosa y que espera que no haya nada capaz de inspirar a un espíritu malvado y sí mucho para desanimarlo y denunciarlo.

No es fácil representar de ese modo las escenas criminales y algunos podrían hacer un uso fraudulento de ellas; sin embargo, si el vicio se pinta de colores grises, no es para agradar a la gente, sino para denunciarlo; y si el lector hace un mal uso de esas figuras, será por su propia maldad.

Entretanto, las ventajas de la presente obra son tan grandes, y el lector virtuoso encontrará en ella tantos motivos de inspiración, que no dudamos de que la historia, por mal contada que esté, encontrará un hueco en su tiempo y será leída con tanto deleite como provecho.

I

Nací, según me contaron, en la ciudad de Poitiers, provincia, o condado, de Poitou, en Francia, de donde mis padres huyeron por motivos religiosos y me trajeron a Inglaterra, en torno al año 1683, cuando los protestantes fueron expulsados de Francia por la crueldad de sus perseguidores.

Yo, que poco o nada sabía de los motivos por los que me habían traído aquí, no tardé mucho en acostumbrarme; me gustó Londres, una ciudad grande y bulliciosa, pues era sólo una niña y me fascinaban las multitudes y ver a tanta gente elegante.

De Francia no conservé nada, sólo el idioma: mi padre y mi madre eran gente más acomodada que la mayoría de lo que la gente de la época llamaba refugiados; y como habían huido pronto, cuando todavía era fácil salvaguardar las propiedades, antes de venir habían enviado considerables sumas de dinero, o, por lo que yo recuerdo, una considerable cantidad de brandy francés, papel y otras mercancías, que pudieron vender aquí con gran provecho, de manera que mi padre disfrutó a su llegada de una situación bastante holgada y no se vio obligado a pedir ayuda y apoyo a sus compatriotas. Al contrario: su puerta estaba siempre atestada de tristes ejemplos de aquellas miserables criaturas que habían huido aquí en busca de refugio, por motivos de conciencia, o por alguna otra cosa. De hecho, recuerdo haber oído decir a mi padre lo mucho que le importunaban aquellos que, para lo religiosos que eran, bien podrían haberse quedado donde estaban, y en cambio habían emigrado en masa, en busca de lo que llamaban su «sustento», enterados de que en Inglaterra se recibía a los refugiados con los brazos abiertos, de que, nada más llegar, encontraban trabajo gracias a la caritativa ayuda del pueblo de Londres, que les facilitaba empleos en las fábricas de Spitalfields, Canterbury y otros muchos sitios, y de que se cobraban sueldos mucho mayores que en Francia y otros lugares parecidos.

Mi padre, digo, afirmaba que le importunaban más las quejas de aquella gente que las de los auténticos refugiados que habían huido afligidos por meros motivos de conciencia.

Yo tenía unos diez años cuando me trajeron aquí, donde, como he dicho, mi padre disfrutó de una situación muy desahogada hasta que murió unos once años más tarde, y en ese tiempo me familiaricé con la parte social del mundo y conocí a algunos de nuestros vecinos ingleses, como es costumbre en Londres. Cuando era todavía joven elegí a tres o cuatro compañeras de juegos apropiadas para mi edad y, a medida que fuimos haciéndonos mayores, llegamos a tenernos por amigas íntimas, lo cual me ayudó a pulir mi conversación y a prepararme para el mundo.

Asistí a escuelas inglesas y, al ser tan joven, aprendí la lengua a la perfección, amén de los usos de las jovencitas en este país, de modo que de los franceses no conservé más que el idioma, ni siquiera quedaron restos en mi manera de hablar,

como les ocurre a la mayoría de los extranjeros, sino que hablaba lo que puede llamarse un inglés natural, como si hubiese nacido aquí.

Ya que voy a retratar mi carácter, deberá excusárseme que lo haga con toda la imparcialidad posible, y, como si estuviese hablando de otra persona, el resultado permitirá juzgar si me halago a mí misma o no.

Era (hablo de cuando tenía unos catorce años) alta y muy bien formada, aguda como un halcón en cuestiones de cultura general, rápida e inteligente en el discurso, sabía ser satírica, estaba llena de recursos y era un poco insolente en la conversación, o, como suele decirse, descarada, aunque fuese también muy recatada en mi comportamiento. Al ser francesa de nacimiento, bailaba, como dicen algunos, con naturalidad y me gustaba mucho hacerlo, y además cantaba bien, tanto que, como se verá después, me fue luego de gran utilidad, y por si todo eso fuese poco tampoco andaba corta de ingenio, de belleza o de dinero. De ese modo me dispuse a enfrentarme al mundo con todas las ventajas que una joven podría desear, para recomendarme ante los demás y alimentar perspectivas de una existencia feliz.

Cuando tenía unos quince años, mi padre me dio, como él mismo dijo en francés, veinticinco mil *livres*, es decir, una dote de dos mil libras, y me casó con un conocido fabricante de cerveza de la City, discúlpeame si oculto aquí su nombre, pues aunque fue él quien puso los cimientos de mi ruina, me resisto a vengarme de él con tanta severidad.

Con eso que se llama un marido viví ocho años de forma acomodada, y en parte de ese tiempo tuve un carruaje, es decir, una especie de carruaje, pues, aunque durante la semana los caballos se empleaban como bestias de tiro, los domingos tenía el privilegio de pasear en mi carroza ya fuese para ir a la iglesia o a cualquier otro lugar donde mi marido y yo quisiésemos ir de mutuo acuerdo, cosa que, dicho sea de paso, no ocurría muy a menudo, pero ya hablaré de eso más tarde.

Antes de seguir con la historia de mis días de casada, ha de permitírseme ofrecer una descripción imparcial de mi marido como la que he dado antes de mí: era un hombre todo lo alegre y bien parecido que una mujer podría desear como compañero, alto y bien formado, tal vez un poco corpulento, aunque no tanto como para ser desmañado, y bailaba bien, lo que, en mi opinión, fue lo primero que nos atrajo al uno del otro. Tenía un padre anciano que cuidaba celosamente del negocio, por lo que él no tenía muchas preocupaciones por ese lado, salvo dejarse caer por allí de vez en cuando, y se aprovechaba de ello, pues no le prestaba mucha importancia, sino que se dedicaba a viajar, alternar en sociedad, cazar y disfrutar de la vida.

Con decir que era un hombre apuesto y aficionado a la caza, ya lo he dicho todo, pues infeliz de mí, lo elegí por ser guapo y alegre, como hacen muchas jóvenes de mi sexo, aunque era por lo demás una persona débil, inculta y sin nada en la cabeza, que ninguna mujer querría por compañero. Y aquí, debo tomarme la libertad, por mucho

que tenga que reprocharme mi conducta posterior, de avisar a mis amigas, las jóvenes de este país, y decirles, a modo de advertencia, que, si tienen algún interés en su felicidad futura, alguna perspectiva de vivir felices con un marido y alguna esperanza de conservar su fortuna, o de recuperarla tras un desastre, no se casen nunca con un idiota. Cualquier marido es mejor que un idiota, con otros maridos puede que sean infelices, pero con un idiota serán desdichadas; con otro marido, digo, puede que sean infelices, pero con un idiota habrán de serlo por fuerza. Es más, aunque quisiera, no podría hacerlas felices: todo lo que hiciera resultaría mal y todo lo que dijese sería vano. Una mujer inteligente no puede sino hartarse y aburrirse de él veinte veces al día: ¿qué hay más incómodo para una mujer que presentar en sociedad a un marido guapo y agradable y luego tener que sonrojarse cada vez que lo oye hablar, u oír a otros caballeros hablar con sensatez mientras él es incapaz de decir nada? Y verlo pasar así por idiota, o lo que es peor, oírle decir bobadas y ver cómo todos se burlan de él por idiota.

Además, hay tantas clases de idiotas, una variedad tan infinita de ellos, y es tan difícil saber cuál de todos es el peor, que no puedo sino decir: nada de idiotas, señoritas, ni uno solo, ni idiotas locos, ni idiotas sobrios, ni idiotas astutos, ni idiotas necios, elegid cualquier cosa menos un idiota; es más, sed cualquier cosa, incluso una vieja solterona, la peor maldición de la naturaleza, antes que casaros con un idiota.

Pero, por dejar el asunto de momento, pues más adelante tendré ocasión de volver sobre él, mi caso era particularmente difícil, ya que había muchos detalles absurdos que complicaban aún más aquel desafortunado matrimonio.

En primer lugar, y debo admitir que eso me resultaba casi insufrible, era un idiota engreído, *tout opiniâtre*^[1]: todo lo que decía era lo correcto, era lo mejor y venía siempre a cuento, independientemente de con quien estuviese y de lo que pudiese objetar cualquiera, aunque fuese con la mayor modestia imaginable. Y, sin embargo, cuando se trataba de defender con razones y argumentos lo que había dicho, lo hacía de un modo tan simple, vacuo e inapropiado que quienquiera que lo oyera sentía invariablemente asco y vergüenza ajena.

En segundo lugar, era categórico y obstinado respecto a las cuestiones más sandias e inconsistentes hasta el punto de llegar a hacerse insoportable.

Ambas características, aún cuando no hubieran ido acompañadas de otras, bastan para calificarlo de criatura intolerable como marido, y cualquiera puede imaginar a primera vista la vida que llevé con él. En cualquier caso, me las arreglé como pude y contuve la lengua, y ésa fue mi única victoria, pues, cuando me sermoneaba con su voz machacona y yo no le respondía ni le discutía lo que estaba diciendo, montaba en cólera de un modo inimaginable y se marchaba, y aquél era el modo más barato que tenía de librarme de él.

Podría extenderme interminablemente sobre el método que utilicé para hacer mi

vida pasable y llevadera en compañía del temperamento más incorregible del mundo, pero sería demasiado largo y los detalles demasiado nimios, así que me limitaré a citar alguno de ellos a medida que las circunstancias me obliguen a sacarlos a cuento.

Quando llevaba casada unos cuatro años, murió mi padre (antes había muerto mi madre). El hombre estaba tan descontento con mi matrimonio y le parecía tan mal la conducta de mi marido que, aunque me dejó algo más de cinco mil *livres* a su muerte, las dejó en manos de mi hermano mayor, quien había invertido en empresas demasiado arriesgadas como comerciante y acabó por perder no sólo lo que él tenía, sino también lo que guardaba para mí, como contaré más tarde.

Así perdí la herencia de mi padre por tener un marido en quien no se podía confiar: he ahí una de las ventajas de casarse con un idiota.

Dos años después del fallecimiento de mi padre, murió también el de mi marido y, tal como yo había imaginado, le dejó una herencia considerable, pues el negocio de la cervecería, que era muy bueno, pasó a ser totalmente suyo.

Pero ese aumento de hacienda supuso su ruina, pues ni tenía dotes para los negocios ni sabía llevar las cuentas. Al principio puso cara de negociante y fingió estar muy atareado, pero pronto se aburrió, consideró indigno de él tener que ocuparse de inspeccionar los libros y lo dejó todo en manos de los contables y los pasantes, y con tal de tener suficiente para pagar la malta y los impuestos y contar con un poco de dinero de bolsillo se comportó de forma totalmente indolente y despreocupada y lo dejó todo a su suerte.

Yo preví las consecuencias de aquello y traté de convencerlo varias veces de que atendiera mejor el negocio: le hice reparar por un lado en las quejas de los clientes sobre el descuido de los criados y por otro en que sus extravagancias acabarían por acarrearle deudas, debido a la falta de interés de su contable y a otras causas parecidas, pero él me apartaba a un lado, fuese con palabras groseras o haciéndome creer que las cosas no eran como yo decía.

El caso es que, por abreviar una historia aburrida que no debería alargarse tanto, pronto empezó a ver cómo se hundían las ventas y disminuía su hacienda y acabó por convencerse de que no podía seguir con el negocio; incluso le confiscaron sus herramientas una o dos veces por no pagar los impuestos, y la última vez pasó grandes apuros para recuperarlas.

Eso le asustó y decidió vender el negocio, cosa que ciertamente no lamenté, previendo que, si no lo dejaba entonces, con el tiempo tendría que dejarlo de otro modo, concretamente por quiebra. Además, yo estaba deseando que salvase lo que le quedara, no fuese a quedarme sin casa y me encontrara en la calle con mi familia, pues para entonces había tenido ya cinco hijos con él, tal vez la única ocupación que se les da bien a los idiotas.

Creí alegrarme cuando encontró a un hombre dispuesto a comprarle la fábrica de

cerveza, ya que, tras pagar una elevada suma de dinero, mi marido se vio libre de deudas y todavía le quedaron dos o tres mil libras en el bolsillo. Como teníamos que mudarnos de la cervecería, nos instalamos en una casa en..., un pueblo a unos tres kilómetros de la capital. Y yo me creí feliz de haber salido tan bien librada y, si mi guapo marido hubiese tenido dos dedos de frente, nos habría ido muy bien.

Le propuse comprar una casa con el dinero, o con parte de él, y me ofrecí a contribuir con mi parte, que todavía tenía y que así habríamos podido poner a salvo. De ese modo habríamos podido vivir tolerablemente, al menos lo que le quedaba de vida. Pero, como los idiotas nunca atienden a razones, no me hizo ningún caso y siguió viviendo como hasta entonces, conservó sus caballos y sus criados, salió a cazar al bosque a diario y no hizo nada. Sin embargo, el dinero disminuía a ojos vistas, y creí ver cómo se acercaba mi ruina sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Hice todo lo que estaba en mi mano por persuadirlo y convencerlo, pero en vano: le advertí de que estaba despilfarrando su patrimonio y le expliqué cuál sería nuestra situación cuando lo hubiera gastado todo, pero no le impresionó lo más mínimo, sino que como buen estúpido desoyó mis lágrimas y lamentaciones y siguió haciendo lo mismo, no moderó sus gastos, ni renunció a su carruaje, sus caballos o sus criados hasta el final, cuando no le quedaban ni cien libras en este mundo.

No tardó ni tres años en malgastar aquel dinero, pero además puede decirse que ni siquiera lo malgastó con inteligencia, pues no frecuentó ninguna compañía interesante, sino tan sólo a cazadores, carreteros y hombres aún más vulgares que él, lo que es otra consecuencia de ser un idiota, pues los idiotas no toleran la compañía de hombres más inteligentes y capaces y eso les hace conversar con canallas, beber cerveza barata con porteros y frecuentar compañías indignas.

Tal era mi desdichada condición cuando una mañana mi marido afirmó ser consciente de hallarse en una situación mísera y declaró que iría a buscar fortuna a alguna otra parte. Ya había hablado de hacerlo en otras ocasiones, cuando yo le instaba a tener en cuenta sus circunstancias y las de su familia antes de que fuese demasiado tarde. Pero, como yo había comprobado que no hablaba en serio y que nunca cumplía nada de lo que decía, di por sentado que eran palabras al viento. No obstante, cuando afirmó que iba a marcharse, yo deseé en secreto que lo hiciera e incluso pensé para mis adentros: «Ojalá lo hagas, porque, si sigues así, conseguirás que muramos todos de hambre».

No obstante, se quedó en casa todo el día y toda la noche, y a primera hora de la mañana se levantó de la cama, se asomó a la ventana que daba a los establos y tocó su corno francés, como él lo llamaba, que era su modo de llamar a los hombres para ir de caza.

Estábamos a finales de agosto y había luz incluso a las cinco de la mañana, y a esa hora los oí a él y a sus dos hombres salir y cerrar las puertas del patio tras ellos.

No dijo más que lo que acostumbraba a decir cuando salía de caza, y yo tampoco me levanté o le respondí nada de importancia, sino que dormí unas dos horas más.

No creo que el lector se sorprenda si le digo que, después de aquello, no volví a ver a mi marido, y es más, no sólo no volví a verle, sino que no volví a saber de él ni a tener noticias suyas, ni de sus dos criados, ni de los caballos, ni de dónde fueron, ni de lo que hicieron, o tenían pensado hacer. Fue como si se los hubiese tragado la tierra y nadie lo hubiera sabido.

Las dos primeras noches no me sorprendí, ni tampoco las primeras dos semanas, pues creí que si les hubiese sucedido algo malo no habría tardado en enterarme, y además sabía que, puesto que había llevado dos criados y tres caballos consigo, sería muy raro que les ocurriera alguna cosa y en todo caso tarde o temprano terminaría por enterarme.

Pero se comprenderá que, a medida que fueron pasando las semanas y los meses, acabase por asustarme de verdad y tanto más al considerar mis circunstancias y la situación en que me había dejado, con cinco niños y ni un penique para alimentarlos, salvo unas setenta libras y las pocas cosas de valor que me quedaban, que, aunque considerables en sí mismas, no eran nada para alimentar mucho tiempo a una familia.

No sabía ni qué hacer ni a quién recurrir: no podía seguir en la casa en la que estábamos porque el precio del alquiler era demasiado alto y tampoco me atrevía a dejarla sin contar con el beneplácito de mi marido, no fuese a darle por regresar, por lo que me quedé muy confusa, melancólica y desanimada.

II

Pasé en aquel deprimente estado casi doce meses. Mi marido tenía dos hermanas casadas que disfrutaban de buena posición y algunos parientes que pensé que quizá pudieran ayudarme y muchas veces envié a preguntarles si habían tenido noticias de tan inconstante criatura; sin embargo, todos me respondieron que no sabían nada de él, y al cabo de un tiempo empezaron a considerarme una molestia y así me lo hicieron saber tratando a mi doncella de forma poco elegante y respondiendo de mala manera a sus preguntas.

Eso me dolió y se sumó a mis aflicciones, pero sólo podía recurrir a mis lágrimas, pues no me quedaba ni un amigo en el mundo: debería haber indicado que, medio año antes de la desaparición de mi marido, mi hermano sufrió el desastre del que hablé antes y se arruinó, y, en tan malas circunstancias, sufrí la humillación de saber, no sólo que estaba en prisión, sino que no podría cobrar nada o casi nada a modo de compensación.

Las desgracias casi nunca vienen solas: aquello fue el preludio de la fuga de mi marido y, como no me quedaban esperanzas por ese lado, mi esposo se había ido y tenía una familia pero nada con lo que mantenerla, mi situación era mucho más deplorable de lo que podría expresarse con palabras.

Como puede suponerse, teniendo en cuenta mi fortuna y circunstancias anteriores, me quedaban algunas bandejas y unas cuantas joyas. Y mi marido, que no se había quedado a compartir mi infortunio, no había tenido necesidad de desvalijarme, como acostumbran a hacer todos los maridos en estos casos. Sin embargo, como vi acabarse el dinero en el largo período en que estuve esperando su regreso, empecé a deshacerme de una cosa tras otra, hasta que los pocos objetos de valor que tenía empezaron a escasear y no vi otra perspectiva que la miseria y el sufrimiento e incluso temí que mis hijos murieran de hambre ante mis propios ojos. Dejo que cualquier madre que haya vivido de forma desahogada considere y medite cuál debía de ser mi situación. En cuanto a mi marido, ya no tenía ni esperanzas ni expectativas de volver a verlo y, aunque las hubiese tenido, era el último hombre del mundo capaz de ayudarme o de ponerse a trabajar para ganar un chelín con el que aliviar nuestro sufrimiento, pues carecía tanto de capacidad como de inclinación: no habría podido trabajar de escribiente, pues apenas sabía escribir de forma legible; no sólo era incapaz de escribir, sino de entender lo que escribían otros, y ni hablaba bien el inglés ni lo entendía. Lo único que le gustaba era no hacer nada y era capaz de pasarse más de media hora apoyado en una columna con la pipa en la boca y fumando con toda la tranquilidad del mundo, como el rústico de Dryden, que silbaba porque no tenía nada en la cabeza^[2], y eso aunque su familia estuviese, como estaba, pasando hambre, y él no supiese y ni tan siquiera se parase a pensar dónde conseguir un chelín después de

gastar el último.

Dado que tales eran su carácter y el límite de sus capacidades, admito que no consideré una gran pérdida que nos abandonara, como pensé que había hecho; aunque fue muy cruel y desalmado por su parte no comunicarme sus intenciones. Y de hecho lo que más me sorprendió fue que, habiendo por fuerza planeado su huida, aunque fuese unos instantes, antes de ponerla en práctica no se llevara el poco dinero que nos quedaba, o al menos parte de él, para costearse los gastos por un tiempo. Pero no lo hizo y estoy moralmente convencida de que no se llevó ni cinco guineas consigo. Lo único que supe de él fue que dejó su cuerno de caza, que él llamaba el corno francés, en el establo, y que su silla de montar desapareció junto con unos preciosos arreos, como los llaman ellos, que siempre utilizaba para viajar y que incluían una manta bordada, una caja de pistolas y otras cosas; y que uno de sus criados se llevó otra silla con pistolas, aunque más corriente, y el otro una carabina, de modo que no se fueron como cazadores, sino como viajeros. Y en todos estos años nunca he sabido a qué parte del mundo se fueron.

Como he dicho, pedí noticias a sus parientes, pero sólo conseguí respuestas secas y cortantes y ninguno se ofreció a venir a verme a mí o a los niños, o se dignó siquiera preguntar por ellos, pues comprendieron que me hallaba en una situación en la que era probable que no tardase en convertirme en una molestia. Pero aquél no era momento de andarse con remilgos, así que dejé de enviar a terceras personas en mi nombre y me presenté yo misma a verlos: les expuse mis circunstancias, les expliqué el caso y la situación en que me encontraba, les rogué que me aconsejaran qué camino seguir, me rebajé todo lo imaginable, y les supliqué que tuviesen en cuenta que estaba en un callejón sin salida y que, si no me ayudaban, moriríamos inevitablemente. Les dije que si hubiera tenido solo un hijo, o incluso dos, no me habría importado trabajar de costurera y tan sólo habría ido a rogarles que me dieran algún trabajo, pero era imposible pensar que una mujer sola, no acostumbrada a trabajar e incapaz de encontrar un empleo, pudiera ganar lo suficiente para mantener a cinco niños, y más teniendo en cuenta que mis hijos eran todavía muy pequeños y ninguno de ellos podía ayudar a los otros.

Fue inútil. No recibí la menor ayuda de nadie, las hermanas casi no me dejaron entrar en su casa y dos de sus parientes más próximos ni siquiera me ofrecieron algo de comer o beber. El quinto, una anciana señora, tía política de mi marido, una viuda mucho menos capaz de ayudarme que los demás, sí me hizo pasar, me invitó a cenar y me consoló tratándome con mucha más amabilidad que los otros, aunque añadió un toque melancólico, verbigracia, que, de haber estado en su mano, me habría ayudado, aunque era evidente que no podía y me consta que era sincera.

Entonces recurrí al consuelo del constante compañero de los afligidos, es decir, las lágrimas, pues, al contarle cómo me habían recibido los demás parientes de mi

marido, prorrumpí en llanto y estuve llorando un buen rato, hasta que hice llorar también a la pobre señora.

Lo cierto es que volví a casa sin la menor ayuda, y una vez allí caí en un estado de inexpresable pesar, que desafiaba toda descripción. Después estuve varias veces en casa de la anciana tía y logré que me prometiera que iría a visitar y a hablar con los demás parientes, para tratar al menos de convencerlos de que se ocupasen de los niños o contribuyeran de algún modo a su manutención; y, por hacerle justicia, he de decir que cumplió su palabra, aunque sin resultado, pues no quisieron hacer nada, al menos de ese modo. Creo que con muchos ruegos obtuvo, mediante una especie de colecta, unos once o doce chelines entre todos, que, aunque supusieron un leve alivio, no bastaron para librarme de la carga que me afligía.

Había una pobre mujer que había sido una especie de criada de la familia y con quien, al contrario que los demás parientes, yo había sido siempre muy amable. Una mañana, mi doncella me metió en la cabeza que mandase a buscar a aquella buena mujer y le preguntara si no podía ayudarme en un caso tan desesperado.

Debo recordar aquí, en elogio de mi doncella, que, aunque hacía tiempo que no podía pagarle su salario y la había advertido de que no sólo no podría pagárselo, sino que tampoco podría pagarle los atrasos, no me dejó e incluso me ayudó siempre que pudo con su propio dinero, por todo lo cual, aunque siempre le agradecí su bondad y fidelidad, acabé pagándole muy mal, tal como se verá en su momento.

Amy (pues así se llamaba), al verme tan apurada, me sugirió que mandara llamar a aquella mujer, y yo decidí hacerle caso pero, justo la mañana en que pensaba hacerlo, la vieja tía se presentó a verme acompañada de ella. Al parecer la anciana señora estaba muy preocupada y había vuelto a hablar con sus parientes para ver qué podía hacer por mí, aunque sin mucha suerte.

Podrá juzgarse en parte mi infortunio por la situación en que me encontré: tenía cinco niños pequeños, el mayor no había cumplido aún los diez años, y no había ni un penique en la casa para comida, por lo que había enviado a Amy a vender una cuchara de plata y comprar alguna cosa en la carnicería. Yo estaba en el suelo del salón en medio de un montón de trapos viejos, ropa de cama y otras cosas parecidas en busca de algo que vender o empeñar a cambio de un poco de dinero, y lloraba a lágrima viva sin saber qué hacer después.

En ese instante llamaron a la puerta; pensé que sería Amy y no me levanté, sino que uno de los niños fue a abrir la puerta y las dos entraron y me encontraron llorando con tanta vehemencia como acabo de relatar. No hace falta decir que me sorprendió mucho su visita, sobre todo tratándose justo de la persona a quien había decidido llamar, pero, cuando vieron el aspecto que tenía, pues mis ojos estaban hinchados de tanto llorar, y en qué condición se encontraba la casa, con las cosas amontonadas por doquier, y sobre todo cuando les expliqué lo que estaba haciendo y

por qué motivo, se sentaron a mi lado como los tres amigos de Job^[3] y no dijeron ni una palabra durante un buen rato, sino que también se pusieron a llorar.

Lo cierto es que no había mucho que decir, pues los hechos hablaban por sí solos: yo, que hacía muy poco paseaba en mi carruaje y era lozana y hermosa, iba ahora sucia y vestida con harapos y estaba delgada y famélica; y la casa, que antes estaba decorada con cuadros, bargueños, espejos de cuerpo entero y toda clase de cosas, estaba ahora despojada y desnuda, pues casi todos aquellos objetos se los había llevado el casero a cambio del alquiler o los había vendido yo para comprar lo más imprescindible. En suma, todo era miseria y desdicha y por todas partes asomaba la cara de la ruina. Lo habíamos vendido todo para comprar comida y apenas quedaba nada, a menos que hiciese como las pobres mujeres de Jerusalén^[4] y me comiese a mis propios hijos.

Aquellas dos buenas mujeres llevaban allí un rato, como digo, sin decir nada y se habían hecho cargo de la situación, cuando llegó mi doncella Amy con una paletilla de cordero y dos manojos de nabos, con los que pensaba preparar la cena. En cuanto a mí, estaba tan turbada de ver a aquellas dos amigas, pues eso es lo que eran, y de que me vieran en aquella situación, que sufrí otro ataque de llanto y no pude hablar con ellas hasta pasado un rato.

Mientras me hallaba en semejante estado, ellas se llevaron a Amy a un rincón de la habitación y estuvieron hablando con ella. Amy les explicó mis circunstancias y las expuso con palabras tan conmovedoras, y al mismo tiempo tan sinceras, que yo misma no podría haberlo hecho mejor, y en resumen les afectó de tal modo que la anciana tía se me acercó y, pese a que apenas podía hablar a causa de las lágrimas, me dijo: «Mira, prima, esto no puede seguir así. Es preciso tomar una decisión así que dime, ¿dónde nacieron tus hijos?». Le hablé de la parroquia donde habíamos vivido antes y le expliqué que cuatro habían nacido allí y uno en la casa en la que estábamos ahora, y que el casero, movido por la compasión, después de haberse llevado los muebles para pagar el alquiler, pues entonces no estaba al tanto de mis circunstancias, me había autorizado a vivir un año sin pagar nada, aunque el año ya casi había expirado.

Al oír aquello, tomaron esta decisión: ellas mismas llevarían a los niños a la puerta de uno de los parientes de los que he hablado antes y Amy los dejaría allí. Entretanto yo, la madre, habría de ocultarme unos días, cerrar todas las puertas a cal y canto y desaparecer. A los parientes se les diría que, si no querían ocuparse de los niños, podían enviárselos al sacristán, pues habían nacido en aquella parroquia y allí les atenderían. En cuanto al otro niño, que había nacido en la parroquia de..., ya estaba todo arreglado, pues los encargados de la parroquia nada más saber de la situación de la familia habían actuado como debían.

Eso fue lo que me propusieron aquellas dos buenas mujeres, que me instaron a

dejar todo lo demás en sus manos. Al principio me afligió mucho pensar en separarme de mis hijos y sobre todo tener que ponerlos a cargo de la parroquia, pues acudieron a mi imaginación cientos de cosas horribles: que pudieran morir de hambre, echarse a perder, crecer lisiados o enfermos o algo parecido por falta de cuidados, y eso me encogía el corazón.

Pero la miseria de mis propias circunstancias me hizo pensar con dureza en los de mi propia sangre, y cuando consideré que, si se quedaban conmigo, era inevitable que muriesen de hambre y yo con ellos, empecé a hacerme a la idea de la separación con tal de liberarme del terrible pesar de verlos morir a todos y luego morir yo también. Así que accedí a marcharme de la casa, dejé que Amy y ellas dos se ocuparan de todo y, esa misma tarde, se los llevaron con una de sus tías.

Amy, que era una joven decidida, llamó a la puerta acompañada de los niños y le pidió al mayor que, en cuanto se abriese la puerta, se colara dentro e hiciera pasar a los demás. Los puso delante de la puerta antes de llamar y luego llamó y esperó a que abriera la doncella.

—Muchacha —dijo—, ten la bondad de entrar y decirle a tu señora que han venido a verla sus primitos de... —y le dio el nombre del pueblo donde vivíamos. La doncella se ofreció a acompañarla a ver a la señora—. Toma, muchacha —dijo Amy—, coge a uno de la mano y yo llevaré a los demás. —Y le entregó al más pequeño. La joven cogió inocentemente al chiquillo de la mano y se volvió hacia el interior de la casa. Amy hizo pasar a los otros, cerró la puerta muy despacio y se fue tan deprisa como pudo.

Momentos más tarde, mientras la doncella y su señora discutían, pues la señora la riñó y regañó como una loca y le ordenó que volviese a buscar a Amy y que echara a los niños a la calle, aunque, cuando salió a la puerta, Amy había desaparecido y la joven y su señora se quedaron sin saber qué hacer, en ese preciso momento, digo, la pobre y buena mujer, que había venido a verme con la anciana tía, llamó a la puerta; la tía no la acompañó porque había intercedido antes por mí y temía que sospecharan de nuestra connivencia, mientras que de la otra sólo sabían que había mantenido correspondencia conmigo.

Amy y ella lo habían concertado de aquel modo y fue una suerte que lo hicieran. Cuando entró en la casa, encontró a la señora indignada como una loca furiosa: dedicaba a la doncella los peores epítetos que se le ocurrían, y la conminaba a llevarse a los niños y dejarlos en la calle. La buena mujer, al verla tan airada, hizo además de marcharse y dijo:

—Ya volveré otro día, señora, veo ahora que estáis ocupada.

—No, no, señora... —respondió la otra—, no estoy ocupada, tomad asiento. Esta insensata me ha traído a los hijos del estúpido de mi hermano, y afirma que los ha acompañado una criada que le ha pedido que los trajera a verme, pero no será

ninguna molestia porque ya he dado instrucciones de que los echen a todos a la calle y de que los encargados de la parroquia se ocupen de ellos, o de que esta estúpida vuelva a llevarlos a... y que se ocupe de ellos quien los trajo al mundo si quiere. ¿Por qué me envía a mí a sus retoños?

—La última sería la mejor solución —dijo la buena mujer—, si pudiera hacerse, y eso me recuerda el motivo de mi visita, pues venía justamente por este asunto y, si no hubiese llegado demasiado tarde, habría podido impedir que os sucediera esto.

—¿A qué os referís con eso de que es demasiado tarde? —preguntó la señora—. ¿Qué tenéis que ver vos con todo esto? ¿No habréis ayudado a traer aquí a esta caterva de mocosos?

—Espero que no penséis de mí tal cosa, señora —dijo la pobre mujer—, pero esta mañana fui a..., a visitar a mi antigua ama y benefactora, que siempre se portó muy bien conmigo, y, cuando llegué a la puerta, la encontré cerrada a cal y canto y la casa me pareció deshabitada. Llamé a la puerta, pero no obtuve respuesta, hasta que la criada de una vecina me llamó y me dijo: «Ahí no vive nadie, señora, ¿por qué llamáis?». Yo me sorprendí mucho al oírla. «¿Cómo que no vive nadie? —pregunté—, ¿qué decís? ¿No es ésta la casa de la señora...?». Me respondió: «No, se ha marchado». Así que hablé con una de las criadas y le pregunté qué pasaba. «Pues pasa que esa pobre mujer ha estado viviendo aquí sola mucho tiempo sin medios de subsistencia y esta mañana el casero la ha echado a la calle». «¡A la calle! —exclamé yo—, y ¿qué ha sido de sus hijos, pobres corderitos? ¿Qué se ha hecho de ellos?». «No les irá peor que si se hubieran quedado —respondieron ellas—, pues aquí se habrían muerto de hambre. Los vecinos, al ver a la pobre señora padecer de ese modo, pues se pasaba el día llorando y retorciéndose las manos como una loca, llamaron al sacristán para que se hiciese cargo de los niños; y él se llevó al pequeño, que nació en esta parroquia, donde tienen una buena nodriza, y mandó que se ocuparan de él. En cambio, a los otros cuatro los envió con unos parientes del padre, que son gente muy acomodada, y además viven en la misma parroquia donde nacieron». Eso no me cogió tan de sorpresa como para no prever en el acto las molestias que iba a ocasionaron, tanto a vos como al señor..., así que he venido a advertiros y a ponerlos sobre aviso para que no os cogieran desprevenida, pero ya veo que han sido más rápidos que yo, y ahora no sé qué decir. Al parecer echaron a la calle a la pobre mujer, y otra de las vecinas me contó que, cuando le quitaron a los niños, se desmayó y después de recuperarse dio claras muestras de haber perdido el juicio, así que la parroquia decidió meterla en un manicomio, pues no hay nadie que pueda ocuparse de ella.

Todo eso fingió aquella buena, amable y desdichada criatura, pues, aunque su intención era buena y caritativa, no era verdad ni una sola palabra de lo que dijo, ya que ni me había echado a la calle el casero, ni me había vuelto loca; aunque sí era

cierto que me había desmayado al separarme de mis pobres niños, y que me porté como una demente cuando descubrí que se los habían llevado, la verdad es que me quedé en la casa hasta mucho tiempo después, como se verá ahora.

Mientras la pobre mujer le contaba aquella triste historia, llegó el marido y, aunque la señora tenía el corazón endurecido contra toda piedad, pese a ser ella quien estaba verdaderamente emparentada con los niños, que eran los hijos de su propio hermano, fue el hombre quien se conmovió con la tremenda relación de las circunstancias de la familia, y cuando la mujer terminó de narrarla, le dijo a su mujer:

—Ciertamente, es un caso terrible, querida, y algo tendremos que hacer.

Ella se puso hecha una furia.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Es que quieres tener cuatro bocas más que alimentar? ¿Acaso no tenemos nuestros propios hijos? ¿Quieres que esos mocosos se coman el pan de mis niños? No, no, dejemos que la parroquia se ocupe de ellos, y yo me ocuparé de los míos.

—Vamos, vamos —dijo el marido—, la caridad con los pobres es una obligación, y quien da a los pobres presta al Señor^[5]. Prestémosle al Señor un poco del pan de nuestros hijos, como tú lo llamas. Será una buena inversión y así nos aseguraremos de que nuestros hijos nunca dependan de la caridad, o se vean en la calle como estas pobres criaturas.

—No me vengas con seguridades —repuso la mujer—, el mejor seguro para nuestros hijos es que guardemos lo que tenemos y lo gastemos en ellos, y luego ya habrá tiempo de ayudar a los hijos de los demás. La caridad empieza por uno mismo.

—Pero, querida —insistió él—, sólo digo que prestemos un poco de dinero con interés. Nuestro Hacedor es de fiar, y no hay que temer que no nos pague, mujer. Te lo aseguro.

—No te burles de mí con tu caridad y tus alegorías —repuso la mujer muy enfadada—, te digo que son parientes míos y no tuyos, y que no se van a instalar aquí, irán a la parroquia.

—Ahora tus parientes son también los míos —respondió el caballero con mucha calma— y no estoy dispuesto a ver afligidos a tus parientes sin compadecerme de ellos como si fueran los míos. No irán a la parroquia, querida, te garantizo que ningún pariente de mi mujer tendrá que ir a la parroquia, si puedo evitarlo.

—¿Es que piensas quedarte con los cuatro niños? —preguntó la mujer.

—No, no, querida —repuso él—, está también tu hermana... Iré a hablar con ella y con tu tío... Los avisaré a ellos y a los demás. Te garantizo que, entre todos, encontraremos un modo de salvar a estas cuatro desdichadas criaturas del hambre y la indigencia; ninguno estamos en tan malas circunstancias para no poder gastar una miseria en ayudar a unos huérfanos. No cierres tus entrañas a la compasión^[6] por los de tu propia sangre: ¿acaso podrías oír a esos niños inocentes clamando de hambre a

tu puerta y negarte a darles pan?

—Y ¿por qué iban a venir a llamar a nuestra puerta? —replicó ella—. La parroquia tiene obligación de atenderlos. No llamarán a nuestra puerta y, si lo hacen, no les daré nada.

—¿Es que no recuerdas —la interrumpió él— la terrible advertencia que nos hacen las Escrituras en el libro de los Proverbios, capítulo 21, versículo 13?: «Quien cierra los oídos al clamor del necesitado no será escuchado cuando grite».

—De acuerdo —dijo ella—, haz lo que te plazca, ya que quieres dártelas de gran señor, pero, si fuese por mí, los enviaría a donde hay que enviarlos: allí de donde vinieron.

Entonces la pobre mujer intercedió y dijo:

—Pero, señora, eso equivaldría a matarlos de hambre, pues esa parroquia no tiene obligación de atenderlos y acabarían muriendo en la calle.

—Eso si el juez de paz no vuelve a enviarlos aquí en el carronato de los tullidos —dijo el marido—, y nos pone en evidencia a nosotros y a todos nuestros parientes delante de los vecinos y de quienes conocieron al noble abuelo de los niños, que vivió y prosperó tantos años en esta parroquia y era tan merecidamente apreciado por todo el mundo.

—A mí eso no me importa lo más mínimo —repuso la mujer—, no pienso quedarme con ninguno.

—Pues a mí —respondió el marido— sí que me importa: no pienso permitir que semejante baldón caiga sobre nuestros hijos y nuestra familia. Era un hombre bueno, digno y respetado por todos sus vecinos y, si permitimos que los hijos de tu hermano mueran o queden a cargo de la caridad pública en el mismísimo lugar donde prosperó tu familia, te lo reprocharán a ti, que eres su hija, y a nuestros hijos, que son sus nietos. Vamos, no se hable más, veré lo que puedo hacer.

Dicho y hecho, avisó a los otros parientes, los reunió en una taberna que había allí cerca y llevó a los cuatro chiquillos para que pudieran verlos. Todos estuvieron de acuerdo en ocuparse de los niños y, como la mujer estaba tan furiosa que no quería que uno de ellos se quedara en su casa, acordaron no separarlos de momento: se los entregaron a la buena mujer que había arreglado todo el asunto y se comprometieron a aportar el dinero necesario para su mantenimiento. Además, mandaron a buscar al más pequeño a la parroquia donde lo habían dejado, para que no estuviera separado de los demás y así pudieran criarse todos juntos.

Ocuparía demasiado espacio detallar con qué ternura aquella bellísima persona, que no era más que tío político de los niños, se ocupó de todo, cómo los cuidó, fue a visitarlos a menudo y se aseguró de que no les faltase de nada, cómo los vistió, envió a la escuela y echó al mundo bien preparados. Baste con decir que se comportó más como un padre que como un tío político, aunque tuvo que enfrentarse a la oposición

de su mujer, que no era tan tierna ni tan compasiva como él.

Doy fe de que oí todo eso con el mismo placer con que lo cuento ahora, pues me asustaba mucho ver a mis hijos necesitados y en la miseria, como les ocurre a quienes carecen de amigos y se ven obligados a depender de la benevolencia de la parroquia.

III

No obstante, ahora estaba entrando en una nueva fase de mi vida: tenía una casa muy grande y todavía me quedaban algunos muebles, aunque era tan incapaz de mantenerme a mí misma y a mi doncella como a mis cinco hijos, no tenía otros medios de subsistencia que los que pudiera procurarme mi trabajo y aquélla no era una ciudad donde fuese fácil encontrar empleo.

Desde que se había enterado de mis circunstancias, el casero había sido muy amable, y eso que antes había embargado mis cosas e incluso se las había llevado sin más.

Yo llevaba casi un año en su casa sin pagar el alquiler y, lo que es peor, seguía sin poder pagarle. Sin embargo, noté que cada vez venía a verme con más frecuencia, me trataba con mayor amabilidad y me hablaba de forma más amistosa de lo que acostumbraba. Sobre todo las dos o tres últimas veces que estuvo, observó la pobreza en que vivía, lo bajo que había caído y otras cosas parecidas, afirmó que le apenaba verme así, y la última vez todavía se mostró mas amable: dijo que venía a comer conmigo y que debía permitirle que me invitara, así que llamó a Amy y la envió a comprar un trozo de carne, le explicó lo que debía comprar y le dijo dos o tres cosas para que escogiera lo que mas le gustase. Mi doncella, una criada astuta y fiel como un perro, no compró nada, sino que trajo consigo al carnicero con las dos cosas que había elegido, para que él mismo pudiera escoger: una era una pierna bastante grande de ternera y la otra un costillar de vaca. Él las miró y me pidió que regateara yo con el carnicero. Así lo hice y luego volví a decirle lo que pedía aquel hombre y a cuánto ascendía cada cosa. De modo que sacó once chelines y tres peniques, que es lo que valían las dos cosas juntas, y me pidió que me quedara con ambas; la otra, afirmó, podía comérmela otro día.

Desde luego, me sorprendió tanta generosidad por parte de un hombre que poco antes me había aterrorizado y se había llevado los muebles de mi casa hecho una furia, pero recordé que mis desdichas habían atemperado su carácter y que luego había sido lo bastante compasivo para dejarme vivir en su casa un año sin pagar el alquiler. Sin embargo, ahora adoptaba el semblante no de un hombre compasivo, sino de uno amable y amistoso, y eso era tan inesperado que me sorprendió. Charlamos y estuvimos, por así decirlo, alegres, que era más de lo que yo podía decir de los tres últimos años. Mandó comprar también vino y cerveza, pues yo no tenía ni una cosa ni la otra, y la pobre Amy y yo llevábamos muchas semanas bebiendo tan sólo agua y, de hecho, muchas veces me admiro de la fidelidad de aquella pobre muchacha a quien tan mal acabé recompensando.

Cuando Amy volvió con el vino, le pidió que le llenase la copa y, con ella en la mano, se me acercó y me besó, lo que admito que me sorprendió un poco, aunque aún

me sorprendió más lo que siguió, pues afirmó que le apenaba mucho la triste situación a que me había visto reducida, y que mi conducta y el valor con que la había sobrellevado le habían infundido tanto respeto por mí que ahora no pensaba más que en mi bienestar, por lo que estaba decidido a ayudarme mientras buscaba un modo de ganarme la vida en el futuro.

Al ver que me ruborizaba sorprendida por sus palabras, y ciertamente lo estaba, se volvió hacia mi doncella, la miró y me dijo:

—Os digo todo esto, señora, en presencia de vuestra doncella para que tanto vos como ella sepáis que mi intención es buena y que, si he decidido hacer lo que esté en mi mano por ayudaros, lo hago por mera bondad. Como he sido testigo de la rara honradez y fidelidad de Amy, aquí presente, en todas vuestras desdichas, sé que puede confiársele un propósito tan honrado como el mío, y os aseguro que siento por vuestra doncella un respeto proporcional al afecto que os ha demostrado.

Amy le hizo una reverencia, pues la pobre chica estaba tan alegre y feliz que no podía decir palabra, aunque su tez mudaba de color una y otra vez, y tan pronto se ruborizaba hasta ponerse de color escarlata como se quedaba lívida como la muerte. Pues bien, una vez dicho aquello, mi casero se sentó, me rogó que yo hiciera lo mismo, y luego bebió a mi salud y me animó a beber dos copas de vino con él, pues, según declaró, me hacía mucha falta, cosa que era cierta. Luego dijo:

—Vamos, Amy, con el permiso de tu señora, beberás tú también —y le hizo beberse otras dos copas. Por fin se levantó y añadió—: Y ahora, Amy, ve a preparar la cena, y vos, señora, id a vestiros y volved alegre y sonriente. Haré lo posible por entreteneros, y mientras tanto daré un paseo por el jardín.

Cuando se fue, Amy volvió a cambiar de expresión y pareció más alegre que nunca.

—¡Señora! —dijo—. ¿Qué es lo que pretende este caballero?

—Vaya, Amy —respondí—, ¿es que no ves que quiere ayudarnos? No sé qué otra cosa va a querer, si no puede conseguir nada de mí.

—Os aseguro, señora —replicó ella—, que no tardará en pedirnos vuestros favores.

—No, no, te equivocas, Amy —dije—, ¿es que no has oído lo que ha dicho?

—Sí —respondió Amy—, pero no se trata de eso, ya veréis lo que hará después de cenar.

—Vaya, vaya, Amy —repuse—, lo juzgas con mucha dureza, no puedo compartir tu opinión, pues todavía no me ha dado motivos para pensar así.

—Ni a mí tampoco, señora —dijo Amy—, pero ¿por qué iba a compadecerse así de nosotras un caballero?

—Vamos —objeté—, es muy injusto que juzguemos malvado a un hombre por ser caritativo, e inmoral por ser amable.

—¡Oh, señora! —dijo Amy—. Muchas veces la caridad empieza por ese vicio, y él no es tan ingenuo para no saber que no hay mayor estímulo que la pobreza, una tentación contra la que ninguna virtud puede resistirse. Conoce bien nuestra situación. ¿Es que no lo veis? Sabe que sois joven y hermosa y que dispone del mejor cebo del mundo con el que atraeros.

—Bueno, Amy —dije—, en ese caso, tal vez descubra que se equivoca.

—¡Cómo, señora! —exclamó Amy—. Espero que no os neguéis si os lo pide.

—¿Qué quieres decir con eso, desvergonzada? —pregunté—. Antes preferiría morir de hambre.

—Ojalá no habléis en serio, señora, y seáis sensata. Creo que si se ofrece a manteneros, como dice, no debéis negarle nada; de lo contrario sí que moriréis de hambre.

—¿Acaso he de consentir acostarme con él por un poco de pan? —exclamé—. ¿Cómo puedes hablar así?

—No, señora —repuso Amy—. No creo que debáis hacerlo por ningún otro motivo, no estaría justificado que lo hicierais salvo por un poco de pan, señora. Pero de lo que estoy segura es de que no hay nada peor que pasar hambre.

—Cierto —respondí—, pero te aseguro que, si me ofreciese una finca para mantenerme, no me acostaría con él.

—Pues mirad lo que os digo, señora, si a cambio os diese algo con lo que pudieseis vivir de forma desahogada, yo me acostaría con él encantada.

—Lo tomo, Amy, por una prueba inapreciable de tu afecto —dije—, y no sé como agradeceréte, aunque creo que te mueve más la amistad que la honestidad.

—¡Oh, señora! —dijo Amy—. Haría cualquier cosa por sacaros de esta triste situación y, en cuanto a la honestidad, creo que está fuera de lugar cuando se pasa hambre, y ¿acaso no estamos muertas de hambre?

—Yo desde luego lo estoy —respondí—, y tú también por mi causa, pero de ahí a convertirme en una prostituta... ¡Amy! —Y me interrumpí.

—Señora —dijo Amy—, estoy dispuesta a pasar hambre por vos, a prostituirme, o a cualquier otra cosa, incluso a morir por vos, si fuese necesario.

—Caramba, Amy, nunca había visto un afecto semejante —dije—, y sólo espero llegar a estar algún día en condiciones de retribuírtelo como es debido. Pero, de todos modos, no tendrás que prostituírte para obligarle a ser bueno conmigo, no, Amy, ni yo tampoco, aunque me ofreciese más de lo que puede ofrecerme o hiciese por mí más de lo que puede hacer.

—Pero, señora —dijo Amy—, no he dicho que vaya a pedíroslo, sólo que, si él prometiese hacer esto y lo otro por vos, y pusiera a cambio esa condición y no estuviera dispuesto a servirnos a menos que le permitierais acostarse conmigo, no lo dudaría un instante con tal de que pudierais contar con su ayuda. Pero esto es hablar

por hablar, señora, no veo la necesidad de discurrir así, y vos sois de la opinión de que no será necesario.

—Desde luego que lo soy, Amy, pero —continué—, si lo fuese, vuelvo a repetirte que moriría antes de consentirlo o de permitir que tú lo hicieras por mi causa.

Hasta entonces no sólo había preservado mi virtud, sino también mi inclinación y mi resolución virtuosa, y, de haber seguido así, habría sido feliz, aunque hubiese muerto de hambre, pues, sin duda, una mujer debería morir antes que prostituir su honor y su virtud por muy grande que sea la tentación.

Pero, por volver a mi historia, el casero estuvo paseando por el jardín, que estaba muy descuidado y cubierto de malas hierbas, pues yo no había podido contratar a un jardinero para cuidarlo o al menos para escardarlo y sembrar unos cuantos nabos y zanahorias para consumo de la familia. Después de verlo, entró y envió a Amy a buscar a un pobre hombre, un jardinero que a veces ayudaba a nuestro criado, lo llevó al jardín y le ordenó que hiciese varias cosas para despejarlo un poco, y en eso se entretuvo cerca de una hora.

Entretanto yo me había arreglado lo mejor que pude, pues, aunque todavía me quedaban algunos buenos vestidos, no iba bien peinada, ya que no me quedaban más que unas pocas cintas y no tenía ni collar ni pendientes: todo lo había vendido para comprar comida.

De todos modos, iba limpia y acicalada, y estaba de mejor humor de lo que él me había visto nunca, y pareció gustarle mucho verme así, pues aseguró que antes parecía tan desconsolada y tan afligida que le apenaba mucho verme, y me animó a ser valiente ya que tenía la esperanza de ponerme en situación de poder vivir en el mundo y presentarme ante cualquiera.

Le dije que eso era imposible y que quedaría en deuda con él, ya que todos los amigos que tenía en el mundo no querían o no podían hacer lo que él decía.

—Bien, viuda —dijo, así me llamó, y de hecho lo era en el peor sentido que pueda dársele a esa triste palabra—, si habéis de estar en deuda conmigo, no lo estaréis con nadie más.

Cuando la cena estuvo preparada, Amy entró a poner el mantel, y yo me alegré de que no estuviésemos más que él y yo, puesto que no me quedaban más que seis platos llanos y dos soperos. No obstante, él se hizo cargo, me pidió que no tuviese reparos en sacar lo que tuviese y que no me desanimara: no había ido, dijo, a que lo atendieran, sino a atenderme a mí, consolarme y animarme. Y así siguió, hablando jovialmente de cosas tan alegres que fueron como un tónico para mi alma.

Por fin empezamos a cenar. Estoy segura de que no había disfrutado de una buena comida desde hacía al menos doce meses, y menos de un trozo de carne como aquella pata de ternera. Comí con mucho apetito, y él también, y me hizo beber tres o cuatro copas de vino de más, de modo que, muy pronto, mi ánimo se elevó hasta alturas a

las que no estaba acostumbrado y no sólo me sentí contenta, sino alegre, y él me animaba a estarlo.

Le dije que tenía muchos motivos para estar satisfecha, viendo lo bueno que era conmigo y que me había dado esperanzas de recuperarme de las peores circunstancias en que nunca se había visto mujer alguna; que, aunque no lo creyese, sus palabras habían servido para devolverme la vida y que era como si hubiesen resucitado a un moribundo al borde de la tumba; que aún no había pensado en cómo corresponderle debidamente y que lo único que podía decirle era que no lo olvidaría mientras viviese y que siempre estaría dispuesta a agradecerse.

Él respondió que eso era cuanto deseaba de mí, que su recompensa sería tener la satisfacción de haberme rescatado de la miseria, que le parecía muy noble por mi parte que fuese tan agradecida, que se ocuparía de facilitarme la vida, siempre que estuviese en su mano, y que, entretanto, fuese pensando en cualquier cosa que me pareciese necesaria para mi comodidad.

Cuando terminamos de hablar, volvió a pedirme que no me desanimara.

—Vamos —dijo—, dejemos a un lado estas cosas tan melancólicas y disfrutemos de la cena.

Amy sirvió la mesa y sonrió y rió y se alegró tanto que apenas pudo contenerse, pues la muchacha me tenía mucho afecto, y era tan insólito que alguien le hablase a su señora que la pobre casi estaba fuera de sí. En cuanto terminamos de cenar, Amy corrió al piso de arriba, se puso sus mejores galas y bajó vestida como una señora.

Pasamos el resto del día hablando de un millar de cosas, de lo que había sido y de lo que iba a ser, y al atardecer el casero se despidió con muchas muestras y expresiones de bondad, ternura y auténtico afecto, pero no pidió nada de lo que había sugerido Amy.

Al marcharse, me abrazó, insistió en la honestidad de sus intenciones, me dijo un montón de cosas amables, que ahora no recuerdo, y, después de besarme al menos veinte veces, me puso una guinea en la mano y afirmó que era para garantizar mi manutención de momento y que volveríamos a vernos. Antes de salir, le dio también media corona a Amy.

Cuando se marchó, le dije a Amy:

—Bueno, ¿te convences ahora de que es un amigo sincero y honrado y de que no ha insinuado nada de lo que tú imaginabas?

—Sí —respondió ella—, admito que no puedo estar más sorprendida. Es un amigo de los que no abundan.

—Estoy convencida —dije— de que es el amigo que tanto tiempo he esperado y que necesitaba más que a nadie en el mundo.

Y, en suma, me quedé tan abrumada por aquel consuelo que me senté y estuve un buen rato llorando de alegría, igual que antes había llorado de pena. Esa noche Amy y

yo nos fuimos a dormir (pues Amy dormía conmigo) muy temprano, aunque estuvimos hablando casi toda la noche. La chica estaba tan extasiada que se levantó dos o tres veces en plena noche y bailó por el dormitorio en camisón. Estaba en suma medio loca de alegría, una prueba más del caluroso afecto que sentía por su señora y en el que ninguna otra criada la aventajaba.

No supimos nada de él en dos días, pero al tercero volvió y me dijo con la misma amabilidad que había encargado unas cuantas cosas para amueblar la casa, y que en particular iba a devolverme todo lo que me había embargado para cobrar la renta, lo que incluía las mejores piezas de mi antiguo mobiliario.

—Y ahora —dijo— os diré lo que se me ha ocurrido para que podáis procuraros el sustento, y es que, una vez amueblada la casa, alquiléis habitaciones a los nobles que vienen en verano a la ciudad. De ese modo podréis ganar un buen dinero, sobre todo teniendo en cuenta que no tendréis que pagarme alquiler en dos años, ni tampoco después, a menos que podáis permitirlo.

Era mi primera oportunidad de vivir cómodamente, y debo admitir que me pareció muy factible, teniendo en cuenta que contábamos con una casa muy cómoda de tres plantas con seis habitaciones por piso. Mientras me explicaba su proyecto, llegó a la puerta un carro cargado de bártulos con un tapicero para repararlos. Eran sobre todo los muebles de dos habitaciones que se había llevado en concepto de alquiler: dos hermosos bargueños, varios espejos de cuerpo entero del salón y otras cosas valiosas.

Todo fue devuelto a su lugar y me dijo que me lo devolvía de buen grado en compensación por su crueldad anterior y, una vez colocados los muebles en la habitación, añadió que él mismo amueblaría otra sala y que, con mi permiso, se convertiría en uno de mis huéspedes.

Le respondí que no tenía por qué pedirme permiso y que tenía todo el derecho del mundo a ser bienvenido. Así la casa empezó a tener un aspecto limpio y habitable. También el jardín, después de quince días de trabajo, había dejado de parecer una jungla y me pidió que colgara un cartel de «Se alquilan habitaciones», y le reservara una para que él pudiera ir siempre que lo considerase conveniente.

Una vez colocados los muebles a su gusto, se marchó el tapicero y cenamos otra vez a sus expensas. Después de la cena me cogió de la mano y me dijo (pues se le había metido en la cabeza volver a verlo todo):

—Ahora, señora, debéis enseñarme vuestra casa.

—No, señor —respondí—, pero, si lo deseáis, os mostraré con gusto la vuestra.

Y así recorrimos todas las habitaciones y en la que estaba reservada para él encontramos a Amy ocupada en alguna tarea doméstica.

—Bueno, Amy —dijo—, mañana por la noche tengo intención de acostarme contigo.

—Esta noche, señor —dijo Amy con mucha inocencia—, vuestra habitación estará preparada.

—Vaya, Amy —dijo él—, me alegra que estés tan dispuesta.

—No —dijo Amy—, decía que vuestra habitación estará preparada esta noche. — Y salió de la habitación muy avergonzada, pues, por mucho que me hubiera dicho en privado, la chica carecía de malicia.

En cambio él no dijo nada. Cuando Amy se fue, estuvo paseando por la habitación y, mirándolo todo, me cogió de la mano, me besó y me dijo muchas cosas amables y afectuosas, sobre lo mucho que había hecho por mi bien y lo que haría para que volviera a ascender en sociedad. Me contó que todas mis aflicciones y el valor que había demostrado al soportarlas hasta aquel extremo le habían impresionado tanto que me valoraba infinitamente más que a cualquier otra mujer, que aunque sus compromisos le impedían casarse conmigo (se había separado de su mujer por razones que sería demasiado largo mezclar con mi historia), iba a ser todo lo que una mujer podía pedir de un marido, y volvió a besarme y me abrazó, aunque no me hizo ninguna proposición indecorosa, y dijo que esperaba que no le negase ningún favor que pudiera pedirme, pues había decidido no pedirme nada que no pudiese conceder una mujer de virtud y modestia probadas como yo era.

Confieso que el terrible apremio de mi antigua miseria, cuyo recuerdo seguía pesando mucho en mi imaginación, y la sorprendente bondad que el casero me había manifestado, unidos a la esperanza de lo que todavía podía hacer por mí, eran muy poderosos y apenas me dejaban fuerzas para negarle cualquier cosa que pidiera. No obstante, le respondí con mucha ternura que había hecho tanto por mí que esperaba no tener que negarle nada, aunque confiaba en que no aprovecharse la ventaja de las infinitas obligaciones que había contraído con él para pedirme algo cuya concesión pudiera rebajarme más en su estimación de lo que él mismo desearía, que lo tenía por un hombre de honor y por ello sabía que no querría que hiciera nada que fuese indigno de una mujer honrada y bien educada.

Me dijo que había hecho todo aquello sin aludir siquiera al verdadero afecto que sentía por mí, que no tendría necesidad de concederle nada por falta de comida y que no abusaría de mi gratitud más de lo que habría abusado antes de mi necesidad, ni pediría nada dándome a entender que pondría fin a sus favores, o retiraría su amabilidad, si se lo negaba. Era cierto, dijo, que ahora podía decirme con mayor libertad que antes lo que pensaba, en vista de que le había dado a entender que aceptaba su ayuda y que comprendía que su deseo de servirme era sincero, que había llegado hasta allí para demostrarme que era buena persona, pero que ahora podía decirme que me amaba y que su amor era honorable y que tan sólo aspiraba a lo que él podía pedir y yo conceder con decoro.

Respondí que, dentro de esas dos limitaciones, estaba segura de no poder negarle

nada, y que no sólo me tendría por desagradecida, sino por injusta, si lo hiciese. Él no dijo nada, pero noté que me besaba más a menudo y me abrazaba de un modo tan familiar que, una o dos veces, me recordó las palabras de Amy. Y, sin embargo, tengo que reconocer que estaba tan abrumada por sus atenciones y por todo lo que había hecho que no sólo me sentía cómoda con él y no me resistía, sino que me sentía inclinada a hacer cualquier cosa que me ofreciera hacer. No obstante, no llegó más lejos y ni siquiera me pidió que me sentase junto a él en la cama, sino que hizo ademán de marcharse, afirmó que me amaba tiernamente y aseguró que pronto me daría pruebas que fuesen de mi entera satisfacción. Yo le dije que tenía muchos motivos para creerle, que era el dueño de aquella casa y de mí misma, dentro de los límites de los que habíamos hablado, y que estaba segura de que no los quebrantaría, y le pregunté si no quería quedarse esa noche.

Respondió que no podía, pues unos negocios lo reclamaban en Londres, pero añadió con una sonrisa que volvería al día siguiente y se alojaría una noche en mi casa. Yo insistí en que se quedara y le dije que me gustaría que un amigo tan inapreciable compartiera mi mismo techo, y de hecho empecé a sentir por él no sólo agradecimiento, sino también amor de un modo hasta entonces desconocido para mí.

Que ninguna mujer subestime la tentación que es, para cualquier espíritu justo y agradecido, verse generosamente librado de las dificultades. Aquel caballero me había salvado, libre y voluntariamente, de la miseria, la pobreza y los harapos. Me había hecho lo que era, me había dado la oportunidad de ser aún más y de vivir contenta y feliz, y yo dependía de su generosidad. ¿Qué podía decirle a aquel caballero cuando me apremiara para que aceptara complacerle y argumentase que era justo? Pero todo a su tiempo.

Volví a insistirle para que se quedase y le dije que era la primera noche totalmente feliz que había pasado en aquella casa en toda mi vida y que lamentaría mucho tener que pasarla sin su compañía, que al fin y al cabo era la causa y el fundamento de dicha felicidad. Afirmé que nos divertiríamos inocentemente, pero que no podría hacerlo sin él, y en suma le insistí tanto que dijo que no podía negarse. No obstante, afirmó que cogería su caballo e iría a Londres a cerrar un negocio que tenía que hacer allí, que al parecer consistía en pagar una letra que vencía esa noche y de lo contrario le sería devuelta, y volvería en tres horas como mucho y cenaría conmigo. Sin embargo, me pidió que no preparase nada, puesto que, ya que quería pasar un rato alegre, que era lo que él deseaba por encima de todo, enviaría algo de Londres y celebraríamos un banquete nupcial. Y con esas palabras me estrechó entre sus brazos y me besó con tanta vehemencia que no me cupo duda de que pretendía justo lo que había dicho Amy.

Me sorprendí un poco al oír la palabra «nupcial».

—¿Qué queréis decir al emplear esa palabra? —dije—. Cenaremos, pero lo otro

es imposible, tanto por vuestra parte como por la mía.

Él se rió.

—Bueno —dijo—, llamadlo como queráis, aunque será la misma cosa y ya veréis cómo no es tan imposible como decís.

—No os comprendo —repuse—. ¿Acaso no tengo yo un marido y vos una esposa?

—Bueno, bueno —dijo él—, ya hablaremos de eso después de la cena. —Y se levantó, me dio otro beso y montó en su caballo rumbo a Londres.

Confieso que aquella conversación me encendió la sangre y no supe qué pensar. Ahora estaba claro que tenía intención de acostarse conmigo, pero no alcanzaba a entender cómo pensaba reconciliarlo con algo legal como el matrimonio. Ambos habíamos tratado a Amy con tanta familiaridad y le habíamos confiado todo, en vista de sus inapreciables muestras de fidelidad, que él no se recataba en besarme y decirme todas aquellas cosas en su presencia, y creo que tampoco le habría importado lo más mínimo, si le hubiese permitido acostarse conmigo, que Amy hubiera estado presente toda la noche.

Cuando se marchó, le pregunté a Amy:

—Bueno, ¿en qué quedará todo esto? Me ha dejado muy preocupada.

—Vamos, señora —dijo Amy—, yo sé lo que ocurrirá. Que esta noche habré de meteros a los dos en la misma cama.

—¡No irás a ser tan sinvergüenza de tener tanto descaro! —exclamé.

—Pues claro —respondió—, y de todo corazón, y ambos me pareceríais las personas más decentes que he visto jamás.

—¿Cómo te atreves a hablar así, mujerzuela? —dije—. ¡Decente! ¿Cómo va a ser eso decente?

—Os lo diré, señora —dijo Amy—, lo imaginé en cuanto lo vi, os llama viuda, y eso sois sin duda, pues hace ya tantos años que se marchó el señor que sin duda debe de haber muerto, al menos para vos. Ya no es vuestro marido, sois, y deberíais ser, libre de casaros con quien gustéis y, puesto que la mujer de él también lo ha abandonado y se niega a compartir su lecho, es como si también volviera a ser soltero. Y, aunque las leyes no puedan uniros, ya que una se niega a cumplir con su deber de esposa y el otro con el de marido, ciertamente podéis uniros sin ningún reparo.

—No, Amy —objeté—, aunque, si pudiera hacerlo, puedes estar segura de que lo escogería entre todos los hombres del mundo. Cuando me dijo que me amaba se adueñó de mi corazón, ¿cómo iba a ser de otro modo?, si pienso en la situación en que me encontraba antes, despreciada y pisoteada por todo el mundo. Podría abrazarlo y besarlo con tanta libertad como él a mí, pero me da vergüenza.

—Sí —respondió Amy al oírme—, deberíais hacer todo lo que él os pida. No veo

cómo vais a negarle nada. ¿Acaso no os ha arrancado de las garras del demonio? ¿No os ha sacado de la más negra miseria a la que se vio reducida jamás una dama? ¿Puede una mujer negarle algo a un hombre así?

—No, no sé qué hacer, Amy —dije—, espero que no desee nada semejante de mí, espero que no lo intente. Si lo hace, no sé qué le diré.

—No lo dudéis, señora —dijo— os lo pedirá y vos accederéis a sus deseos. Estoy segura de que mi señora no es ninguna estúpida. Vamos, señora, os lo ruego, dejad que os busque un camisón limpio, no querréis llevar ropa sucia en vuestra noche de bodas.

—Te tengo por una mujer muy decorosa, Amy —dije—, pero acabaré cogiéndote odio. Haces de abogado del diablo como si fueses uno de sus consejeros.

—No se trata de eso, señora, no digo sino lo que pienso. Vos misma admitís que amáis a este caballero, que os ha dado pruebas suficientes del afecto que siente por vos. Vuestra situación es igual de desdichada, y él es de la opinión de que, ya que su esposa ha quebrantado sus votos, es libre de tomar a otra mujer y mantenerla. Aunque las leyes no le permitan volver a casarse, puede tomar a otra mujer en sus brazos, siempre que la respete como a una esposa. Es más, a él le parece normal y tolerado por las costumbres de aquí y de otros muchos países extranjeros. Y debo admitir que soy de la misma opinión. De lo contrario, cualquier prostituta podría privar a su marido, después de engañarlo y abandonarlo, del placer y la comodidad de tener una mujer todos los días de su vida, lo que sería muy poco razonable e inaceptable para casi todo el mundo. Y lo mismo ocurre con vos, señora.

Si no hubiese perdido la sensatez y mi buen juicio no se hubiera visto abrumado por la poderosa atracción de un amigo tan bondadoso y amable, si hubiese consultado a mi conciencia y a mi virtud, habría rechazado a aquella Amy, por muy fiel y honrada que fuese conmigo en otras cosas, como a una víbora y un instrumento diabólico. Habría recordado que, según las leyes de Dios y de los hombres, ni él ni yo podíamos unirnos en otras condiciones que en las de un notorio adulterio. El argumento de aquella mujerzuela ignorante de que el casero me había arrancado de las garras del demonio —con lo que se refería al diablo de la pobreza y el sufrimiento— tendría que haber sido un poderoso motivo para no hundirme en las fauces del infierno y en poder del verdadero demonio. Como recompensa por esa liberación, habría considerado el bien que aquel hombre me había hecho como una obra de la bondad del cielo y esa bondad me habría empujado a volver al deber y la obediencia. Habría recibido agradecida su compasión y la habría aplicado sobriamente a ensalzar y honrar a mi hacedor. En cambio, aquel consejo torcido, la generosidad y amabilidad de aquel caballero se convirtieron en una trampa y un cebo en el anzuelo del demonio. Recibí su bondad a cambio de mi cuerpo y mi alma, hipotequé la fe, la religión, la conciencia y la modestia por (si se me permite decirlo así) un pedazo de

pan. O, si se quiere, arruiné mi alma por gratitud, y me entregué en brazos del demonio con tal de mostrarme agradecida con mi benefactor. Debo hacerle a aquel caballero la justicia de decir que creo firmemente que no hizo nada que no creyera justo, y debo hacerme justicia a mí misma al afirmar que hice lo que mi conciencia me decía que era horriblemente ilícito, escandaloso y abominable.

Pero estaba atrapada en la trampa de la pobreza. ¡Terrible pobreza! La miseria que había padecido era tan grande que mi corazón temblaba sólo de pensar en volver a caer en ella. Y podría apelar a cualquiera con experiencia en el mundo para que dijera si alguien tan desprovisto como yo de ayuda, o de amigos que pudieran mantenerme o ayudar a mantenerme, podría resistirse a las proposiciones de aquel hombre. No es que trate de justificar así mi conducta, sino de obtener la piedad de quienes abominan de un crimen semejante.

Por si fuera poco, era joven y guapa, y a pesar de las penalidades que había pasado, no poco vanidosa. Y, por ser tan inaudito, me resultaba muy agradable que un hombre tan cordial y capaz de ayudarme me cortejara, cuidara, abrazara y ofreciese semejantes muestras de afecto.

Añádase a eso que, si me hubiese arriesgado a rechazar a ese caballero, no tenía amigo en el mundo a quien recurrir, ni proyectos, ni siquiera un trozo de pan. No tenía nada: sólo la perspectiva de volver a hundirme en la misma miseria en que había estado antes.

Amy empleó mucha retórica en el caso. Lo pintó todo de colores hermosos, argumentó con toda la habilidad que supo, y por fin, cuando vino a vestirme, la muy descarada dijo:

—Oíd, señora, si no habéis de consentir, decidle que haréis como Raquel con Jacob^[7], cuando vio que no podía tener hijos: meterlo en la cama de su doncella. Decidle que no podéis cumplir con él, pero que puede contar con Amy y que a mí puede pedírmelo, pues he prometido no negarme.

—¿Eso quieres que le diga, Amy? —dije.

—No, señora, pero tendréis que hacerlo o de lo contrario estáis perdida. Y, si de ese modo puedo salvaros, ya os dije antes que seré suya si lo quiere. No seré yo quien se niegue. Que me ahorquen si lo hago —dijo Amy.

—¡Ay, no sé qué hacer! —respondí.

—¡Qué no sabéis qué hacer! —repuso Amy—. Vuestras opciones son muy claras: podéis tener a un caballero guapo y encantador, ser rica y vivir cómodamente en la abundancia, o rechazarlo, quedaros sin cenar, vestir con harapos, llorar y, en suma, mendigar y pasar hambre. Sabéis muy bien que ésa es vuestra situación, señora —dijo Amy—. No entiendo cómo podéis decir que no sabéis lo que hacer.

—Reconozco, Amy —dije—, que la situación es tal como tú la pintas y creo que no tendré más remedio que acceder a sus deseos, pero —añadí movida por mi

conciencia— déjate de hipocresías y no me vengas con que es legítimo que me case con él o él conmigo y otras cosas parecidas. Eso no son más que majaderías, Amy, y no quiero volver a oírlas. Si cedo, es inútil tratar de disfrazarlo con palabras. Soy una prostituta, Amy, ni más ni menos, te lo aseguro.

—No puedo estar de acuerdo con vos, señora, y no sé de dónde sacáis ideas semejantes. —Y repitió su argumento de lo ilógico que era que una hombre o una mujer tuvieran que vivir solteros en una situación semejante.

—Basta, Amy —dije—, no discutamos más. Cuanto más a fondo entremos en el asunto, mayores serán mis escrúpulos. Mientras que, si los silencio, la necesidad de mis circunstancias actuales es tal que creo que podré ceder, si me lo pide, aunque preferiría que no lo hiciera y me dejara como estoy.

—Señora —respondió Amy—, podéis estar segura de que cuenta con compartir vuestro lecho esta noche. Lo he notado a lo largo del día en su forma de comportarse y creo yo que no ha podido decíroslo con más claridad.

—Bueno, Amy, no sé qué más puedo decir. Así habrá de ser si él lo quiere. No sé cómo voy a resistirme a quien tanto ha hecho por mí.

—Ni yo tampoco, señora.

Amy y yo terminamos de arreglarlo todo: la muy descarada propició un crimen que yo ansiaba cometer. Aunque no lo considerase un crimen, pues yo no era ni mucho menos malvada por naturaleza. No estaba exaltada y la sangre no me ardía lo bastante para incendiar la llama del deseo, pero la bondad y el buen humor de aquel hombre y lo triste de mis circunstancias se confabularon para echarme en sus brazos, y decidí entregarle mi virtud incluso antes de que me lo pidiera.

En eso fui doblemente culpable, al margen de lo que fuese él, puesto que decidí cometer aquel crimen sabiendo y admitiendo que lo era. En cambio, él estaba convencido de estar en su derecho y, para persuadirme, recurrió a las medidas y circunloquios que voy a relatar ahora.

Dos horas después de su partida, llegó una mujer de Leadenhall^[8] cargada de cosas muy apetitosas (que no vale la pena detallar) y con instrucciones de queuviésemos preparada la cena para las ocho. No obstante, no empecé a preparar nada hasta que llegó él, y tuve tiempo de sobra, pues se presentó poco antes de las siete, de modo que Amy, que había buscado a alguien para que la ayudara, pudo tenerlo todo listo a tiempo.

A eso de las ocho nos sentamos a cenar, y ciertamente lo pasamos muy bien. Amy estuvo muy divertida e ingeniosa y nos entretuvo mucho y nos hizo reír con sus ocurrencias, aunque en ningún momento perdió la compostura.

Pero abreviemos: después de la cena, el caballero me llevó a su habitación, donde Amy había encendido un buen fuego, y una vez allí sacó muchos papeles y los extendió sobre una mesita. Luego me cogió de la mano y, después de besarme varias

veces, empezó a disertar sobre sus circunstancias y las mías y a señalar cómo ambas coincidían en muchas cosas. Por ejemplo, en que a mí me hubiera abandonado un marido en plena juventud y a él una esposa en la edad mediana, en que el propósito del matrimonio se había destruido por el trato que ambos habíamos recibido, y en que sería muy triste que nos viésemos atados por el mero formalismo de aquel contrato toda vez que su esencia había desaparecido. Yo le interrumpí y le hice notar que había una enorme diferencia entre nuestras circunstancias, y en una parte primordial: que él era rico y yo pobre, que él ocupaba una alta posición social y yo una muy baja, que su situación era acomodada y la mía mísera, y le insistí en que aquella desigualdad resultaba de lo más esencial.

—Respecto a eso, querida —dijo—, he tomado las medidas pertinentes para ponerle fin.

Y me mostró un contrato en el que se comprometía a cohabitar de forma continuada conmigo, a mantenerme como a una esposa y, tras un largo preámbulo en el que se extendía sobre la naturaleza y razón de nuestra vida en común, se obligaba, mediante una penalización de siete mil libras, a no abandonarme nunca. Por fin, me mostró una carta de compromiso por quinientas libras, pagaderas a mí o a mis herederos a los tres meses de su muerte.

Después de leerme todas esas cosas, añadió del modo más amable y conmovedor y en palabras que no admitían respuesta:

—¿Qué dices ahora, querida? ¿No te parece suficiente? ¿Tienes alguna objeción? Si no es así, tal como espero, no hablemos más del asunto.

Y sacó una bolsa de seda que contenía sesenta guineas, me la puso en el regazo y terminó su discurso entre besos y protestas amorosas, de las que yo tenía ya bastantes pruebas.

Apiádese de la fragilidad humana quien lea la historia de una mujer que, después de verse reducida a la miseria y desesperación en plena juventud, volvió a levantarse gracias a la inesperada y sorprendente generosidad de un desconocido. Perdónesele que no fuese capaz, pese a todo, de ofrecer más resistencia.

No obstante, todavía me resistí un poco: le pregunté cómo podía esperar que aceptase sin más una proposición de tan graves consecuencias. Y que (en caso de que consintiera) deberíamos discutirlo antes, para que no pudiese reprocharme luego mi apresuramiento. Él respondió que, al contrario, tomaría mi precipitación por una muestra del mayor afecto que podría demostrarle. Y se explayó en los motivos por los que no era preciso que observásemos la ceremonia habitual, o dedicásemos un tiempo prudencial al cortejo. Semejantes convenciones sólo tenían la función de evitar el escándalo y, puesto que esto iba a ser privado, no eran necesarias. Afirmó que llevaba tiempo cortejándome del mejor modo posible, siendo bueno conmigo, y que me había dado pruebas de su afecto sincero con hechos, no con vanos halagos y con la

palabrería acostumbrada, que a menudo resultan carentes de sentido; que me tomaba, no como amante, sino como esposa, y aseguró estar convencido de poder hacerlo de forma legítima y de que yo era totalmente libre. Añadió además, de todos los modos posibles, que me trataría como a su esposa mientras viviera. En una palabra, venció la poca resistencia que pensaba ofrecerle, afirmó que me amaba por encima de todo y me rogó que creyera en él, que nunca me había defraudado, ni nunca lo haría, y que consagraría todos sus esfuerzos a hacerme la vida cómoda y feliz, y a que olvidara la miseria que había sufrido. Yo no dije ni una palabra, pero, al verlo tan impaciente por oír mi respuesta, alcé la mirada y le sonreí.

—¿Habré —pregunté— de daros un sí la primera vez que me lo pedís? ¿Puedo confiar en vuestra promesa? En ese caso, por la fe que tengo en ella y por la bondad indescriptible que me habéis mostrado, quedaréis obligado y seré vuestra hasta el fin de mis días.

Y tomé su mano, que sostenía la mía, y la besé.

IV

Y así, en agradecimiento a los favores recibidos de aquel hombre, abandoné sin más todo sentido de la religión y del deber a Dios y toda consideración a la virtud y el honor, y pasamos a llamarnos marido y mujer, aunque desde el punto de vista de las leyes, tanto divinas como terrenales, no éramos más que un par de adúlteros y, en suma, un bribón y una prostituta. Y no es, como ya llevo dicho, que mi conciencia se acallara, aunque al parecer la suya sí lo hizo, pues pequé con los ojos bien abiertos y de ese modo atraje sobre mí una culpa doble. Aunque él era de la opinión, o se había convencido a sí mismo, de que ambos éramos libres y podíamos unirnos legalmente.

Yo opinaba de otro modo, y mi juicio era acertado, pero las circunstancias me tentaron: los terrores que había dejado atrás parecían aún más negros que los que me aguardaban, y el terrible argumento de quedarme sin pan, y revivir el horrible sufrimiento que había padecido antes, vencieron mi resolución y me entregué tal como acabo de explicar.

El resto de la tarde pasó de forma muy agradable, él estaba muy contento y sacó a bailar a Amy, y yo le dije que acabaría metiendo a Amy en su cama. Amy respondió de todo corazón que era virgen. En suma, divirtió tanto a Amy que, si no hubiese podido acostarse conmigo esa noche, creo que le habría bastado con tontear con ella media hora para que no le rechazara más de lo que pensaba hacerlo yo. Y eso que antes siempre me había parecido la joven más recatada que había conocido. Pero la diversión de aquella noche y de otras noches posteriores acabaron con su recato para siempre, como se verá a su debido momento.

Las bromas y los juegos tienen a veces tales consecuencias que no se me ocurre nada de lo que una joven deba precaverse más. Aquella chica inocente había dicho tantas veces en broma que estaría dispuesta a acostarse con él si así lograba que fuese bueno conmigo, que por fin le dejó acostarse con ella de verdad. Y hasta tal punto había renunciado yo a mis principios que la animé a hacerlo delante de mis propios ojos.

Y digo justamente que había renunciado a mis principios, porque, como he dicho antes, me entregué a él no mediante engaños y por creerlo legítimo, sino abrumada por su amabilidad y aterrada por el miedo a la miseria si me abandonaba. De modo que pequé sabiendo que pecaba, con los ojos bien abiertos, la conciencia, por así decirlo, despierta, e incapaz de resistirme. Pero, una vez traicionado mi corazón y habiendo llegado a tales extremos como para actuar en contra de mi conciencia, pude cometer cualquier perversidad y mi conciencia calló sabiendo que no volvería a escucharla.

Pero volvamos a nuestra historia, después de consentir a su propuesta, no nos quedaba mucho por hacer. Me entregó los papeles y el contrato que aseguraba mi

mantenimiento mientras estuviera con vida. Y su afecto era tal que, dos años después de nuestro matrimonio, tal como lo llamaba él, hizo testamento y me entregó mil libras más y todo el mobiliario de la casa, que era bastante valioso.

Amy nos ayudó a acostarnos, y mi nuevo amigo —me resisto a llamarlo marido— se mostró tan satisfecho con ella, por la fidelidad y bondad que me había demostrado, que le pagó todos los atrasos que yo le adeudaba y le entregó cinco guineas más. Si la cosa se hubiera quedado ahí, no tendría más remedio que reconocer que Amy se había ganado aquel dinero, pues nunca se vio una doncella tan fiel a su señora en circunstancias tan terribles como las que yo pasé. Y lo que siguió no fue tanto culpa suya como mía, pues la empujé al principio y la animé al final, lo que no es sino otra prueba de lo endurecida que me había vuelto ante el crimen, debido a la convicción, que me embargó desde el primer momento, de que era una prostituta y no una esposa, puesto que mis labios no podían llamarlo marido, ni siquiera decir «mi marido» cuando hablaba de él. Con esa única excepción llevamos la vida más agradable que pueda imaginarse, era el hombre más tierno y caballeroso al que se haya entregado nunca una mujer y nada interrumpió nuestro afecto mutuo hasta el último día de su vida. Pero debo intercalar aquí la historia de la desgracia de Amy.

Una mañana Amy me estaba vistiendo, pues ahora tenía dos criadas y Amy se había convertido en mi doncella.

—Señora, ¿todavía no os habéis quedado encinta?

—No, Amy, al menos no he notado ningún síntoma.

—Dios mío, señora —dijo Amy—, ¿se puede saber qué habéis estado haciendo? Lleváis casada ya un año y medio, os aseguro que a mí el señor me habría dejado encinta dos veces en ese mismo tiempo.

—Es muy posible, Amy —respondí—, ¿no quieres intentarlo?

—No —dijo Amy—, vos no lo consentiríais. Ya os dije que lo habría hecho de todo corazón, pero ahora que os pertenece no podría.

—¡Oh! —repliqué—, cuentas con mi consentimiento, a mí no me importa lo más mínimo. Es más, si tanto lo deseas, te meteré en su cama un día de éstos.

—No, señora —dijo Amy—, ahora os pertenece.

—¡Serás tonta! ¿No te acabo de decir que te meteré yo misma en su cama?

—Bueno, en ese caso la cosa es diferente, pero creo que tardaría mucho en levantarme.

—Correré el riesgo —repuse.

Esa noche, después de la cena y antes de levantarnos de la mesa, le dije en presencia de Amy:

—Oíd, señor... ¿Sabíais que Amy va a compartir vuestro lecho con vos esta noche?

—No, no lo sabía —respondió él—. ¿Es eso cierto, Amy?

—No, señor —dijo ella.

—Vamos, tonta, no digas que no. ¿Acaso no te he prometido meterte en su cama? Pero la chica volvió a negarse y yo no insistí más.

Por la noche, cuando nos fuimos a acostar, Amy entró a la habitación para desvestirme, y su amo se metió en la cama primero. Luego le conté lo que me había dicho Amy de que no entendía cómo era que no estaba embarazada y que ella se habría quedado encinta dos veces en ese tiempo.

—Sí, Amy, yo también lo creo. Ven aquí y lo comprobaremos.

Pero Amy no se movió.

—Vamos, sinvergüenza, dijiste que, si te metía en su cama, lo harías de todo corazón.

Y la senté, le quité las medias y los zapatos y toda la ropa, prenda a prenda, y la llevé a la cama con él.

—Veamos qué podéis hacer con ella.

Ella retrocedió un poco y trató de impedir que le quitara la ropa, pero hacía calor y no llevaba demasiadas prendas ni corsé. Por fin, cuando vio que hablaba en serio, dejó que hiciera lo que quisiese, así que la desnudé, abrí la cama y la empujé dentro.

No es necesario decir más. Con eso basta para convencer a cualquiera de que no lo consideraba mi marido, y de que había dejado de lado cualquier principio o recato y me las había arreglado para acallar mi conciencia.

Debo decir que Amy se arrepintió y trató de salir de la cama, pero él le dijo:

—Vamos, Amy, ya ves que es tu señora quien te ha metido en mi lecho, culpala a ella.

Y la sujetó con fuerza, y, como la muy descarada estaba desnuda con él en la cama, fue tarde para arrepentimientos, así que se quedó inmóvil y dejó que él hiciera lo que quisiera con ella.

Si me hubiese tenido a mí misma por una esposa, es inimaginable que hubiese permitido que mi marido se acostara con mi doncella, y mucho menos delante de mis propios ojos, pues me quedé allí todo el rato, pero como me tenía por una prostituta, sólo puedo decir que quise que mi doncella también lo fuera y no pudiera reprochármelo a mí.

No obstante, Amy estaba menos pervertida que yo y a la mañana siguiente amaneció deshecha y se pasó el día llorando y gimiendo con vehemencia, diciendo que estaba arruinada y acabada, y no hubo manera de tranquilizarla: ¡era una prostituta, una furcia, y estaba acabada! ¡Acabada!

Yo hice lo que pude por consolarla.

—¡Una prostituta! —le dije—. Bueno, y ¿acaso no lo soy yo tanto como tú?

—No, no —replicó Amy—, vos no lo sois, porque estáis casada.

—No lo estoy —respondí—, ni tampoco pretendo estarlo. Él podría casarse contigo mañana mismo si quisiera, pues ni estoy casada ni podría hacer nada para impedirlo.

En fin, el caso es que no logré tranquilizarla y se pasó dos o tres días llorando y lamentándose, aunque poco a poco se fue recuperando.

Sin embargo, las cosas cambiaron mucho entre Amy y su amo, pues, aunque ella siguió teniendo el mismo temperamento que siempre, él empezó a odiarla con toda su alma y creo que incluso habría estado dispuesto a matarla, y de hecho me lo dijo, ya que creía haber cometido una mala acción, mientras que con respecto a nosotros dos tenía la conciencia tranquila, porque le parecía totalmente legítimo y me consideraba tanto su esposa como si lleváramos casados desde jóvenes. Incluso admitía que, en cierto sentido, tenía dos mujeres: una, que era la esposa a quien quería, y otra a la que aborrecía.

A mí me preocupó mucho la aversión que le había cogido a mi doncella y recurrí a todas mis artes para hacerle cambiar de opinión, pues, aunque era cierto que había pervertido a la joven, yo sabía que la principal responsable era yo, y como era muy buena persona acabé por conseguir que se portara mejor con ella y, dado que me había convertido en el agente del diablo para lograr que los demás se volvieran tan malvados como yo, lo animé a acostarse con ella otras veces, hasta que acabó por ocurrir lo que había predicho la pobre chica y quedó encinta.

Ella se preocupó terriblemente y él también.

—Vamos, amigo mío —le dije—, cuando Raquel metió a su doncella en el lecho de Jacob, se hizo cargo de los niños. No os preocupéis, diremos que el hijo es mío. ¿Acaso no fue a mí a quien se le ocurrió la locura de meterla en vuestra cama? La culpa es más mía que vuestra.

Llamé a Amy y traté de consolarla a ella también y le expliqué que tenía intención de ocuparme tanto del niño como de ella y le expuse el mismo argumento:

—Amy, la culpa es toda mía. ¿Acaso no fui yo quien te desnudó y te metió en la cama con él?

Y así, yo, que había sido la causa de su depravación, les consolé a ambos cuando les embargaban los remordimientos y les animé a seguir adelante mas que a arrepentirse.

Cuando Amy empezó a engordar, fue a un lugar que yo había dispuesto para ella, y los vecinos tan sólo supieron que nos habíamos separado. Tuvo una niña preciosa y, cuando estuvo criada, volvió al cabo de medio año para vivir con su antigua señora, pero ni mi caballero ni Amy quisieron volver a repetir la broma, pues, como dijo él mismo, aquella descarada podía llenarnos la casa de hijos.

Después de esto vivimos tan felices y contentos como cabe esperar, teniendo en cuenta nuestras circunstancias, el matrimonio fingido y todo lo demás. Mi caballero

no se preocupaba por eso lo más mínimo, pero por muy endurecida que yo estuviera, y creo que llegué a estarlo tanto como pueda concebirse, no podía evitar que hubiese momentos en los que me acometían involuntariamente siniestras reflexiones que me hacían suspirar en mitad de mi canto, y ocasiones en que cierta pesadez de corazón se mezclaba con mi alegría y me llenaba los ojos de lágrimas. Y, dígame lo que se quiera, me parece imposible que sea de otro modo: no puede haber placer en una vida que radique en una maldad evidente. Tarde o temprano, aparecerá la conciencia para recordarnos nuestra perversidad, hagamos lo que hagamos por evitarlo.

Pero no es mi misión predicar sino relatar, y, por mucho que me entristecieran tales reflexiones, yo hacía lo posible para ocultárselas a él y por reprimirlas y acallarlas en mí, por lo que en apariencia vivíamos tan alegres y felices como cualquier pareja. Después de pasar así con él mas de dos años, yo también quedé encinta. Mi caballero se alegró mucho e hizo toda clase de preparativos para el momento del parto, que fue no obstante muy discreto, pues yo no quería compañía y ni siquiera me relacionaba con los vecinos, de modo que no había nadie a quien invitar a la ocasión.

Di a luz sin mayores problemas (a una hija también, como Amy), pero la niña murió a las seis semanas de edad, de modo que todo, los dolores, los gastos, los viajes, etcétera, fue en vano.

Al año siguiente, le compensé dando a luz a un hijo para su enorme contento: era un niño precioso y se crió sano y fuerte. Después de eso, mi marido, como él se llamaba, vino a verme una noche y me explicó que había surgido una complicación, que no sabía cómo resolver, a menos que yo le ayudara, y es que sus negocios le obligaban a trasladarse a Francia unos dos meses.

—Bueno, amigo mío —dije—, y ¿cómo queréis que os ayude?

—Pues permitiéndome partir —respondió—. En ese caso, os explicaré el motivo de mi marcha y vos misma podréis juzgar si es o no necesaria. —Luego, para tranquilizarme, me aseguró que antes de irse haría testamento a mi entera satisfacción.

Yo le respondí que la última parte era tan amable que no podía negarme a la primera, a menos que me permitiese añadir que, si no le suponía un gasto excesivo, estaba dispuesta a ir con él.

Le alegró tanto aquella oferta que afirmó que me recompensaría por ella y la aceptó. Así que al día siguiente me llevó con él a Londres, donde dictó testamento, me lo mostró, lo selló en presencia de testigos y me lo entregó para que lo guardara. Aquel testamento dejaba mil libras en manos de una persona de nuestra entera confianza, para que me las pagara con intereses a mí o a mis herederos en el momento de su muerte. Luego garantizó el pago de mi dote, como lo llamó él, es decir: la carta de compromiso por valor de quinientas libras pagaderas a su muerte, y

todos los muebles, vajillas, etcétera.

Fue muy conmovedor que un hombre hiciera todo eso por una persona en mis circunstancias y, tal como le dije a él mismo, habría sido muy ruin negarle cualquier cosa o rehusar acompañarlo a donde quisiera. Así que lo dispusimos todo lo mejor que pudimos: dejamos a Amy al cuidado de la casa y a dos personas de su confianza para que se ocuparan de su negocio de joyería y mantuvieran correspondencia con él.

Tomadas aquellas precauciones, partimos para Francia, llegamos sanos y salvos a Calais, y en ocho cómodas jornadas estábamos en París, donde nos alojamos en la casa de un comerciante inglés conocido suyo que nos recibió muy cortésmente.

Mi caballero había ido a hacer negocios con ciertas personas de alto rango, a quienes les había vendido unas joyas de gran valor por las que había recibido en prenda una elevada suma y, tal como me contó en privado, ganó tres mil *pistoles*^[9] con el trato, aunque no se lo habría confiado ni a sus amigos más íntimos, pues llevar tanto dinero encima no es tan seguro en París como en Londres.

El viaje se alargó mucho más de lo que pretendíamos, y mi caballero mandó llamar a uno de sus administradores en Londres para que le trajera unos diamantes e incluso volvió a enviarlo allí para que le trajera algunos más. Luego le surgieron otros negocios de forma tan inesperada que llegué a pensar que acabaríamos por instalarnos en París definitivamente, cosa que no me importaba demasiado, teniendo en cuenta que se trataba de mi país natal y que hablaba el idioma a la perfección. Así que alquilamos una buena casa en la ciudad, y nos instalamos con gran comodidad. Además mandé llamar a Amy, pues vivíamos con mucha elegancia, y mi caballero quiso en dos o tres ocasiones comprarme un carruaje, aunque yo decliné su oferta, sobre todo en París, donde por un precio muy moderado me era posible alquilarlo siempre que quisiera. De modo que vivía lujosamente y aún podría haber vivido mejor, si hubiera querido.

Pero, en medio de aquella felicidad, aconteció un terrible desastre que dio al traste con todos mis proyectos y me devolvió al mismo estado en que estaba antes, con la única diferencia de que, en lugar de ser pobre y casi mísera, ahora no sólo tenía dinero, sino que era muy rica.

En París mi caballero pasaba por ser un hombre muy acaudalado, y desde luego lo era, aunque no tan inmensamente rico como creía la gente; pero su perdición fue que siempre llevaba un estuche de piel de zapa en el bolsillo, sobre todo cuando iba a la corte o a casa de los príncipes, en el que guardaba joyas de gran valor.

Un día en que tenía que ir a Versalles a ver al príncipe de... Vino a mi habitación por la mañana, sacó el estuche, porque no iba a mostrarle ninguna joya, sino a recoger una letra de cambio que había recibido de Amsterdam, me lo dio y dijo:

—Querida, creo que es mejor dejar esto aquí, porque tal vez no vuelva hasta la noche y no quiero correr riesgos.

—Entonces no vayáis —respondí.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Porque yo tampoco quiero correr riesgos y no os dejaré marchar a menos que me prometáis que no vais a volver tarde.

—No creo que sea peligroso, puesto que no llevo nada de valor, pero para estar más seguro será mejor que os dé esto también. Y me entregó su reloj de oro y un anillo de diamantes que llevaba siempre en el dedo.

—Pero, querido —repliqué—, ahora me dejáis todavía más intranquila, pues, si no os parece peligroso, ¿a qué vienen tantas precauciones? Y, si os lo parece, ¿por qué vais?

—No lo es —respondió él—, siempre que no me quede hasta tarde, y no tengo intención de hacerlo.

—En ese caso, prometedme que volveréis pronto —insistí—, o de lo contrario no os dejaré marchar.

—Así lo haré —dijo—, a menos que no me quede otro remedio. Os aseguro que no pretendo volver tarde, pero, aunque lo hiciera, no vale la pena robarme, pues no llevo encima más que seis *pistoles* en mi monedero y esta bagatela. Y me enseñó un pequeño anillo de diamantes, que debía de valer diez o doce *pistoles* y que se puso en lugar del que llevaba siempre. Volví a insistirle para que volviera pronto, y me respondió que así lo haría.— Y, si me entretengo más de lo previsto —dijo—, pasaré allí la noche y volveré por la mañana. —Tan prudente solución no logró disipar mi inquietud y así se lo hice saber y le pedí que no se fuese. Le dije que ignoraba el motivo, pero tenía el extraño presentimiento de que, si se iba, le ocurriría alguna desgracia. Él sonrió y me dijo—: En fin, amiga mía, en tal caso, tendríais la vida asegurada, porque todo lo que hay aquí es vuestro. —Cogió el estuche—. Aquí dentro hay una fortuna: si algo me sucediera, es vuestra. —Me entregó el estuche, el anillo, el reloj de oro y la llave de su escritorio y añadió—: También hay un poco de dinero en mi escritorio.

Me quedé mirándolo aterrada, pues su cara me pareció una calavera; luego vi su rostro ensangrentado y de pronto creí ver su ropa cubierta de sangre. Enseguida todo desapareció y volvió a tener un aspecto normal. Al instante rompí a llorar y me abracé a él.

—Amigo mío —le dije—, estoy muy asustada. Es mejor que no vayáis, creedme, u os ocurrirá alguna desgracia.

No me pareció apropiado decirle cómo lo había visto en mi imaginación, porque se habría burlado de mí y se habría marchado de todos modos. Pero le insistí en que no fuese o en que, en todo caso, volviese a París a la luz del día. Él se puso muy serio y me respondió que no veía ningún motivo para alarmarse, pero que, por si acaso, volvería de día, o se quedaría a pasar allí la noche.

No obstante, aquellas promesas se quedaron en nada, pues lo asaltaron y desvalijaron en pleno día tres enmascarados a caballo, y uno de ellos, que al parecer lo estaba registrando mientras los otros detenían el carruaje, le clavó una espada y lo mató en el acto. Llevaba un lacayo a quien golpearon con la culata de una carabina. Imagino que lo mataron por la decepción que sufrieron al no encontrar el estuche de los diamantes, que sabían que llevaba consigo, porque, después de matarlo, obligaron al cochero a salirse del camino hasta un lugar apartado donde sacaron a mi caballero del carruaje y lo registraron mas cómodamente que cuando estaba con vida.

Sin embargo, sólo encontraron el anillo, seis *pistoles* y unas siete libras en monedas.

Aquél fue un terrible golpe para mí, aunque no puedo decir que me sorprendiera demasiado, pues, desde que se marchó, mi imaginación había estado oprimida por el peso de mis presentimientos, y estaba segura de no volverlo a ver. La impresión era tan fuerte que nada imaginario podría causar una herida tan profunda, y me sentía tan abatida y desconsolada que, cuando recibí la noticia del desastre, apenas me inmuté. Había pasado todo el día llorando, no había probado bocado y podría decirse que me había limitado a esperar la terrible noticia, que me comunicaron alrededor de las cinco de la tarde.

V

Me encontraba en un país extranjero y, aunque tenía muchos conocidos, no podía recurrir en semejante trance más que a unos pocos amigos. Se hicieron toda clase de indagaciones para averiguar quiénes eran los canallas que habían obrado de un modo tan bárbaro, pero no llegó a saberse nada. El lacayo no pudo describirlos porque perdió la conciencia cuando le golpearon e ignoraba lo que había ocurrido después. El cochero era el único que habría podido decir algo, pero en su declaración se limitó a decir que uno de ellos iba vestido de militar, aunque no recordaba cuál era su uniforme, ni a qué regimiento pertenecía; en cuanto a sus rostros, nada pudo decir porque iban todos enmascarados.

Lo hice enterrar lo mejor que pude, teniendo en cuenta que se trataba de un extranjero protestante, y allané algunos escrúpulos pagando a cierta persona que fue a ver al cura de la parroquia de San Sulpicio en París y le dijo que el caballero asesinado era católico, que los ladrones le habían robado una cruz de oro forrada de diamantes por valor de seis mil libras y que su viuda, que también era católica, había pagado sesenta coronas a la iglesia de..., para que cantasen misas por el reposo de su alma, gracias a lo cual, aunque no hubiese nada de cierto en sus palabras, lo enterraron con todas las ceremonias de la Iglesia Romana.

Vertí tantas lágrimas por él que pensé que me moriría de pena y me dejé arrastrar por el pesar, pues lo cierto es que lo amaba hasta extremos indecibles, y, teniendo en cuenta la amabilidad con que me había tratado desde el primer momento y la ternura que me había demostrado hasta el final, ¿qué otra cosa podía hacer?

Además, su forma de morir había sido terrible y espantosa para mí, sobre todo por los extraños presagios que había tenido de ella. Jamás había pretendido tener el don de la adivinación, ni nada por el estilo, pero desde luego, si alguien lo ha tenido alguna vez, he sido yo, pues lo vi claramente, como he dicho antes, primero como una calavera, no sólo muerto, sino podrido y descompuesto, luego asesinado y con el rostro ensangrentado y por último con la ropa empapada de sangre, y todo en el espacio de un minuto o unos pocos segundos.

Todo aquello me dejó perpleja y estuve como atontada durante un tiempo. Sin embargo, poco después, empecé a recobrar me y pude atender mis asuntos. Tuve la satisfacción de comprobar que no me había dejado desamparada o al borde de la pobreza, sino que, por el contrario, además de lo que había puesto en mis manos mientras estaba con vida, y que ascendía a un valor considerable, encontré más de setecientas *pistoles* en oro en el escritorio del que me había entregado la llave, así como letras de cambio extranjeras por valor de doce mil libras, de modo que, en una palabra, a los pocos días de la catástrofe, era dueña de casi diez mil libras esterlinas.

Lo primero que hice fue escribirle una carta a Amy, en la que le relataba la

terrible tragedia y que mi marido, como ella decía (aunque yo nunca lo llamé así), había sido asesinado, y puesto que ignoraba cómo reaccionarían sus parientes o los amigos de su mujer, le ordené que cogiera toda la plata, la ropa de cama y otras cosas de valor y las pusiera a salvo en manos de una persona que le indiqué, y luego tratara de vender los muebles, si podía. Y así, sin informar a nadie de los motivos de su partida, se marchó y envió aviso al administrador de que los inquilinos dejaban la casa y que podían tomar posesión de ella. Amy fue tan hábil y llevó a cabo su misión con tanta celeridad que vació la casa y envió la llave al citado administrador momentos después de que a éste le informaran de la desgracia sufrida por su amo.

Nada más recibir la sorprendente noticia de su muerte, el administrador principal se trasladó a París y se presentó en nuestra casa. No me recaté lo más mínimo en hacerme llamar señora..., viuda del señor..., joyero inglés. Y, como hablaba francés a la perfección, le di a entender que era su mujer, casada con él en Francia, que ignoraba que tuviera otra esposa en Inglaterra, y fingí sorprenderme y maldije su nombre por haber hecho algo tan rastrero; afirmé además que tenía buenos amigos en Poitou, donde había nacido, que se asegurarían de que se me hiciera justicia en Inglaterra con respecto a su herencia.

Debería añadir que, cuando se publicó la noticia de la muerte del joyero, tuve la suerte de que se publicara también que le habían robado el estuche de los diamantes, que siempre llevaba consigo. Yo lo confirmé, entre mis lamentos diarios por el desastre, y añadí que además llevaba puesto un hermoso anillo de diamantes que todo el mundo conocía, valorado en cien *pistoles*, un reloj de oro y una gran cantidad de diamantes de valor incalculable en su estuche, que iba a mostrarle al príncipe de... Y el príncipe reconoció que le había pedido que le mostrara algunos diamantes. Aunque de esto último tuve ocasión de arrepentirme amargamente después, como pronto se verá.

Aquel rumor puso fin a cualquier investigación respecto al paradero de las joyas, el anillo y el reloj, así como de las setecientas *pistoles* que yo había puesto a buen recaudo. En cuanto a las letras de cambio, admití que estaban en mi poder, pero declaré que, puesto que había aportado treinta mil libras como dote al matrimonio, pensaba quedarme con aquellas letras, que ascendían sólo a doce mil libras, en concepto de reparación, y eso, junto con la plata y el mobiliario, fue lo único que pudieron encontrar. En cuanto a la letra de cambio que iba a buscar a Versalles, se perdió con él, pero el administrador que se la había enviado vía Amsterdam presentó una copia y el dinero pudo salvarse. Los ladrones que le habían robado y asesinado no se habían atrevido a cobrarla por miedo a delatarse.

Para entonces ya había llegado Amy y me había puesto en antecedentes de sus gestiones y de cómo lo había puesto todo a buen recaudo, abandonado la casa y enviado la llave al administrador con puntualidad y honradez.

Debería haber indicado, al hablar de su cohabitación conmigo en..., que todo el mundo tomó siempre al joyero por un huésped, por lo que no llamó la atención que Amy dejase la casa y les devolviese la llave justo después de que asesinaran a su amo.

Consulté en París a un abogado eminente y consejero en el Parlamento, que me recomendó emprender un pleito de viudedad para asegurar la fortuna adquirida durante el matrimonio, cosa que hice, y el administrador se volvió a Inglaterra muy satisfecho por haber podido recuperar algunas letras de cambio rechazadas que ascendían a unas dos mil quinientas libras y varios objetos por valor de diecisiete mil, y de ese modo me libré de él.

Con motivo de la triste ocasión de la pérdida del hombre a quien todos tomaban por mi marido, recibí la amable visita de muchas damas de alcurnia. Y el príncipe de..., a quien según se dijo iba a mostrarle las joyas, envió con el pésame a su mayordomo, que me dio a entender que su Alteza habría ido a visitarme en persona si no se lo hubiera impedido un accidente imprevisto sobre el que se extendió largamente.

Por mediación de todas aquellas señoras que fueron a visitarme, la gente empezó a hablar bien de mí. Y, sabedora de que era muy hermosa y pese a lo horrible que era en aquellos días el atuendo de viuda, mi vanidad me impulsó a no descuidar mi aspecto; pronto empezó a conocerse por el sobrenombre de *La belle veuve de Poitou*.

La satisfacción de verme tan bien cuidada después de mi desdicha no tardó en secar mis lágrimas y, aunque seguía teniendo el aspecto de una viuda, era, como decimos en Inglaterra, una viuda consolada. Me encargué de demostrarles a aquellas damas que sabía cómo recibirlas, que estaba acostumbrada a alternar en sociedad y, en suma, empecé a ser muy popular. No obstante, después ocurrió algo que me hizo interrumpir esas relaciones, tal como se verá ahora.

Unos cuatro días después de recibir la expresión de condolencia del príncipe de..., el mismo mayordomo vino a decirme que su Alteza iba a hacerme una visita. Yo me sorprendí mucho y no supe cómo reaccionar. No obstante, como la cosa no tenía remedio, me dispuse a recibirle del mejor modo posible. Pocos minutos más tarde, llamó a mi puerta y entró precedido del mayordomo antes mencionado y seguido de mi doncella.

Me trató muy educadamente y lamentó con elegancia la pérdida de mi marido y el modo en que había acaecido. Me dijo que tenía entendido que iba de camino a Versalles a mostrarle unas joyas, que era cierto que había hablado con él de las joyas, pero que no se explicaba cómo aquellos villanos habían sabido que las llevaba consigo, pues él no le había pedido que se las llevara a Versalles, sino que le había dicho que iría a verlo un día a París, para que no tuviera que correr ningún riesgo. Yo

le respondí solemnemente que sabía muy bien que lo que su Alteza decía era cierto, pero que aquellos villanos conocían muy bien su trabajo y sabían, sin duda, que siempre llevaba consigo un estuche de diamantes y que llevaba un anillo de diamantes en el dedo valorado en cien *pistoles* (que los chismorreos habían elevado a quinientas), y que, de haber ido a cualquier otra parte, habría obrado igual. Después de lo cual su Alteza se incorporó para marcharse y me dijo que no obstante había decidido compensarme de algún modo, y con esas palabras puso una bolsa de seda en mis manos en cuyo interior había cien *pistoles* y afirmó que pretendía además concederme una pequeña pensión y que su mayordomo me daría todos los detalles.

Es innecesario decir que actúe como correspondía ante persona tan generosa e hice además de arrodillarme para besarle la mano, pero él me animó a levantarme, me saludó, volvió a sentarse (aunque al principio había anunciado su intención de marcharse) y me pidió que me sentara a su lado.

Luego empezó a hablarme con más familiaridad; afirmó que esperaba que mi marido no me hubiera dejado en circunstancias difíciles. El señor... tenía fama de ser muy rico, y en los últimos tiempos había ganado grandes sumas con la venta de algunas joyas, por lo que confiaba en que yo disfrutara de una fortuna suficiente para seguir viviendo de forma desahogada como hasta ahora.

Yo repliqué entre lágrimas, que reconozco eran un poco forzadas, que estaba convencida de que, si el señor... siguiera con vida, estaríamos a resguardo de la necesidad, pero que me resultaba imposible calcular la pérdida que había sufrido, dejando aparte la vida de mi marido, puesto que, en opinión de quienes estaban al tanto de sus negocios y conocían el valor de los diamantes que pensaba mostrarle a su Alteza, debía de llevar encima joyas por valor de cien mil libras, y que aquél era un golpe fatal para mí y para su familia, sobre todo por haberlo perdido de aquel modo.

Su Alteza replicó con aire preocupado que lo lamentaba mucho, pero esperaba, en caso de que decidiera establecerme en París, que pudiera encontrar un modo de recuperar mi fortuna. Además, alabó mi belleza, que tuvo a bien apreciar, y afirmó que no debían de faltarme los admiradores. Yo me levanté y le di humildemente las gracias a su Alteza, pero le respondí que no era ése mi propósito y que probablemente tendría que volver a Inglaterra para atender los asuntos de mi marido, que, según me habían dicho, eran muchos, aunque ignoraba qué justicia podría obtener allí una pobre extranjera. Y, en cuanto a lo de instalarme en París, mi fortuna se había visto tan perjudicada que no veía otra posibilidad que volver con mis amigos a Poitou, donde esperaba que mis parientes me ayudarían, y añadí que uno de mis hermanos era abad en..., cerca de Poitiers.

Él se puso en pie, me tomó de la mano y me llevó delante de un espejo de cuerpo entero que había en el salón.

—Miraos bien, señora —dijo—, ¿vos creéis que ese rostro —añadió señalando al

espejo— debe volver a Poitou? No, señora, quedaos y haced feliz a algún gentilhombre que a cambio os haga olvidar vuestro sufrimiento. —Luego me tomó en sus brazos, me dio dos besos y me dijo, sin tantas ceremonias, que volveríamos a vernos.

Más tarde, ese mismo día, volvió el mayordomo y con mucho respeto y ceremonia me entregó una caja negra atada con una cinta escarlata y sellada con un escudo de armas que debía de ser el del príncipe. En su interior había una donación de su Alteza, o una asignación, no sé cómo llamarlo, con instrucciones a su banquero de que me pagase dos mil libras anuales, mientras durara mi estancia en París, como viuda del señor..., joyero, con motivo del horrible asesinato del que había sido víctima mi difunto marido.

La acepté con gran sumisión y protestas de agradecimiento infinito a su señor y me declaré la sierva más obediente de su Alteza en cualquier ocasión y, después de pedirle al mayordomo que le expresara a su Alteza mi reconocimiento, abrí un pequeño bargueño y saqué unas monedas que hice tintinear un poco y le ofrecí cinco *pistoles*.

Él se apartó con mucho respeto y respondió que me lo agradecía humildemente y que le presentaría mis respetos a su Alteza, pero no podía aceptar ni un centavo, pues estaba seguro de que su Alteza se enfadaría tanto que no volvería a admitirle en su presencia, aunque le expresaría mi agradecimiento. Luego añadió:

—Os aseguro, señora, que disfrutáis del favor de mi señor, el príncipe de..., más de lo que creéis. Estoy convencido de que volveréis a tener noticias suyas.

Ahora empecé a comprenderle y decidí que, si su Alteza volvía a visitarme, no me pillaría de sorpresa si es que podía evitarlo. Así que le dije que, si su Alteza me hacía el honor de volver a ir a verme, esperaba que no lo hiciera tan de improviso como la vez anterior, y que le agradecería mucho que me avisara antes. Me respondió que estaba convencido de que, cuando su Alteza decidiera visitarme, lo enviaría a él primero para avisarme, y añadió que procuraría advertirme lo antes posible.

Después, volvió todavía varias veces a propósito de mi asignación, pues era necesario cumplir con ciertas formalidades para que pudiese cobrarla sin tener que solicitar cada vez el beneplácito del príncipe. No comprendí del todo los detalles de la operación, que tardó en llevarse a cabo más de dos meses, pero, en cuanto estuvo todo arreglado, el mayordomo pasó una tarde a verme y me dijo que su Alteza tenía pensado pasar esa noche a visitarme, aunque deseaba ser recibido sin ceremonias.

Preparé no sólo mis habitaciones, sino a mí misma, y me aseguré de que a su llegada no hubiera nadie en la casa, a excepción de su mayordomo y Amy. Le pedí al mayordomo que informara a su Alteza de que mi doncella era inglesa y no entendía ni una palabra de francés, y además era persona de confianza.

En cuanto entró en mi habitación, me arrojé a sus pies antes de que pudiera

saludarme, y con palabras que había preparado de antemano, llenas de devoción y respeto, le agradecí su generosidad y la bondad que había demostrado con una pobre mujer desconsolada y oprimida por el peso de tan terrible desgracia, y me negué a levantarme hasta que me permitiera el honor de besarle la mano.

—*Levez vous done*^[10] —dijo el príncipe tomándome entre sus brazos—, tengo pensado haceros más favores que esta nadería. En el futuro encontraréis un amigo donde no lo buscasteis. Me propongo demostraros lo amable que puedo ser con alguien a quien tengo por la criatura más agradable de la tierra. —Yo llevaba una especie de medio luto, me había quitado el velo y, aunque todavía no llevaba cintas ni encajes, me había peinado de modo que me favoreciera todo lo posible, pues empezaba a comprender cuáles eran las intenciones del príncipe, que declaró que yo era el ser mas hermoso del mundo—. ¿Dónde he estado hasta ahora —dijo—, y qué mal me han servido, que hasta ahora nadie me había mostrado a la mujer más bella de Francia?

Aquél era el mejor modo de acabar con mi virtud, si hubiese tenido alguna, pues los continuos halagos me habían vuelto muy vanidosa y cada día estaba más enamorada de mí misma.

Después me dijo algunas cosas muy amables y se sentó a mi lado una hora o más. Luego se levantó, abrió la puerta de par en par, llamó al mayordomo por su nombre y exclamó:

—*A boire*^[11]!

Enseguida el mayordomo trajo una mesita cubierta con un hermoso mantel de damasco. Aunque era una mesa lo bastante pequeña para poder ser transportada entre las manos, colocó sobre ella dos botellas, una de champán y la otra de agua, seis bandejitas de plata y varios dulces en un servicio de porcelana fina, sobre un soporte de unos cincuenta centímetros de altura, debajo puso dos perdices asadas y una codorniz. En cuanto el mayordomo terminó de colocarlo todo, el príncipe le ordenó que se retirara y dijo:

—Y ahora permitidme cenar con vos. —Cuando se fue el mayordomo, me levanté y me ofrecí a servirle la comida a su Alteza, pero él se negó en redondo y exclamó—: No, mañana volveréis a ser la viuda del señor..., el joyero, pero esta noche seréis mi amada. Así que volved a sentaros y comed, o me levantaré yo mismo a servirlos.

Pensé en llamar a mi doncella, pero no me pareció apropiado, así que me excusé y le respondí que, puesto que su Alteza no quería que nos sirviera su criado, imaginaba que tampoco desearía que lo hiciese mi doncella, y que, si me permitía a mí servirle, sería para mí un honor llenarle la copa de vino, pero una vez más no quiso ni oír hablar del asunto, así que nos sentamos a comer.

—Y ahora, señora —dijo el príncipe—, permitid que deje mi rango de lado y hablemos con la libertad con la que se hablan los iguales. Mi elevada posición os

distancia de mí y os vuelve ceremoniosa. Sin embargo, vuestra belleza os eleva a tanta altura que debería hablaros como los amantes a sus amadas, aunque, como no conozco ese lenguaje, tendré que contentarme con deciros lo mucho que me agradáis, lo que me sorprende vuestra belleza y que tengo el propósito de haceros feliz y de ser feliz en vuestra compañía.

Me quedé un rato sin saber qué contestarle, me sonrojé, alcé la mirada y le respondí que ya me hacía muy feliz gozar del favor de una persona tan encumbrada y que lo único que quería de su Alteza era que me considerase infinitamente en deuda con él.

Después de comer, el príncipe me ofreció pasteles y, al ver que la botella estaba vacía, volvió a llamar a su mayordomo y le ordenó que quitase la mesa. El mayordomo se llevó los restos de comida, cambió el mantel por otro limpio y colocó la mesita en un rincón, con un elegante servicio de plata que debía de valer al menos unas doscientas *pistoles*. Luego volvió a llenar las botellas, las dejó sobre la mesa y se retiró con tanta presteza que comprendí que el hombre conocía muy bien su oficio y servía a la perfección los intereses de su amo.

Media hora más tarde, el príncipe me dijo que, puesto que un poco antes me había ofrecido a servirle, ahora me agradecería mucho que me tomase la molestia de escanciarle una copa de vino y llevársela en una bandeja con la botella de agua para mezclarla como le pareciese conveniente.

Con una sonrisa, me pidió que contemplara aquella bandeja, cosa que hice con gran admiración, pues era ciertamente muy hermosa.

—Ya veis —me dijo— que tengo intención de volver a disfrutar de vuestra compañía, pues mi criado dejará ese servicio de plata en vuestra casa para mi uso personal.

Le respondí que confiaba en que a su Alteza no le importara que careciese de lo necesario para recibir a una persona de su rango, que lo atendería lo mejor que pudiera y que me honraba infinitamente haber tenido el honor de recibir su visita.

Empezaba a hacerse tarde y él no tardó en darse cuenta.

—Pero —dijo— no puedo dejaros ahora. ¿No tendréis sitio donde alojarme por una noche?

Respondí que la hospitalidad que podía ofrecer a semejante huésped era muy humilde, y él replicó con una amable galantería que no resulta apropiado reproducir aquí y añadió que mi compañía lo compensaría de sobra.

Hacia la medianoche envió a su mayordomo a hacer un recado, después de informarle en voz alta de que tenía intención de pasar allí la noche. Poco después, el mayordomo le llevó una camisa de dormir, un par de zapatillas, dos gorros, una bufanda y una camisa, que el príncipe me entregó para que lo llevara todo a su habitación. Luego despidió a su criado, se volvió hacia mí y me pidió que esa noche

le hiciera el honor de ser a la vez su chambelán y su ayuda de cámara. Yo sonreí y le repetí que para mí sería un honor servirle en cualquier ocasión.

Alrededor de la una de la mañana, le pedí permiso para retirarme, pensando que seguiría mi ejemplo, pero él captó la indirecta y me respondió:

—No voy a acostarme todavía. Os lo ruego, venid a verme luego. —Tardé un rato en desvestirme y ponerme otro vestido, que era una especie de *déshabillé* tan elegante, fresco y hermoso que el príncipe pareció sorprenderse—. Pensaba —dijo— que no podíais vestiros mejor de lo que lo habíais hecho antes, pero ahora —afirmó— estáis mil veces más encantadora, suponiendo que eso sea posible.

—Sólo me he puesto un vestido más cómodo, mi señor —respondí—, a fin de poder atender mejor a vuestra Alteza.

Me acercó a su lado.

—No podríais estar más encantadora —dijo sentándose en la cama—. Ahora seréis una princesa y sabréis lo que significa complacer al hombre más agradecido del mundo.

Me tomó en sus brazos... No puedo entrar en los detalles de lo que ocurrió después, pero el resultado fue que pasé toda la noche en su cama.

Si he contado esta historia con tantos pormenores ha sido para poner en evidencia los siniestros métodos que emplean los poderosos para corromper a las mujeres desdichadas, pues, aunque la pobreza y la necesidad son una tentación irresistible para los pobres, la vanidad y la grandeza son irresistibles para todos. Que un príncipe que había empezado siendo mi benefactor para convertirse después en un admirador, me hiciese la corte, alabara mi belleza y afirmara que era la mujer más hermosa de Francia y me tratase como alguien capaz de compartir el lecho de un príncipe, eran cosas que sólo podría resistir una mujer sin el menor vicio o vanidad. Y en mi caso, como ya se ha dicho, yo tenía tanto el uno como la otra.

VI

Ya no me amenazaba la pobreza, al contrario: era dueña de diez mil libras, aun antes de que el príncipe hiciera nada por mí. Si hubiese sido más decidida, si me hubiera mostrado menos complaciente y hubiese rechazado el primer ataque, me habría salvado. Pero yo había perdido ya mi virtud y el demonio, que había encontrado el modo de corromperme mediante una tentación, pudo dominarme con facilidad con otra, y acabé entregándome a una persona que, aunque de alto rango, era el hombre más tentador y complaciente que he conocido en toda mi vida.

Con el príncipe insistí en la misma formalidad que con mi caballero: me resistí a consentir la primera vez, pero el príncipe me respondió que los nobles no hacen la corte como los demás mortales, sino que emplean argumentos más poderosos, y añadió con muy nobles palabras que desistían antes que los demás por lo que había que complacerlos de inmediato. Dándome a entender, con mucha delicadeza, que, cuando una mujer lo rechazaba, no podía esperarla con importunidades y estratagemas, ni establecer un largo asedio, sino que los hombres como él entraban siempre a saco y, si se les rechazaba, no atacaban por segunda vez, y lo cierto es que me pareció razonable, pues habría sido indigno de su rango asaltar largo tiempo la constancia de una mujer y el riesgo de que se descubriesen sus devaneos era mayor que en el caso de los demás hombres.

Me di por satisfecha con su respuesta y le respondí a su Alteza que compartía su opinión sobre su modo de llevar a cabo los ataques, que sus argumentos me parecían irrefutables, que nadie podría resistirse a una persona de su rango y su munificencia, y que sólo una virtud dispuesta al martirio podría oponérsele. Añadí que antes me había parecido imposible dejarme convencer, y en cambio ahora me parecía imposible lo contrario, que tanta bondad, unida a tanta grandeza, habría conquistado a una santa, y que no tenía más remedio que reconocer que me había vencido con un mérito infinitamente superior al de la conquista que había hecho.

Me respondió del modo mas halagador y me dijo muchas cosas amables que todavía hoy halagan mi vanidad, hasta que por fin me volví lo bastante orgullosa para creerle e imaginarme ser una digna amante de un príncipe.

Igual que yo le había concedido al príncipe el último favor y le había dado todas las libertades que es posible otorgar, él me dio permiso para tratarlo con toda libertad y pedirle todo lo que quisiera. Sin embargo, no le pedí nada con codicia, como si fuese una arribista interesada sólo en su dinero, sino que lo hice con tanta habilidad que, por lo general, siempre se anticipaba a mis peticiones. Lo único que me rogó fue que no me mudase de casa, tal como le había insinuado a su Alteza que tenía pensado, por no considerarla lo bastante buena para recibir sus visitas en ella. Por el contrario, afirmó que no encontraríamos en todo París una casa tan conveniente para

albergar nuestro amor, pues daba a tres calles diferentes y estaba a cubierto de las miradas indiscretas, de modo que podía entrar y salir inadvertido. Y es que una de las salidas daba a un callejón estrecho y oscuro, que en realidad era un pasaje entre dos calles, y cualquiera que entrara o saliera por esa puerta sólo tenía que asegurarse de que nadie le siguiera por el callejón antes de entrar. Comprendí que su petición era muy razonable y, en consecuencia, le aseguré que no cambiaría de residencia, en vista de que a su Alteza no le parecía indigna de él.

También me pidió que no contratara más criados, ni comprara ningún carruaje, al menos por el momento, pues o bien la gente deduciría que había heredado una fortuna y me vería importunada por la impertinencia de los admiradores que acudirían atraídos por el dinero y por la belleza de la joven viuda y entorpecerían el curso de sus visitas, o bien pensaría que alguien me mantenía y moverían cielo y tierra para averiguar de quién se trataba, y tendría espías acechándole cada vez que entrara o saliera de mi casa a quienes sería imposible engañar, y pronto sería la comidilla de todos los salones de París que el príncipe de... había tomado como amante a la viuda del joyero.

Nada pude alegar ante motivos tan justificados, y no me recaté en decirle a su Alteza que, ya que se había rebajado a hacerme suya, le debía todas las satisfacciones posibles, que estaba a su disposición, y que seguiría todos los consejos que tuviese a bien darme para evitar las intromisiones ajenas, y que, si así lo deseaba, me quedaría siempre en casa y anunciaría que había tenido que ir a Inglaterra a atender los asuntos de mi marido y que no se esperaba mi regreso hasta al cabo de un año o dos. Mi propuesta le satisfizo mucho, aunque declaró que de ningún modo toleraría un confinamiento que acabaría perjudicando mi salud, por lo que prefería que alquilase una casa de campo en algún pueblo lejos de la ciudad, donde nadie me conociera, y fuese allí de vez en cuando a airearme un poco.

A mí no me importaba encerrarme en casa y le expliqué a su Alteza que ningún lugar sería una prisión si podía disfrutar de sus visitas, así que rechacé la oferta de la casa de campo, que habría supuesto tener que alejarme de él y disfrutar menos de su compañía, e hice que lo dispusieran todo para que la casa pareciera cerrada. Amy se dejaba ver de vez en cuando y, si alguno de los vecinos o alguna criada le preguntaba por mí, respondía en francés macarrónico que había partido a Inglaterra para atender los asuntos de mi marido, y aquella explicación no tardó en conocerse en todo el barrio. Debo decir que los habitantes de París, y sobre todo las mujeres, son los chismosos más curiosos e impertinentes del mundo respecto a la conducta de sus vecinos, aunque no hay en todo el universo mayores intrigantes que ellos, y tal vez sea ése precisamente el motivo, pues es un hecho conocido y demostrado que:

Oscuras intrigas requieren secreto y artería,

los más culpables son los primeros espías.

Su Alteza dispuso así del acceso más cómodo y discreto a mí que pueda imaginarse, y raras veces dejó de venir al menos dos o tres noches por semana, y en ocasiones incluso se quedaba dos o tres noches seguidas. En cierta ocasión afirmó que había decidido abusar de mi hospitalidad, pues quería saber lo que se sentía al estar prisionero, así que informó a sus criados de que tenía intención de instalarse en..., donde iba a cazar con frecuencia, y que no volvería hasta al cabo de una quincena. Y todos esos días los pasó conmigo sin salir de casa ni un instante.

Ninguna mujer de mi condición ha vivido quince días tan agradables, pues ¿qué podía ser más placentero para una mujer tan vanidosa como yo que disfrutar de la presencia de un príncipe exquisito y bien educado, conversar con él todo el día y encandilarlo, como él decía, de noche?

Para completar la felicidad de aquella época, no debo olvidar que el diablo me hizo otra jugarreta y permitió que disfrutara de aquel amor como si fuese lícito. Resistirse a un príncipe de semejante grandeza y majestad, tan infinitamente superior a mí y que se había presentado de un modo tan generoso, habría sido imposible para cualquiera, por lo que consideré que era legítimo no hacerlo, convencida como estaba además de que era soltera y carente de compromisos de ningún tipo con otros hombres, debido a la inexplicable ausencia de mi marido y del asesinato de mi caballero, que había pasado por ser mi segundo esposo.

Sin duda me resultó fácil persuadirme de la verdad de semejante doctrina porque redundaba en mi comodidad y tranquilidad de conciencia que así fuera.

Es fácil engañarse respecto a lo que se desea,
y de buen grado creemos lo que ansiamos.

Además, yo no disponía de casuistas que despejaran mis dudas, el mismo demonio que me metió esa idea en la cabeza me animaba a ir a ver a un cura y, con la excusa de la confesión, exponerle el caso con detalle para ver si concluía que no había en él ningún pecado o me absolvía con alguna pequeña penitencia. Estuve tentada de comprobarlo, pero no sé qué escrúpulo me lo impidió y no logré hacerme a la idea de mezclarme con aquellos curas. Y, aunque resulte extraño que yo, que había prostituido de aquel modo mi castidad, y abandonado todo sentido de virtud en dos ocasiones, y que estaba viviendo ahora una vida de franco adulterio, tuviera algún tipo de escrúpulo, sin embargo lo tenía. Razonaba conmigo misma que no podía engañarme en cuestiones consideradas sagradas, que no podía ser de una opinión hoy y de otra mañana, ni ir a confesarme sin saber siquiera cómo se hacía, porque el cura repararía en que yo era hugonote y me arriesgaba a complicarme la vida. En suma, aunque fuese una prostituta, era una prostituta protestante, y bajo ningún concepto

podía actuar como si fuese papista.

Pero, como digo, me contenté con la sorprendente excusa de que, por ser irresistible, era también legítimo, pues el cielo no permitiría que se nos castigara por algo que no podíamos evitar y, con tan absurdos razonamientos, conseguí que no me remordiera la conciencia a propósito de aquel asunto, y me sentí tan convencida de su legitimidad como si hubiese estado casada con el príncipe y nunca hubiese tenido otro marido. Así de fácil resulta dejarse enredar por la maldad y poner freno a nuestra conciencia, y, una vez adormilado ese centinela, no despertará mientras la marea de los placeres siga subiendo, hasta que algo siniestro y terrible nos haga recobrar el sentido.

Confieso que me pasma la estupidez que ofuscó mi espíritu todo ese tiempo, los vapores letárgicos que entumecieron mi alma y cómo fue posible que yo, que en la ocasión anterior, en que la tentación había sido mucho más irresistible, y los argumentos más convincentes, había vivido presa de una inquietud continua por la vida malvada que llevaba, pudiera vivir ahora en la más profunda tranquilidad y con una paz constante, e incluso contenta y satisfecha, pese a estar cometiendo un adulterio aún más flagrante que antes; pues mi caballero, que me había llamado su esposa, al menos tenía la excusa de que su mujer lo había abandonado y se había negado a cumplir con su deber marital, y de que mis propias circunstancias eran idénticas, pero el príncipe, además de la princesa, que era una dama hermosa y refinada, tenía otras dos o tres amantes aparte de mí, y sin el menor escrúpulo.

No obstante, ya digo que, por mi parte, disfrutaba de una completa tranquilidad e, igual que el príncipe era mi única deidad, yo me convertí en su ídolo. Y no sé cómo sería con su princesa, pero estoy segura de que sus otras amantes lo notaron y, aunque nunca llegaron a descubrirme, me consta que adivinaron, con razón, que su señor tenía una nueva favorita que les estaba robando su tiempo, y tal vez privando de parte de su generosidad. Y ahora debo hablar de los sacrificios que hizo a su ídolo, que no fueron pocos.

Además de amarme como un príncipe me recompensó como tal, pues aunque declinó convertirme en una figura pública, como he contado antes, me dio a entender que no lo hacía por ahorrarse los gastos que eso le habría supuesto y afirmó que me compensaría de otro modo: en primer lugar, me envió un lavabo con todos los adminículos de plata, incluso el marco de la repisa, y luego me regaló la mesita y el servicio de plata para la casa del que he hablado previamente, con todos sus accesorios de plata maciza, y así, aunque me hubiera pasado la vida entera buscando algún objeto de plata que todavía no tuviera para pedírselo, no lo habría encontrado.

Luego ya no pudo regalarme más que joyas y vestidos, o dinero para comprarlos; envió al mayordomo al mercero y me compró un vestido de seda con brocados de oro, otro de plata y otro de carmesí, de modo que tuve tres vestidos que no habría

desdeñado lucir la mismísima reina de Francia. Como no salía nunca a la calle, los reservé para cuando dejase de llevar luto, aunque me los ponía, uno tras otro, siempre que su Alteza venía a visitarme.

Aparte de aquéllos, me regaló al menos cinco vestidos de mañana, para que no tuviera que repetir nunca la misma ropa, y además añadió varios paquetes de ropa de cama fina y de encaje, que casi no tenía sitio donde guardar.

Una vez me tomé la libertad de decirle que era demasiado generoso y que le salía demasiado cara como amante, que sería su sierva más fiel por mucho menos dinero, y que no me daba ocasión a pedirle nada, pues me regalaba tantas cosas hermosas que apenas tenía ocasión de ponérmelas o utilizarlas, a menos que llevase un elevado tren de vida, cosa que ni a él ni a mí nos convenía. Él sonrió, me tomó en sus brazos y respondió que estaba decidido a que, mientras fuese suya, no pudiera pedirle nada, sino que sería él quien me pediría nuevos favores a mí.

Después de levantarnos, pues aquella conversación tuvo lugar en la cama, quiso que me pusiera mi mejor vestido. Era un día o dos después de que me hubieran terminado y llevado a casa los tres vestidos, y le dije que, si le parecía bien, me pondría su preferido. Me preguntó cómo iba a saber el que más le gustaba si todavía no los había visto. Le respondí que tendría que adivinarlo, así que me fui y volví con el vestido de los brocados de plata, una cinta de encaje sobre la cabeza que en Inglaterra habría costado doscientas libras esterlinas y todo lo acicalada que pudo vestirme Amy, que sabía muy bien cómo hacerlo. Así salí de mi vestidor que comunicaba a través de una puerta basculante con su dormitorio.

El príncipe me miró atónito y se quedó sentado en la cama un buen rato, contemplándome sin decir palabra, hasta que me acerqué, hincé una rodilla en el suelo y, casi a la fuerza, le besé la mano. Él me ayudó a incorporarme, se puso en pie y, al ir a cogerme en brazos, reparó en que las lágrimas me corrían por las mejillas.

—Amiga mía —dijo en voz alta—, ¿qué significan estas lágrimas?

—Mi señor —respondí, al cabo de un rato, pues me faltaban las palabras—, os ruego que creáis que no son lágrimas de tristeza, sino de alegría. Es imposible verse arrancada de la miseria en la que había caído y estar en brazos de un príncipe tan bueno y generoso que me trata de este modo. Es imposible, mi señor —insistí—, contener la alegría, y por eso se manifiesta mediante un exceso proporcional a vuestra inmensa generosidad y al afecto con que trata su Alteza a una criatura inferior como yo...

Sería un poco novelesco repetir aquí todas las cosas amables que me dijo en esa ocasión, pero no puedo omitir un pasaje: al ver cómo las lágrimas corrían por mis mejillas, sacó un fino pañuelo de batista y quiso enjuagarlas con él, pero se contuvo, como si temiera estropearme el maquillaje, y me entregó el pañuelo y me pidió que lo hiciera yo misma. Yo adiviné su temor y le respondí con una especie de amable

desdén.

—¡Cómo, mi señor! —dije—. ¿Será posible que, a pesar de lo mucho que me habéis besado, no sepáis que no uso maquillaje? Comprobad vos mismo que no os engaño, y permitid que os diga que no os he engañado con falsos colores.

Volví a entregarle el pañuelo, le cogí de la mano y le hice frotarme la cara con tanta fuerza que temió hacerme daño.

Pareció más sorprendido que nunca y juró, y fue la primera vez que le oí hacerlo, que jamás habría creído que nadie tuviera una piel así sin maquillarse.

—Pues bien, mi señor —insistí—, vuestra Alteza tendrá ahora una nueva demostración, para que os convenzáis de que lo que vos consideráis belleza es sólo obra de la naturaleza.

Y, con esas palabras, fui hasta la puerta e hice sonar una campanita para llamar a mi doncella y le pedí que me trajera un vaso lleno de agua caliente, cosa que hizo. Luego le hice notar a su Alteza que era agua tibia y me lavé la cara en su presencia. No pudo quedar más convencido, pues la prueba era irrefutable, y me besó las mejillas y los pechos un millar de veces entre expresiones de la mayor sorpresa imaginable.

Lo cierto es que mi figura no era de las que dejan indiferente. Aunque había tenido dos hijos con mi caballero y cinco con mi verdadero marido, conservaba un físico nada despreciable y mi príncipe (debe permitírseme la vanidad de llamarlo así) me miró mientras iba de un extremo a otro de la habitación, y por fin me llevó a la parte más oscura, se colocó detrás de mí y me pidió que alzara la cabeza; luego me puso las manos alrededor del cuello, como si quisiera comprobar lo fino que era, pues era largo y estrecho, y me lo sujetó con tanta fuerza que le dije que me estaba haciendo un poco de daño. Yo no sabía por qué lo hacía y no tenía ni la menor sospecha de que lo estaba midiendo. Guando me quejé de que me hacía daño, aflojó un poco y, medio minuto después, me condujo a un espejo de cuerpo entero y hete aquí que vi que tenía un hermoso collar de diamantes alrededor del cuello. Yo no me había dado ni cuenta de lo que hacía y si toda la sangre de mi cuerpo no subió a mi cara, mi cuello y mis pechos, debió de ser a causa de alguna obstrucción en los vasos sanguíneos. La vista de aquel collar me encendió en llamas, y me quedé embelesada ante lo que me estaba pasando.

Sin embargo, para demostrarle que no era indigna de recibir sus regalos, me volví hacia él.

—Mi señor —dije—, vuestra Alteza está decidida a conquistar con su generosidad la gratitud de sus sirvientes, y sólo dais ocasión a que os demos las gracias, aunque también carezcan de significado, pues no guardan proporción con ella.

—Me gusta, amiga mía —respondió—, que las cosas sean como deben ser: un

hermoso vestido y unas enaguas, un peinado con una cinta de encaje, un rostro y un cuello tan hermosos sin un collar no habrían sido un objeto perfecto. Pero ¿por qué os ruborizáis, amiga mía?

—Mi señor —repliqué—, todos vuestros presentes me sonrojan, pero, por encima de todo, me azoro al recibir lo que tan poco merezco y tan mal puedo agradecer.

En eso soy una prueba viviente de la debilidad de los grandes hombres ante sus vicios. No dudan en malgastar enormes fortunas en las criaturas más indignas, o, por decirlo en una palabra, en aumentar a su capricho el valor del objeto que pretenden adquirir. Aumentar su valor, digo, a sus propias expensas, y ofrecer valiosos regalos a cambio de un favor ruinoso, y que se aleja tanto de su precio que nada resulta tan absurdo como el coste al que los hombres compran su propia destrucción.

A la vista de aquellos modos tan fastuosos tendría que haberme hecho algunas justas reflexiones, pero mi conciencia estaba, como he dicho, muda y no sentía remordimiento alguno por mi perversidad. Además, mi engreimiento había crecido hasta tales alturas que apenas quedaba sitio para tales reflexiones.

Aun así había veces en que no podía sino contemplar con perplejidad la locura de algunos hombres de alta cuna que, tan ricos como pródigos, permiten que los miembros más escandalosos de nuestro sexo se tomen libertades sin límites y garantizan así tanto su propia perdición como la de ellas.

Que yo, que sabía lo que había sido pocos años antes, la abrumada de dolor, ahogada en lágrimas, aterrada por la perspectiva de la indigencia y que había estado rodeada de harapos y niños sin padre; que había tenido que empeñar esos mismos harapos para comprar comida y me había sentado en el suelo desesperada y convencida de que iba a morir de hambre hasta que se llevaron a mis hijos para ponerlos a cargo de la parroquia; que me había prostituido después para asegurarme el pan y, abandonando toda conciencia y virtud, había vivido con el marido de otra mujer; que yo, a quien despreciaban todos mis parientes y los de mi marido, que estaba tan sola y desamparada que no sabía a quién acudir para que me librara de la miseria; que yo, digo, disfrutara ahora de las atenciones de un príncipe a cambio del honor de disponer de mi cuerpo prostituido, tan vulgar para sus inferiores que poco tiempo antes tal vez yo misma no lo habría negado a uno de sus lacayos a cambio de un poco de pan, no podía sino llevarme a reflexionar sobre la brutalidad y la ceguera de la humanidad, al ver cómo, sólo porque la naturaleza me había dado una piel hermosa y unos rasgos agradables, el cebo de la belleza despertaba sus apetitos y la impulsaba a hacer toda clase de cosas sórdidas e inconcebibles con tal de poseerla.

Por ese motivo me he extendido tanto sobre el cariño con que me trataban tanto el joyero como el príncipe, no para convertir mi historia en un incentivo para el vicio, del que ahora tan tristemente me arrepiento (quiera Dios que nadie haga tan mal uso de algo tan bienintencionado), sino para dibujar con exactitud el retrato de un hombre

esclavizado por la furia de sus apetitos y mostrar cómo desfigura la imagen de Dios en su alma, destrona a su razón, obliga a abdicar a su conciencia, y exalta a los sentidos al trono vacío. Cómo, en suma, depone al hombre y encubre a la bestia.

¡Oh!, si pudiésemos oír ahora los reproches que se hizo después aquel gran hombre, cuando se cansó de su admirada criatura y se hartó de su vicio, qué provechosos serían para el lector de esta historia. Y aún habrían sido mucho más amargos si hubiera sabido la triste historia del papel que yo había desempeñado hasta entonces en el mundo. Pero ya volveré a eso más tarde.

VII

Viví casi tres años en aquella especie de alegre retiro, y en ese tiempo ningún amor semejante se vio nunca tan exaltado, la munificencia del príncipe no tenía límites y no podía darme más, ni para vestir, ni para comer ni beber, de lo que me dio desde el primer momento.

A partir de entonces, empezó a regalarme dinero con frecuencia y en abundancia. Cien *pistoles* las más de las veces, y nunca menos de cincuenta. Y debo hacerme justicia al decir que siempre me mostré reticente a aceptarlo y no ávida y avariciosa. No es que mi temperamento no fuese codicioso, ni que dejara de darme cuenta de que aquélla era mi cosecha, que más me valía recoger porque no duraría mucho, sino que su generosidad siempre se anticipaba a mis expectativas e incluso a mis deseos, y me daba el dinero con tanta prodigalidad que era como si me cubriera literalmente con él sin que tuviera ocasión de pedírselo. Así que, antes de que pudiera gastar cincuenta *pistoles*, él me había dado ya cien.

Cuando llevaba casi un año y medio en sus brazos, quedé encinta. No le dije nada hasta estar segura de que no me engañaba, y una mañana en que estábamos en la cama le dije:

—Mi señor, dudo de que vuestra Alteza no se haya parado a pensar en lo que sucedería si tuviese el honor de quedar encinta de vos.

—Desde luego, amiga mía, si tal cosa ocurriera, podríamos tenerlo. Espero que eso no os preocupe.

—No, mi señor —dije—, me consideraría muy afortunada si pudiera daros un hijo, y esperaría verlo convertido en teniente general del ejército de su majestad, gracias al interés de su padre y a sus propios méritos.

—Podéis creer, querida —respondió—, que si tal cosa llegara a suceder, no me negaría a reconocerlo como hijo mío, aunque fuese, como suele decirse, un hijo natural; y nunca lo despreciaría o desatendería por el afecto que siento por su madre.

Luego empezó a importunarme, para saber si era así, pero yo me negué a confirmárselo hasta que pude darle la satisfacción de saberlo por sí mismo, por los movimientos del niño que llevaba dentro.

Aquel descubrimiento lo llenó de alegría, pero insistió en que ahora se hacía completamente necesario que abandonara mi confinamiento, que —según afirmó— había observado sólo por su causa, y alquilara una casa en el campo, tanto por mi salud como por garantizar la discreción hasta el momento del parto. A mí no me gustó mucho la idea, pero el príncipe, que era un hombre de mundo, tenía, al parecer, varias casas así, que debía de utilizar en ocasiones parecidas. Así que dejó todo en manos de su mayordomo, que me proporcionó una casa muy cómoda a unos seis kilómetros al sur de París, en el pueblo de..., donde dispuse de unas habitaciones

agradables, hermosos jardines y todo género de cosas a mi entera satisfacción. Tan sólo hubo una que me disgustó, y es que enviaron a una vieja a cuidar de la casa y para que preparase todo lo necesario para el parto y el viaje.

Aquella mujer me disgustaba porque tenía la impresión de que me espiaba o (como me asustaba a veces imaginar) de que la habían enviado para despacharme de este mundo aprovechando la ocasión del parto. De modo que cuando, al cabo de pocos días, su Alteza acudió a verme, aproveché para quejarme de lo de la vieja, y con mucha labia y a fuerza de razonamientos lo persuadí de que no resultaba conveniente, de que era arriesgado por su parte y de que acabaría por descubrirnos a ambos. Además le aseguré que mi criada, al ser inglesa, ignoraba quién era su Alteza, a quien yo siempre me refería como «el conde de Clerac», y eso era lo único que sabría nunca de él. Añadí además que, si me permitía elegir a mis criados, todo estaría tan bien organizado que ninguno sabría quién era y nadie llegaría a ver siquiera su rostro, y, en cuanto al reconocimiento del niño, su Alteza, que había estado solo en el momento de su concepción, podría, si así lo deseaba, estar presente en la habitación, sin necesidad de testigos.

Aquel discurso le satisfizo totalmente y ordenó a su mayordomo que despidiera a la vieja ese mismo día y, sin la menor dificultad, envié a Amy a Calais, y de allí a Dover, donde contrató a una comadrona y una enfermera inglesas para cuidar de una señora inglesa de alcurnia, tal como me llamó, los cuatro meses siguientes. Acordó pagarle a la comadrona quinientas guineas y los gastos de traslado hasta París y de vuelta a Dover. La pobre mujer que iba a ser mi enfermera recibió veinte libras, aparte de los gastos para el viaje.

Me alegré mucho cuando volvió Amy porque junto con la comadrona trajo a una mujer muy maternal que era su ayudante y resultó ser muy amable y servicial. Amy habló también con un médico de París, por si necesitábamos sus servicios. Una vez estuvo todo dispuesto, el conde, pues así lo llamábamos todos en público, vino a verme con tanta frecuencia como yo habría podido desear y siguió mostrándose tan extraordinariamente amable como hasta entonces. Un día estábamos conversando sobre mi estado y le dije que, aunque todo estaba previsto, tenía la extraña aprensión de que moriría al dar a luz.

Él sonrió.

—Eso mismo dicen todas las mujeres, amiga mía, cuando están encintas.

—En todo caso, mi señor —repuse—, justo es asegurarse de que no se pierdan los presentes que me habéis hecho de forma tan generosa. Y saqué de mi regazo un papel doblado, pero no sellado, y se lo leí. En él disponía que, en caso de que sucediera una desgracia, mi doncella se encargase de devolverle a su Alteza toda la plata, las joyas y los muebles que me había dado, y le entregara de inmediato las llaves a su mayordomo.

Luego le recomendé que le diese cien *pistoles* a Amy cuando le hiciese entrega de las llaves, como se ha dicho, a su mayordomo y que éste le firmase un recibo.

—Mi querida niña —dijo tomándome entre sus brazos al ver aquello—, ¿así que habéis hecho testamento y dispuesto de todos vuestros bienes? Y, decidme, ¿a quién habéis nombrado vuestro heredero universal?

—Lo he hecho sólo para hacer justicia a vuestra Alteza, en caso de mi muerte —respondí—, y ¿a quién iba a dejarle todas las cosas valiosas que he obtenido de vuestras manos, como testimonios de vuestro favor y generosidad, sino a quien tuvo a bien regalármelas? Si el niño viviera, no dudo de que vuestra Alteza obraría como es debido y estoy convencida de que sabréis cómo orientarle.

Vi que eso le alegraba mucho.

—He abandonado a todas las mujeres de París por vos —dijo—, y desde el momento en que os conocí he vivido sólo para comprobar que merecéis todo lo que un hombre de honor pueda hacer por una mujer. No tengáis cuidado, amiga mía, espero que no muráis, pero todo lo que tenéis es vuestro y podéis hacer con ello lo que os plazca.

Me faltaban sólo dos meses para dar a luz y pasaron muy deprisa. Llegado el momento, dio la feliz casualidad de que él estaba en la casa, por lo que le pedí que se quedara unas horas más, a lo que él accedió. Invitaron a su Alteza a entrar en la habitación, si así lo deseaba, tal como yo le había ofrecido, y, como quería que estuviera presente, mandé que le dijeran que trataría de gritar lo menos posible para no molestarle. El entró en la habitación y me pidió que tuviera valor, pues pronto terminaría todo, y volvió a salir. Y, al cabo de una media hora, Amy le comunicó la noticia de que había dado a luz a un precioso niño. El príncipe le entregó diez *pistoles* por la noticia, esperó a que todo estuviese dispuesto y luego volvió a entrar en la habitación, me felicitó y habló con amabilidad y miró al niño, luego se marchó y regresó al día siguiente a visitarme.

Desde entonces, cuando rememoro todas estas cosas con ojos no velados por el crimen, cuando veo mi pecado bajo una luz más clara y con sus verdaderos colores, sin estar cegada por las apariencias brillantes que me deslumbraron en aquel momento, y cuando, como les ha ocurrido también a otros, vuelvo a ser dueña de mi misma, me he preguntado a menudo con qué placer o satisfacción podía contemplar el príncipe a aquel pobre niño inocente, que, aunque era suyo y por tanto podía inspirarle cierto afecto, debía recordarle siempre su falta y, lo que es peor, llevaría encima, de forma inmerecida, la eterna marca de la infamia, por la que siempre se le reprocharía la locura de su padre y la maldad de su madre. Para los grandes el mantenimiento de los hijos naturales, o bastardos, no supone ninguna carga: ése es el principal motivo de aflicción en otros casos, en los que no es posible garantizar su subsistencia sin recurrir a la fortuna de la familia. En esos casos, o sufren los hijos

legítimos, lo que resulta antinatural, o la desdichada madre del niño ilegítimo tiene la terrible desgracia de ver cómo la echan a la calle con su hijo para morir de hambre, o cómo envían al niño, a cambio de una cantidad irrisoria, con una de esas mujeres verdugo, que, como suele decirse, les quita el problema de las manos, es decir, los matan de hambre y acaban asesinandolos. Los grandes, digo, se libran de esa carga porque siempre pueden sufragar los gastos de su descendencia ilegítima, haciendo pequeñas contribuciones al banco de Lyon o al Ayuntamiento de París, y estableciendo que dichas sumas se dediquen a sufragar los gastos que ellos consideren convenientes.

Así, en el caso de aquel hijo mío, mientras el príncipe y yo seguimos haciendo buenas migas, no fue necesario establecer ninguna disposición para asegurar el mantenimiento del niño o su nodriza, pues me dio más que suficiente para ambas cosas, pero después, cuando el tiempo y cierta circunstancia particular pusieron fin a nuestra relación, como ocurre siempre con estas cosas, que siempre acaban bruscamente, descubrí que había asignado al niño una pensión, en forma de renta anual, en el banco de Lyon, que bastaba para asegurar su educación, aunque de forma privada, como digno descendiente de su padre, aunque a mí se me dejara de lado y el niño no supiera nada de su madre hasta hoy como se contará más tarde.

Pero por volver a la observación que estaba haciendo, que espero pueda ser de utilidad a quienes lean mi historia, me maravillaba ver a aquella persona tan feliz con el nacimiento del niño, pues pasaba mucho rato sentado contemplándolo muy serio, y en particular reparé en que le gustaba mirarlo cuando estaba dormido.

Lo cierto es que era encantador y tenía una vivacidad muy poco habitual en un niño tan pequeño, y el príncipe afirmaba a menudo que el crío tenía algo fuera de lo común y que no dudaba de que llegaría a ser un gran hombre.

Me costaba mucho oírle hablar así y, aunque sus palabras me complacieran secretamente, me afectaban de tal modo que no podía contener los suspiros y a veces las lágrimas. Hubo una vez en particular en que me afectó de tal manera que no pude ocultárselo y, cuando vio las lágrimas corriendo por mis mejillas, se conmovió tanto que tuve que hablarle con franqueza:

—Me apena mucho, mi señor —dije—, pensar que, por muchos que sean los méritos de esta pequeña criatura, tendrá siempre una barra de bastardía en su escudo. El desastre de su nacimiento será siempre no sólo una mancha en su honor, sino un obstáculo para hacer fortuna en el mundo; nuestro afecto será siempre su aflicción y el crimen de la madre, el reproche del hijo. Ni los actos más gloriosos podrán borrar esa mancha y, si vive para tener una familia, la infamia pasará incluso a su inocente descendencia.

El príncipe se quedó pensativo y luego me confesaría muchas veces que lo había impresionado mucho más de lo que me dio a entender entonces, aunque en aquel

momento zanjó la cuestión diciéndome que esas cosas eran inevitables, que servían de acicate al espíritu de los hombres valientes, les inspiraban principios caballerescos y les empujaban a cometer acciones valerosas. Y que, aunque pudiera ser cierto que la ilegitimidad llegase a mancillar su nombre, la virtud personal ponía a un hombre de honor por encima de un nacimiento reprochable, pues quien no había participado en el crimen no tenía por qué preocuparse de la mancha y, si sus méritos lo ponían fuera del alcance del escándalo, su fama borraría el recuerdo de su origen. Añadió que era frecuente que los hombres de alcurnia cometieran aquellos deslices, y por eso el número de hijos naturales era tan grande, pero por lo general se ocupaban de su educación y muchos de los hombres más importantes del mundo tenían una barra de bastardía en su escudo, sin que eso tuviera consecuencias para ellos, sobre todo cuando su fama empezaba a crecer y estaba basada en sus propios méritos, y después me enumeró algunas de las familias más importantes de Francia e Inglaterra.

Aquel asunto fue a menudo nuestro tema de conversación, pero un día yo fui más lejos y desvié la conversación del futuro que esperaba a nuestro hijo y aludí a los reproches que podría hacernos a nosotros, sus progenitores, y, como me expresé con cierto acaloramiento, él se impresionó más de lo que yo pretendía. Por fin me dijo que le había hablado casi como un confesor y que tal vez estuviera predicando una doctrina más peligrosa de lo que nos gustaría tanto a él como a mí.

—Pues, mi querida amiga, si alguna vez hablamos de arrepentimiento, tendremos que hablar también de separarnos.

Si antes las lágrimas habían corrido por mis mejillas, ahora me volví inconsolable y mi aspecto le convenció sobradamente de que nunca había pensado en llegar tan lejos y de que no podía siquiera pensar en separarme de él.

Me dijo muchas cosas amables dignas de su grandeza y, quitándole importancia a nuestro crimen, añadió que él tampoco podría separarse de mí. De modo que puede decirse que, incluso en contra de nuestra conciencia y convicción, decidimos seguir pecando. De hecho, el cariño que sentía por el niño era un lazo muy fuerte, pues lo quería mucho.

Dicho niño llegó a ser un hombre notable. Primero fue oficial de la guardia *du Corps* de Francia, luego coronel de un regimiento de dragones en Italia, y en muchas ocasiones demostró ser digno hijo de su padre, merecedor de un nacimiento legítimo y de una madre mejor, como contaré más adelante.

VIII

Creo que puedo decir que vivía como una reina, o, si debo admitir que mi condición seguía siendo la de una prostituta, diré que estaba convencida de ser la reina de las prostitutas, pues nunca mujer alguna fue más apreciada ni cuidada por un hombre de semejante rango en calidad de amante. Yo tenía, sin duda, un defecto que normalmente no puede reprochárseles a las mujeres en dichas circunstancias: no ansiaba nada de él, nunca en toda mi vida le pedí nada, ni permití que nadie me utilizara, como les ocurre a menudo a las amantes, para pedir favores para otros. Su generosidad siempre me impidió lo primero y mi estricto retiro lo segundo, cosa que me benefició a mí tanto como a él.

El único favor que le pedí fue para su mayordomo, que había estado siempre en el secreto de nuestra relación, y que una vez lo ofendió tanto, mediante ciertas omisiones de su deber, que no quiso hacer las paces con él. El hombre fue a exponerle el caso a mi doncella, y le rogó que hablase conmigo y que me pidiera que intercediese en su favor, cosa que hice y, gracias a mí, fue perdonado y admitido de nuevo en presencia del príncipe. Y aquel perro desagradecido me devolvió el favor metiéndose en la cama de Amy, su benefactora, cosa que me enfadó mucho, aunque Amy respondió que la culpa era tan suya como de él, que amaba a aquel hombre de todo corazón y que estaba convencida de que, de no habérselo pedido él, se lo habría pedido ella. Eso me tranquilizó, y tan sólo le exigí que no le dijese a nadie que yo lo sabía.

Podría haber entreverado esta parte de mi relato con muchas situaciones y coloquios agradables que tuvieron lugar entre Amy y yo, pero he preferido omitirlos en beneficio de mi propia historia, que es ya de por sí tan extraordinaria. En cualquier caso, debo decir algo a propósito de Amy y su mayordomo: le pregunté a Amy de qué manera habían llegado a intimar tanto, pero Amy parecía reacia a explicarse. No quise apremiarla con esa pregunta, pues sabía que podría haberme respondido con otra diciendo: «¿Y cómo llegasteis vos a intimar tanto con el príncipe?», así que renuncié a saber más, hasta que, pasado un tiempo, ella me lo contó por propia voluntad. Al final todo se reducía a esto: a tales señores tales criados; habían pasado tantas horas esperando en el piso de abajo mientras su señor y su señora estaban arriba que acabaron por preguntarse por qué no iban a hacer ellos abajo lo que nosotros hacíamos arriba.

Por ese motivo no tuve ánimos para enfadarme con Amy. Claro que me preocupó la posibilidad de que ella también pudiera estar encinta, pero no fue así y no hubo que lamentar daños mayores, pues, como se recordará, Amy ya se había entregado antes, igual que su señora, y además con la misma persona.

Cuando pude levantarme y pusimos al niño con una buena nodriza, me apeteció

volver a París antes de que llegase el invierno, cosa que hice. Pero, como ahora tenía caballos y un carruaje, gracias a la asignación que me había concedido mi señor, me tomé la libertad de llevarlos de cuando en cuando a París para dar un paseo por los jardines de las Tullerías y otros lugares agradables de la ciudad. Un día a mi príncipe (si se me permite llamarlo así) se le ocurrió sacarme a pasear pero, para poder hacerlo sin que nadie lo reconociera, pasó a recogerme en el carruaje del conde de..., un gran oficial de la corte, e incluso con sus lacayos, de modo que fuese imposible saber por el carruaje quién era yo o con quién estaba. Y, para que el disfraz fuese todavía mas completo, me recogió en casa de un modisto al que iba a visitar a veces, aunque no fuese cosa mía saber si era por sus otros amoríos o no. Yo no tenía ni idea de adónde pretendía llevarme, pero cuando estuvo conmigo en el carruaje ordenó a sus criados que nos condujesen a la corte, donde quería mostrarme parte del *beau monde*. Yo le respondí que no me importaba dónde fuésemos, siempre que tuviese el honor de estar en su compañía. Así que me condujo al hermoso palacio de Meudon, donde vivía el delfín. Un criado al que él conocía nos procuró un alojamiento discreto, donde nos instalamos los tres o cuatro días que pasamos allí.

En el tiempo que duró nuestra estancia, el rey pasó por allí a su vuelta de Versalles y, aunque se quedó muy poco tiempo, visitó a madame la delfina, que todavía vivía por entonces. Como estaba conmigo, el príncipe prefirió guardar el incógnito y, cuando se enteró de que el rey estaba en los jardines, se encerró en su alojamiento, pero el caballero en cuyas habitaciones estábamos instalados salió con su dama y otras personas a ver al rey y yo tuve el honor de acompañarles.

Después de ver al rey, no nos entretuvimos mucho tiempo en los jardines, cruzamos la enorme terraza y, al atravesar el vestíbulo en dirección a la gran escalinata, vi algo que me dejó tan confundida como creo que habría dejado a cualquier mujer: la guardia montada, o, como los llaman en Francia, los gendarmes, estaban de servicio o acababan de pasar revista o algo por el estilo (no supe muy bien qué), pero el caso es que, entrando en el cuerpo de guardia, con las botas de montar y un uniforme de gala como el que lleva la guardia cuando está de servicio en St. James Park, vi para mi inexpresable confusión al señor..., mi primer marido, el cervecero.

No había confusión posible, pues pasé tan cerca de él que casi lo rocé con mis vestidos, y lo miré a la cara tapándome con el abanico para que no pudiera verme bien. De cualquier modo, le reconocí e incluso le oí hablar, lo que no fue sino otro modo de reconocerlo. Además, me quedé tan atónita y sorprendida por aquel reencuentro que di unos pasos, me volví y le pregunté no sé qué cosas a una dama que iba conmigo, mientras fingía contemplar el enorme vestíbulo y el cuerpo de guardia, aunque en realidad me estaba fijando en su uniforme para poder informarme mejor después.

Mientras entretenía a aquella dama con mis preguntas, él se dirigió a otro hombre

vestido con el mismo uniforme y ambos pasaron a mi lado y para mi satisfacción, o mi descontento, tóme-se como se quiera, los oí hablar en inglés, pues al parecer el otro era también inglés.

Luego interrogué a la dama acerca de otras cuestiones.

—Decidme, señora —dije—, ¿quiénes son estos soldados? ¿Son miembros de la Guardia Real?

—No —respondió—, son gendarmes. Supongo que el rey se habrá hecho acompañar por un pequeño destacamento, pero no forman parte de la Guardia de su Majestad.

Otra señora que había al lado dijo:

—No, señora, os equivocáis. He oído decir que los gendarmes están aquí por una orden especial, pues algunos han de partir al Rin, y están esperando órdenes, pero mañana volverán a Orleáns, donde les están esperando.

Eso me satisfizo en parte, pero después me las arreglé para averiguar a qué regimiento pertenecían los soldados y me enteré de que estarían todos en París a la semana siguiente.

Dos días más tarde, volvimos a París y le dije a mi señor que había oído decir que los gendarmes estarían en la ciudad la semana siguiente y que me encantaría verlos desfilar. Era tan amable que bastaba con que yo mencionara un deseo semejante para que me lo concediese al instante. Así que mandó a su mayordomo (ahora lo llamaré el mayordomo de Amy) que me consiguiera un sitio en cierta casa para que pudiera asistir al desfile.

Como el príncipe no quiso ir conmigo, tuve ocasión de llevar a mi doncella y me instalé cómodamente para observar lo que quería ver. Le conté a Amy lo que había visto y ella se mostró tan ansiosa como yo de comprobarlo y casi tan sorprendida. En una palabra, los gendarmes entraron en la ciudad como estaba previsto, y ofrecieron un magnífico espectáculo con sus uniformes y armas relucientes mientras llevaban sus estandartes a que los bendijera el arzobispo de París. Iban todos muy alegres y desfilaban tan despacio que tuve tiempo de sobra para observarlos con atención y buscar a quien quería ver. Allí, en una fila particular, que destacaba por un hombre gigantesco que desfilaba a la derecha, volví a ver a mi marido, y la verdad es que era tan apuesto como cualquier otro soldado, aunque no tan enorme como el grandullón del que he hablado, que al parecer era, no obstante, un caballero de buena familia de Gascuña a quien todos conocían por el «gigante de Gascuña».

Tuvimos la suerte de que alguna circunstancia obligara a detenerse a las tropas en mitad del desfile, justo un poco antes de que la fila en cuestión llegase delante de la ventana a la que yo estaba asomada, por lo que tuvimos ocasión de observarlo perfectamente a poca distancia y de asegurarnos de que se trataba de la misma persona.

Amy, que, por muchas razones, pensó que podría arriesgarse más que yo a hacer preguntas, le sonsacó a su mayordomo si era posible preguntar por un hombre concreto de los que veíamos ahora con los gendarmes y averiguar de quién se trataba, pues le parecía haber visto a un inglés de quien se suponía que había muerto en Inglaterra muchos años antes de que ella se fuese de Londres, y cuya mujer había vuelto a casarse. El mayordomo no supo muy bien cómo contestar a su pregunta, pero otro hombre que había al lado le respondió que, si le daba el nombre del caballero, él trataría de buscarlo y le preguntó bromeando si era su amante. Amy zanjó la cuestión con una carcajada, pero siguió haciendo preguntas hasta que el caballero comprendió que hablaba en serio, por lo que acabó dejándose de bromas y le preguntó dónde estaba; ella le dijo su nombre como una tonta, cosa que no debería haber hecho, y señaló al corneta de la tropa, que todavía estaba a la vista, y le indicó más o menos dónde estaba. Aunque no pudo indicarle el nombre de su capitán, el hombre le dio tales indicaciones que, finalmente, Amy, que era una muchacha infatigable, acabó por descubrirlo. Al parecer, ni siquiera se había molestado en cambiarse de nombre, convencido de que nadie preguntaría allí por él. Pero, como digo, Amy descubrió quién era y fue a buscarlo al cuartel, pidió que lo llamaran y él se presentó enseguida.

No creo que yo me quedase más atónita al verlo en Meudon que él al ver a Amy. Se sobresaltó y se quedó tan lívido como la propia muerte. Y Amy pensó que, si la hubiera visto en cualquier otro lugar más conveniente para tan criminal propósito, la habría asesinado sin dudarle.

El caso es que dio un respingo y preguntó muy sorprendido:

—¿Quién sois?

—Señor —respondió ella—, ¿no me reconocéis?

—Sí —dijo él—, os conocía cuando estabais con vida, pero ahora mismo no sé si sois un fantasma o un ser de carne y hueso.

—No temáis por eso, señor —dijo Amy—, soy la misma Amy que estuvo a vuestro servicio, y no he venido porque os desee ningún mal, sino porque ayer os vi casualmente entre los soldados y pensé que os gustaría saber de vuestros amigos de Londres.

—Vaya, Amy —dijo él, un poco recuperado—, ¿cómo van las cosas por allí? ¿Está aquí tu señora?

—Mi señora, ¡ay!, ya no es la misma, pobre mujer, la dejasteis de muy mala manera.

—Tienes razón, Amy, pero no me quedó otro remedio. Yo también atravesaba un momento muy apurado.

—Eso creo, señor, de lo contrario no os habríais ido como hicisteis, porque lo cierto es que los dejasteis a todos en una situación terrible.

—¿Cómo les fue después de mi marcha?

—¿Qué cómo les fue, señor! Pues muy mal, de eso podéis estar seguro, ¿cómo podía ser de otro modo?

—Cierto, pero ¿no podrías decirme lo que fue de ellos, Amy? Si me marché, no fue porque no les quisiera, sino porque no podía soportar ver cómo se hundían en la pobreza.

—Claro, eso mismo creo yo, y muchas veces he oído decir a mi señora que vuestra aflicción debía de ser casi tan grande como la suya, dondequiera que estuvierais.

—¿De modo que pensaba que yo seguía con vida?

—Sí, señor, siempre decía que debíais de estar vivo, porque, si hubieseis muerto, ella habría acabado por enterarse.

—Sí, sí, estaba muy confundido; de lo contrario, nunca me habría marchado.

—Sin embargo, fuisteis muy cruel con la pobre señora. Primero le partisteis el corazón, por temor a lo que pudiera haberos ocurrido y luego porque no tenía noticias vuestras.

—¿Ay, Amy! ¿Qué otra cosa podía hacer? Las cosas estaban muy mal cuando me fui, no había nada que pudiera hacer, salvo verlos morir de hambre, y eso no lo soportaba.

—Comprenderéis, señor, que poco puedo deciros de lo que pasó antes, pero he sido un triste testigo de las penalidades por las que pasó mi pobre señora mientras estuve con ella y sé que os romperá el corazón oírlas.

Y le contó toda mi historia, hasta el momento en que la parroquia se hizo cargo de los niños, cosa que le conmovió mucho. Movi6 la cabeza de un lado a otro y dijo cosas muy amargas cuando supo de la crueldad que demostraron sus parientes conmigo.

—Bueno, Amy, ya he oído suficiente. ¿Qué fue de ella después?

—No puedo contaros más, señor; mi señora no quiso que me quedara más tiempo con ella, dijo que no podía ni pagarme ni mantenerme. Yo le respondí que estaba dispuesta a seguir a su servicio aunque no me pagase, pero que no podía vivir sin alimentos, por lo que tuve que dejarla, pobre señora, contra mi voluntad. Luego supe que el casero requisó todas sus cosas y supongo que debió de echarla a la calle, pues pasé por allí un mes más tarde y encontré a unos albañiles que debían de estar arreglando la casa para un nuevo inquilino. Ninguno de los vecinos supo decirme qué había sido de mi pobre señora, sólo que era tan pobre que estaba al borde de la mendicidad, y que, si algunos de ellos no la hubieran ayudado, se habría muerto de hambre.

Y así siguió y añadió que, después de eso, no había vuelto a tener noticias de su

señora, salvo que la habían visto una o dos veces por el centro, muy harapienta y mal vestida, y que se decía que se ganaba el pan con la aguja. Todo eso le contó aquella descarada con tanta astucia, mientras lloraba y se enjugaba las lágrimas, que él la creyó y Amy incluso llegó a ver asomar las lágrimas a sus ojos un par de veces. Le dijo que era una historia muy triste y conmovedora y que al principio le había destrozado el corazón, aunque no había tenido más remedio que llegar a esos extremos porque lo único que podía hacer era ver cómo nos moríamos de hambre, y la idea le resultaba tan insoportable que antes se habría pegado un tiro. Añadió que me había dejado todo el dinero que tenía en el mundo, a excepción de veinticinco libras, que era lo mínimo necesario para emprender una nueva vida. Lo había hecho convencido de que sus parientes, que eran todos ricos, se ocuparían de los pobres niños y no permitirían que quedaran a cargo de la parroquia, y de que su esposa, que era joven y guapa, tal vez pudiera casarse de nuevo ventajosamente, motivo por el cual nunca le había escrito ni dado señales de vida, para que, al cabo de un tiempo razonable, ella pudiera volver a casarse y tal vez con mejor fortuna. Que había decidido no pedirle nunca nada y que le alegraría mucho oír que se había establecido a su antojo, y que ojalá hubiera una ley que permitiera a una mujer volver a casarse si su marido desaparecía durante más de cuatro años, lo que era tiempo de sobra para enviar noticias a la esposa o la familia desde cualquier parte del mundo.

Amy dijo que no tenía nada que alegar, sólo que estaba segura de que su señora jamás se casaría con nadie, a menos que alguien que lo hubiera visto enterrar le asegurara que había muerto.

—Pero, ¡ay! —dijo Amy—, mi señora se vio reducida a una situación tan penosa que a nadie se le ocurriría ni mirarla, a menos que fuese para mendigar con ella.

Al verlo tan engañado, Amy siguió explicándole con un largo y quejoso lamento cómo a ella misma la había convencido para que se casara con él un pobre lacayo, un don nadie que se las daba de caballero, y que la había arrastrado hasta aquel país extranjero, para convertirla en una pordiosera. Luego empezó a gemir y lloriquear otra vez, cosa que era pura hipocresía, aunque fingía tan bien que él la creyó y dio crédito a todo lo que le decía.

—No obstante, Amy —dijo él—, vas muy bien vestida y no das la impresión de ir a convertirte en una pordiosera.

—¡Sí! —dijo ella—, así lo ahorquen, aquí hay que ir bien vestida, aunque una no lleve ni siquiera una camisa debajo, pero yo prefiero tener dinero contante y sonante a un baúl lleno de vestidos. Además, señor —añadió—, casi toda la ropa que tengo me la dieron en mi último empleo, cuando dejé a mi señora.

A lo largo de aquella conversación, Amy averiguó en qué situación estaba el caballero y cómo se ganaba la vida a cambio de prometerle que, si alguna vez volvía a Inglaterra y veía a su antigua señora, no le diría que estaba vivo.

—¡Ay, señor! —dijo Amy—, es posible que no vuelva nunca a Inglaterra. Y, en caso de que lo hiciese, la probabilidad de que me encontrara con mi antigua señora sería de una entre diez mil, pues ¿cómo saber dónde buscarla o en qué parte de Inglaterra pueda estar? No sé ni dónde preguntar por ella. Y, si tuviera la felicidad de verla, no cometería la maldad de decirle dónde estabais vos, a menos que estuviese en situación de ayudaros.

Eso terminó de engañarlo y le decidió a hablar con ella abiertamente. Respecto a sus propias circunstancias, le explicó que lo veía ahora en el puesto más alto al que podía aspirar, pues, al no tener ni amigos ni conocidos en Francia y, lo que era aún peor, nada de dinero, le resultaba imposible ascender. Justo una semana antes podría haber sido teniente de la caballería ligera, gracias a la influencia de un oficial amigo suyo en los gendarmes, pero tendría que haber encontrado ocho mil libras para pagarle al caballero que tenía el cargo y había autorizado a su amigo a venderlo.

—Pero ¿de dónde voy a sacar yo ocho mil libras, si jamás he tenido siquiera quinientas desde que llegué a Francia?

—¡Dios mío, señor! —dijo Amy—. Siento mucho saberlo, supongo que, si alguna vez lograsteis un ascenso, volveríais a acordaros de mi antigua señora y haríais algo para ayudarla, pobre mujer, sin duda lo necesita. —Y luego volvió a echarse a llorar—. Es muy cruel que no hayáis podido reunir el dinero, cuando teníais un amigo para recomendaros, y que sólo por eso hayáis perdido la ocasión de un ascenso.

—Sí, Amy, así es —dijo él—, pero ¿qué otra cosa puede hacer un extranjero sin amigos ni dinero?

Amy volvió a acordarse de mí.

—En fin, es mi pobre señora quien ha salido perdiendo, aunque no lo sepa. ¡Dios mío! Cuánto le habría alegrado, señor, que la hubieseis ayudado.

—Sí —dijo él—, Amy, lo habría hecho de todo corazón e incluso ahora siendo tan pobre trataría de ayudarla si supiese que lo necesita; aunque descubrir que sigo con vida tal vez podría perjudicarla si es que ha vuelto a casarse.

—¡Ay! —dijo Amy—. ¡Casarse! ¿Quién iba a casarse con ella en la condición en que se encuentra? —Y así concluyó de momento su conversación.

Todo aquello era mera palabrería por ambas partes pues, mediante indagaciones posteriores, Amy descubrió que no le habían ofrecido el ascenso a teniente, ni nada parecido, y que todo lo que le había dicho no era más que una sarta de mentiras. Pero cada cosa a su tiempo.

Aquella conversación, tal como me la contó Amy, fue de lo más emocionante para mí. Y al principio pensé en enviarle las ocho mil libras para que comprase el ascenso del que había hablado, pero, como lo conocía mejor que nadie, quise saber un poco más y envié a Amy a preguntar a otros soldados, para averiguar qué clase de persona era y si había algo de verdad o no en la historia del ascenso.

Amy no tardó en descubrir que era un auténtico canalla y que nada de lo que le había dicho era cierto, sino que se trataba, en pocas palabras, de un estafador incapaz de detenerse ante nada con tal de conseguir dinero, por lo que no se podía confiar en nada de lo que dijera. Y, en concreto, que lo del ascenso era totalmente falso, pues le contaron que había empleado varias veces aquel truco para conseguir dinero prestado y hacer que los caballeros se compadeciesen de él; les decía, además, que tenía una mujer y cinco hijos en Inglaterra a quienes mantenía con su paga de soldado, y con aquellos métodos había incurrido en deudas en varios sitios, y, debido a las muchas quejas, lo habían amenazado con expulsarlo de los gendarmes. Y, en suma, que no se podía dar crédito a nada de lo que dijera, ni confiar en él bajo ningún pretexto.

Al oír aquella información, a Amy empezaron a quitársele las ganas de seguir tratando con él y afirmó que no era seguro para mí tratar de ayudarlo, a menos que quisiera despertar unas sospechas que podían ser mi perdición, teniendo en cuenta la situación en que estaba yo ahora.

Pronto se confirmó aquella faceta de su carácter, pues la siguiente ocasión en que Amy fue a hablar con él se retrató aún con más franqueza y, aunque ella le había dado esperanzas de conseguir que alguien le prestara dinero a interés bajo para lograr el ascenso de teniente, él cambió de conversación, luego afirmó que ya era tarde para conseguirlo y se rebajó a pedirle a la pobre Amy que le prestara quinientas *pistoles*.

A fin de ponerlo a prueba, Amy alegó que era pobre y sus circunstancias muy apuradas, por lo que no podía reunir semejante suma; él rebajó la cantidad a trescientas, luego a cien, a cincuenta y por fin a una *pistole*, que ella le prestó y, como no tenía la menor intención de devolvérsela, a partir de entonces trató siempre de evitarla. Convencida de que era el mismo inútil que había sido siempre, lo olvidé por completo, mientras que, si hubiese sido un hombre sensato y con el más mínimo sentido del honor, mi intención era volver a Inglaterra, haberlo mandado llamar y haber vivido honradamente con él. Pero igual que un idiota es el peor marido para ayudar a una mujer, un idiota es el peor marido al que puede ayudar una mujer. De buen grado le habría echado una mano, pero ni se lo merecía, ni habría sabido aprovecharlo. Si le hubiese enviado diez mil coronas, en lugar de ocho mil libras, con la condición expresa de que comprase inmediatamente el ascenso del que había hablado con parte del dinero y de que la otra parte la enviase para aliviar las necesidades de su desdichada esposa en Londres y para que la parroquia no tuviera que ocuparse de sus hijos, es evidente que habría seguido siendo un simple soldado y que su mujer y sus hijos habrían seguido pasando hambre en Londres o a cargo de la caridad, tal como él creía.

En vista de que no tenía remedio, me vi obligada a apartarme de quien tanto me había perjudicado en primer lugar y a reservar la ayuda que tenía pensado ofrecerle para mejor ocasión. Lo único que tenía que hacer era evitar que me viese, lo que no

me resultó difícil, sabiendo la vida que llevaba ahora.

Amy y yo discutimos varias veces aquella cuestión, para asegurarnos de no volver a encontrárnoslo jamás ni por casualidad, no fuese a producirse un descubrimiento que podía sernos fatal. Amy sugirió que tomásemos la precaución de averiguar dónde estaban acuartelados los gendarmes y de ese modo evitar toparnos con ellos. Cosa que hicimos.

Pero con eso no me bastó. Ningún modo de preguntar dónde estaban acuartelados los gendarmes me pareció del todo fiable. Así que encontré a un hombre que tenía grandes dotes como espía (en Francia abunda la gente así) y lo utilicé para seguir los movimientos de la otra persona. Lo contraté para seguirlo como a un fantasma, sin perderlo nunca de vista. Lo hizo con total perfección y me proporcionó siempre un detallado registro diario de sus movimientos, de manera que, tanto cuando estaba de servicio como en sus momentos de ocio, lo tuvo siempre tras sus talones. Salió un poco caro, pues a alguien así es necesario pagarle bien, pero cumplió su trabajo con una puntualidad tan exquisita que el pobre hombre apenas había salido de casa y yo ya sabía adónde iba, con quién lo hacía y cuándo estaba en Francia o en el extranjero.

Gracias a ese extraordinario procedimiento pude estar segura y salir o quedarme en casa según existiera o no la posibilidad de encontrármelo en París, en Versalles o en cualquier lugar adonde yo pudiera ir. Y, aunque me resultó ciertamente muy caro, lo consideré indispensable, así que no reparé en gastos, pues sabía que ningún precio era demasiado caro con tal de garantizar mi seguridad.

De ese modo tuve oportunidad de comprobar la vida tan insignificante y despreocupada que llevaba el desdichado indolente cuyo temperamento perezoso había sido mi ruina, y que sólo se levantaba por las mañanas para poder acostarse por la noche; supe que, aparte de la instrucción con la tropa, a la que estaba obligado a asistir, era un mero animal inmóvil, sin la menor consecuencia para el mundo y que, aunque aparentaba estar vivo, no tenía otra ocupación en la vida que esperar a que llegase la muerte. Ni tenía amigos, ni se interesaba por ningún deporte, ni era aficionado a ningún juego, ni en realidad hacía nada, sino que, al fin y a la postre, se paseaba por ahí como quien no vale ni dos libras ni vivo ni muerto, sabedor de que, cuando muriese, no dejaría tras de sí ningún recuerdo de haber pasado por este mundo, y que lo único que había hecho que valiera la pena mencionar era engendrar a cinco mendigos y matar de hambre a su mujer. El diario de su vida, que recibía cada semana, era lo más insignificante que se pueda imaginar y, como no había nada de importancia, como ni siquiera puede bromearse con él y carece de la relevancia necesaria para entretener al lector, he preferido omitirlo.

Sin embargo, debía cuidarme y protegerme de aquel inútil, ya que era lo único que podía perjudicarme en el mundo. Debía evitarlo como a un espectro, o incluso al diablo, si se cruzara en nuestro camino, y pagué ciento cincuenta libras al mes, que

doy por muy bien empleadas, a cambio de tener a aquel individuo bajo vigilancia constante; es decir, de que mi espía se asegurase de no perderlo de vista ni una sola hora para poder darme siempre razón de él, lo que no le resultaba demasiado difícil teniendo en cuenta su estilo de vida, pues había semanas enteras en las que se pasaba más de diez horas al día adormilado en un banco a las puertas de la taberna del cuartel, o borracho en el interior.

Aunque aquella vida tan infame que llevaba despertaba a veces mi compasión y me admiraba que un hombre tan bien educado y caballeroso pudiera haber degenerado hasta convertirse en un inútil semejante, al mismo tiempo me llenaba de desprecio y me impulsaba a decir que mi caso debería servir de advertencia a todas las damas de Europa respecto al peligro de casarse con un idiota. Si un hombre sensato cae, vuelve a levantarse y su mujer todavía tiene una oportunidad. ¡En cambio, si un idiota cae una vez, se habrá perdido para siempre, cae en el arroyo y muere en el arroyo, empobrece y muere de hambre!

Pero ya es hora de dejar de hablar de él. Al principio mi única esperanza había sido volver a verlo, ahora mi único contento era no volver a verlo jamás y, por encima de todo, asegurarme de que él no volviera a verme a mí, cosa que hice como he contado más arriba.

IX

Decidí volver a París. Así que dejé a su Alteza mi niño, como lo llamaba siempre, en..., la residencia campestre en la que me había alojado hasta entonces, y volví a la capital a petición del príncipe, quien fue a visitarme nada más llegar y afirmó que había ido a expresarme su alegría por mi regreso y a agradecerme que le hubiera dado un hijo. Yo pensé que había ido a hacerme un regalo, y así fue al día siguiente, pero entonces se limitó a bromear y aseguró que me regalaría su compañía toda la tarde, cenó conmigo a medianoche y me hizo el honor, como él dijo, de alojarme entre sus brazos toda la noche, diciendo medio en broma que el mejor modo de darme las gracias por un hijo recién nacido era encargarse de otro.

Pero, tal como yo me había barruntado, a la mañana siguiente me dejó sobre el lavabo una bolsa con trescientas *pistoles*. Le vi dejarla allí y comprendí lo que significaba, aunque no hice caso hasta que fingí encontrármela por casualidad, luego solté un grito y empecé a regañarlo, pues en esas ocasiones él me permitía hablarle con total familiaridad: le dije que era un desconsiderado, que nunca me daría la oportunidad de pedirle nada, que me hacía ruborizar de gratitud y otras cosas parecidas. Yo sabía que eso le complacía mucho pues, igual que era desmedidamente generoso, también agradecía infinitamente que no le pidiese nunca favores, y lo cierto es que no le pedí ni un penique en toda mi vida.

A mis reproches respondió diciendo que, o bien yo era una auténtica comedianta, o bien tenía de forma natural lo que tanto les cuesta adquirir a otros, y que no había mejor modo de complacer a un hombre honorable que no agobiándolo con peticiones y solicitudes de favores.

Yo le respondí que nada podía pedirle si nunca me daba ocasión a hacerlo, que esperaba que no me diese todo aquello por miedo a que no lo importunara y que podía estar seguro de que preferiría verme reducida a la condición más baja antes que molestarlo.

Él replicó que un hombre de honor debe saber siempre lo que le corresponde hacer y, como estaba seguro de no hacer más que lo que era razonable, me dio permiso para hablarle con libertad si quería alguna cosa. Afirmó que me valoraba demasiado para negarme nada, aunque para él era muy agradable saber que lo que hacía me satisfacía.

Estuvimos intercambiando cumplidos un buen rato y, como me tuvo entre sus brazos la mayor parte del tiempo, puso fin con sus besos a todas mis expresiones de agradecimiento y no me dejó decirle más.

Debería aclarar aquí que el príncipe no era súbdito francés, aunque en esa época residiera en París y pasara mucho tiempo en la corte, donde imagino que tendría o estaría esperando algún cargo de importancia. Lo digo porque unos días después fue a

verme y afirmó que traía unas noticias que no eran las mejores que podía darme. Yo lo miré un poco sorprendida, pero él me respondió:

—No os preocupéis, es tan desagradable para mí como para vos, pero he venido a consultaros para ver si podemos solucionarlo de modo conveniente para ambos.

Yo debí de parecerle aún más sorprendida y preocupada y por fin me dijo que era probable que tuviera que viajar a Italia, lo que por un lado le alegraba mucho, aunque no le apeteciera separarse de mí. Yo me quedé muda un buen rato, como golpeada por el rayo, e incluso pensé que iba a perderlo, cosa que no podía siquiera concebir, y al oírlo me quedé pálida.

—¿Qué os ocurre? —preguntó enseguida—. Os he sorprendido. —Y se acercó a un aparador y llenó un vaso de licor (que había llevado consigo) y volvió a donde yo estaba—. No os preocupéis, no iré a ninguna parte sin vos —y añadió otras expresiones tan amables que nada habría podido superarlas.

No era raro que me hubiese puesto tan pálida, pues al principio me sorprendí mucho y pensé que, como ocurre a menudo en estos casos, se trataba sólo de una excusa para abandonarme y poner fin a aquel amor que había llevado tan lejos, y en los breves momentos que pasé en suspenso (pues todo fue cosa de un instante) mil ideas me dieron vueltas en la cabeza. Sin embargo, aunque palidecí y me sorprendí mucho, que yo sepa no corrí ningún peligro de desmayarme.

No obstante, me alegró mucho verlo tan preocupado y turbado por mi causa, y cuando llevó el vaso a mis labios, lo cogí y le dije:

—Mi señor, vuestras palabras me infunden muchos más ánimos que esta bebida, pues igual que no concibo mayor tragedia que la de perderos, nada me satisface más que la seguridad de que no vaya a ocurrir esa desgracia.

Me pidió que me sentara y él se sentó a mi lado, y, después de decirme un sinfín de cosas agradables, se volvió hacia mí con una sonrisa.

—Entonces, ¿os atreveréis a venir a Italia conmigo? —preguntó.

Yo esperé un momento y luego le respondí que me extrañaba que me hiciera aquella pregunta, pues estaba dispuesta a ir a cualquier lugar del mundo con él, siempre que pudiera gozar del placer de su compañía.

Luego me explicó con todo detalle los motivos de su viaje y que el rey le había pedido que fuese, y otras circunstancias que no procede incluir aquí, pues no sería apropiado decir nada que permitiese al lector deducir de qué persona estoy hablando.

Pero, por abreviar esta parte de la historia, y de la historia de nuestro viaje y estancia en el extranjero, que llenaría casi un volumen por sí misma, diré que pasamos la tarde haciendo alegres averiguaciones respecto al modo en que viajaríamos, el carruaje y el séquito que llevaría él y la manera en que lo seguiría yo. Se nos ocurrieron varias formas pero ninguna parecía factible, hasta que por fin le dije que aquel viaje era tan complicado, caro y notorio que iba a ser una fuente de

problemas para él y, aunque para mí perderlo era peor que la muerte, estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de no interferir en sus asuntos.

En su siguiente visita volví a plantearle las mismas dificultades y por fin le propuse quedarme en París, o donde él quisiera, y cuando supiera que había llegado sano y salvo, acudir por mi cuenta e instalarme lo más cerca que pudiera.

Eso no le convenció lo más mínimo y no quiso ni oír hablar del asunto. Ya que, como él decía, me aventuraba a hacer aquel viaje, no quería privarse del placer de disfrutar de mi compañía y, en cuanto al dinero, no valía la pena ni mencionarlo. Y, de hecho, tenía razón porque luego averigüé que el rey sufragaba todos sus gastos y los de su séquito, ya que iba encargado de una misión secreta de la mayor importancia.

Pero, tras muchas discusiones, tomó la decisión de viajar de incógnito para no despertar la curiosidad pública sobre él y sus acompañantes, de modo que no sólo me llevaría consigo, sino que tendría el placer de disfrutar de mi agradable compañía (como a él le gustaba decir) todo el camino.

Aquello resultaba tan conveniente para ambos que inmediatamente empezó a disponer los preparativos para el viaje, y yo hice lo mismo, de acuerdo con sus instrucciones. Pero quedaba todavía una terrible dificultad que no sabía de qué manera resolver. ¿Cómo poner a salvo todo lo que tenía que dejar en París? Ya he contado que me había hecho rica, incluso muy rica, y no sabía ni qué hacer con mis cosas ni a quién confiárselas. A excepción de Amy no tenía a nadie en el mundo, y viajar sin Amy habría sido muy incómodo. Por otro lado, me asustaba dejarla al cuidado de todo pues, si algo iba mal, supondría mi ruina. ¿Y si Amy moría? Dios sabe en manos de quién quedaría mi fortuna. Estaba muy preocupada y, como no quería decírselo al príncipe, por miedo a que descubriese que era más rica de lo que él pensaba, no sabía qué hacer.

Pero el príncipe mismo me facilitó las cosas, ya que, mientras hacíamos los preparativos para el viaje, sacó el asunto a colación y una noche me preguntó muy alegre a quién pensaba dejarle mi fortuna durante mi ausencia.

—Mi fortuna, mi señor —dije—, salvo lo que debo a vuestra bondad, es más bien menguada, aunque admito que me tiene un poco inquieta, porque no conozco a nadie en París en quien pueda confiar, ni tengo a nadie, a excepción de mi doncella, que pueda ocuparse de la casa, y viajar sin ella se me hace muy cuesta arriba.

—Por el viaje —dijo el príncipe—, no debéis preocuparos, yo os proporcionaré tantos criados como necesitéis y, en cuanto a vuestra doncella, dejadla aquí si es que os fiáis de ella y yo arreglaré las cosas para que podáis dormir tranquila.

Le hice una reverencia y le dije que no podría estar en mejores manos que las suyas, por lo que estaba dispuesta a seguir todos sus consejos, y esa noche no volvimos a hablar del asunto.

Al día siguiente me envió un enorme baúl de hierro, tan grande que hicieron falta seis hombres fornidos para subirlo por las escaleras y allí metí toda mi fortuna, y para mi seguridad encargó a un hombre bueno y honrado y a su mujer que se quedaran en la casa con Amy para hacerle compañía, y también a una doncella y a un muchacho, de modo que eran como una familia y Amy se convirtió en la señora de la casa.

Una vez todo arreglado, partimos de incógnito, como él decía, aunque llevábamos dos carrozas, seis caballos, dos sillas de posta y unos ocho criados a caballo, todos muy bien armados.

Nunca hubo mujer tan bien atendida y más al abrigo de las circunstancias: tenía tres criadas, una de las cuales era la anciana señora..., que conocía muy bien su trabajo y lo organizaba todo como si fuese un mayordomo, de modo que no tuve el menor inconveniente. Ellos viajaban en una carroza y el príncipe y yo en la otra, aunque a veces, cuando él lo consideraba necesario, yo pasaba a la otra carroza y un caballero de su séquito viajaba con él.

No diré más de aquel viaje, salvo que cuando llegamos a las pavorosas montañas de los Alpes, no pudimos seguir viajando en las carrozas, por lo que ordenó que dispusieran para mí una litera a lomos de unas mulas y él mismo continuó el viaje a caballo. Enviamos las carrozas de vuelta a Lyon, y luego alquilamos otras en Turín, que fueron a recogernos a Susa, así volvimos a instalarnos cómodamente y viajamos en cómodas jornadas hasta Roma, donde sus asuntos, cualesquiera que fuesen, lo retuvieron un tiempo, y desde allí a Venecia.

Ciertamente hizo honor a su palabra, pues disfruté del honor de su compañía y, en una palabra, gocé de su conversación casi todo el viaje. Nada le gustaba más que enseñarme todas las cosas de interés, y en particular explicarme la historia de los sitios por donde pasábamos.

¡Cuántos esfuerzos desperdiciados con alguien a quien estaba seguro de abandonar un día con pesar! ¡Cómo se rebajó, pese a ser un hombre de semejante alcurnia y dotado de tantas virtudes! Ésa es una de mis razones para demorarme tanto en este capítulo, que de lo contrario no valdría la pena relatar. Si yo hubiera sido una hija o una esposa a quien él hubiese tenido la obligación de educar o instruir, habría sido admirable, pero ¡todo aquello por una prostituta!, por alguien a quien no llevaba consigo por un motivo razonable, sino sólo para satisfacer la más mezquina de las fragilidades humanas: no se me ocurre nada más asombroso.

Pero tal es el poder de la inclinación por el vicio: frecuentar la compañía de prostitutas era su peor pecado, pues por lo demás era una bellísima persona, sin pasiones, orgullo ni vanidad, el hombre más humilde, cortés y amable del mundo. Jamás salió de su boca un juramento o una grosería, ni había nada de reprobable en su conducta a excepción de lo que ya he dicho. Y eso me ha dado pie a hacerme después muchas negras reflexiones, al mirar atrás y pensar que yo fui la perdición de

semejante persona, que le llevé a cometer tales pecados y me convertí en un instrumento en manos del demonio para causarle tantos perjuicios.

Pasamos casi dos años haciendo aquel Grand Tour, como puede llamarse, durante los cuales viví sobre todo en Roma o Venecia, pues sólo estuve dos veces en Florencia y una en Nápoles. En todos aquellos lugares hice entretenidas y útiles indagaciones, sobre todo de la conducta de las mujeres, pues tuve oportunidad de conversar mucho con ellas, con la ayuda de la vieja bruja que viajaba con nosotros. Había estado en Venecia y había vivido varios años en Nápoles, donde supe que había llevado una vida un tanto disoluta, como hacen por lo general todas las napolitanas, y, en suma, descubrí que estaba muy familiarizada con las intrigas de aquella parte del mundo.

Allí mi señor me regaló una esclava turca, que había sido capturada en el mar por un barco de guerra maltés, y de ella aprendí a hablar en turco, su forma de vestir y bailar y algunas canciones turcas o más bien moras, que utilicé para mi provecho en una ocasión extraordinaria que se produjo unos años más tarde, tal como se contará después. No hace falta decir que también aprendí a hablar italiano y llegué a dominarlo bastante bien antes de un año. Como tenía tiempo libre y me encantaba aquel idioma, leí todos los libros italianos que pude encontrar.

Me enamoré de tal modo de Italia, en particular de Nápoles y Venecia, que no me habría importado lo más mínimo haber enviado a buscar a Amy y haberme quedado a vivir allí para siempre.

En cuanto a Roma, no me gustó nada: por un lado, el enjambre de clérigos de todas clases, y, por otro, las turbas de gente vulgar hacen de Roma el lugar más desagradable del mundo para vivir; el incalculable número de ayudas de cámara, lacayos y otros criados es tan enorme que se dice que hay muy poca gente normal en Roma y que todos son lacayos, o porteros o caballerizos de algún cardenal o embajador extranjero. Y, en una palabra, están siempre discutiendo, peleando y reprochándose unos a otros su comportamiento. Mientras estuve allí se produjo una disputa entre los lacayos de dos grandes familias romanas, a propósito de qué carroza (las damas estaban cada una en su carroza) tenía preferencia sobre la otra, y hubo más de treinta heridos por ambas partes, seis o siete muertos y las dos damas se llevaron un susto de muerte.

Pero no es mi intención escribir la historia de mis viajes por aquella parte del mundo, al menos por ahora, pues sería demasiado variada.

No obstante, no debo omitir que el príncipe siguió siendo conmigo el hombre más amable y complaciente del mundo, y tan constante que, aunque estábamos en un país donde es bien sabido que uno puede tomarse toda clase de libertades, estoy segura de que él ni se las tomó ni siquiera deseó hacerlo.

He pensado a menudo en esa noble persona por ese motivo: si hubiese sido la

mitad de sincero y constante con la mejor dama que ha habido en el mundo, y me refiero a su princesa, ¡qué virtud tan gloriosa habría albergado en su seno! Y ¡cómo se habría librado de los justos remordimientos que tanto le conmovieron cuando era demasiado tarde!

Tuvimos varias agradables conversaciones sobre este asunto, y una vez me dijo con singular solemnidad que me estaba muy agradecido por haberle acompañado en aquel viaje difícil y arriesgado, pues lo había obligado a ser virtuoso. Yo lo miré a la cara y noté cómo me ruborizaba.

—Vamos, vamos —dijo—, no os sorprendáis tanto, sólo digo que me habéis hecho ser virtuoso.

—Mi señor —respondí—, no me corresponde a mí analizar vuestras palabras, pero dejad que las interprete a mi modo. Espero y confío en que los dos seamos todo lo virtuosos que es posible ser dadas las circunstancias.

—Sí, sí —dijo él—, y más de lo que sin duda lo habría sido si no me hubieseis acompañado. Me habría paseado por el alegre mundo de Nápoles y Venecia, pues aquí eso no se considera un crimen como en otros sitios, pero os aseguro —prosiguió— que no he tocado a otra mujer en Italia más que a vos y, lo que es más, no he sentido siquiera el deseo de hacerlo; por eso digo que me habéis ayudado a ser virtuoso.

Yo guardé silencio y me alegré de que me interrumpiera y no me dejase hablar con sus besos, pues lo cierto es que no sabía qué decir. Iba a añadir que, si lo hubiese acompañado la princesa, sin duda habría ejercido la misma influencia en su virtud, y de un modo mucho más ventajoso para él, pero luego pensé que eso habría podido parecerle ofensivo, y además era peligroso dadas mis circunstancias, así que me lo callé. Pero debo admitir que, con respecto a las mujeres, era un hombre distinto del que había sido hasta entonces, y que fue una satisfacción para mí convencerme de que lo que había dicho era cierto y que era, por así decirlo, todo mío.

En aquel viaje volví a quedar encinta y di a luz en Venecia, aunque no tan felizmente como la ocasión anterior: le di otro hijo, y muy guapo, pero no vivió más de dos meses. Y lo cierto es que, una vez pasado el primer disgusto (común, según creo, a todas las madres), no lamenté que muriese, teniendo en cuenta las dificultades que le aguardaban necesariamente en el viaje.

Después de aquellas peregrinaciones mi señor me dijo que ya casi había terminado de despachar sus asuntos, por lo que podíamos ir pensando en regresar a Francia, cosa que me alegró mucho, sobre todo por la fortuna que tenía allí y que, como se ha dicho ya, era bastante considerable. Lo cierto es que Amy me escribía con mucha frecuencia y me contaba que todo estaba a salvo y a mi entera satisfacción. Pero, ya que la misión del príncipe había concluido y al fin y al cabo tenía que volver, me alegró marcharme, y volvimos de Venecia a Turín. De camino, visité la famosa

ciudad de Milán; desde Turín volvimos a cruzar las montañas como la vez anterior y nuestras carrozas salieron a recibirnos a Pont-à-Voisin, entre Chambéry y Lyon, y así, en cómodas jornadas, llegamos sanos y salvos a París, después de una ausencia de casi dos años menos once días.

Encontré a mi pequeña familia tal cual la había dejado. Amy lloró de alegría al verme y yo estuve a punto de hacer lo mismo. El príncipe se despidió de mí una noche antes, pues, según me dijo, estaba seguro de que saldrían a recibirlo por el camino varias personas de alcurnia, y tal vez incluso la propia princesa, así que nos alojamos en dos posadas diferentes, por si alguien le salía al encuentro, cosa que ocurrió.

Después no volví a verlo en veinte días, pues estuvo absorbido por su familia y sus asuntos, pero envió a su mayordomo a explicarme los motivos y me pidió que no me preocupara. Y eso me tranquilizó.

X

La buena fortuna de que disfrutaba entonces no me hizo olvidar que ya había sido rica y pobre antes, y que las circunstancias en las que estaba ahora no podían durar eternamente; que tenía un hijo y esperaba otro, que, si daba a luz tan a menudo, me arriesgaba a estropear el gran artículo que garantizaba su interés por mí —eso que él llamaba mi belleza— y que, a medida que declinara, su ardor iría apagándose, y se enfriaría también la solicitud con que me cuidaba, hasta que por fin, como les ocurre a otras amantes de grandes hombres, acabaría por ser rechazada, por lo que debía asegurarme de caer tan blandamente como pudiera.

En consecuencia me aseguré de guardar una considerable cantidad de dinero, como si no tuviese otro medio de subsistencia que lo que ganara entonces, aunque tenía nada menos que diez mil libras que, tal como expliqué antes, había amasado o más bien puesto a buen recaudo tras la muerte de mi fiel amigo el joyero, y que él mismo, aunque en tono de broma y sin sospechar lo que le esperaba, había afirmado que serían más si le sucedía alguna cosa, dándome así justificación para guardarlas.

Mi mayor dificultad ahora era cómo asegurar mi fortuna y conservar al mismo tiempo todo lo que tenía, pues mi riqueza había aumentado mucho gracias a la generosidad del príncipe y a la forma de vida retirada que me había hecho llevar, no tanto por ahorrar como por garantizar la discreción, pues me había proporcionado lo suficiente para llevar una vida mucho más opulenta de lo que habría podido desear en caso de haber sido posible. Abreviaré la historia de esta prosperidad tan inmerecida contando que a los once meses de nuestro regreso de Italia le di un tercer hijo; que ahora vivía de un modo un poco menos reservado y atendía al nombre con el que él me llamaba en el extranjero, pero que debo callar ahora: la condesa de..., y tenía carrozas y criados adecuados al rango que decía poseer; y que esta situación se alargó ocho años, bastante más de lo que acostumbran a durar estas relaciones. En ese tiempo le fui totalmente fiel, y él, que normalmente tenía dos o tres mujeres a las que mantenía en secreto, no volvió a verlas en todo ese tiempo, pues estaba tan encandilado que dejó a las tres. No creo que ahorrarse mucho haciéndolo, ya que debo reconocer que yo era una amante muy cara, pero eso era debido al mucho afecto que me tenía y no a mis extravagancias, puesto que ya he dicho que nunca me dio ocasión de pedirle nada, sino que prodigaba sus favores y presentes sobre mí antes de que me lo esperase, y tan de prisa que no podía desear más.

Lo de que me fuese fiel y abandonara a las demás mujeres no son meras suposiciones mías, sino que la vieja arpía que había sido nuestra guía en el viaje, una persona vieja y extraña, me contó mil historias de sus galanteos, como ella los llamaba, y que siempre tenía al menos tres amantes al mismo tiempo, y que las había dejado de pronto. Ellas habían sospechado que había caído en nuevas manos, pero ni

ella misma pudo averiguar dónde ni cómo hasta que envió a buscarla para el viaje, y luego la vieja bruja se felicitó por su elección y añadió que no le extrañaba que mi belleza lo hubiese fascinado, etcétera. Y ya no añadió ni una palabra más.

En suma, que, gracias a ella, descubrí, para mi entera satisfacción, que, como se ha dicho antes, lo tenía todo para mí.

Pero incluso la marea más alta acaba retirándose, y en estas cosas el reflujo es a veces incluso más violento que el ímpetu inicial: mi príncipe, aunque no fuese el soberano, disponía de una enorme fortuna, por lo que no era probable que los gastos de mantener a una amante pudieran perjudicarle a él o a su hacienda; además tenía varios cargos, tanto en Francia como fuera de ella, pues, como he dicho antes, no era súbdito francés, aunque viviera en esa corte; tenía una princesa, su esposa, con quien había vivido varios años, y que (según decían las malas lenguas) destacaba entre todas las mujeres: era de su mismo rango, si no superior, por nacimiento, y de una fortuna comparable; su belleza, ingenio y otras mil cualidades más eran superiores no sólo a la mayoría de las mujeres, sino a todas las de su sexo; y, en cuanto a su virtud, al parecer no sólo era una buena princesa, sino una bellísima persona.

Vivían en la más perfecta armonía, como no podía ser de otro modo con aquella princesa, pero ella sabía que su marido tenía sus debilidades, conocía sus devaneos y en concreto que tenía una amante favorita que a veces lo fascinaba más de lo que ella misma habría podido desear o con lo que podría contentarse. Sin embargo, era una esposa tan buena, generosa y complaciente que nunca le reprochó nada, a no ser con la paciencia con que soportaba aquella afrenta y con el profundo respeto que sentía por él, y que habría bastado para reformarlo y a veces lo conmovía de tal modo que prefería quedarse con ella, de modo que yo no tardé en adivinar sus motivos y él mismo lo reconoció en varias ocasiones.

Era una cuestión que no me concernía a mí decidir. Una o dos veces traté de convencerlo de que me dejara y volviera con ella, tal como dictan las leyes y los ritos del matrimonio, y le recordé para persuadirlo la generosidad que había manifestado siempre la princesa, aunque en realidad estaba actuando como una hipócrita, pues, si lo hubiese convencido, me habría abandonado y él se daba cuenta fácilmente de que yo no podía soportar una idea semejante y de que no le hablaba en serio. Una vez empecé a hablarle del asunto y noté que al referirme a la virtud, el honor, el nacimiento y, sobre todo, al trato tan generoso que le dispensaba la princesa respecto a sus amoríos y al ejemplo que era para todos, él se emocionó y me dijo:

—¿De verdad pretendéis persuadirme de que os deje? ¿Queréis convencerme de que sois sincera?

Lo miré sonriendo a los ojos.

—No por otra favorita, mi señor —respondí—, eso me destrozaría el corazón, ¡sino por mi señora la princesa!

No pude decir más, pues las lágrimas me lo impidieron.

—Muy bien —dijo—, si alguna vez os dejo, será por una razón virtuosa, será por la princesa. Os prometo que no será por ninguna otra mujer.

—Basta, mi señor —respondí—, ahora que me habéis prometido que no me dejaréis por ninguna otra amante, yo le prometo a vuestra Alteza que no me afligiré y, si lo hago, será con un pesar silencioso que no interrumpiré vuestra felicidad.

Yo no sabía lo que decía, y prometí lo que no podía cumplir, igual que él no podía dejarme, tal como reconoció entonces, ni siquiera por la mismísima princesa.

Sin embargo, un nuevo giro de los acontecimientos decidió aquella cuestión, pues la princesa enfermó y, en opinión de los médicos, de gravedad; el caso es que quiso hablar con su marido y despedirse de él. En aquella triste ocasión le dijo con apasionamiento muchas cosas, lamentó no haberle podido dar hijos —habían tenido tres, pero todos habían muerto—, le dio a entender que una de las cosas de este mundo que la consolaban de la muerte era que así podría tener algún heredero de su familia con alguna princesa que ocupara su lugar; con toda humildad, aunque con seriedad cristiana, le pidió que tratara con justicia a aquella princesa, quienquiera que fuese, y se asegurara así su fidelidad; es decir, que no mantuviese a nadie más, de acuerdo con la parte más solemne del contrato matrimonial; pidió perdón humildemente a su Alteza, si es que en algún momento lo había ofendido; y puso al cielo por testigo, ante cuyo tribunal estaba a punto de comparecer, de que nunca había traicionado su honor ni su deber para con él; rezó a Jesús y a la Virgen bendita para que cuidasen de su Alteza; y así, con las más conmovedoras y apasionadas expresiones de afecto, se despidió de él y murió al día siguiente.

Semejante discurso proveniente de una princesa tan buena y querida por él y la pérdida tan inmediata le causaron una impresión tan profunda que lo llenó de odio por su vida anterior, lo volvió melancólico y reservado, le hizo cambiar de amistades y modificar la conducta general de su vida, que decidió regir de modo estricto por las reglas de la virtud y la piedad; y, en una palabra, se convirtió en un hombre nuevo.

La primera consecuencia de su reforma fue como un mazazo para mí, pues, unos diez días después del funeral de la princesa, me envió un recado por medio de su mayordomo, comunicándome, aunque con mucha educación, y tras un breve preámbulo e introducción, que esperaba que no me tomase a mal que se viese obligado a decirme que no podía volver a verme. Su mayordomo me contó una larga historia sobre las nuevas normas que había adoptado su señor para regir su vida, y que le había afligido tanto la pérdida de su princesa que estaba convencido de que o bien pondría fin a su vida o se retiraría a un convento para acabar sus días en soledad.

No es preciso dar muchos detalles para imaginar cómo recibí aquella noticia. Desde luego me sorprendió muchísimo, y tuve que hacer un gran esfuerzo para no desmayarme cuando me la comunicaron, y eso que el mayordomo me transmitió el

mensaje con todo el respeto y la consideración posibles, además de con mucha ceremonia, y añadió lo mucho que le disgustaba tener que llevarme aquellas noticias.

Pero, cuando oí los detalles de la historia, y sobre todo lo del discurso de la princesa en su lecho de muerte, me quedé más tranquila; supe que no había hecho nada que no habría hecho también cualquier otro que tuviese un mínimo sentido de la justicia y comprendiera la necesidad de enmendar su vida, si quería ser un cristiano o un hombre virtuoso. Digo que al oír aquello me quedé más tranquila; admito que era una circunstancia que debía haberme impresionado también a mí, que tenía aún más cosas que reprocharme que el príncipe, y que ya no podía escudarme en la tentación de escapar a la pobreza, o en el motivo justificado al que se había referido Amy: acepta y vive, niégate y muere de hambre. Ya no era que la pobreza me hubiese empujado al vicio, pues no sólo era próspera o rica, sino muy rica. En suma, más rica de lo que podía imaginar, y lo cierto era que a veces me preocupaba no saber cómo invertir mi fortuna por miedo a perderla en algún engaño o estafa y no tener en quien confiar.

Debería añadir además que, al final de aquella relación, el príncipe no me rechazó, digamos, asqueado ni de forma grosera, sino con su corrección y bondad características, hasta donde eran compatibles con el propósito de enmienda de un hombre abrumado por la sensación de haber abusado de una mujer tan buena como había sido la difunta princesa; y tampoco me despidió con las manos vacías, sino que lo hizo todo a su estilo, y en particular ordenó a su mayordomo que pagara el alquiler de la casa y los gastos de manutención de sus dos hijos, y que me dijera cómo y dónde estaban, y también que me permitiera comprobar en cualquier momento cómo los estaban tratando y, si algo no me gustaba, mandase que se rectificara; y, una vez dispuesto todo de ese modo, se retiró a Lorena, o cerca de allí, donde tenía unas fincas y no volví a oír hablar de él, al menos como amante.

XI

Ahora disponía de libertad para ir donde quisiera y cuidar yo misma de mi dinero: lo primero que decidí fue volver directamente a Inglaterra, ya que pensé que entre mis compatriotas (me consideraba inglesa, a pesar de haber nacido en Francia) podría manejar mejor mis asuntos que en Francia, o al menos correría menos peligro de que me enredaran y engañaran, pero cómo salir del país con semejante tesoro era una dificultad que no sabía resolver.

Había un mercader holandés en París que tenía fama de ser un hombre honrado y fiable, pero yo no tenía forma de conocerlo, ni sabía cómo explicarle mis circunstancias, aunque por fin utilicé a mi doncella, como debe permitírseme que la llame (a pesar de lo que se ha dicho de ella) para ir a verle, y ella a su vez consiguió una recomendación de no sé quién, de forma que pudo acceder a él con facilidad.

Pero mi situación seguía siendo tan mala como al principio, porque ¿qué podía hacer cuando fuese a visitarlo? Tenía dinero y joyas de gran valor, y podía dejarlo todo en sus manos, igual que podía hacer con otros mercaderes de París, que me habrían entregado letras de cambio pagaderas en Londres, pero así me arriesgaba a perder mi dinero, y no tenía ningún amigo en Londres a quien enviarle las letras y que esperase a que tuviese una cuenta donde hacerlas efectivas, de modo que no sabía qué hacer ni a quién recurrir.

El caso es que no me quedaba otro remedio que confiar en alguien, así que, como he dicho antes, envié a Amy a visitar a aquel mercader holandés. El hombre se sorprendió un poco cuando llegó Amy y le habló de enviar una suma de unas doce mil *pistoles* a Inglaterra, e incluso pensó que trataba de estafarle de algún modo, pero, cuando vio que Amy no era más que una criada y que era yo quien la había enviado, la cosa cambió por completo.

Nada más verlo, reparé en la sencillez de su trato y la honradez de sus rasgos y dejé de lado cualquier escrúpulo para contarle mi historia: que era viuda, que tenía unas joyas de las que quería deshacerme y también cierta cantidad de dinero que necesitaba enviar a Inglaterra, donde tenía pensado mudarme, pero al ser mujer y no tener ningún corresponsal en Londres, o en ninguna otra parte, no sabía qué hacer ni cómo salvaguardar mis propiedades.

Me habló con mucha franqueza y, una vez enterado de los detalles de mi caso, me recomendó enviar las letras de cambio a Amsterdam y viajar desde allí a Inglaterra. De ese modo podría ingresar mi fortuna en el banco con total seguridad, y además me recomendó a un hombre que entendía mucho de joyas y me ofrecería un precio justo por ellas.

Yo le di las gracias, aunque me asustaba viajar tan lejos hasta un país extranjero, sobre todo llevando conmigo semejante fortuna. Oculta o no, me parecía demasiado

arriesgado. Así que me respondió que trataría de venderlas en París, convertirlas en dinero y extender las letras de cambio por el total, y a los pocos días fue a verme con un judío que quería comprar las joyas.

En cuanto el judío las vio, comprendí mi locura y que lo más probable era que me engañasen y tal vez me asesinasen del modo más cruel, y me asusté tanto que estuve a punto de salir corriendo y dejar las joyas y el dinero en manos del holandés, sin esperar a tener las letras de cambio ni nada parecido. He aquí lo que ocurrió:

Nada más ver las joyas, el judío empezó a farfullar en holandés o portugués dirigiéndose al mercader, y enseguida me di cuenta de que ambos estaban muy sorprendidos; el judío alzó las manos, me miró horrorizado, volvió a hablar en holandés y se contorsionó de mil maneras mirando aquí y allá mientras hablaba, dando patadas en el suelo y extendiendo los brazos, como si estuviera dominado por la ira y lleno de furia; luego se volvió hacia mí y me miró como si fuese el mismo diablo. No he visto nada tan terrorífico en toda mi vida.

Por fin, me atreví a hablar:

—Señor —le dije al mercader holandés—, ¿a qué vienen esos conciliábulos? ¿Qué es lo que ha enfadado tanto a este caballero? Si ha de hacer tratos conmigo, preferiría que utilizara un idioma que yo pueda entender; y si estáis tratando otros asuntos, permitid que me retire y vuelva cuando hayáis terminado.

—No, no, señora —dijo el holandés con mucha amabilidad—, no debéis iros, toda nuestra conversación es acerca de vos y de vuestras joyas y ahora comprenderéis por qué os concierne.

—¿Qué por qué me concierne? —dije yo—. Y ¿qué puede concernirme tanto que haga sufrir así a este caballero? ¿Y por qué me mira de ese modo? Casi parece que quisiera devorarme.

El judío me entendió y empezó a hablar en francés, preso de ira.

—Sí, señora, me temo que os concierne y mucho —repitió las palabras mientras movía la cabeza de un lado al otro y luego se volvió hacia el holandés—. Os ruego, señor, que le expliquéis lo que sucede.

—No —dijo el mercader—, aún no, antes discutamos un poco más el asunto. —Y se fueron a otra habitación donde siguieron hablando en voz alta en un idioma que yo no comprendía.

Empecé a pensar con sorpresa en lo que había dicho el judío, me angustié tratando de entender sus palabras y me impacienté tanto que se lo hice saber al mercader y llamé a uno de sus criados para que le dijera que quería hablar con él. Cuando llegó, le pedí que me disculpara por ser tan impaciente, pero le expliqué que estaba muy intranquila y que necesitaba saber lo que ocurría.

—Pues bien, señora —dijo el mercader holandés—, el caso es que yo también estoy muy sorprendido. Ese hombre es un judío que entiende mucho de joyas, y por

eso lo mandé llamar para que os las comprara, pero, en cuanto las vio, las reconoció con total seguridad y lleno de ira, como habéis visto, me explicó que eran las joyas que llevaba consigo un joyero inglés al que robaron cuando iba camino de Versalles (hace ahora unos ocho años) para mostrárselas al príncipe de...; al parecer asesinaron a aquel pobre caballero para arrebatarle esas mismas joyas, y ahora el judío no hace más que pedirme que os pregunte de dónde las habéis sacado y os acuse de robo y asesinato, para que os interroguen a fin de averiguar quiénes fueron los culpables y ponerlos a disposición de la Justicia.

En ese momento el judío irrumpió en la habitación sin llamar a la puerta, cosa que me sorprendió un poco.

El mercader holandés hablaba muy bien inglés y sabía que el judío no entendía ni una palabra, así que, desde que entró en la habitación, siguió explicándomelo todo en inglés. Yo me sonreí y él volvió a ponerse fuera de sí, a mover la cabeza y a hacer muecas, me amenazó por reírme y dijo en francés que aquello no era cosa de risa. Yo volví a reírme y me mofé de él, para darle a entender lo mucho que le despreciaba; luego me volví al mercader holandés y le dije:

—Señor, ese hombre tiene razón al decir que estas joyas pertenecieron al señor..., el joyero inglés, pero, cuando exige que se me interrogue para saber cómo llegaron a mi poder, no hace sino demostrar su ignorancia y sus malos modales. Tanto vos como él estaréis más tranquilos en cuanto os diga que soy la desdichada viuda del señor..., que fue bárbaramente asesinado camino de Versalles, y que las joyas que le robaron no fueron éstas sino otras. El señor... dejó éstas en casa conmigo, por miedo a que le robasen. Si las hubiese adquirido de otro modo, señor, no habría sido tan estúpida para tratar de venderlas aquí, donde se cometió el crimen, sino que habría ido a cualquier otra parte.

El mercader holandés, que era a su vez un hombre honrado, se llevó una agradable sorpresa, y creyó todo lo que dije, ya que, al ser casi todo literalmente cierto, a excepción de lo de mi matrimonio, hablé con tanta naturalidad que era evidente que no era culpable de nada de lo que sugería el judío.

Éste se quedó muy confundido al oír que yo era la mujer del joyero, pero estaba tan enfadado que me miró con un gesto diabólico y, después de meditarlo, respondió que eso no me serviría de nada, y le pidió al holandés que volviera a salir y le comunicó su intención de llevar el asunto más lejos.

Por fortuna, se dio una circunstancia que ciertamente fue mi salvación, y es que aquel idiota no pudo contenerse y, cuando salieron de la habitación, le dijo al mercader holandés que pensaba entablar un proceso contra mí por asesinato, y que iba a pagar muy caro haberme burlado de él de ese modo. Y, después de pedirle al mercader que lo avisara cuando volviera a verme, se marchó. Si hubiese sospechado que el holandés iba a decírmelo todo, no habría sido tan estúpido como para

contárselo.

Pero dejó ver la maldad de sus intenciones y el mercader fue tan bueno como para ponerme al tanto de sus planes, que eran perversos por naturaleza, pero que para mí habrían sido peores que para cualquier otro, pues en el curso de la investigación no habría podido demostrar que estuviera casada con el joyero y habría atraído sobre mí todas las sospechas, y, al descubrirse que no era su mujer, sino una amante, o como se dice en román paladino, una prostituta, sus parientes ingleses se me habrían echado encima y habrían exigido la entrega de las joyas, pues yo había admitido que le pertenecían.

Aquella idea acudió a mi imaginación en cuanto el mercader holandés me puso al corriente de los perversos planes del judío maldito; el hombre estaba convencido, por la expresión de su cara, de que aquel villano (pues no merece otro nombre) hablaba en serio y tenía intención de quedarse con el resto de las joyas.

Cuando le dijo al holandés que aquellas joyas eran las de mi marido, se extendió en increíbles explicaciones sobre los motivos por los que habían estado ocultas tanto tiempo: ¿dónde habían estado?, y ¿quién era la mujer que las había traído?, e insistió en que debía ser detenida cuanto antes y puesta a disposición de la justicia; y fue entonces cuando hizo todas aquellas muecas tan horribles y me miró o con aire tan diabólico.

El mercader, al oírlo hablar de ese modo y verlo tan serio le recomendó que sujetara la lengua, pues se trataba de un asunto de importancia y le pidió que fuese con él a la habitación contigua a discutir la cuestión, y por eso me dejaron allí sola.

Como ya he dicho, me impacienté y lo mandé llamar y, al ver lo que ocurría, le respondí que yo era la mujer o la viuda, y aquel judío malvado respondió que eso no me serviría para librarme, por lo que el holandés volvió a pedirle que saliera y, al comprobar que hablaba en serio, fingió estar de acuerdo con él y ayudarle a planearlo todo.

De modo que acordaron acudir a un abogado o consejero, para conocer el mejor modo de proceder y volver a verse al día siguiente, cuando el mercader me citaría para comprarme las joyas.

—No —dijo el mercader—, haré algo mejor: le pediré que me deje las joyas para mostrárselas a otro comprador y conseguir un mejor precio.

—De acuerdo —dijo el judío—, yo me aseguraré de que no vuelva a tenerlas nunca. O bien nos las quedaremos nosotros, en nombre del rey, o nos las entregará por miedo a la tortura.

El mercader estuvo de acuerdo y quedaron en encontrarse a la mañana siguiente, y en que me persuadiría para que le dejara las joyas y fuera a verle un día después a las cuatro de la tarde. Y así se despidieron, pero el buen holandés, indignado ante tan bárbaros planes, fue directo a verme y me lo contó todo.

—Así que, señora, a vos os corresponde decidir cuanto antes lo que vais a hacer. —Le respondí que estaba segura de que la Justicia me daría la razón y que no temía lo que pudiera hacerme aquel canalla, aunque ignoraba cómo eran las cosas en Francia. Añadí que lo más difícil sería probar mi matrimonio, pues se había celebrado en Inglaterra, y además en un lugar muy remoto, y lo que era aún peor, no sería fácil conseguir los certificados de matrimonio, pues nos habíamos casado en privado—. Pero, señora —preguntó—, ¿qué pueden decir de la muerte de vuestro marido?

—Nada —respondí—, ¿qué van a decir? En Inglaterra, si alguien quiere injuriar de este modo a alguien, tiene que demostrarlo, u ofrecer motivos justificados de sus sospechas. Todo el mundo sabe que mi marido murió asesinado, pero nadie, ni siquiera yo, sabe si le robaron o lo que le robaron. ¿Acaso no se investigó todo en su momento? He vivido en París desde entonces, he llevado una vida pública y nadie ha tenido el descaro de reprocharme algo semejante.

—Estoy convencido de ello —dijo el mercader—, pero ese hombre es un canalla y no se detendrá ante nada, ¿qué podemos decir? Y ¿quién sabe lo que jurará? Imaginad que jurase que vuestro marido llevaba esas joyas encima la mañana en que salió y que se las mostró para conocer su valor y el precio que podía pedirle al príncipe de...

—Por esa regla de tres —respondí— lo mismo podría jurar que yo asesiné a mi marido.

—Cierto —dijo él—, y, si lo hace, no sé cómo vais a salvaros.

—Al menos estoy al corriente de sus planes —añadí yo.

—Sus planes son que os lleven a Le Châtelet para que las sospechas parezcan fundadas, luego hacer todo lo posible para que le entreguéis las joyas y por fin retirar la acusación a cambio de que consintáis dejarlas en su poder. Lo que debéis considerar ahora es cómo evitarlo.

—Mi desgracia, señor —respondí—, es que no dispongo de tiempo para considerarlo, ni tengo con quién discutirlo o a quién pedirle consejo. Temo que de nada sirva mi inocencia ante un sujeto tan falto de escrúpulos, cualquiera dispuesto a cometer perjurio tiene la vida de los demás en sus manos. Pero decidme, señor, ¿es que aquí la justicia permitiría que, mientras se me estuviese procesando, él pudiera hacerse con mis cosas y se apropiara de mis joyas?

—Ignoro —respondió él— si ése podría ser el caso, pero de lo contrario sería el propio tribunal quien se hiciera cargo de ellas, y mucho me temo que os sería casi igual de difícil recuperarlas y que tendríais que invertir al menos la mitad de su valor en hacerlo. Así que creo que es mucho mejor que impidáis sin más que lleguen a su poder.

—Pero ¿qué puedo hacer —pregunté— ahora que saben que las tengo? Si me detienen, me obligarán a entregarlas o tal vez me envíen a prisión hasta que lo haga.

—Sí —dijo él—, y, como dice ese animal, incluso podrían interrogaros, bajo tortura, con el pretexto de obligaros a confesar quiénes fueron los asesinos de vuestro marido.

—¡Confesar! —exclamé—, pero ¿cómo voy a confesar lo que ignoro por completo?

—Si os llevan al potro —replicó—, os harán confesar que lo hicisteis vos misma, tanto si es cierto como si no, y en tal caso estaríais perdida.

La sola mención del potro me inspiró un miedo mortal y me dejó casi sin ánimos.

—¡Qué lo hice yo! —dije—. ¡Eso es imposible!

—No, señora —replicó—, no lo es, muchos inocentes se han visto obligados a confesar delitos de los que ni siquiera habían oído hablar y en los que ni mucho menos estaban implicados.

—¿Qué debo hacer entonces? —dije—. ¿Qué es lo que me aconsejáis?

—Pues —respondió— yo os aconsejaría que huyeseis: habíais pensado marcharos en cinco días y bien podéis ir en dos. Si lo hacéis, lo dispondré todo para que no sospeche que os habéis ido hasta pasados unos días. Y entonces me contó cómo aquel canalla contaba con que yo llevaría las joyas al día siguiente y pensaba aprovechar la ocasión para hacerme detener, aunque él le había convencido de que estaba dispuesto a respaldar sus planes y a entregarle las joyas—. Ahora —dijo el mercader— os daré varias letras fiables por el dinero que queríais; coged vuestras alhajas e id esta misma tarde a Saint Germain-en-Laye; enviaré a un hombre que os acompañe y, desde allí, os conducirá mañana a Rouen, donde hay atracado un barco de mi propiedad, que está a punto de partir hacia Rotterdam. En dicho barco encontraréis un pasaje pagado, y enviaré órdenes de partir en cuanto estéis a bordo, y una carta a un amigo mío de Rotterdam para que os reciba y atienda.

Teniendo en cuenta mi situación, era una oferta demasiado buena para rechazarla o no agradecerla. En cuanto a la partida, todo estaba dispuesto, de modo que sólo tenía que volver a por dos o tres baúles, bolsas y otras cosas parecidas, recoger a Amy y ponerme en camino.

Luego el mercader me explicó las medidas que había pensado para engañar al judío mientras yo huía, que estaban ciertamente muy bien planeadas.

—En primer lugar —dijo—, cuando venga mañana a verme le diré que, tal como habíamos acordado, os propuse dejarme las joyas, pero que vos respondisteis que las traeríais por la tarde, y lo convenceré de que os espere hasta las cuatro. En ese momento le mostraré una carta vuestra, como si acabase de llegar, en la que os excusaréis diciendo que no podéis venir y me explicaréis que os lo ha impedido una visita, pero insistiréis en que me asegure de que ese caballero está dispuesto a comprar las joyas y os comprometeréis a venir sin falta al día siguiente a la misma hora.

»Al día siguiente, esperaremos hasta la hora señalada, y cuando faltéis a la cita, fingiré enfadarme mucho y me preguntaré por vuestros motivos, de modo que acordaremos denunciaros al día siguiente. Sin embargo, por la mañana, le enviaré un recado informándole de que os habéis presentado en mi casa, y de que, al no estar él presente, hemos concertado una nueva cita, y diciéndole que deseo hablar con él; cuando venga, le diré que me habéis parecido totalmente inconsciente del peligro y muy decepcionada de que el comprador no haya comparecido, aunque no pudierais acudir la tarde anterior; y que hemos quedado en vernos al día siguiente a las tres de la tarde. Por la mañana enviaréis un recado de que estáis indispuesta y no podéis salir, pero afirmaréis que vendréis al día siguiente; y el día siguiente ni vendréis ni enviaréis ningún recado y nadie sabrá nada de vos, pues para entonces, si todo ha ido bien, ya estaréis en Holanda.

Todo estaba tan bien pensado para ayudarme que no pude sino dar mi aprobación a todas sus medidas. El mercader me pareció tan franco y sincero que decidí poner mi vida en sus manos. Fui de inmediato a mi alojamiento y envié a Amy con todos los bultos que había preparado para el viaje. También envié mis mejores muebles a casa del mercader, para que me los guardara, cogí las llaves de mi alojamiento y volví a su casa. Allí arreglamos la cuestión del dinero, y le entregué siete mil ochocientas *pistoles* en letras y efectivo, una copia cotejada de una carta de crédito del Ayuntamiento de París por cuatro mil *pistoles* al tres por ciento de interés y un poder para cobrar dicho interés cada seis meses, aunque yo me quedé con el original.

Podría haber dejado todo en sus manos, pues era evidente que aquel hombre era completamente honrado, y no tenía la menor intención de perjudicarme, tal como demostraba que me hubiera salvado la vida, o como mínimo que me hubiera librado de la ruina y la deshonra. De modo que ¿cómo iba a dudar lo más mínimo de él?

Cuando llegué lo tenía todo dispuesto como me había dicho y, en cuanto al dinero, me entregó en primer lugar una letra de cambio, pagadera en Rotterdam, por valor de cuatro mil *pistoles*, que extendida en Génova por un mercader de Rotterdam, pagadera a un mercader de París y endosada por dicho mercader a mi holandés, me aseguró que me pagarían en el acto, y así fue; el resto me lo dio en otras letras de cambio extendidas por él mismo a otros mercaderes de Holanda. Después de esconder las joyas como mejor pude, la carroza de un amigo suyo pasó a recogerme esa misma tarde para llevarme a Saint Germain y, a la mañana siguiente, a Rouen. También envió conmigo a uno de sus criados a caballo para que me atendiera por el camino y le transmitiese sus órdenes al capitán del barco, que estaba anclado a unos cinco kilómetros de Rouen, en el río, y, de acuerdo con sus instrucciones, subí inmediatamente a bordo, el barco zarpó y, al día siguiente, llegamos al mar. Y así me fui de Francia y me libré de un feo asunto, que, de haber seguido adelante, podía haberme arruinado y devuelto tan desnuda a Inglaterra como cuando me fui de allí.

XII

Ahora Amy y yo podíamos considerar sin cuidado la desgracia de la que habíamos escapado y, si yo hubiese tenido el menor sentido del poder supremo que controla y dirige tanto las causas como las consecuencias de este mundo, habría tenido motivos para sentirme agradecida al poder que no sólo había puesto aquella fortuna en mis manos, sino que me había permitido escapar de la ruina que me amenazaba; pero yo no tenía nada de eso. Me sentí, eso sí, agradecida por la generosa amistad de mi protector, el mercader holandés, que me había servido de un modo tan leal y, en lo que se refiere a las segundas causas^[12], me había librado de la destrucción.

Como digo, estaba tan agradecida por su bondad y lealtad que decidí darle pruebas de ello en cuanto terminaran mis viajes, pues seguía en un estado de incertidumbre que a veces me intranquilizaba un poco. Tenía conmigo todos los papeles, y él había sido muy bueno al sacarme del país, como se ha contado más arriba. Pero todavía no acababa de verlo claro, pues, a menos que me pagasen las letras, podía perderlo todo a manos de mi holandés, e incluso era posible que hubiera urdido todo el asunto del juicio para asustarme y obligarme a huir para salvar la vida, de modo que, si me rechazaban las letras, me habría engañado ante testigos. Sin embargo, mis sospechas eran injustificadas, pues el buen hombre había actuado como actúan todas las personas honradas: según principios rectos y desinteresados, y con una sinceridad que no suele darse con frecuencia en este mundo; el beneficio que sacó era justo y merecido y, por lo demás, no se aprovechó lo más mínimo de mí.

Cuando pasé en el barco entre Dover y Calais y tuvimos a mi amada Inglaterra a la vista, la Inglaterra a la que tenía por mi país natal, pues me había educado allí, aunque no hubiese nacido en ella, me poseyó una especie de alegría, y sentí tantos deseos de volver que le ofrecí al capitán del barco veinte *pistoles* por dejarme desembarcar en los Downs, y cuando me dijo que eso era imposible y que no lo haría ni por cien *pistoles*, deseé secretamente que se levantara una tormenta y empujase el barco, quisiéranlo ellos o no, a la costa de Inglaterra, para que yo pudiera desembarcar en suelo inglés.

Aquel perverso deseo no se apartó de mi imaginación en las dos o tres horas siguientes, pero el capitán gobernó la nave para que siguiera rumbo norte y pronto perdimos de vista la tierra por ese lado y sólo divisamos la costa flamenca a nuestra derecha, o, como dicen los marinos, por estribor, y al perderla de vista, el deseo de desembarcar en Inglaterra disminuyó y pensé en lo absurdo que era, pues, si hubiese desembarcado en Inglaterra, habría tenido que volver a Holanda a cobrar mis letras de cambio y, como no tenía allí ningún corresponsal, no habría podido hacerlo sin ir en persona. Pocas horas después de perder de vista Inglaterra, el tiempo empezó a cambiar, y el viento silbó de tal modo que los marinos se dijeron unos a otros que se

avicinaba una mala noche. Faltaban dos horas para la puesta del sol, habíamos pasado junto a la costa de Dunquerque y creo recordar que dijeron que acabábamos de avistar Ostende; luego el viento empezó a arreciar, el mar se encrespó y todo empezó a tener muy mal aspecto, sobre todo para nosotros, que no sabíamos lo que nos esperaba. Por fin cayó una noche muy oscura, el viento refrescó y sopló más y más hasta que, dos horas después de anochecer, se desató una terrible tormenta.

Aquella no era la primera vez que navegaba, pues había ido desde La Rochelle a Inglaterra cuando era niña y luego desde Londres, por el río Támesis, hasta Francia, tal como he contado antes. Pero el terrible clamor de los hombres sobre mi cabeza me asustó, pues nunca había estado en una tormenta y jamás había visto ni oído nada parecido y, una vez que me asomé a la puerta de la antecámara, como la llaman ellos, me horrorizaron la oscuridad, la fuerza del viento, la temible altura de las olas y el apresuramiento con que actuaban los marineros holandeses a quienes no entendía ni palabra, por lo que no sabía si estaban rezando o blasfemando; y, como digo, todo aquello me llenó de horror y, en suma, hizo que me asustara mucho.

Volví al camarote y me encontré con Amy, que estaba muy mareada, por lo que poco antes le había dado un sorbo de licor a fin de que se le asentara el estómago. Cuando me vio volver y sentarme sin decir palabra, me miró de soslayo dos o tres veces y por fin acudió corriendo a mi lado.

—Querida señora —dijo—, ¿qué es lo que ocurre? ¿Por qué estáis tan pálida?

Yo seguí sin decir nada, pero extendí las manos al cielo dos o tres veces. Amy siguió insistiendo hasta que le dije sin más:

—Sal a verlo tú misma a la puerta de la antecámara como he hecho yo.

Se fue de inmediato y se asomó tal como le había dicho, pero la pobre muchacha volvió más espantada y horrorizada de lo que la vi jamás, retorciéndose las manos y gritando que estábamos condenados y que íbamos a ahogarnos y que estábamos todos perdidos. Irrumpió en el camarote fuera de sí, como una loca, igual que habría hecho cualquiera en aquella situación.

Yo estaba muy asustada, pero al verla tan aterrorizada me serené un poco y empecé a hablar con ella para infundirle ánimos. Le dije que no todos los barcos a los que sorprendía una tempestad acababan hundiéndose y que tenía la esperanza de que no nos ahogaríamos, pues, aunque era cierto que aquella tormenta era terrible, los marineros no parecían tan preocupados como nosotras, y así seguí confortándola lo mejor que pude, a pesar de que yo estaba tan espantada como ella y notaba también la cercanía de la muerte, y me remordía la conciencia y me angustiaba mucho, pues no tenía nadie que me consolara.

Pero, como Amy estaba mucho peor, es decir, mucho más asustada por la tormenta que yo, tuve que hacer lo imposible por tranquilizarla. Ya he dicho que parecía una loca y que iba de aquí para allá por el camarote gritando que estaba

condenada, ¡condenada!, y que nos ahogáramos todos sin remedio y otras cosas parecidas.

Por fin el barco, empujado por alguna ola especialmente violenta, dio una fuerte sacudida y derribó a Amy, que seguía muy débil por el mareo, y que se golpeó en la cabeza contra el mamparo del camarote —como lo llaman los marinos— y se quedó tendida en el suelo o la cubierta como si hubiese muerto.

Yo grité pidiendo ayuda, pero lo mismo habría podido gritar en lo alto de una montaña donde no hubiese nadie a diez kilómetros a la redonda, pues los marineros estaban tan atareados y hacían tanto ruido que nadie me oyó ni vino a ayudarme; así que abrí la puerta del camarote y me asomé a la antecámara para pedir auxilio, pero, para mi mayor espanto, topé con dos marineros que estaban arrodillados rezando, mientras uno gobernaba el timón y emitía también una especie de gemido, que yo tomé por sus oraciones, pero, al parecer, era la respuesta que daba a los de arriba cuando le indicaban en qué dirección virar.

Allí no iban a ayudarme a mí ni a la pobre Amy, que seguía tendida en tal estado que era imposible saber si estaba viva o muerta. Volví con ella muy asustada, la incorporé un poco en cubierta y la apoyé contra las tablas del mamparo, saqué una botellita del bolsillo y se la puse debajo de la nariz y le froté las sienes, pero, a pesar de todos mis esfuerzos, siguió sin dar muestras de vida. Luego le busqué el pulso y apenas noté que estuviera viva; sin embargo, después de un rato empezó a recuperarse y, al cabo de media hora, volvió en sí, aunque al principio no recordaba nada de lo que le había sucedido.

Cuando se recobró del todo, me preguntó dónde estábamos. Le respondí que seguíamos en el barco, aunque sólo Dios sabía por cuánto tiempo.

—¿Cómo, señora, es que no ha amainado la tormenta?

—No, no, Amy —repuse.

—Pero, señora, si hace un momento el mar estaba en calma.

Se refería al rato que había pasado sin sentido.

—En calma, Amy —dije—, ni mucho menos, tal vez se calme cuando todos nos hayamos ahogado y estemos en el cielo.

—¡En el cielo, señora! —respondió ella—. ¿Cómo osáis hablar así? ¡En el cielo! ¡Yo en el cielo! ¡No, no, si me ahogo, me condenaré! ¿Es que no sabéis lo malvada que he sido? He sido la puta de dos hombres, y he vivido una vida abominable de vicio y perversidad a lo largo de catorce años. ¡Oh, señora, vos lo sabéis y Dios también! Y ahora voy a morir ahogada. ¡Oh! ¿Qué será de mí? ¡Estoy perdida para siempre! ¡Sí, señora, para siempre! ¡Para toda la eternidad! ¡Estoy perdida! ¡Perdida! ¡Si me ahogo, estoy perdida!

Todo eso, como es fácil imaginar, era como otras tantas puñaladas en el alma de cualquiera que estuviese en mi situación y enseguida pensé: «¡Pobre Amy! ¿Qué eres

tú que yo no sea? ¿Qué has sido tú que no haya sido yo también? No, soy culpable de mi pecado y también del tuyo». Luego recordé que no sólo había sido lo mismo que Amy, sino también el instrumento que había utilizado el demonio para pervertirla, que la había desnudado y prostituido con el mismo hombre con quien yo me había degradado, que ella se había limitado a imitarme y a seguir mi perverso ejemplo, y que, igual que habíamos pecado juntas, lo más probable era que nos hundiésemos juntas.

Mientras los gritos de Amy resonaban en mis oídos, yo no dejaba de repetirme: «Soy la única culpable de todo esto; he sido tu perdición, Amy; te he empujado hasta aquí, y ahora tendrás que sufrir por los pecados que te he hecho cometer; y, si tú has de condenarte para siempre, ¿qué será de mí? ¿Cuál será mi castigo?».

Cierto que yo me limité a pensarlo y a suspirar para mis adentros, mientras que Amy gritaba y chillaba y daba voces como si estuviera sufriendo una terrible agonía.

No sabía cómo consolarla y, de hecho, no había mucho que decir, aunque logré que se serenase un poco y pude impedir que los del barco supiesen a qué se refería. No obstante, incluso en los momentos de más serenidad, siguió expresando su miedo y su terror por la vida tan depravada que había llevado y continuó gritando que iba a condenarse y otras cosas parecidas, lo que resultó terrible para mí, que conocía perfectamente mi propia situación.

Aquellas consideraciones hicieron que yo también me arrepintiera de mis pecados y exclamara —aunque fuese en voz baja— dos o tres veces: «Señor, apiádate de mí», a lo que añadí un gran número de resoluciones acerca de la vida que llevaría a partir de entonces, si Dios tenía a bien perdonarme esta vez: viviría como una soltera virtuosa y gastaría la mayor parte de lo que había ganado de forma tan malvada en actos de caridad y haciendo el bien.

Repasé, bajo tan terribles aprensiones, la vida que había llevado y la consideré con el mayor asco y desprecio; me sonrojé y me pregunté a mí misma cómo había podido renunciar a la modestia y el honor y prostituirme por el dinero; y pensé que, si Dios tenía a bien librarme de la muerte esa vez, todavía tenía la posibilidad de volver a ser la de antes.

Amy aún fue más allá: rezó y se comprometió a llevar una nueva vida si Dios la perdonaba ahora. La tormenta siguió toda la noche, hasta que empezó a clarear y la luz del día nos ofreció cierto consuelo, pues ninguno habíamos contado con volver a verla, pero el mar seguía alzándose tan alto como una montaña y el ruido del agua era casi tan espantoso como la visión de las olas y no se veía tierra por ninguna parte, ni los marineros tenían la menor idea de dónde estábamos. Por fin, con gran alegría, divisaron tierra, que resultó ser Inglaterra y la costa de Suffolk, y pusieron rumbo a la orilla; con mucho peligro y grandes dificultades lograron llegar a Harwich, donde nos pusimos a salvo de morir, aunque el barco estaba tan maltrecho y lleno de agua que,

si no hubiésemos llegado a tierra ese mismo día, se habría hundido sin remedio antes de la noche, según la opinión de los marineros y de los trabajadores que contrataron en tierra para reparar las vías de agua.

Amy resucitó en cuanto oyó que habían divisado tierra y se precipitó a cubierta, pero enseguida volvió conmigo y me dijo:

—¡Oh, señora! Es cierto que han avistado tierra, parece sólo una franja de nubes, y tal vez lo sea, pero, si es tierra, está todavía muy lejos, y el mar está tan revuelto que todos moriremos antes de alcanzarla. No he visto nunca olas así, son altas como montañas, sin duda nos engullirán a todos, ahora que tenemos tierra a la vista.

Yo había concebido la esperanza de que, ya que habían avistado tierra, tuviéramos una oportunidad de librarnos, y le respondí que ella no entendía los fenómenos de la naturaleza y que podía estar segura de que, si habían visto tierra, pondrían rumbo hacia ella en el acto y nos llevarían a algún puerto; pero según Amy la distancia era enorme, la costa parecía sólo una franja de nubes y las olas eran tan altas como montañas, por lo que no parecía haber ninguna esperanza y lo más probable era que nos hundiéramos antes de alcanzarla, por eso estaba tan desanimada. Sin embargo, el viento soplaba del este y nos empujó tan furiosamente hacia tierra que, media hora más tarde, cuando me asomé a la puerta de la antecámara, vi la costa mucho más cerca de lo que imaginaba Amy, así que volví a entrar y la consolé y yo misma cobré ánimos.

Al cabo de una hora, o un poco más, vimos, para nuestra infinita satisfacción, el puerto de Harwich, y el barco se dirigió directamente a él, y pocos minutos después estábamos en aguas más tranquilas. Y así se cumplió, aunque contra mi voluntad y mis verdaderos intereses, mi deseo de desembarcar en Inglaterra, aunque fuese empujada por una tormenta.

Sin embargo, aquel incidente no nos fue de mucha ayuda a Amy ni a mí, pues, una vez pasado el peligro, el miedo a la muerte desapareció con él; sí, y también el miedo a lo que nos esperaba después de la muerte; nuestra conciencia de la vida que habíamos llevado desapareció y, al vernos salvadas, volvimos a ser las mismas de antes, si no peores. No hay nada más cierto que el hecho de que el arrepentimiento que se produce por mero temor a la muerte desaparece en cuanto desaparece dicho temor. Y que el arrepentimiento en el lecho de muerte, o en plena tormenta, que es muy similar, no suele ser sincero.

No obstante, no pretendo decir que eso ocurriera de inmediato, el miedo que habíamos pasado duró todavía un tiempo, y al menos la impresión no se disipó tan rápido como la tormenta. Sobre todo para la pobre Amy, que, en cuanto puso un pie en la orilla, se echó al suelo y besó la tierra y dio gracias a Dios por haberla librado del mar, y volviéndose hacia mí cuando se incorporó me dijo:

—Señora, no volveré a embarcarme jamás.

No sé lo que me ocurrió, pero Amy se arrepintió más cuando estábamos en alta mar y fue mucho más consciente de haberse librado una vez hubimos desembarcado que yo misma. Me quedé transida, no sé muy bien cómo explicarlo. En plena tormenta me horroricé y vi la muerte con tanta claridad como Amy, pero no di rienda suelta, a mis pensamientos igual que hizo ella. Sentí un pesar sordo y silencioso que no acerté a expresar con lágrimas ni con palabras, por lo que me resultó mucho más difícil de soportar.

Me horrorizó la vida de perversidad que había llevado y creí firmemente que iba a hundirme y a morir, y que tendría que rendir cuentas de todos mis actos, y en semejante situación consideré mi maldad con espanto, como he contado más arriba, pero no sentí verdaderos remordimientos: no pensé que mi pecado atentase contra la naturaleza ni fuese una ofensa contra Dios, ni que se tratase de algo odioso para la santidad de su ser, ni que abusara de su compasión y despreciara su bondad. En suma, no sentí un arrepentimiento sincero, no vi mis pecados en su verdadera forma, ni pensé en el Redentor, ni deposité mi esperanza en él: tan sólo me arrepentí como el criminal en el patíbulo, que no lamenta haber cometido el crimen, sino que vayan a ahorcarlo por haberlo cometido.

Lo cierto es que los remordimientos de Amy acabaron disipándose igual que los míos, aunque no tan deprisa. En cualquier caso, las dos estuvimos muy solemnes por un tiempo.

En cuanto conseguimos que viniera a recogernos un bote del puerto, fuimos a una taberna de la ciudad de Harwich, donde nos pusimos a considerar seriamente lo que debíamos hacer, y si sería mejor ir a Londres o esperar allí hasta que reparasen el barco, lo que según dijeron tardaría al menos quince días, y luego seguir viaje a Holanda, como teníamos pensado y requerían nuestros asuntos.

La razón me aconsejaba viajar a Holanda, pues allí me esperaba todo mi dinero y tenía personas de buena reputación a quienes recurrir, pues el honrado mercader holandés me había dado varias cartas de recomendación en París, y quizá ellas pudieran recomendarme también a algún mercader en Londres que pudiera presentarme en sociedad, que era lo que pretendía, mientras que ahora no tenía a nadie en toda la ciudad de Londres, o en ninguna otra parte, a quien acudir para darme a conocer. Así que, teniendo en cuenta todas estas consideraciones, decidí viajar a Holanda pasara lo que pasara.

Pero Amy gritó y tembló, y estuvo a punto de sufrir un ataque, cuando le propuse volver a embarcarnos, y me rogó que no lo hiciera, y que, si lo hacía, la dejara a ella en Inglaterra, aunque tuviera que vivir de la mendicidad. La gente de la taberna se burló de ella y le preguntaron si tenía algún vergonzoso pecado que confesar y si no tenía la conciencia tranquila; y le advirtieron que, si volvía a sorprenderla una tormenta en alta mar y se había acostado con su señor, sin duda acabaría

confesándoselo a su señora; por lo visto era habitual que las pobres doncellas delataran a todos los jóvenes con los que se habían acostado: había una pobre chica que viajaba con una señora, cuyo marido era..., de la City de Londres, que confesó, aterrorizada por una tormenta, que se había acostado con su señor y con todos los aprendices en tales y cuales sitios, y obligó a la pobre señora, cuando volvió a Londres, a abandonar a su marido y organizar tal escándalo que fue la ruina de la familia. Amy podía soportar tales burlas, pues, aunque ciertamente se había acostado con su señor, lo había hecho con el consentimiento de su señora y, lo que era aún peor, a instancias de ella. Lo recuerdo para reprocharme mi propio vicio y exponer los excesos de mi maldad tal como merecen.

Pensé que, para cuando el barco estuviese arreglado, a Amy se le habría pasado el miedo, pero resultó que la chica se puso cada vez peor y, llegado el momento de subir a bordo o perder el pasaje, estaba tan aterrorizada que sufrió un ataque y el barco tuvo que partir sin nosotras.

Sin embargo, tal como se ha contado ya, aquel viaje era absolutamente imprescindible y tuve que embarcar en el paquebote algún tiempo después y dejar a Amy en Harwich, aunque con instrucciones de viajar a Londres y esperarme allí hasta que recibiese cartas y órdenes diciéndole lo que debía hacer. De dama de placer me había convertido en mujer de negocios, y de grandes negocios.

En Harwich contraté un criado para que viniese conmigo: había vivido en Rotterdam y hablaba el idioma, así que me fue de gran ayuda. Tuvimos muy buen tiempo y la travesía fue muy rápida. Y, una vez en Rotterdam, no tardé en encontrar al mercader al que me habían recomendado, quien me recibió con mucho respeto y aceptó la letra de cambio por valor de cuatro mil *pistoles*, que luego pagó puntualmente. Además, lo arregló todo para que aceptasen las otras letras, que eran pagaderas en Amsterdam y, aunque me rechazaron una por valor de mil doscientas coronas, prefirió pagarla él mismo, para salvaguardar el honor del firmante, que era mi amigo el mercader de París.

Por mediación de él también entré en negociaciones para vender mis joyas, y mandó llamar a varios joyeros que fueron a verlas y sobre todo a uno de ellos, que las tasó y me dijo el precio de cada una de ellas. Se trataba de un hombre que entendía mucho de joyas, pero que ahora no comerciaba con ellas, y el mercader quiso que fuese a verme para que nadie pudiera engañarme.

Todo eso me ocupó casi medio año, y al encargarme de mis negocios yo misma y manejar tan grandes sumas de dinero, me convertí en una comerciante tan experta como ellos. Tenía crédito en el banco por una elevada suma y letras y billetes por mucho más.

Cuando llevaba allí tres meses, Amy me escribió diciéndome que había recibido una carta de su amigo, como ella lo llamó, y que no era sino el mayordomo del

príncipe, quien ciertamente había sido un amigo extraordinario, pues Amy admitiría haberse acostado con él cientos de veces, o lo que es lo mismo, siempre que él así lo quiso, y en el octavo año tal vez aún más. El caso es que quien ella llamaba su amigo le había escrito para comunicarle la noticia de que mi amigo extraordinario, mi verdadero marido, el que se había alistado en los gendarmes, había muerto. Lo habían matado en una trifulca, como dijeron, una riña accidental entre los soldados. Y así, la muy descarada me felicitaba por ser ahora una mujer realmente libre. «Ahora, señora —decía al final de su carta—, no tenéis más que volver aquí y adquirir una carroza y un buen séquito, y si vuestra belleza y la buena fortuna no os convierten en duquesa, nada lo hará», pero yo no pensaba en eso todavía. Había tenido tan mala suerte con mi primer marido que odiaba la idea de volver a casarme. Había descubierto que a una esposa se la trata con indiferencia y a una amante con pasión; que a una esposa se la considera una especie de criada de rango superior, mientras que una amante es soberana; una esposa debe renunciar a todo lo que tiene y se le reprochará hasta el más mínimo ahorro que haga para sí misma, aunque sea su dinero de bolsillo; en cambio una amante hace cierto el dicho de que lo que tiene un hombre es de ella y lo que tiene ella también; la esposa debe soportar cientos de insultos y tiene la obligación de aguantar sin rechistar o marcharse y arruinarse; cuando a una amante la insultan, se va y busca un nuevo amante.

Ésos eran mis perversos argumentos en pro de la prostitución, pues nunca se me ocurrió verlo de otro modo y pensar que, en primer lugar, una esposa puede presentarse honorablemente en compañía de su marido, vive en su casa y la administra, tiene poder sobre los criados y el séquito y puede llamarlos suyos, recibe a sus amigos, es dueña de sus hijos y tiene la recompensa de su afecto y obligación, y además, según las leyes inglesas, puede heredarlo todo si el marido muere dejándola viuda.

La puta vive en sus alojamientos, la visitan de noche, no tiene derecho a nada, ni ante Dios ni ante el hombre, la mantienen durante un tiempo, pero está condenada a que más tarde o más temprano la abandonen y la dejen a merced del destino y su propio desastre: si tiene hijos, se ve obligada a deshacerse de ellos y no puede cuidarlos; y, si vive el tiempo suficiente, acabará viendo cómo la odian y se avergüenzan de ella. Mientras dura el vicio, y el hombre está atrapado por el demonio, ella lo tiene en sus manos y puede hacer presa en él, pero, si su amante enferma o le ocurre alguna desdicha, ella acabará sufriendo las consecuencias; y si alguna vez a él le da por arrepentirse o trata de reformarse, empezará siempre por ella: la abandonará y tratará como se merece, la odiará, la aborrecerá y dejará de verla. Y, por si eso fuese poco, cuanto más sincero sea su arrepentimiento, más se eleve su alma y más claro vea en su interior, más crecerá su aversión y la maldecirá con todas sus fuerzas. Sólo una rara caridad le hará rogarle a Dios que la perdone.

Los contrastes entre la situación de la esposa y la puta son tan grandes y numerosos, y he comprendido con tanta claridad la diferencia entre ambas cosas, que podría disertar largamente sobre el asunto, pero tengo la obligación de seguir con mi historia. Todavía debía insistir mucho tiempo en mi locura, aunque tal vez la moraleja de mi relato me haga volver a esta parte y, de ser así, ya tendré ocasión de extenderme largo y tendido.

En el tiempo que pasé en Holanda, recibí varias cartas de mi amigo (tenía buenas razones para llamarlo así) el mercader de París, en las que me puso al tanto de la conducta de aquel judío canalla y me contó cómo actuó después de mi partida; lo impaciente que se puso cuando él empezó a enredarlo para que esperase mi regreso, y lo que se enfadó al descubrir que había huido.

Por lo visto, al comprobar que no volvía, averiguó mediante arduas pesquisas el lugar donde yo había vivido y supo que me había mantenido como amante un encumbrado personaje, aunque nunca llegó a saber de quién se trataba. No obstante, descubrió el color de su librea y sospechó acertadamente de la persona, pero no pudo comprobarlo ni aportar pruebas decisivas, sino que habló con el mayordomo del príncipe y lo hizo con tanto descaro que el mayordomo lo trató como dicen los franceses *au coup de baton*, es decir, que lo apaleó sin piedad, como se tenía sin duda bien merecido; y, como eso no bastó para curarlo de su insolencia, dos hombres lo amordazaron y envolvieron en un capote una noche en el Pont Neuf, lo llevaron a un lugar seguro y le cortaron las orejas, advirtiéndole de que eso era por hablar impudicamente de sus superiores y añadiendo que más le valía sujetar la lengua y comportarse con más educación o la próxima vez se la arrancarían de la cabeza.

Eso puso fin a su impertinencia, aunque luego fue a ver al mercader y le amenazó con entablar un proceso contra él por mantener correspondencia conmigo y ser cómplice de la muerte del joyero.

El mercader dedujo por sus palabras que aquel villano sospechaba que me protegía el príncipe de..., y el muy canalla incluso afirmó que estaba convencido de que yo estaba en sus alojamientos de Versalles —pues nunca llegó a saber con certeza adónde había huido— y de que él estaba en el secreto. El comerciante lo desafió a que lo hiciera, y el otro le ocasionó toda clase de molestias, le acusó de haber favorecido mi huida, en cuyo caso podrían obligarlo a entregarme o multarlo a pagar una cantidad exorbitada.

Pero el mercader le ganó por la mano, pues lo denunció por estafador y expuso con todo detalle cómo había tratado de acusar falsamente a la viuda del joyero por el supuesto asesinato de su marido para quedarse él con las joyas, y cómo le había ofrecido participar en el engaño a cambio de la mitad del botín, y explicó además sus planes de retirar la acusación a condición de que le entregase las joyas. De ese modo, consiguió que lo arrestasen y lo enviaran a la Conciergerie, es decir, a Bridewell^[13], y

él quedó libre de cargos. Sin embargo, el judío salió de la cárcel poco después, no sin la ayuda del dinero, y siguió importunándolo un tiempo y por fin amenazó con asesinarlo, por lo que el mercader, que acababa de enterrar a su mujer dos meses antes, y volvía a estar soltero, temeroso de lo que pudiera hacer aquel villano, decidió dejar París y huyó también a Holanda.

Lo cierto es que, si hablamos de las causas, yo fui el motivo de todos los problemas e inconvenientes que sufrió aquel honrado caballero, y, como después tuve la oportunidad de compensarle y no lo hice, sólo puedo decir que añadí la ingratitud a mis demás locuras, pero ya contaré todo eso en su momento.

XIII

Una mañana en que estaba en casa del mercader de Rotterdam al que me había recomendado, ocupada con mis letras y escribiéndole una carta al caballero de París, me llevé la sorpresa de oír caballos en la puerta, cosa no muy común en una ciudad en la que todo el mundo viaja por los canales, pero al parecer había cruzado el Maas en el transbordador de Wilhemstad, y lo había dejado en la misma puerta: el caso es que al oír el ruido de los caballos miré hacia la puerta y vi desmontar a un caballero y acercarse a la casa.

Nada sabía ni esperaba de aquella persona, pero como digo me llevé la sorpresa de reparar en que era el mercader de París, mi benefactor, y de hecho, mi liberador.

Admito que fue una sorpresa muy agradable y me alegró mucho ver a quien tan honrado y amable había sido conmigo y que, sin duda, me había salvado la vida. En cuanto me vio, corrió a mi encuentro, me estrechó entre sus brazos y me besó con una confianza que hasta entonces nunca había mostrado.

—Querida señora... —dijo—, me alegra mucho veros a salvo en este país; si os hubieseis quedado dos días más en París, habría sido vuestro fin.

Me alegró tanto verlo que estuve un buen rato sin poder hablar y rompí a llorar y no dije nada en un par de minutos, pero luego me serené y dije:

—Tanto más obligada estoy con vos, que me salvasteis. Me alegra mucho veros aquí y poder así compensaros, pues sin duda estoy en deuda con vos.

—Eso es fácil de arreglar —dijo—, ahora que estamos tan cerca. Decidme, ¿dónde os alojáis?

—En una casa muy buena y decente —respondí— que me recomendó vuestro amigo. —Y señalé al mercader en cuya casa estábamos.

—Y donde también podéis alojaros vos, amigo mío —dijo el caballero—, si os resulta conveniente y adecuado para vuestros asuntos.

—De todo corazón —respondió él—. De este modo, señora —añadió volviéndose hacia mí—, podré estar cerca de vos y tendré tiempo de contaros la historia, que, aunque larga, os resultará entretenida, de los apuros que me ha ocasionado ese judío maldito por vuestra culpa, y la trampa infernal que os habría tendido si hubiese dado con vos.

—Yo también tendré el placer —respondí— de contaros las aventuras que he vivido desde entonces, que no han sido pocas, os lo aseguro.

El caso es que alquiló habitaciones en la misma casa en la que me alojaba yo. Y su habitación, tal como él quería, estaba justo enfrente de la mía, de modo que casi podíamos hablar desde la cama, pero eso no me preocupó lo más mínimo porque lo tenía por una persona totalmente decorosa, y ciertamente lo era, aunque de no haberlo sido tampoco me habría molestado.

Hasta que no pasaron un par de días y pudo zanjar algunos de sus negocios, no empezamos a hablar de nuestros respectivos asuntos, pero cuando lo hicimos absorbieron todas nuestras conversaciones a lo largo de casi quince días. En primer lugar le conté con detalle todo lo que nos había sucedido en el viaje y cómo una tormenta nos había empujado hasta Harwich y me había visto obligada a dejar allí a mi doncella, pues se había asustado tanto del peligro corrido que no se había aventurado a volver a subir a bordo, y que, de no haber ido en persona a cobrarlas no habría recuperado el dinero de mis letras, pero que ya veía que el dinero hacía que una mujer fuese a cualquier parte.

Pareció tomarse a broma nuestros terrores femeninos con motivo de la tormenta, y me dijo que era cosa muy frecuente en esas aguas, pero como había puertos muy cerca en toda la costa muy pocas veces se corría verdadero peligro de naufragar, pues, dijo, si no se podía llegar a una costa, siempre se podía llegar a la otra y poner rumbo a un sitio o al otro. Pero, cuando le expliqué el estado en que había quedado el barco y que, cuando llegamos a Harwich y a aguas más tranquilas, se apresuraron a sacar el barco a tierra, porque, de lo contrario, se habría hundido en el propio puerto, y cuando le conté que al asomarme a la puerta del camarote había visto a los holandeses hincados de rodillas y rezando sus oraciones, admitió que no me faltaban motivos para haberme asustado. No obstante añadió con una sonrisa:

—Aunque vos, señora, sois una dama tan buena y piadosa que habríais ido directa al cielo, y no habríais notado la diferencia.

Confieso que, cuando dijo aquello, toda la sangre acudió a mis venas y pensé que iba a desmayarme. «¡Pobre caballero —pensé—, qué poco me conoces y qué no daría yo por ser como crees que soy!».

Él reparó en mi azoramiento, pero no dijo nada hasta que le respondí moviendo la cabeza:

—¡Oh, señor! La muerte es terrible en cualquiera de sus formas, pero en la espantosa figura de una tormenta en alta mar y en un barco hundido es doble, triple e inexpresablemente más horrorosa y, aunque yo fuese la santa que vos creéis, y Dios sabe que no lo soy, seguiría siendo horrible. Aspiro a morir en paz, si es posible.

Me respondió con argumentos muy sensatos y coherentes, entre las reflexiones serias y los halagos, pero yo tenía la conciencia demasiado intranquila y preferí cambiar de conversación, y le conté cómo a pesar de tener la necesidad de viajar a Holanda había deseado quedarme a salvo en tierra inglesa.

Dijo que se alegraba mucho de que me hubiera visto obligada a ir a Holanda, y me dio a entender que estaba muy preocupado por mi bienestar y, además, tenía planes para mí, y que, si no me hubiese encontrado tan felizmente en Holanda, estaba decidido a ir a verme a Inglaterra, y que aquél era uno de los motivos por los que se había marchado de París.

Le respondí que le estaba muy agradecida por interesarse tanto por mis asuntos,

que ya estaba en deuda con él y no veía cómo iba a acrecentarla, pues le debía la vida y nada hay más valioso que eso.

Contestó, del modo más amable que pueda imaginarse, que ya se le ocurriría un modo para que pudiera pagarle mi deuda y todos los favores que me hubiera hecho o que tuviese intención de hacerme.

Entonces empecé a verlo claro y comprendí que tenía la intención de cortejarme, aunque no quise darme por enterada, pues yo sabía que tenía una mujer en París y en esa época estaba harta de intrigas. Sin embargo, no mucho después, me sorprendió al referirse en la conversación a algo que hacía en los días que había pasado con su mujer. Yo me extrañé al oírlo.

—¿Qué queréis decir con eso, caballero? —dije—. ¿Es que no tenéis una esposa en París?

—No, señora —respondió—, mi mujer murió a principios del pasado septiembre. Eso era un poco después de marcharme yo.

Vivíamos en la misma casa y, como nos alojábamos muy cerca el uno del otro, no nos faltaban oportunidades para vernos con tanta frecuencia como quisiéramos, y esas oportunidades suelen influir en los espíritus inclinados al vicio y llevan a que ocurra lo que al principio no habían planeado.

El caso es que, aunque me cortejó guardando mucho las distancias, sus pretensiones eran decorosas e, igual que antes había sido un amigo honrado y desinteresado, al que le había confiado todos mis bienes, ahora resultó ser estrictamente virtuoso, hasta que yo lo corrompí casi a la fuerza, tal como se contará más adelante.

Poco después de aquella conversación, volvió a repetir lo que había insinuado antes, es decir, que tenía pensado proponerme algo que, si aceptaba, saldaría la deuda que tenía pendiente con él. Le respondí que no podía negarle nada, menos una cosa que esperaba y confiaba que no se le ocurriría pedirme. Y que sería muy ingrata si no hiciera por él cualquier cosa que estuviese en mi mano.

Él respondió que todo lo que deseaba podía concedérselo, pues de lo contrario sería muy poco considerado por su parte pedírmelo; no obstante, declinó hacerme de momento la proposición, como él la llamaba, así que cambiamos de conversación y hablamos de otras cosas. El caso es que empecé a imaginar que, o bien había sufrido algún contratiempo en su negocio que le había obligado a huir de París, o sus asuntos habían sufrido un revés y, como ya había decidido prescindir de una suma considerable para ayudarle, y además me sentía obligada a hacerlo por gratitud a quien me había permitido poner a salvo todo lo que tenía, decidí hacerle la oferta en cuanto tuviese ocasión, cosa que, para mi satisfacción, ocurrió dos o tres días después.

Me había contado con detalle en varias ocasiones lo mal que lo había tratado el

judío, los gastos que le había ocasionado, y cómo por fin se había librado de él, aunque aquel canalla no le había compensado de ningún modo. También me había contado cómo el mayordomo del príncipe de... se había ofendido de las insinuaciones que había hecho sobre su amo, y cómo había mandado que lo secuestraran en el Pont Neuf, etcétera, tal como he contado antes, lo que me alegró sobremanera.

—Es una lástima —dije— que tenga que quedarme aquí y no pueda recompensar a ese caballero. Si no os parece mal, señor, le haré un generoso obsequio para agradecerle la justicia que nos hizo a mí y a su amo el príncipe.

El mercader aceptó. Y dije que le enviaría quinientas coronas.

—Es demasiado —respondió—, pues habéis de saber que, si mandó castigar así al judío, fue por salvaguardar el honor de su amo y no el vuestro.

De todos modos, no hicimos nada al respecto, pues a ninguno de los dos se nos ocurrió cómo escribirle o enviarle recado, así que dije que esperaría a volver a Inglaterra, pues mi doncella, Amy, le escribía de vez en cuando y había tenido tratos con él.

—Pero, señor —le dije—, si estoy pensando en recompensar a aquel hombre por lo que hizo por mí, también me parece justo que los gastos que debisteis hacer por mi causa corran de mi cuenta. Así que veamos... —añadí y empecé a calcular lo que, según sus propias palabras, le habían costado las disputas y discusiones con aquel perro judío, y que resultó ascender a un poco más de dos mil ciento treinta coronas; saqué unas letras que tenía a nombre de un mercader de Amsterdam en una cuenta del banco y empecé a revisarlas para pagarle.

Cuando adivinó cuáles eran mis propósitos, me interrumpió con cierto acaloramiento y afirmó que nunca aceptaría que le pagara con dinero; me pidió que volviese a guardar las letras y los billetes e insistió en que no me había contado su historia con esa intención, que había sido él quien había tenido la desdicha de presentarme a aquel canalla y que, aunque lo había hecho con buena intención, era justo que corriera con los gastos, como penitencia por haberme echado encima aquella desgracia, y me preguntó cómo podía pensar tan mal de él para imaginar que aceptaría dinero de mí, una viuda, sólo por haberme ayudado y haberse portado bien conmigo cuando yo estaba en un país extranjero y en un momento de apuro; pero volvió a añadir que tenía intención de hacerme una propuesta que me permitiría devolverle de una sola vez todos los favores que me había hecho, a fin de que pudiéramos saldar deudas.

Supuse que aprovecharía ese momento para sacar a relucir el asunto, pero volvió a posponer la ocasión, como había hecho antes, así que deduje que no podía tratarse de una cuestión amorosa, pues esas cosas no suelen retrasarse de ese modo, y que, en cambio, debía tratarse de dinero. Así que rompí el silencio y le dije que, como muy

bien sabía, le estaba tan agradecida que no podría negarle ningún favor que estuviera en mi mano concederle, y que, ya que parecía reticente a hablar con franqueza, le rogaba que me autorizase a preguntarle si estaba preocupado por sus bienes o sus negocios. En caso de que así fuese, él sabía tan bien como yo cuáles eran mis posesiones y, si le hacía falta dinero, le prestaría cualquier suma que necesitara, hasta cinco o seis mil *pistoles*, para que me la devolviese cuando pudiera y, si no podía pagarme, no le incomodaría por ello.

Se levantó con aire muy ceremonioso y me dio las gracias de un modo que dejó bien a las claras que había sido educado entre personas más educadas y corteses de lo que se considera habitual entre los holandeses; y, una vez terminados los cumplidos, se me acercó y me dijo que se veía obligado a repetirme que, aunque estuviese muy agradecido por mi amable ofrecimiento, no le hacía falta dinero, no había sufrido ningún contratiempo en sus negocios, ni de ningún otro tipo, salvo la pérdida de su mujer y uno de sus hijos, que ciertamente le habían apenado mucho, aunque eso nada tenía que ver con lo que quería proponerme y que, si yo aceptaba, saldaría todas mis deudas con él: en pocas palabras, consistía en que, ya que la Providencia (como si hubiese obrado con ese propósito) había querido llevarse a su mujer, yo podía compensar esa pérdida. Dicho lo cual, me tomó entre sus brazos y me besó sin darme ocasión a negarme y dejándome casi sin aliento.

Por fin, cuando volví a tener ocasión de hablar, le dije que, tal como le había explicado antes, sólo podía negarle una cosa en el mundo. Y sentía mucho que me hubiera propuesto la única cosa que no podía concederle.

De todos modos, no pude sino sonreír para mis adentros al verle emplear tantos circunloquios e indirectas para decirme algo que, en el fondo, no tenía nada de raro. Pero había otra razón por la que no quise aceptar su propuesta, mientras que, si me hubiese cortejado de un modo menos decente y virtuoso, creo que no lo habría rechazado, pero ya llegaremos a eso.

Como he dicho, tardó mucho en declararse, pero una vez lo hizo, me persiguió con mucha insistencia para que me fuera imposible negarme, o al menos eso pretendía él. Pero, aunque le ofrecí todas las expresiones de afecto y respeto imaginables, me resistí con mucha obstinación. Le dije que no había ninguna otra cosa en el mundo que pudiera negarle y le traté con mucho respeto y tanta intimidad y desenfado como si hubiese sido mi hermano.

Él trató por todos los medios de llevar su plan a la práctica, pero yo me mostré inflexible. Por fin, se le ocurrió una estrategia que juzgó que sería infalible, y probablemente lo habría sido con cualquier otra mujer: consistía en aprovechar la primera ocasión para meterse en mi cama, para que después, como era lógico pensar, yo estuviese dispuesta a casarme con él.

Vivíamos en una intimidad sólo comparable a la que se da, o debería darse, entre

marido y mujer, pero las libertades que nos tomábamos seguían estando dentro de los límites de la modestia y la decencia. Sin embargo, una noche en que estábamos más alegres de lo normal, noté que trataba de contentarme para obligarme a bajar la guardia, y decidí fingir estar tan contenta como él y, si me proponía alguna cosa, acceder a sus deseos sin ofrecer resistencia.

Hacia la una de la madrugada, pues habíamos estado hablando hasta muy tarde, dije:

—Bueno, es la una, me voy a la cama.

—De acuerdo —dijo él—, os acompaño.

—No, no —repuse—, vos id a vuestra habitación. —Él insistió en que quería acostarse conmigo—. Bueno dije—, ya que insistís, no sé qué decir..., no veo cómo voy a negarme.

Sin embargo, me aparté de él, lo dejé y entré en mi habitación, pero no cerré la puerta; al ver que me estaba desvistiendo, entró en su propia habitación, que estaba en el mismo piso, y en pocos minutos se desvistió a su vez y volvió a mi puerta en bata y zapatillas. Yo pensé que había desistido y que todo había sido en broma y no pensaba lo que decía, así que cerré la puerta, aunque sin echar el pestillo, pues casi nunca lo utilizaba, y me metí en la cama. No llevaba ni un minuto acostada cuando él se plantó en bata delante de la puerta y la abrió un poco, aunque no lo bastante para entrar o mirar, y dijo en voz baja:

—¿Cómo? ¿De verdad os habéis acostado?

—Sí, sí —respondí—, marchaos.

—Ni hablar —replicó—, no me iré, antes me autorizasteis a acostarme con vos, y ahora no me diréis que me vaya.

Así que entró en la habitación, luego se volvió, cerró la puerta con llave y se plantó junto a la cama. Yo fingí regañarle y resistirme y le pedí que se marchase con más acaloramiento que antes, pero no sirvió de nada. No llevaba encima más que la bata, las zapatillas y una camisa de dormir, así que se quitó la bata, abrió la cama y se metió sin más preámbulos.

Yo fingí resistirme, pero nada más, pues, como se ha dicho antes, había decidido desde el primer momento que le dejaría acostarse conmigo si así lo deseaba, y luego ya veríamos.

En fin, el caso es que durmió en mi cama aquella noche, y las dos noches siguientes, y pasamos tres días muy alegres; pero la tercera noche empezó a ponerse solemne.

—Ahora, amiga mía —dijo—, aunque he llevado las cosas más lejos de lo que pretendía, o de lo que, según creo, vos misma esperabais de mí, ya que nunca os hice proposiciones que no fuesen perfectamente decorosas, se me ocurre un modo de solucionarlo y, para que veáis que mis intenciones eran honradas desde el principio y

que siempre seré sincero con vos, todavía estoy dispuesto a casarme y os propongo que lo hagamos mañana mismo con las condiciones que os ofrecí antes.

Hay que reconocer que ésa parecía la prueba de que era un hombre decente y de que su amor era sincero, pero yo lo interpreté de otro modo y pensé que buscaba mi dinero. ¡Cuál no sería su sorpresa y su confusión al verme recibir su propuesta con frialdad e indiferencia y responderle, una vez más, que aquello era lo único que no podía concederle!

¡Se quedó estupefacto!

—¿Cómo? Decís que no me aceptáis —dijo—, ¡habiendo estado en la cama con vos!

Le respondí fría pero respetuosamente:

—Admito que tengo motivos para sentir vergüenza por haberme dejado coger por sorpresa y haber cedido a vuestros deseos, pero espero que no os toméis a mal que no consienta casarme con vos. En el caso de que haya quedado encinta —añadí—, haremos como digáis. Cuento con que no me expongáis al escarnio público por haberme entregado a vos, pero no puedo ir más lejos.

Y me planté y le pedí que no volviera a hablarme de matrimonio por ningún concepto.

Como este comportamiento podría parecer un poco extraño, expondré con más claridad la cuestión, tal como la entendí yo. Sabía que, mientras fuese amante, lo acostumbrado era que la persona mantenida recibiera todo de quien la mantenía, pero, si me convertía en esposa, todo lo que tenía pasaría a ser de mi marido y quedaría sometida a su sola autoridad. Y, como tenía dinero de sobra, y no corría el riesgo de ser lo que llaman «una amante abandonada», no veía la necesidad de darle veinte mil libras para que se casara conmigo, pues eso habría sido comprar mi alojamiento a un precio muy caro.

El caso es que su plan de acostarse conmigo acabó volviéndose contra él, y no le acercó lo más mínimo a su objetivo de casarse. Todos los argumentos que podía alegar a favor de nuestro matrimonio fueron en vano, puesto que yo había rehusado de manera categórica. Y, como él había rechazado las mil *pistoles* que le había ofrecido en compensación por los gastos y pérdidas que había sufrido en París con el judío, y yo había dado al traste con sus esperanzas de boda, se encontró en una situación muy difícil, se quedó confundido y tuve la impresión de que ahora se arrepentía de no haber aceptado el dinero.

Pero así les sucede siempre a los hombres que recurren a medidas torcidas para conseguir sus fines. Y yo, que antes le había estado tan agradecida, empecé a tratarlo ahora como si hubiese saldado todas mis deudas con él y como si el favor de acostarse con una puta equivaliese no ya a las mil *pistoles* que le había ofrecido, sino a todo lo que le debía por haber salvado mi vida y todos mis bienes.

Pero él se lo buscó y, aunque el trato le salió muy caro, fue él quien lo planeó todo y no podía decir que yo le hubiese engañado. Él concibió el plan de acostarse conmigo, convencido de que era la forma más segura de obligarme a desposarlo, así que le concedí aquel favor, como él lo llamó, a cambio de los favores que me había hecho y me quedé con las mil *pistoles*.

Tan decepcionado quedó que no supo cómo comportarse durante un tiempo. Y yo pensé que, si no hubiese estado seguro de obtener una ganancia al casarse conmigo, no habría recurrido a aquel ardid, y me convencí de que, de no haber sabido el dinero que tenía, no me habría pedido que me casara con él después de haberse acostado conmigo. Pues, ¿qué hombre aceptaría casarse con una puta, si no fuese para sacar beneficio? Y, como yo sabía que no era ningún necio, deduje que, de no haber sido por el dinero, no habría pensado siquiera en pedirme en matrimonio, sobre todo teniendo en cuenta que me había entregado a él sin pedirle antes que se casara conmigo y que le había dejado hacer lo que quería sin poner ningún tipo de condiciones.

Hasta entonces nos limitamos a tratar de adivinar las intenciones del otro, pero, como continuó importunándome con la idea del matrimonio, a pesar de haberse acostado ya conmigo —y de seguir haciéndolo siempre que quería— y de que seguía negándome a desposarlo, ambas circunstancias ocupaban todas nuestras conversaciones y se hizo imposible seguir así sin aclarar antes las cosas.

Una mañana, en mitad de nuestras libertades ilícitas, es decir, cuando estábamos los dos en la cama, soltó un suspiro y afirmó que deseaba preguntarme una cosa, siempre que le respondiera con la misma honradez y sinceridad con que lo había tratado hasta entonces. Le respondí que así lo haría, y me preguntó por qué no quería casarme con él, ya que le permitía tomarse todas las libertades de un marido.

—Amiga mía —dijo—, ya que habéis sido tan amable de admitirme en vuestro lecho, ¿por qué no me aceptáis de una vez por todas, y así ambos podremos disfrutar sin tener nada que reprocharnos?

Le respondí que, igual que le había confesado que aquélla era la única cosa en la que no podía complacerle, también era el único de mis actos del que no podía darle razones. Era cierto que le había permitido acostarse conmigo, lo que equivalía al mayor favor que puede conceder una mujer, pero también era evidente, como él mismo debía comprender, que lo había hecho siendo consciente de la obligación que había contraído por salvarme de las peores circunstancias que pudiera imaginar, de modo que no podía negarle nada y, si hubiese estado en mi mano concederle cualquier otro favor, con la única excepción del matrimonio, lo habría hecho. Lo cierto es que mi comportamiento era una prueba del afecto extraordinario que me inspiraba, pero ya había pasado antes por lo de casarme, que equivalía a renunciar a mi libertad, y él mismo había visto cómo me había llevado a dar tumbos por el

mundo y los muchos riesgos a los que me había expuesto. Lo cierto era que había concebido una viva hostilidad a dicho estado y le rogué que no volviera a insistir. Añadí que me parecía haberle demostrado de forma evidente que no sentía la menor aversión por él y que, si llegaba a quedarme encinta, comprobaría el gran aprecio que le tenía, pues dejaría en herencia a mi hijo todo lo que poseía en el mundo.

Se quedó mudo un buen rato y por fin dijo:

—Vamos, amiga mía, sois la primera mujer del mundo que acepta acostarse con un hombre y luego se niega a casarse con él, así que debe haber alguna otra razón que justifique vuestro rechazo. Tengo además otra pregunta que haceros: si adivino el verdadero motivo y pongo fin a vuestra desconfianza, ¿accederéis a mis deseos?

Le respondí que, si acababa con mis recelos, no me quedaría otro remedio que acceder por fuerza, pues siempre estaría dispuesta a hacer una cosa que no despertara mis prevenciones.

—En ese caso, amiga mía, o bien debe de tratarse de que estáis comprometida o casada con otro hombre, o de que no queréis deshaceros de vuestro dinero y pensáis ascender aún más con ayuda de vuestra fortuna. En el primer caso, poco puedo decir. Pero, si se trata de lo segundo, estoy dispuesto a acabar ahora mismo con vuestras objeciones y a responder a todas vuestras exigencias. —Le interrumpí y le dije que debía de tener muy mala opinión de mí si creía posible que sería capaz de entregarme a él como había hecho, y de seguir haciéndolo, de haber tenido marido o estar prometida a otro hombre, y que podía asegurarle que ése no era en absoluto mi caso —. Entonces debe tratarse de lo segundo —dijo— y tengo una oferta que haceros que pondrá fin a todas vuestras prevenciones: por ella me comprometo a no tocar una sola *pistole* de vuestra fortuna, si no es con vuestro consentimiento, ni ahora ni nunca, de modo que vos dispongáis de todo como queráis y podáis dejárselo en herencia a quien prefiráis después de vuestra muerte. Ya comprobaréis que puedo manteneros sin ella y que no fue por eso por lo que os seguí desde París.

Ciertamente me sorprendió aquel ofrecimiento, y por fuerza tuvo que reparar en que no sólo no me lo esperaba, sino en que no supe qué responderle. Sin duda había eliminado mi principal objeción, incluso todas mis objeciones, y me era imposible responderle, pues, si aceptaba tan generosa oferta, sería como reconocer que lo había rechazado por el dinero y que, aunque estaba dispuesta a perder mi virtud y arriesgarme al escarnio público, no quería perder mi fortuna, cosa que, aunque cierta, era demasiado vulgar para confesarla. Además, tampoco podía aceptar casarme con aquellas condiciones, pues negarme a entregarle mi fortuna y no permitirle administrar lo que tenía me parecía no sólo bárbaro e inhumano, sino un principio de discordia y el mejor modo de despertar suspicacias entre nosotros. De este modo, pensándolo bien, tuve que darle un nuevo giro a la cuestión y responderle en tono más grandilocuente, aunque en realidad no se trataba de eso, pues admito que, tal

como acabo de explicar, lo que me preocupaba era tener que deshacerme de mi fortuna y entregarle mi dinero, como digo, le di un nuevo giro a la cuestión y le respondí del modo siguiente: le dije que tal vez yo tuviera una idea diferente del matrimonio de la que nos transmitían las costumbres más aceptadas, pues estaba convencida de que la mujer debía ser tan libre como el hombre, de que había nacido libre y de que, si pudiera administrar sus asuntos, podría disfrutar de tanta libertad como los hombres; que las leyes del matrimonio, sin duda, eran muy diferentes, y la humanidad en nuestra época obraba según principios muy distintos, de modo que la mujer debía entregar todo lo que tenía y capitular para convertirse, en el mejor de los casos, en una criada de rango superior; desde el momento en que aceptaba casarse, no estaba ni mejor ni peor que los criados de los israelitas, a quienes les agujereaban las orejas, es decir, se las clavaban a la puerta, y mediante ese acto se entregaban para servir como criados toda la vida^[14].

Por tanto la naturaleza misma del contrato matrimonial consistía, en suma, nada más que en cederle la propia libertad, los bienes y la autoridad al hombre, y en convertirse, para siempre sólo en una mujer, o, lo que viene a ser lo mismo, en una esclava.

Él replicó que, aunque en algunos aspectos era como yo decía, no debía olvidar que, por su parte, el hombre tenía que ocuparse de todo: la responsabilidad de los negocios caía sobre sus hombros, y también el trabajo diario y la preocupación de ganarse la vida, mientras que la mujer no tenía que hacer nada, salvo disfrutar de las mieles, quedarse sentada, supervisar las cosas, dejar que la atendieran, cuidaran y amaran, y que velasen por su comodidad, sobre todo si el marido se portaba como es debido, y que, en general, la labor del hombre consiste en garantizar que su mujer pueda vivir cómoda y despreocupada; que las mujeres están sometidas sólo de boquilla, e, incluso en las familias pobres, donde tienen que ocuparse de la casa y de su aprovisionamiento, la suya sigue siendo la parte más fácil, pues, por lo general, sólo deben preocuparse de la administración, es decir, de gastar lo que ganan sus maridos, su sometimiento es sólo de nombre, porque normalmente mandan no sólo en los hombres, sino también en todo lo que tienen y se encargan también de administrarlo, y que, si el marido cumple con su obligación, la vida de las mujeres es todo comodidad y tranquilidad, y su única ocupación consiste en estar cómoda y asegurarse de que todos los que la rodean también lo estén.

Le respondí que, mientras una mujer seguía soltera, era como un hombre en su capacidad política, gozaba del control absoluto de sus bienes y de la entera dirección de sus actos, era como un hombre a todos los efectos y nadie la controlaba, porque nada debía, ni estaba sometida a ninguno, y le canté esta coplilla al señor...

¡Oh! bendita independencia,

no hay amante más dulce que la Libertad.

Añadí que, si una mujer tenía una fortuna y estaba dispuesta a entregarla para convertirse en la esclava de un gran hombre, es que estaba loca y merecía acabar convertida en mendiga; y que, en mi opinión, una mujer podía administrar tan bien sus propiedades sin la ayuda de un hombre como un hombre sin la ayuda de una mujer; y que, si le venía en gana, tenía tanto derecho a mantener a su amante como un hombre a mantener a la suya; que, mientras fuese soltera, sería independiente, y que cualquiera que renunciara a eso merecía acabar hundida en la miseria.

Lo único que acertó a decir es que sólo podía responder a tan contundente argumento afirmando que aquél era el método por el que se regía el mundo, que tenía razones para contentarse con lo mismo que se contentaban todos, que era de la opinión de que el afecto sincero entre un hombre y su mujer respondía a todas las objeciones que le había hecho acerca de ser una esclava, una criada y otras cosas parecidas, y que, donde había amor mutuo, no podía haber sometimiento, sino sólo un mismo interés, un objetivo y un designio que se concertaban para lograr que ambos cónyuges fuesen felices.

—Sí —respondí—, de eso mismo es de lo que me quejo: con la excusa del afecto se despoja a la mujer de todo lo que podría considerarse suyo, y ya no puede tener otro interés, otro objetivo y otra opinión que los del marido, se convierte en la criatura pasiva de la que habéis hablado y debe llevar una vida de indolencia; y, al vivir por la fe, no en Dios, sino en su marido, se hunde o sigue a flote según él sea listo o estúpido, desdichado o afortunado y, en medio de lo que ella creía su felicidad y prosperidad, se hunde en la miseria y en la pobreza sin saberlo ni sospecharlo. ¡Cuántas veces no habré visto a una mujer vivir con el esplendor que le permite una cuantiosa fortuna, rodeada de sus carrozas, su séquito, su familia, sus muebles, sus criados y amigos para ser sorprendida de pronto por la catástrofe de una bancarrota! Ver cómo la despojan hasta de sus vestidos, cómo sacrifican su dote, en caso de que la tuviera, a los acreedores en vida de su marido, y cómo la echan a la calle y debe vivir de la caridad de los amigos, si los tenía, o seguir a su marido, el monarca, hasta la Casa de la Moneda^[15], y vivir en la miseria, hasta que él se vea obligado a abandonarla, incluso allí; ¡y luego, con el corazón destrozado de tanto ver pasar hambre a sus hijos, llorar hasta morir! Ése y no otro —afirmé— es el destino de muchas damas que una vez tuvieron una dote de diez mil libras.

Él desconocía por qué hablaba de esto con tanto sentimiento, las penalidades que yo había pasado y lo cerca que estuve de acabar como le había dicho, es decir, llorando hasta la muerte, así como que había pasado hambre cerca de dos años.

Movió la cabeza y me preguntó dónde había vivido y entre qué familias tan horribles que me habían inculcado tan terribles aprensiones, que cosas así podían

sucedier cuando los hombres se embarcaban en negocios peligrosos, y se jugaban su fortuna sin prudencia ni consideración en empresas arriesgadas y fuera de su alcance, pero que, tal como él estaba establecido en el mundo, con una fortuna igual a la mía, no tendríamos necesidad de hacer negocios, sino que nos instalaríamos allí donde yo quisiera vivir, ya fuese en Inglaterra, Francia u Holanda, y viviríamos felices; y que, si yo deseaba administrar mis bienes y no quería confiarle lo que tenía, él sí estaba dispuesto a hacerlo: ambos iríamos en la misma nave y yo estaría al timón.

—Sí —respondí—, me permitiríais pilotar, es decir, llevar el timón, pero vos gobernaríais el barco, como dicen los marineros, igual que en el mar es un muchacho quien lleva el timón, aunque quien dé las ordenes sea el capitán.

Él se burló de la comparación.

—No —dijo—, vos seréis la capitana y gobernaréis la nave.

—Sí —dije—, así será mientras os venga en gana, pero podréis quitarme el timón de las manos siempre que os plazca. No es que desconfíe de vos, sino que las leyes del matrimonio ponen todo el poder en vuestras manos, os ordenan mandar, y me obligarían a mí a obedeceros. Vos, que ahora estáis en pie de igualdad conmigo, subiríais al trono y pondríais a la humilde esposa a vuestros pies; todo lo demás, eso que llamáis unidad de intereses, afecto mutuo y demás cosas parecidas, son cortesías y amabilidades por las que una mujer ha de estar infinitamente agradecida cuando se le otorgan, pero que no puede exigir cuando se le niegan.

Aún así no se rindió, sino que optó por ponerse solemne, convencido de que de ese modo lograría persuadirme. En primer lugar, insinuó que el matrimonio se decretaba en el cielo, que era el estado fijo de la vida, que Dios había dispuesto para la felicidad del hombre y para garantizar la posteridad legal, que no podía haber más reivindicación de una herencia justa que la de los niños nacidos bajo el lazo del matrimonio, que todo lo demás se hundía en el escándalo y la ilegitimidad, y se extendió elocuentemente sobre el particular.

Pero no le sirvió de nada. Le interrumpí y le dije:

—Veamos, amigo mío, admito que en eso me lleváis ventaja en este caso concreto, pero aprovecharla no sería muy generoso por vuestra parte. Reconozco que habría sido mejor para mí casarme con vos que permitir que os tomarais las libertades que os habéis tomado, pero, como no podía reconciliar mi conciencia con el matrimonio, por las razones que acabo de exponeros, y os estaba demasiado agradecida para resistirme, cedí a vuestros deseos y os entregué mi virtud, pero hay dos modos de restañar la herida sufrido por mi honor, sin tener que recurrir al matrimonio: arrepentirme de lo sucedido y ponerle fin cuanto antes.

Pareció preocuparle que interpretase así sus palabras y afirmó que le había entendido mal, que era demasiado educado, amable y justo para hacerme reproches, cuando él había sido el agresor y quien me había cogido de sorpresa. Aseguró que sus

palabras se referían a lo que yo había dicho antes de que las mujeres podían mantener un amante si les apetecía, igual que los hombres mantenían a las suyas, pues le había dado la impresión de que yo había defendido la legitimidad de ese modo de vida, en lugar del matrimonio.

El caso es que intercambiamos varios cumplidos al respecto, que no vale la pena repetir aquí, y yo añadí que imaginaba que, cuando se metió en la cama conmigo, pensó que se había asegurado la posesión de mi persona y, de hecho, así suele ser en el curso ordinario de la vida, pero, por los mismos motivos que acababa de explicarle, había sido justo al contrario. Añadí también que, cuando una mujer era tan débil como para concederle a un hombre el último favor antes del matrimonio, casarse después con él sería sólo añadir una debilidad a la otra y equivalía a cubrirse de oprobio el resto de su vida y a unirse al único hombre que podría censurarla siempre. Al ceder la primera vez, es probable que actuase como una estúpida, pero al casarse con él cometería sin duda una estupidez. Rechazar a un hombre equivale a obrar con fuerza y valor, y a poner coto a los reproches que, con el curso del tiempo, acaban por acallarse. El hombre se va por su lado y la mujer por el suyo, según dispongan el destino y las circunstancias de la vida y, si no vuelven a verse, su locura se olvida. En cambio, casarse es lo más absurdo del mundo y (dicho sea con todo el respeto) equivale a contaminarse y a vivir rodeada siempre del hedor de la falta.

—No, no —proseguí—, cuando un hombre se ha acostado conmigo como amante, ya nunca lo hará como esposo, pues eso no sólo equivaldría a conservar el crimen en la memoria, sino a darle carta de naturaleza en la familia. Si la mujer se casa, arrastrará tras de sí los reproches hasta el fin de sus días; y, a menos que su marido sea un hombre entre mil, lo sacará a relucir en uno u otro momento; si llegan a tener hijos, acabarán por enterarse tarde o temprano; si son virtuosos, odiarán a su madre por lo que hizo; y, si no lo son, la mortificarán al imitar su comportamiento y ponerla a ella como ejemplo. En cambio, si el hombre y la mujer se separan, ponen fin a su crimen y a los rumores; el tiempo borra su recuerdo y basta con que la mujer se mude unas calles más abajo para que todo se olvide y no se vuelva a hablar más del asunto.

Se quedó confuso con aquel discurso, y admitió que no tenía más remedio que reconocer que tenía razón en lo fundamental. Respecto a lo de la administración de las propiedades, objetó que aquello era argumentar *á la cavalier*^[16] y afirmó que en parte era cierto, siempre que la mujer fuese capaz de hacerlo, aunque por lo general la mayoría de las de nuestro sexo no lo eran, pues no estaban preparadas y era mejor que buscasen a una persona capaz y honrada, que supiera cómo hacerles justicia como mujeres, además de amarlas, y así se quitasen preocupaciones de encima.

Le respondí que era un modo muy caro de comprar su comodidad, pues con frecuencia al quitarles las preocupaciones de encima también les quitaban su dinero;

y añadí que opinaba que era mucho más seguro para las mujeres no tener miedo de las preocupaciones, sino del dinero y que, si no se fiaban de nadie, nadie saldría engañado, por lo que el mejor modo de estar seguras era tener el timón en sus manos.

Replicó que era una opinión muy novedosa y que, aunque yo supiera cómo defenderla con sutiles razonamientos y un modo de argumentar contrario a las prácticas generales, no tenía más remedio que admitir que le decepcionaba mucho y, de haber sabido que iba a hacer uso de ella, jamás habría intentado lo que había hecho. Su intención siempre había sido buena y lamentaba mucho haberse equivocado tanto; estaba seguro de que jamás me habría reprochado nada, y de que tenía de mí una opinión demasiado buena para pensar que yo sospechara nada malo de él, pero, en vista de que seguía rechazándolo a pesar de lo sucedido, no tenía más remedio que ponerme a salvo de los reproches volviéndose a París, para que, de acuerdo con mis propios argumentos, pudiesen desaparecer del recuerdo y no volviese a toparme con ellos para mi desdicha.

Esa última parte no me gustó lo más mínimo, pues ni quería dejarlo marchar, ni dejarlo todo en sus manos como él pretendía; me quedé como en suspenso, indecisa y llena de dudas y sin saber qué resolución tomar.

Ya he dicho que vivíamos en la misma casa, por lo que tuve ocasión de comprobar que estaba haciendo los preparativos para volver a París, y en concreto descubrí que estaba enviando dinero allí para pagar, tal como supe después, unos vinos que había dado instrucciones de comprar en Troyes, en Champagne, y no supe qué hacer. Además, ya no sólo se trataba de que no me quisiera separar de él, sino que por entonces descubrí que estaba encinta, aunque todavía no se lo había dicho, y a veces incluso pensé en no hacerlo, pero estaba en un lugar extranjero donde no conocía a nadie y eso, teniendo tanto dinero, era muy peligroso.

De modo que me vi obligada a ir a verle una mañana, cuando me pareció que estaba un poco nervioso e indeciso acerca de su partida, y decirle:

—Parece que os falte el valor para abandonarme.

—Tanto más cruel sois vos —respondió— al rechazar a un hombre que no tiene valor para dejaros.

—No sólo no lo soy —repuse—, sino que os acompañaría a cualquier lugar del mundo, excepto a París, donde sabéis muy bien que no puedo ir.

—Es una lástima —dijo— que tanto amor por ambas partes tenga que terminar con una separación.

—¿De modo —dije— que vais a dejarme?

—Sólo porque vos no queréis aceptarme como marido.

—Pero, aunque no nos casemos, ya os he dicho que podéis llevarme a cualquier sitio con vos, siempre que no sea a París.

Afirmó que no quería ir a ninguna parte sin mí, pero que debía ir a París o a las

Indias Orientales.

Le contesté que no acostumbraba a ceder tan fácilmente, pero me aventuraría a ir con él a las Indias Orientales, si es que de verdad tenía necesidad de ir allí.

Respondió que, gracias a Dios, no tenía necesidad de ir a ninguna parte, aunque había recibido una tentadora invitación para instalarse en las Indias.

Yo le dije que no tenía nada que objetar, salvo que esperaba que no tuviese que ir a París, porque, como bien sabía, allí no podría acompañarle. A lo que él repuso que no tenía más remedio que trasladarse a donde yo no pudiese ir, pues no soportaría seguir viéndome, si no podía tenerme.

Al oírle, le pregunté cómo podía pronunciar palabras tan crueles, que no podían sino ofenderme, y más teniendo, como tenía, un modo de obligarle a quedarse conmigo sin necesidad de consentir en lo que él sabía que no podía concederle.

Eso le sorprendió mucho y afirmó que me gustaba mucho hacerme la misteriosa, pero estaba convencido de que nadie podría impedir que se marchase, si así lo decidía, más que yo; pues tenía suficiente poder sobre él para forzarle a hacer cualquier cosa.

Le dije que estaba segura de poder retenerle conmigo, porque sabía que nunca me haría nada malo ni injusto y, para acabar con sus sospechas, le expliqué que esperaba un hijo suyo.

Corrió hacia mí, me tomó entre sus brazos, me besó más de mil veces y me regañó por haber sido tan cruel de no decírselo antes. Le expliqué que me había sido muy difícil apelar a mi vientre para lograr que se quedase conmigo, igual que hacen las criminales para escapar al patíbulo^[17], y añadí que estaba convencida de haberle dado suficientes pruebas de que mi afecto era similar al de una esposa: no sólo me había acostado con él, sino que me había quedado encinta, me había opuesto a que nos separásemos y me había mostrado dispuesta a acompañarlo a las Indias Orientales, y sólo le había negado una cosa que él bien sabía que no podía concederle, ¿qué más podía pedir?

Guardó silencio un buen rato, pero luego afirmó que tenía muchas cosas que decirme, siempre que le asegurase que no me ofendería la sinceridad de sus palabras.

Respondí que podía hablarme con total libertad, pues, cuando una mujer permite que se tomen con ella otras libertades, como había hecho yo, no se ofende ya por nada.

—En tal caso —dijo—, espero que me creáis, amiga mía, si os digo que nací cristiano y tengo cierto sentido de lo sagrado. Cuando traicioné mi virtud y asalté la vuestra, os cogí por sorpresa y os obligué a hacer algo que ni vos ni yo habíamos previsto ni pensado hasta unas pocas horas antes, lo hice con el convencimiento de que después os casaríais conmigo y con el honrado propósito de convertiros en mi esposa.

»Sin embargo, me vi sorprendido por un rechazo como el que jamás mujer alguna dedicó antes a un hombre, pues nunca se ha visto que una mujer se negase a casarse con un hombre que antes se hubiera acostado con ella, y mucho menos con un hombre que la hubiese dejado encinta. Pero vos os regís por ideas distintas a las del resto del mundo y, aunque sabéis defenderlas con tanta eficacia que ningún hombre sabría rebatiros, he de deciros que me parecen contrarias a la naturaleza y crueles para vos misma, pero sobre todo crueles para el niño que aún no ha nacido, y que, si nos casamos ahora, llegará a este mundo con todas las ventajas, mientras que, de lo contrario, estará arruinado incluso antes de nacer, tendrá que soportar reproches constantes por algo de lo que no es culpable, quedará señalado desde la cuna con la marca de la infamia, habrá de soportar el peso de los crímenes y extravíos de sus padres, y sufrir por unos pecados que no habrá cometido. Me parece inhumano y extremadamente cruel con ese pobre niño por quien, si sintierais el afecto normal de una madre, no dejaríais de hacer lo necesario para equipararlo al resto del mundo en lugar de dejar que maldiga a sus padres por algo que debería avergonzarnos a ambos. Por tanto —prosiguió—, sólo puedo rogaros y suplicaros, como madre y como cristiana, que no arruinéis la vida del cordero inocente que lleváis en vuestro seno antes de que haya nacido, ni permitáis que luego nos maldiga y reproche por algo tan fácil de evitar.

»Permitidme, pues, mi querida amiga —dijo con mucha ternura (y me pareció ver lágrimas en sus ojos)—, que os repita que soy cristiano y por tanto no apruebo lo que hice de forma tan alocada y desconsiderada, no lo considero legítimo y, aunque ya os he explicado cuáles eran mis intenciones, no me parece justificable. No quiero seguir poniendo en práctica algo que ambos sabemos que es condenable y, aunque os amo más que a ninguna otra mujer en el mundo, y he hecho todo lo posible por convencerlos, al ofrecerme a desposaros, aún después de todo lo sucedido, y a renunciar a toda pretensión sobre vuestra fortuna, de modo que sería como tomar una esposa después de acostarme con ella y sin un solo penique como dote, cosa que, dadas mis circunstancias, no tendría por qué hacer; a pesar, digo, del afecto que siento por vos, que es inexpresable, no puedo entregaros mi alma como os entregué mi cuerpo, y renunciar así al interés de este mundo y las esperanzas del otro, y a eso no podéis llamarlo falta de respeto.

Si alguna vez hubo un hombre en el mundo estimable por la honestidad de sus intenciones, ése fue él; y, si alguna vez hubo una mujer en sus cabales que rechazara a un hombre valioso por motivos frívolos o triviales, ésa fui yo. Y, sin duda, fue el acto más absurdo jamás cometido por mujer alguna.

Estaba dispuesto a aceptarme como esposa, pero no a mantenerme como a una prostituta, ¿hay alguna mujer capaz de enfadarse por eso? ¿Ha habido alguna vez una mujer tan estúpida para preferir ser una puta en lugar de una esposa honrada? Pero la

testarudez y el diablo suelen ir de la mano: me mostré inflexible, y traté de argumentar en favor de la libertad de la mujer, como había hecho antes, pero él me interrumpió con más acaloramiento que hasta entonces, aunque con mucho respeto y replicó:

—Querida amiga, vos defendéis la libertad y al mismo tiempo os negáis a ejercer la que Dios y la naturaleza os han dado y, en su lugar, proponéis una libertad torcida, que no es ni honorable ni religiosa: ¿acaso defendéis una libertad a costa de la modestia?

Le respondí que me había entendido mal y que no era eso lo que yo defendía, pues sólo había dicho que las mujeres que no quieren pasar por el matrimonio estaban en su derecho de mantener a un hombre igual que éstos mantienen a sus amantes, pero eso no significaba que yo quisiera hacerlo, y, aunque bien podría censurarme en ese aspecto después de lo sucedido entre nosotros, en el futuro comprobaría que podía seguir relacionándome con él sin volver a tener tales inclinaciones.

Me dijo que no podía prometerme lo mismo, y que, habiendo caído ya una vez, no estaba seguro de lo que haría llegado el caso. No quería tener otra ocasión de pecar y ése era el verdadero motivo de su marcha a París, por mucho que le costara dejarme y que le tentase aceptar mi oferta. Pero, si no podía quedarse en las condiciones necesarias para una persona decente y cristiana, ¿qué otra cosa podía hacer? Esperaba, prosiguió, que no lo culpara por aspirar a que no tildasen de bastardo al niño que debía llamarle padre; añadió que le parecía increíble que yo pudiera ser tan cruel con un niño inocente que ni siquiera había nacido todavía y afirmó que no soportaba pensarlo, ni verlo, y que, por esa misma razón, no se quedaría para el parto.

Noté que estaba muy conmovido y que sólo se dominaba a duras penas, así que decliné continuar con la conversación y me limité a decirle que esperaba que se lo pensara mejor.

—¡Oh, amiga mía! —exclamó—. No me pidáis a mí que me lo piense, sois vos quien tenéis que meditarlo. Y con esas palabras salió de la habitación con la perplejidad pintada en el semblante.

Si yo no hubiese sido una de las criaturas más alocadas y malvadas del mundo, jamás podría haber actuado así. Tenía a mis pies a uno de los caballeros más cumplidos y honrados que jamás había conocido, en cierto sentido me había salvado la vida, me había librado de la ruina de un modo muy inteligente, me amaba hasta la locura y me había seguido desde París a Rotterdam, se había ofrecido a casarse conmigo, incluso después de saber que estaba embarazada, y se había mostrado dispuesto a renunciar a cualquier pretensión sobre mi fortuna y a permitir que yo la administrara, pues disponía de su propia fortuna. Con él podría haberme puesto a salvo de la catástrofe, su fortuna y la mía nos habrían proporcionado unas rentas de

más de dos mil libras al año y podría haber vivido como una reina, no, incluso mejor que una reina, y, lo que es más importante, era una oportunidad de abandonar la vida de depravación y pecado que había llevado todos aquellos años y de instalarme en el honor y la abundancia para dedicarme a lo que tanta falta me haría después, es decir, el arrepentimiento.

Pero la medida de mi maldad todavía no estaba completa y seguí obstinándome en contra del matrimonio, aunque no soportaba la idea de perderlo. En cuanto al niño, no estaba muy preocupada por él, le prometí que jamás le reprocharía su origen ilegítimo y que, si nacía niño, lo educaría como al hijo de un caballero y me ocuparía de garantizar su bienestar. No obstante, después de hablar un rato más, lo vi tan decidido a marcharse que me retiré, aunque no pude evitar que reparase en que las lágrimas corrían por mis mejillas. Se me acercó, me besó, me rogó, me pidió por la bondad que me había mostrado en mis momentos de tribulación, por la justicia que me había hecho con mis letras y mi dinero, por el respeto que le había impulsado a rechazar las mil *pistoles* que le ofrecí a cambio de los gastos que le había causado aquel judío traidor, en nombre de nuestro desdichado idilio, como él lo llamó, y de todo el afecto que me tenía, que no lo obligara a dejarme.

Pero no le sirvió de nada, yo era estúpida e insensible e hice oídos sordos a todas sus súplicas hasta el final, así que nos separamos y tan sólo le pedí que me escribiera cuando me exculpasen de todo y le di mi palabra de que le respondería; y, cuando quiso que le informara de mis planes, le dije que iba a ir directa a Inglaterra y a Londres, donde tenía decidido instalarme, pero añadí que, ya que pensaba dejarme, suponía que le traería sin cuidado lo que fuese de mí.

Pasó esa noche en sus habitaciones y se marchó muy temprano, dejándome una carta en la que repetía todo lo que había dicho, me pedía que cuidara bien del niño y que reservase las mil *pistoles*, que había querido pagarle para compensar los gastos y desvelos que le había causado el judío, junto con los intereses, y los dedicase a pagar la educación del niño e insistía en que le entregase esa cantidad al huérfano abandonado en lugar de gastarla en alguien tan indigno como mi sincero amigo de París. Concluía pidiéndome que reflexionara, con tanto remordimiento como él, en las locuras que habíamos cometido; me pedía que le perdonara por haber sido el agresor y afirmaba que me lo perdonaba todo menos que hubiera tenido la crueldad de abandonarlo, cosa que admitía no poder disculparme con tanta facilidad como querría, porque estaba convencido de que era un error por mi parte, que me conduciría a la ruina y del que terminaría arrepintiéndome. Me auguró varias cosas terribles, de las que dijo estar seguro de que se cumplirían, y afirmó que acabaría arruinándome por culpa de un mal marido; me recomendaba prudencia para que sus profecías no se cumplieran, y me pedía que recordase que, si alguna vez me sucedía algo malo, tendría un amigo fiel en París, que nunca me reprocharía mi pasado y

estaría siempre dispuesto a favorecerme aunque eso le perjudicara.

La carta me dejó estupefacta, me pareció imposible que nadie que no estuviera en tratos con el diablo pudiera escribir algo así, pues pronosticaba con tanta seguridad lo que había de sucederme que me asustó y, cuando me ocurrió todo lo que decía, me convencí de que tenía un don sobrenatural. En una palabra, sus exhortaciones al arrepentimiento eran muy afectuosas, sus advertencias muy amables y sus promesas de auxilio tan generosas que jamás he visto nada parecido. Y, aunque al principio no le hice mucho caso, porque todo lo que decía me pareció imposible o improbable, el resto de la carta era tan conmovedor que me dejó muy triste y estuve casi veinticuatro horas llorando sin cesar. Sin embargo, incluso entonces seguía como hechizada y no lamentaba de verdad haberlo perdido; ciertamente me habría gustado retenerlo conmigo, pero había desarrollado una aversión mortal al matrimonio, ya fuese con él o con cualquier otro; se me había metido la descabellada idea en la cabeza de que todavía era lo bastante joven y guapa para satisfacer a algún hombre de alcurnia, y quería probar suerte en Londres a cualquier coste.

XIV

Así, cegada por mi propia vanidad, desperdicié mi única oportunidad de establecerme sólidamente y asegurar mis bienes en este mundo. Así, me he convertido en un recordatorio para todos los que lean estas líneas y en un monumento a la locura a la que pueden arrastrarnos el orgullo y una presunción diabólica, a cómo nos gobiernan nuestras pasiones y a los peligros a los que nos exponemos al seguir los dictados de nuestra ambición.

Era rica, guapa y agradable, y todavía no era vieja. Había comprobado la influencia que ejercía sobre los caprichos de los hombres, incluso en los de rango más alto. No había olvidado que el príncipe de... había dicho extasiado que yo era la mujer más hermosa de Francia. Sabía que podía destacar en Londres y cómo sacar provecho de ello. Sabía cómo comportarme y, después de haber sido adorada por príncipes, no descartaba llegar a ser la amante del propio rey. Pero volvamos a mis circunstancias de aquel momento.

Poco a poco, me fui consolando del abandono de mi honrado mercader, aunque al principio me resultó muy difícil. Le dejé partir con infinito pesar y, cuando leí su carta, me quedé muy confusa. En cuanto se marchó y comprendí que no podía recuperarlo, habría dado la mitad de mis bienes por tenerlo conmigo, mi visión de las cosas cambió en un instante y me dije mil veces que me había portado como una loca al arrojarme a una vida de riesgos y escándalos, cuando después del naufragio de mi virtud, honor y principios y navegando con grave peligro en los tempestuosos mares del crimen y una frivolidad abominable, había arribado a un puerto seguro donde no había tenido valor de echar el ancla.

Sus predicciones me aterrorizaron, sus promesas de ayuda en caso de apuro hicieron que me deshiciese en lágrimas, pero también me asustaron y me llenaron la cabeza de ansiedad y aprensiones. ¿Cómo iba a verme apurada ahora que tenía una fortuna?

Las terribles escenas de mi vida pasada, cuando me quedé sola con mis cinco hijos y me sucedió todo lo que he contado más arriba, volvieron a pasar delante de mis ojos y me senté a considerar qué pasos podrían devolverme a semejante estado de desolación y lo que debía hacer para evitarlo.

Pero, poco a poco, fui olvidando todo eso, ahora que mi amigo el mercader se había ido, y lo había perdido de forma irremediable, pues no podía seguirlo a París por las razones antes explicadas y tampoco me atrevía a escribirle pidiéndole que volviese, ya que estaba convencida de que se habría negado a hacerlo. De modo que me pasé varios días, e incluso varias semanas, llorando sin parar, hasta que, como digo, fui olvidándolo poco a poco; y, como estaba muy ocupada con mis negocios, eso sirvió para distraerme y borrar en parte las impresiones que habían ensombrecido

mi espíritu de aquel modo.

Había vendido mis joyas, a excepción del anillo de diamantes que llevaba siempre mi amigo el joyero y que ahora lucía yo cuando la ocasión lo requería, igual que el collar de diamantes que me había regalado el príncipe, y unos magníficos pendientes valorados en casi seiscientas *pistoles*; lo demás, un precioso estuche que me regaló el joyero antes de ir a Versalles y una cajita con rubíes, esmeraldas y demás... lo vendí en La Haya por siete mil seiscientas *pistoles* también había cobrado todas las letras que el mercader me había entregado en París y que junto con el dinero que yo había llevado conmigo ascendían a un total de trece mil novecientas *pistoles* más. De modo que, aparte de mis joyas, ahora tenía más de veintiuna mil *pistoles* disponibles en una cuenta de un banco de Amsterdam. Mi siguiente preocupación era cómo llevar aquel tesoro a Inglaterra.

Los tratos que había tenido con muchas personas para cobrar sumas tan elevadas y vender joyas de tan considerable valor me dieron la oportunidad de conocer y conversar con varios de los mercaderes de mayor importancia de la ciudad, por lo que ya no necesité el consejo de nadie para llevar mi dinero a Inglaterra. Acudí a varios mercaderes, para no tener que confiar sólo en el crédito de uno de ellos y para que ninguno supiera la cantidad exacta de dinero que yo poseía, y obtuve así letras de cambio, pagaderas en Londres, por valor de todo mi capital. Unas cuantas las llevé conmigo, y otras las dejé en depósito (por si ocurría alguna desgracia en el mar) en manos del primer mercader que me había recomendado mi amigo de París.

Después de pasar nueve meses en Holanda, de haber rehusado la mejor oferta que se le hizo jamás a una mujer en mis circunstancias, de haberme separado por las malas e incluso cruelmente de mi mejor amigo y del hombre más honrado del mundo, con todo mi dinero en el bolsillo y un bastardo en mi vientre, me embarqué en Brielle en el paquebote y llegué sana y salva a Harwich, donde Amy, mi doncella, acudió a recibirme, según mis instrucciones.

De buena gana habría pagado diez mil libras por deshacerme de la carga que llevaba en mi seno, pero eso no podía hacerse y no me quedó otro remedio que esperar y librarme de ella por el método acostumbrado de tener paciencia y sufrir un doloroso parto.

Lo había previsto todo mejor que muchas mujeres en mis circunstancias, pues había enviado a Amy por delante con dinero para que alquilase una casa preciosa en la calle..., cerca de Charing Cross. También había contratado a dos camareras y un lacayo, al que había vestido con una hermosa librea, y alquilado un carruaje y cuatro caballos con el que Amy fue a recogerme, acompañada del criado, a Harwich, donde llevaba instalada casi una semana cuando llegué. De este modo, sólo tuve que dejar que me llevasen a mi casa de Londres, donde llegué con muy buena salud y pasé por una dama francesa con el título de...

Mi primera preocupación fue que aceptasen mis letras y, para abreviar mi relato, diré que me las aceptaron y pagaron puntualmente. Luego decidí alquilar una casa en el campo, cerca de la ciudad, donde poder estar *de incógnito*, hasta que llegase el momento del parto, cosa que, con mi aspecto y mi fortuna, conseguí fácilmente sin tener que pasar por el humillante trámite de las averiguaciones de la parroquia^[18]. No fui a mi nueva casa hasta pasado un tiempo, y luego, por motivos que no vienen al caso, preferí mudarme a unos grandes apartamentos de Pall Mall, en una casa que tenía una puerta privada que daba a los jardines del rey, con el permiso del jardinero jefe, que había vivido allí.

Una vez asegurados todos mis bienes, empecé a preocuparme por mi dinero: no estaba segura de cómo invertirlo para que me rindiese un interés anual; sin embargo, poco después, por mediación del famoso sir Robert Clayton, conseguí una hipoteca bastante segura por valor de catorce mil libras que me garantizaba unas mil ochocientas libras anuales y setecientas libras de interés.

Esto, junto con otras garantías, me proporcionó unas rentas de más de mil libras al año, suficiente, pensaría cualquiera, para que una mujer inglesa no tuviese que hacer de puta.

Di a luz en..., a unos siete kilómetros de Londres, y traje al mundo a un precioso niño; de acuerdo con mi promesa, informé al padre, mi amigo de París. Y en la carta le conté lo mucho que lamentaba que se hubiese ido y le di a entender que, si venía a verme, lo trataría mejor que la otra ocasión. Me respondió muy amable y agradecido, pero no hizo la menor alusión a su visita, por lo que comprendí que no tenía esperanzas al respecto. Se alegró mucho del nacimiento de su hijo e insistió en que hiciese por el pobre niño lo que le había prometido. Le respondí diciéndole que cumpliría sus instrucciones al pie de la letra, y fui tan tonta y tan débil que, a pesar de que, como he contado, no se dignó responder a lo de su visita, casi le pedí perdón por lo mal que le había tratado en Rotterdam y caí tan bajo para regañarle por no haber contestado a mi invitación, y, lo que es más, llegué al punto de hacerle una segunda oferta y le dije casi a las claras que, si volvía conmigo, lo tomaría por esposo; pero no me dirigió ninguna respuesta, lo que equivalía al rechazo más categórico posible, así que, lejos de sentirme satisfecha, me quedé profundamente ofendida por haberle hecho semejante oferta, pues le había dado ocasión de vengarse de mí al desdeñar responderme y permitir que le pidiera en dos ocasiones lo mismo que él me había implorado con tanta insistencia.

En cuanto pude levantarme, me instalé en mi residencia de Pall Mall, y empecé a llevar una vida acorde con mi fortuna, que era muy cuantiosa. Daré cuenta ahora de mí y del modo de vida que llevaba:

Pagaba sesenta libras al año por mis nuevos apartamentos, que alquilé anualmente, pero es que era una residencia espléndida y muy bien amueblada; tenía

mis propios criados para limpiarla y cuidarla, así como para ocuparse de la cocina y la leña; mi séquito era escaso, pero elegante: tenía una carroza, un cochero, un lacayo, a mi doncella Amy, que ahora iba vestida como una dama y se había convertido en mi confidente, y tres camareras. Y ésta era la vida que llevaba: iba ataviada siempre a la última moda, con vestidos riquísimos, no me faltaban las joyas. Mis criados vestían una preciosa librea bordada en plata que sólo la nobleza podía permitirse. Y así hice mi aparición en sociedad, sin hacer lo más mínimo por darme a conocer y dejando que la gente averiguase quién o qué era.

Aunque a veces paseaba por el Mall con mi doncella, no salía demasiado ni hice nuevos conocidos, tan sólo me limité a aparecer tan deslumbrante como pude en cada ocasión. No obstante descubrí que no le era tan indiferente al mundo como él parecía sèrmelo a mí; y pronto supe que los vecinos empezaban a intrigarse y trataban de averiguar quién era yo y cuáles eran mis circunstancias.

Amy era la única persona que podía satisfacer su curiosidad o darles razón de mí, y, siendo como era una chismosa y una auténtica cotilla, tuvo mucho cuidado de emplear todo su arte. Les dio a entender que yo era la viuda de una persona de alta cuna en Francia, que era muy rica y que había venido a tomar posesión de una herencia que me habían dejado unos parientes y que ascendía a cuarenta mil libras y otras cosas por el estilo.

Fue un error por parte de Amy, y también por la mía, pues no caímos en la cuenta de que eso nos ponía en el punto de mira de esos caballeros conocidos como cazadores de fortunas y que siempre asedian a las damas, como dicen ellos, con él único objeto de hacerlas prisioneras, como yo digo, y así casarse con ellas y poder disponer de su dinero. Pero, si hice mal al rechazar la honrada propuesta del mercader holandés, que me había ofrecido conservar todos mis bienes, y estaba dispuesto a mantenerme con su propia fortuna, ahora hice bien al rechazar las ofertas de aquellos caballeros que, aunque tenían grandes fortunas y eran de buena familia, estaban acostumbrados a vivir por encima de sus posibilidades y siempre necesitaban dinero para «estar mas tranquilos», es decir, para pagar sus deudas, las dotes de sus hermanas y otras cosas parecidas; y luego convertían a la mujer en prisionera de por vida e incluso optaban en algunos casos por abandonarla. Esa vida ya la conocía de sobra y no pensaba volver a dejarme atrapar. Y, aunque, como acabo de decir, la reputación de mi fortuna atrajo a varios de esos caballeros, que de una forma u otra encontraron el modo de serme presentados, en pocas palabras, les respondí a todos que estaba muy feliz de soltera, y que, puesto que no tenía necesidad de cambiar de estado para ganar dinero, ni la oferta más tentadora podría mejorar mi fortuna. Es cierto que podían honrarme con títulos y que así podría alternar en público con los lores —y lo digo porque uno de mis pretendientes era el primogénito de un lord—, pero mientras tuviera mi dinero podía pasarme sin el título; y, mientras dispusiese de

dos mil libras anuales, sería mucho mas feliz de lo que podría serlo siendo la prisionera de un noble personaje, pues eso me parecían las damas de ese rango.

Ya que he hablado antes de sir Robert Clayton, a quien tuve la suerte de conocer con motivo de la hipoteca que me ayudó a contratar, debo añadir que su amistad me reportó muchas ventajas a la hora de administrar mis asuntos, y por eso considero una suerte haberlo conocido, pues gracias a él obtuve unos ingresos de setecientas libras anuales, de modo que debo considerarme deudora no sólo de la justicia de su trato conmigo, sino de la prudencia y la moderación con que me aconsejó sobre la administración de mis bienes; y, como descubrió que no tenía intención de casarme, muchas veces insinuó que no tardaría en ver incrementada prodigiosamente mi fortuna si sabía organizar mi economía doméstica y mis ingresos a fin de que cada año pudiese añadir algo a mi capital.

Yo estaba convencida de la verdad de lo que decía, y era consciente de los beneficios que eso podía suponerme. Debo decir de pasada que, por lo que yo le había dicho y sobre todo por lo que le decía Amy, sir Robert Clayton calculaba que yo debía de tener unos ingresos anuales de unas dos mil libras, y que, a juzgar por mi forma de vida, no debía de gastar mas de mil libras, de este modo podría añadir fácilmente a mi capital unas mil libras al año, y, añadiendo cada año los intereses adicionales al capital, me demostró que, en diez años, doblaría las mil libras anuales que ahorra ahora, y me enseñó una tabla para que yo misma pudiera apreciar el incremento, como él lo llamó, y añadió que, si todos los caballeros de Inglaterra hiciesen lo mismo, sus familias verían aumentadas considerablemente su fortuna, igual que las de los mercaderes, mientras que ahora, dijo sir Robert, con la costumbre de vivir por encima de sus posibilidades, dichos caballeros, y también la nobleza, estaban casi todos endeudados y pasaban circunstancias apuradas.

Como sir Robert me visitaba a menudo y disfrutaba (si se me permite decirlo con sus palabras) mucho de mi conversación, y puesto que no sabía nada de mí, ni tenía la menor idea de lo que había sido, insistía siempre en recomendarme moderación y una vez me llevó otro papel en el que me mostró, igual que lo había hecho antes, hasta qué punto podría aumentar mi fortuna si seguía sus consejos de reducir mis gastos, e insistió en que, mediante aquel plan suyo, es decir, ahorrando mil libras al año y sumándole los intereses, en doce años tendría veintiuna mil cincuenta y ocho libras en el banco, y, a partir de ese momento, podría ahorrar dos mil libras al año.

Yo objeté que era una mujer joven, que estaba acostumbrada a vivir en la opulencia y a relacionarme en sociedad y que no sabría comportarme como un avaro.

Respondió que, si me contentaba con lo que tenía, podía seguir así sin dificultad, pero que, si deseaba tener más, ése era el modo de lograrlo y, en otros doce años, sería riquísima y no sabría qué hacer con el dinero.

—Sí, amigo mío —dije—, vos pretendéis hacer de mí una vieja rica, pero eso no

responde a mis deseos. Preferiría tener veinte mil libras ahora que tener sesenta mil cuando tenga cincuenta años.

—¿He de suponer, señora —respondió—, que no tenéis hijos?

—Ninguno, sir Robert —reliqué—, que no esté atendido ya. —Y, de ese modo, lo dejé tan en la ignorancia como estaba antes.

No obstante consideré su plan con cuidado y, pese a que no le dije nada en aquel momento, decidí continuar con una forma de vida similar, pero reducir un poco mis gastos y ahorrar alguna cosa, aunque no fuese tanto como él me había insinuado. Sir Robert me hizo su propuesta a finales de año y antes de que terminase el siguiente fui a verlo a su casa de la City y le dije que había ido a darle las gracias por haberme sugerido aquel plan de austeridad, que lo había considerado mucho y, aunque no me había resignado a mortificarme lo bastante para ahorrar mil libras al año, no había cobrado mis intereses a mitad de año, como acostumbraba, y ahora había decidido ahorrar esas setecientas libras anuales y no gastar ni un penique y quería que él me ayudase a sacarles beneficio.

Sir Robert era un hombre versado en el arte de hacer que el dinero diera sus frutos, pero también era muy honrado y me dijo:

—Señora, me alegra que os parezca bien el método que os he sugerido, pero habéis empezado con mal pie: deberíais haber venido a cobrar los intereses a mitad de año, pues ese dinero os pertenecía, ahora habéis perdido medio año de intereses por vuestras trescientas cincuenta libras, que ascendían a un total de nueve libras, pues la hipoteca sólo os rinde un cinco por ciento.

—Bueno, bueno, amigo mío —dije—, ¿podéis invertirlas ahora?

—Guardadlas, señora —dijo—, hasta el año que viene: entonces invertiré vuestras mil cuatrocientas libras y, entretanto, os pagaré los intereses por las setecientas libras—. Y me dio una letra por el dinero, que me aseguró que no estaría a menos del seis por ciento. Una letra de sir Robert Clayton era toda una garantía, de modo que le di las gracias e hice como me decía; y al año siguiente volví a hacer lo mismo y, al tercero, sir Robert me consiguió una buena hipoteca por valor de dos mil doscientas libras al seis por ciento de interés, de modo que añadí ciento treinta y dos libras anuales a mis ingresos, lo que resultó muy satisfactorio.

Pero volvamos a mi historia: como he dicho, descubrí que me había equivocado y que mi actitud me había expuesto a los innumerables visitantes del tipo que ya he explicado antes. Se sabía que tenía una gran fortuna y que sir Robert Clayton la administraba, y lo cortejaron tanto a él como a mí para conseguirme. Pero yo le había informado de mis opiniones respecto al matrimonio exactamente con las mismas palabras que a mi mercader, y él admitió que mis observaciones eran justas y que, si valoraba tanto mi libertad como sabía administrar mi fortuna, sería una pena poner ambas cosas en manos ajenas.

Pero sir Robert no sabía nada de mis planes, que consistían en convertirme en la amante de alguien y dejarme mantener, para, de ese modo, seguir ganando dinero —y ahorrándolo— tal como él me aconsejaba, sólo que por medios peores.

Sin embargo, sir Robert vino a verme muy serio un día y me dijo que tenía que hacerme una propuesta de matrimonio que superaba todas las que había visto y provenía de un comerciante. Sir Robert y yo teníamos exactamente la misma idea de lo que es un comerciante: en opinión de sir Robert —y luego pude comprobar que no se equivocaba—, no había en toda la nación un caballero más cumplido que un comerciante bien educado, pues superaban en conocimientos, modales y capacidad de juicio a la mayor parte de los nobles y, después de vencer las dificultades de los negocios y ponerse por encima de sus exigencias, eran superiores, incluso aunque no tuviesen fincas, a casi todos los caballeros, incluso con propiedades, ya que un comerciante a quien le fuesen bien los negocios y tuviese un buen capital podía gastar más dinero que un terrateniente al que sus fincas le rindiesen cinco mil libras al año, y además los comerciantes no gastan nunca más de lo que tienen y por lo general gastan menos, por lo que pueden ahorrar grandes sumas al año.

Sir Robert opinaba que las fincas eran como un estanque mientras que un negocio es como un manantial y, si las primeras llegan a hipotecarse, es raro que pueda levantarse la hipoteca y se convierten en una carga constante para su dueño; en cambio, el mercader no hace más que ver cómo aumenta constantemente su hacienda; y siempre nombraba a varios comerciantes que vivían con más esplendor y gastaban más de lo que podía gastar la mayoría de los nobles de Inglaterra, y eso sin dejar de enriquecerse al mismo tiempo.

Prosiguió diciéndome que incluso los comerciantes londinenses podían permitirse gastar más en sus familias, y dejar mejores herencias a sus hijos, que los terratenientes ingleses con rentas de mil libras al año o menos, y no obstante seguían enriqueciéndose.

Su conclusión fue recomendarme que pusiera mi fortuna en manos de un eminente comerciante que, siendo como era, un mercader de primer rango a quien no le faltaba ni escaseaba el dinero, sino que tenía un negocio floreciente y unos ingresos constantes, invertiría en mí y en mis hijos toda su fortuna y me mantendría como a una reina.

Sin duda tenía razón y, si hubiese seguido su consejo, habría sido realmente feliz, pero yo estaba decidida a seguir siendo independiente y le respondí que no conocía ningún matrimonio que no fuese, en el mejor de los casos, un estado de inferioridad, si no de esclavitud; que no tenía intención de caer en él ahora que vivía en total libertad y tenía mi propio dinero; que no veía la relación entre las palabras «honor» y «obediencia» y la libertad de la mujer sin compromisos; que no entendía por qué los hombres se dedicaban por un lado a aumentar la libertad de la raza humana y al

mismo tiempo a someter a las mujeres, sea cual sea la disparidad de sus fortunas, a unas leyes del matrimonio elaboradas por ellos mismos; que tenía la desgracia de ser mujer, pero estaba decidida a librarme de los inconvenientes de mi sexo; y que, dado que la libertad parecía ser patrimonio exclusivo del hombre, sería una mujer-hombre, pues tenía intención de morir tan libre como había nacido.

Sir Robert sonrió y respondió que hablaba como una amazona, afirmó haber conocido a muchas mujeres de mi misma opinión y a otras que, aun pensando lo mismo, no tenían suficiente resolución para poner mis ideas en práctica. Añadió que, aunque no tenía mas remedio que reconocer que no me faltaba cierta razón en lo que decía, tenía entendido que yo misma había violado mis normas y había estado casada. Le respondí que así había sido, pero que jamás me habría oído decir que mi experiencia pasada me hubiese animado a intentarlo por segunda vez, y añadí que me había librado de aquello en buena hora y que, si volvía a caer en la trampa, yo sería la única responsable.

Sir Robert se rió de buena gana, pero renunció a seguir discutiendo conmigo y se limitó a señalar que me había propuesto a algunos de los mejores mercaderes de Londres, pero, ya que se lo prohibía, no seguiría importunándome con aquel asunto. Aplaudió el modo en que yo administraba mi dinero y me dijo que pronto sería enormemente rica, aunque no sabía ni sospechaba que, pese a todo mi dinero, seguía siendo una puta y estaba dispuesta a acrecentar mi fortuna a costa de dilapidar aún más mi virtud.

XV

Pero, por seguir con la descripción de mi modo de vida, el caso es que descubrí que me había equivocado y que lo único que había conseguido era atraer, como he explicado antes, a toda una serie de tramposos y cazadores de fortunas que tan sólo querían quedarse conmigo y con mi dinero, y, en suma, verme asediada por una corte de pretendientes, *beaus*^[19] y lechuguinos de alcurnia, pero yo aspiraba a otra cosa muy distinta y estaba tan dominada por mi propia vanidad respecto a mi belleza que había fijado mi atención nada menos que en el mismísimo rey. Llegué a concebir tales pretensiones por las palabras que pronunció una persona con la que estaba conversando y que tal vez las dijese con doble intención, como es habitual en la corte. El caso es que habló con demasiada ligereza y eso me atrajo a muchas personas que no tenían precisamente buenas intenciones.

A partir de entonces, empecé a moverme en otros círculos; la corte era muy elegante y deslumbrante, aunque en ella abundasen más los hombres que las mujeres, pues la reina no se prodigaba demasiado en público; por otro lado, no creo calumniar a los cortesanos si digo que eran las personas más malvadas que se pueda imaginar. El rey tenía varias amantes, todas muy hermosas, y todo el mundo vivía con esplendidez. Y, si el soberano se permitía aquellas licencias, no podía pedirse que el resto de la corte fuesen unos santos, y hasta tal punto no lo eran que no creo ser injusta si digo que a ninguna mujer que tuviese algo de agradable le faltaba un séquito de seguidores.

Pronto me vi rodeada de admiradores y empecé a recibir las visitas de algunas personas de alta cuna, que siempre me eran presentadas con la ayuda de una o dos damas ancianas que se habían hecho muy amigas mías y una de las cuales, según supe después, se había ganado mi favor a fin de propiciar lo que sucedió después.

Nuestras conversaciones eran, por lo general, corteses pero educadas; por fin, un día algunos caballeros propusieron organizar una partida, como ellos la llamaron. En realidad, se trató de una maniobra de una de aquellas intrigantes, que pensó que era el mejor modo de presentarme a quien ella quisiera, y ciertamente así fue. Apostaban fuerte y se quedaban hasta muy tarde, pero se disculpaban y me rogaban que les permitiese volver la noche siguiente. Yo era tan frívola y alegre como cualquiera de ellos y una noche le dije a uno de los caballeros, mi señor de..., que, en vista de que me hacían el honor de divertirse en mis apartamentos, y gustaban de visitarme de vez en cuando, no abriría una casa de juegos, pero daría un pequeño baile en su honor al día siguiente, si es que les apetecía. Todos aceptaron encantados.

La noche convenida, los caballeros empezaron a llegar y yo les demostré que sabía ser una buena anfitriona: mis apartamentos tenían un comedor enorme y otras cinco habitaciones en el mismo piso, de las que ordené retirar las camas para

convertirlas en salones para la ocasión; en tres de ellas, mandé colocar mesas cubiertas de vinos y pasteles; en la cuarta instalé una mesa de juego con un tapete verde; y en la quinta me instalé a recibir sus saludos. Como es de suponer, vestí mis mejores galas y me puse todas las joyas. Mi señor de..., a quien había invitado personalmente, me envió un grupo de excelentes músicos del teatro y las damas se pusieron a bailar y todos se estaban divirtiendo mucho cuando, a eso de las once, vinieron a advertirme de que habían llegado algunos caballeros disfrazados.

Eso me desconcertó y empecé a temer que se produjese algún alboroto; pero mi señor de..., al darse cuenta, me pidió que me tranquilizara, pues había un grupo de guardias a la puerta, dispuestos a impedir cualquier violencia; y otro caballero me dio a entender que el rey se contaba entre los enmascarados. Yo me ruboricé hasta la raíz del cabello y expresé mi mayor sorpresa; no obstante, no había vuelta atrás, así que seguí en mi salón, aunque mandé abrir de par en par las puertas.

Poco después, llegaron los enmascarados y empezaron un baile *á la comique* de ejecución casi perfecta. Mientras bailaban, me retiré y dejé dicho a una de mis damas que respondiera que volvería enseguida; en menos de media hora, volví disfrazada de princesa turca, con el traje que compré en Leghorn, cuando mi príncipe me compró una esclava turca. Tal como he contado antes, un navío maltés había apresado un barco turco que viajaba de Constantinopla a Alejandría en el que viajaban varias damas con destino a El Cairo, en Egipto. Además de hacerlas esclavas habían vendido sus ropajes, por lo que, aparte de la esclava turca, pude comprar sus vestidos. Sin duda era un traje extraordinario, y de hecho lo había comprado como curiosidad, pues nunca había visto nada parecido: la tela era de un finísimo damasco indio o persa, de fondo blanco y cubierto de flores azules y doradas, y la cola medía más de cinco metros; la túnica de debajo era una especie de chaleco de la misma tela, pero bordada de oro y con perlas engarzadas y algunas turquesas; además llevaba una faja al estilo turco de unos doce centímetros de ancho y cuyos extremos estaban repujados de diamantes a la altura del cierre. Los diamantes no eran auténticos, pero eso sólo lo sabía yo.

El turbante, o tocado, tenía un penacho de casi doce centímetros, con un colgante de tafetán, y delante, justo sobre la frente, llevaba una piedra preciosa que yo le había añadido.

El vestido que acabo de describir me costó unas sesenta *pistoles* en Italia, aunque costaba mucho más en su país de origen y, cuando lo compré, jamás pensé que acabaría dándole un uso semejante, aunque me lo había puesto muchas veces con la ayuda de mi pequeña turca, y luego con la ayuda de Amy, sólo para ver cómo me quedaba. Como había enviado a Amy por delante para prepararlo, no tuve más que ponérmelo y bajé en menos de un cuarto de hora. Cuando llegué, encontré la habitación llena de gente y di orden de que cerrasen las puertas un minuto o dos, para

tener tiempo de recibir los cumplidos de las damas allí presentes y darles ocasión de admirar mi vestido.

Pero mi señor de..., que casualmente estaba en el salón, se escabulló por otra puerta y volvió con uno de los enmascarados, un hombre alto y apuesto, cuya identidad yo ignoraba, pues iba oculto tras su máscara y en esas circunstancias habría sido muy poco elegante preguntárselo. Aquella persona me habló en francés, afirmó que nunca había visto un vestido tan hermoso y me preguntó si le haría el honor de bailar con él. Le expresé mi consentimiento con una reverencia, pero le aclaré que, como era mahometana, no sabía bailar según la usanza de su país y le pregunté si sus músicos sabían tocar *á la moresque*. Respondió muy divertido que tenía cara de cristiana y estaba seguro de que sabría bailar como tal, y añadió que tanta belleza no podía ser mahometana. Acto seguido, se abrieron las puertas y me condujo de la mano hasta el centro del salón. El grupo se llevó la mayor sorpresa imaginable: incluso los músicos dejaron de tocar por un momento para contemplarme, pues el vestido era ciertamente extraordinario, estaba muy nuevo y no podía ser más suntuoso.

El caballero, quienquiera que fuese, pues nunca llegué a saber su nombre, me hizo bailar una *courante* y luego me preguntó si quería bailar *á l'antique*, tal como habían hecho antes los enmascarados; le respondí que prefería bailar cualquier otra cosa, así que bailamos sólo dos danzas francesas, y luego me llevó hasta la puerta del salón y se retiró con los otros enmascarados. Una vez allí, no entré en el salón, como él había pensado que haría, sino que me volví y dejé que todos me contemplaran; luego llamé a mi doncella y le di instrucciones para los músicos, por lo que el grupo entendió que me disponía a bailar alguna cosa. Inmediatamente, todos me hicieron el cumplido de levantarse y hacerme sitio, pues la sala estaba abarrotada. Al principio, los músicos no acertaron con la tonada que les había pedido (que era una tonada francesa), y tuve que volver a mandar a mi doncella a hablar con ellos, sin moverme todavía de la puerta. Después la tocaron a la perfección y, para dar a entender que así era, avancé hacia el centro de la sala. Entonces, volvieron a acometer la pieza y bailé una figura que había aprendido en Francia, cuando el príncipe de... quiso que bailara para él. Era, sin duda, una pieza preciosa, inventada por un famoso maestro en París, para que una dama o un caballero la bailasen solos, y era tan novedosa que a todo el mundo le gustó mucho, y todos pensaron que era turca e incluso hubo un caballero que llegó a decir y, a jurar, que la había visto bailar en Constantinopla, cosa que no podía ser más ridícula.

Al terminar el baile, el grupo aplaudió, y estuvo a punto de prorrumpir en vivas, y uno de ellos gritó: «¡Roxana, Roxana, por...!» y soltó un juramento, a raíz de lo cual el nombre de Roxana quedó unido a mí para siempre como si me hubieran bautizado así en la cuna^[20]. Por lo visto, esa noche tuve la fortuna de agradar mucho a todos, y

esa semana mi baile, pero sobre todo mi vestido, fueron la comidilla de la ciudad, y la corte entera brindaba a la salud de Roxana.

Las cosas habían salido tal como yo había planeado y mi popularidad aumentó como deseaba: el baile se prolongó tanto que (por mucho que me gustase el espectáculo) acabé casi hartándome; los enmascarados se fueron a eso de las tres de la mañana y los demás caballeros se sentaron a jugar, pero los músicos continuaron tocando y algunas damas estuvieron bailando hasta las seis.

Yo estaba deseando saber quién era el que había bailado conmigo; algunos señores llegaron a decirme que podía sentirme honrada de tener aquella pareja de baile y uno llegó a insinuar que se había tratado del rey, aunque luego me convencí de lo contrario. Otro replicó que, si se hubiese tratado de su Majestad, no habría sido ninguna deshonra para él bailar con Roxana. Pero el caso es que nunca llegué a saber a ciencia cierta de quién se trataba. Por su forma de comportarse, me pareció muy joven y su Majestad era un hombre de edad lo bastante avanzada para poderlo distinguir, aunque sólo fuese por su forma de bailar.

Sea como fuere, a la mañana siguiente alguien me envió quinientas guineas y el mensajero que me las entregó me informó de que quienes las habían enviado deseaban que, el martes siguiente, volviese a celebrar un baile en mis apartamentos, aunque solicitaban mi autorización para organizar ellos mismos la velada. Yo me alegré mucho, aunque quise saber la procedencia de aquel dinero. Sin embargo, el mensajero fue mudo como una tumba y me rogó con muchas reverencias que no le hiciese preguntas para las que no tenía respuesta.

Olvidaba decir que los caballeros que se quedaron a jugar aportaron cien guineas de bote, como ellos dijeron y, al final de la partida, fueron a buscar a mi dama de compañía (así la llamaron) y se las regalaron, y además repartieron otras veinte guineas entre los criados.

Aquellos gestos tan fastuosos me complacieron y sorprendieron mucho, y apenas creía lo que me estaba pasando. No obstante, la idea de que la persona que había bailado conmigo pudiera ser el mismísimo rey hinchó de tal modo mi vanidad que no sólo me volví incapaz de juzgar a los demás, sino a mí misma.

Tenía que disponerlo todo para la velada del martes, pero, ¡ay!, me habían quitado la organización de las manos: el sábado se presentaron tres caballeros, que por lo visto eran unos simples criados, y aportaron pruebas fehacientes de ser quienes decían ser, pues uno de ellos era el que me había entregado las quinientas guineas.

Los tres iban cargados de botellas de vinos de toda clase y de tantas cestas de repostería que parecía imposible que nadie pudiera acabarse toda esa comida.

Sin embargo, me pareció que faltaban dos cosas y mandé adquirir unas doce docenas de servilletas de damasco fino y varios manteles de la misma tela, suficientes para cubrir todas las mesas con tres manteles por cada una de ellas, aparte de las

mesitas auxiliares. También compré vajilla de plata para poner en cada una de las mesas auxiliares, pero ellos no quisieron utilizarla y me aseguraron que habían comprado platos y bandejas de porcelana fina para toda la velada y que con una concurrencia tan numerosa sería imposible responder de la plata, así que la colocamos toda en una enorme vitrina que había en el salón y donde hacía muy buen efecto.

El martes acudió tal afluencia de damas y caballeros que mis apartamentos no pudieron acogerlos a todos y los organizadores tuvieron que dar órdenes de no dejar pasar a nadie más; la calle estaba llena de carrozas con escudos de armas y carruajes elegantes, pero era imposible recibirlos a todos. Como en la ocasión anterior, me quedé en mi saloncito y los bailarines inundaron el comedor; los demás salones también estaban abarrotados e incluso tres habitaciones del piso de abajo que no eran mías.

Fue una suerte que hubiese un destacamento de guardias armados para custodiar la puerta, pues de lo contrario todo habría sido desorden y confusión con esa muchedumbre tan promiscua y escandalosa, pero los tres criados principales se ocuparon de vigilar constantemente a todo el grupo.

Yo seguía en la incertidumbre, y todavía sigo estándolo hoy, respecto a quién había bailado conmigo el miércoles anterior, cuando fui yo la verdadera anfitriona. Pero de lo que no me cupo ninguna duda es de que, en esta ocasión, el rey sí asistió, pues se dieron ciertas circunstancias sobre las que no había confusión posible, sobre todo gracias a la presencia de cinco caballeros que no iban enmascarados y que no se presentaron hasta que empecé a bailar, tres de los cuales llevaban jarreteras azules^[21].

La fiesta se desarrolló exactamente igual que la primera vez, aunque con mucha más fastuosidad y concurrencia. Yo me instalé (vestida suntuosamente con todas mis joyas) en el centro de mi saloncito, como la ocasión anterior, y saludé a todos a medida que pasaban por allí, pero mi señor de..., que la primera noche había hablado conmigo con mucha franqueza, fue a verme, se quitó la máscara y me informó de que todos los asistentes le habían rogado que intercediera para que volviese a lucir el vestido que había llevado el primer día y cuya fama había dado ocasión a que se celebrase este nuevo baile.

—Podéis creer, señora —añadió—, que hay gente en esta sala a quien os conviene complacer.

Le hice una reverencia y me retiré en el acto. Mientras estaba arriba poniéndome el vestido, dos damas a quienes no conocía de nada entraron en mi apartamento del piso de abajo, por orden de un noble personaje que había vivido con su familia en Persia, y entonces temí verme eclipsada o incluso rechazada.

Una de ellas iba ataviada del modo más exquisito, según es costumbre entre las doncellas de alcurnia de Georgia, y la otra lucía un vestido similar típico de Armenia,

y cada una tenía una esclava para atenderla.

Ambas damas vestían faldas plisadas que les llegaban a los tobillos y un delantal por la parte de delante de una puntilla finísima; sus túnicas tenían mangas a la antigua que colgaban por delante, no llevaban joyas, pero tenían la cabeza y los pechos adornados con flores y ambas usaban velo.

Sus esclavas iban con la cabeza descubierta y el cabello negro y trenzado les llegaba hasta la cintura, vestían con mucha suntuosidad y pude comprobar que eran tan hermosas como sus señoras, pues ninguna de las dos llevaba máscara. Esperaron en mi salón hasta que llegué y me presentaron sus respetos a la usanza persa, y se sentaron como en un *safrá*, es decir, con las piernas cruzadas sobre un lecho de cojines colocados sobre el suelo.

Todo era magnífico y deslumbrante y me dejó muy admirada. Me presentaron sus respetos en francés y yo les respondí en la misma lengua. Cuando abrieron las puertas, entraron en el salón y bailaron de un modo que nadie conocía, al son de un instrumento similar a una guitarra y una especie de trompeta de sonido muy grave que había llevado mi señor de...

Bailaron solas tres veces, pues nadie conocía aquel baile. La novedad gustó, sin duda, aunque su manera de bailar tenía algo de extraño e incivilizado, pues reproducía al pie de la letra los usos del bárbaro país del que procedían; en cambio, el mío era un baile francés bajo ropajes mahometanos y, aunque resultaba igual de original, agradó mucho más a todos.

Después de exhibir sus atuendos georgianos y armenios y de bailar tres veces seguidas, se retiraron, volvieron a presentarme sus respetos (pues yo era la reina del momento) y fueron a cambiarse.

Luego bailaron varias parejas de damas y caballeros enmascarados y, cuando terminaron, no salió a bailar nadie más, sino que todos gritaron: «¡Roxana, Roxana!». Entretanto, mi señor de... había llevado a otra persona enmascarada a mi habitación, a quien no acerté a reconocer, aunque supe con seguridad que no era el mismo con quien había bailado la ocasión anterior. Aquel noble personaje (pues luego supe que se trataba del duque de...), después de algunos cumplidos, me condujo al centro de la sala.

Yo iba vestida con el mismo chaleco y la misma faja de la vez anterior, pero encima de la túnica llevaba, como es costumbre en Turquía, un manto de color verde y carmesí, con el verde brocado de oro; y mi *tyhiaia*, o tocado, era un poco distinto del que había lucido en la otra ocasión, pues era un poco más alto y le había añadido algunas joyas, por lo que parecía un turbante con una corona.

No llevaba máscara ni me había maquillado y, no obstante, destaqué por encima de todas las damas que asistieron al baile, al menos de aquellas que no iban enmascaradas, pues nada puedo decir de las que sí lo iban y, sin duda, habría muchas

más bellas que yo. Aunque hay que reconocer que el vestido me fue de mucha ayuda y contribuyó a que todos me miraran complacidos.

Después de bailar con aquel aristocrático personaje, no me Ofrecí a bailar sola, como había hecho la ocasión anterior, pero volvieron a llamarme y dos caballeros entraron en el salón a pedirme que les obsequiara con el baile a la turca, así que no me hice de rogar y volví a bailar justo como la primera vez.

Mientras bailaba, reparé en cinco personas que estaban un poco apartadas y entre las que había un caballero que llevaba el sombrero puesto, lo que me indicó en el acto de quién se trataba^[22] y, al principio, hizo que me pusiera un poco nerviosa, pero seguí bailando, agradecí los aplausos de la gente y me retiré nuevamente a mi salón. Una vez allí, los cinco caballeros acudieron a verme, seguidos por una multitud de nobles: el hombre que llevaba el sombrero dijo: «Señora Roxana, bailáis de un modo admirable». Yo estaba preparada e hice ademán de arrodillarme para besarle la mano, pero él me lo impidió y me saludó, luego volvió al gran salón y se marchó.

Todavía no puedo decir de quién se trataba, pues no lo supe con seguridad hasta más tarde. Me habría gustado retirarme para quitarme el vestido, que era demasiado ligero, pues no llevaba corsé y era tan escotado como si fuese en camisa, pero no pude hacerlo y tuve que bailar con seis o siete caballeros más, casi todos de primer rango, y más tarde supe que uno de ellos era el duque de Monmouth.

A eso de las dos o las tres de la mañana, el grupo empezó a dispersarse y sobre todo las mujeres fueron volviéndose a sus casas. Los caballeros se trasladaron al piso de abajo, se quitaron las máscaras y empezaron a jugar.

Amy pasó toda la noche atendiéndolos en la sala donde estaban jugando la partida, y por la mañana, cuando se marcharon, le regalaron el bote, que contenía sesenta y dos guineas y media, y otros criados también sacaron provecho. Amy vino a verme cuando todos se habían ido.

—¡Dios mío, señora! —dijo con la voz entrecortada—, ¿qué voy a hacer con tanto dinero? —La pobre estaba loca de alegría.

XVI

Ahora sí que estaba en mi elemento. Todo el mundo hablaba de mí y estaba convencida de que podría sacar algún beneficio. Por si fuera poco, mi reputación de mujer rica me puso a resguardo de todos esos caballeros cuyas atenciones habrían podido resultar embarazosas, pues Roxana parecía demasiado para ellos.

Vino luego un período que debo ocultar a los ojos y los oídos ajenos: durante tres años y un mes, Roxana vivió apartada, pues se vio obligada a hacer una especie de viaje con una persona a quien el deber y los juramentos personales me obligan a no delatar, al menos de momento.

Al final de esa época reaparecí, pero debo añadir que, aunque aproveché muy bien la ocasión, cuando volví no lo hice con el mismo lustre y brillo, ni con tantas ventajas como antes, pues hubo quien albergó sospechas acerca de dónde había estado y con quién había pasado todo ese tiempo, y empezó a hacerse público que Roxana era, en suma, sólo Roxana, ni más ni menos, y no la mujer honrada y virtuosa que habían supuesto al principio.

Es preciso tener en cuenta que para entonces llevaba ya unos siete años en la ciudad, y que no sólo había incrementado mis ingresos, siguiendo los consejos de sir Robert Clayton, sino que había amasado una increíble fortuna; y, no obstante, no albergaba la menor intención de reformarme. Tenía más medios para hacerlo que ninguna otra mujer, pues el vicio común de todas las prostitutas —el dinero— no era ya ningún obstáculo, e incluso mi avaricia parecía haberse saciado; pues, incluyendo lo que había ahorrado al reservar los intereses de las catorce mil libras que, como se ha dicho antes, habían ido incrementándose paulatinamente, los regalos que me hicieron con ocasión de aquellos deslumbrantes bailes de máscaras que seguí ofreciendo a lo largo de dos años, y lo que gané en aquellos tres años del más glorioso retiro del que mujer alguna disfrutó jamás (pues así me gustaba llamarlo), había duplicado mi capital y disponía además de cerca de cinco mil libras en metálico, que guardaba en casa, aparte de plata en abundancia y de joyas que me habían regalado o había adquirido yo misma para exhibirlas en público.

Al final de eso que llamo mi retiro, y que me hizo ganar tanto dinero, reaparecí como una bandeja de plata antigua que llevase varios años enterrada y estuviera descolorida y deslucida. Estaba marchita y parecía una amante abandonada, y lo cierto es que, aunque no había perdido mi belleza, había ganado algo de peso y tenía cuatro años más.

No obstante, conservaba el espíritu joven, seguía siendo brillante y una compañera alegre y era agradable con todo el mundo, por lo que me llovían los cumplidos, y en esa condición volví a mostrarme al mundo; y aunque no llegué a ser tan popular como antes, y ni siquiera lo intenté, porque sabía que no era posible, no

me faltaron amigos de alcurnia, que me visitaban con frecuencia y se reunían para jugar y divertirse en mis apartamentos, donde siempre procuré recibirles lo mejor posible.

La idea excesiva que tenían de mi riqueza contribuyó a que ninguno osara hacerme nunca proposiciones, pues pensaban que jamás podrían mantenerme y no se atrevían a abordarme.

Sin embargo, por fin me habló con mucha elegancia un hombre honorable y (cosa que lo hacía particularmente estimable) propietario de unas fincas inmensas. Empezó con una larga introducción a propósito de mi riqueza. «¡Criatura ignorante! —pensé para mí, tomándolo por un lord—, ¿es que crees que una mujer dispuesta a rebajarse a ser una puta despreciaría recoger la cosecha de su vicio? No, no, vuestra señoría puede estar seguro de que, si alguna vez llega a obtener algo de mí, tendrá que pagar por ello, y la idea que os habéis formado de mi riqueza habrá de costaros muy cara, pues no podréis ofrecer una nadería a una mujer con unas propiedades que le rinden dos mil libras anuales».

Después de disertar sobre el particular un buen rato, y de asegurarme que su intención no era ni aprovecharse de mí ni meter la mano en mi bolsillo, cosa que (dicho sea de paso) yo no temía lo más mínimo, pues tenía todo mi dinero a buen recaudo, empezó a hablar sobre el amor, una cuestión tan ridícula para mí, si no va unida a lo más importante, es decir, al dinero, que no tuve paciencia para seguir oyéndole perorar de aquel modo.

Le di a entender con mucha cortesía que no me escandalizaban sus proposiciones, pero que no era fácil de seducir. Aun así continuó visitándome con frecuencia y, en suma, me cortejó con tanta asiduidad como si pretendiera casarse conmigo y me hizo valiosos regalos que no me recaté en aceptar, aunque fuese a regañadientes.

Poco a poco, cedí también a sus importunidades y, cuando me propuso obsequiarme con una pensión y afirmó que, aunque ya fuese rica, él no podía menos que agradecerme de ese modo los favores que recibía, y que, si fuese suya, no tendría que vivir de mi propio dinero, le respondí que no era nada derrochadora y que no gastaba más de quinientas libras al año, que pagaba de mi bolsillo. Sin embargo, no aspiraba a que nadie me pagase una renta, pues eso me parecía una especie de cadena dorada, similar al matrimonio y, aunque tenía a su señoría por un hombre de honor, tenía aversión a las ligaduras, y pese a no ser tan rica como creía la gente, no era tan pobre como para dejarme maniatar por una pensión.

Afirmó que sólo aspiraba a facilitarme la vida y que los únicos vínculos que establecería entre nosotros un acuerdo privado semejante serían los vínculos del honor, que no supondrían para él ninguna carga, y añadió que sólo esperaba obtener de mí lo que una mujer honorable pudiera concederle. En cuanto a la pensión, aseguró que me valoraba muy por encima de las quinientas libras anuales y, a partir

de ese momento, empezamos a ponernos de acuerdo.

Me mostré mas amable con él después de aquel discurso, y con el tiempo intimamos lo suficiente para abordar en nuestras conversaciones la cuestión principal, es decir, las quinientas libras anuales. Me las ofreció espontáneamente y consideró un favor infinito que yo las aceptase. Era tanto dinero que me dejé dominar o convencer, aunque el acuerdo fuese sólo de palabra.

Una vez hubo conseguido de aquel modo sus fines, le dije lo que opinaba:

—Ya habréis reparado, señor mío, en mi debilidad al ceder sin el menor contrato ni garantía a cambio de una generosidad que podéis interrumpir cuando os plazca, y si alguna vez me reprocháis que haya confiado así en vos, me ofenderéis de un modo que me esforzaré en no merecer.

Respondió que me daría pruebas fehacientes de que no había tratado de comprarme, como acostumbraba a hacer la gente, y que, ya que había confiado en él, comprobaría que me había puesto en manos de un hombre de honor, que conocía el valor de un compromiso y, acto seguido, sacó una letra de cambio por valor de trescientas libras y me la entregó como prueba de que no saldría perjudicada por no haber formalizado un contrato con él.

Me pareció un buen gesto, que me permitió hacerme una idea de cuál sería nuestra relación en el futuro; y en suma, como no pude evitar tratarle con mayor amabilidad de lo que había hecho hasta entonces, una cosa llevó a la otra y le di varias pruebas de que era enteramente suya, tanto por inclinación como por obligación de amante, y eso le satisfizo mucho.

Poco después de aquel acuerdo privado, empecé a pensar si no sería mejor, para la clase de vida que llevaba ahora, disfrutar de una existencia menos mundana, y le expliqué a mi señor que eso me evitaría las impertinencias y las visitas continuas de una serie de personas que él conocía y que, por cierto, ahora que tenían de mí la opinión que merecía, empezaban a hablarme otra vez de amor y a hacerme galanterías y ofertas ciertamente groseras que me parecían tan nauseabundas como si estuviera casada y fuese tan virtuosa como el resto de la gente. Las visitas de aquellas personas tediosas e impertinentes estaban empezando a incomodarme y, de haber continuado, tampoco habrían satisfecho a mi señor. Sería gracioso contar aquí cómo los desairé y, en algunos casos que me habían resultado particularmente ofensivos, les expliqué que lamentaba mucho tener que pedirles que no se tomasen la molestia de volver a visitarme, pues, aunque no quería ser grosera, no me consideraba obligada a recibir a ningún caballero que me hubiese hecho semejantes ofrecimientos, pero sería demasiado largo relatar todos los detalles. El caso es que le propuse a mi señor instalarme en otra residencia más discreta. Además, pensé que, de ese modo, podría vivir muy cómodamente y no gastar tanto dinero, de manera que las quinientas libras al año que iba a pagarme aquel hombre tan generoso superasen con creces lo que

pudiese gastar.

Mi señor se mostró de acuerdo con mi propuesta y fue aún más lejos de lo que esperaba, pues encontró unos apartamentos en una casa muy elegante, donde nadie lo conocía —supongo que debió de encargarle a alguien que la buscara en su nombre—, y a cuyo jardín podía accederse fácilmente a través de una puerta que daba al parque, cosa que no estaba permitida en esos tiempos.

De este modo, podía entrar a cualquier hora del día o de la noche y, como en la parte baja de la casa también había una portezuela que siempre estaba cerrada y él tenía una llave maestra, podía acceder directamente a mi dormitorio a las doce, la una o las dos de la madrugada. *Nota bene*: Yo no temía que me sorprendiera en la cama con otro, porque, en una palabra, no me relacionaba con nadie mas que con él.

Una noche ocurrió algo muy gracioso: mi señor llegó tarde y, como esa noche no lo esperaba, yo le había pedido a Amy que se metiera en la cama conmigo. El caso es que, cuando él entró en la habitación, a eso de las tres de la mañana, las dos estábamos profundamente dormidas. Por lo visto, él estaba un poco achispado, aunque no borracho ni bebido, y entró directamente en mi dormitorio. Amy se llevó un susto de muerte y soltó un grito.

Yo dije con mucha calma:

—No os esperaba esta noche, caballero, y nos ha asustado un poco vuestra linterna.

—¡Ah! —dijo—. Ya veo que tenéis a alguien en vuestra cama. —Yo empecé a disculparme—. No, no —me interrumpió mi señor—, no tenéis por qué excusaros, ya veo que no se trata de un hombre. —Sin embargo, enseguida se desdijo en tono divertido—: Aunque, ahora que lo pienso, ¿cómo puedo convencerme de que no lo es?

—¡Oh! —respondí—, supongo que mi señor ya habrá visto que es sólo la pobre Amy.

—Sí —repuso—, la señora Amy, pero ¿cómo estar seguro de que se trata de Amy? Por lo que sé, bien podría ser el señor Amy. Espero que me permitáis comprobarlo.

—Desde luego —dije—, mi señor puede comprobarlo, pero pensaba que ya la conocíais.

El caso es que la había tomado con la pobre Amy y, de hecho, llegué a pensar que llevaría la broma demasiado lejos delante de mis propios ojos, como había ocurrido en una ocasión similar. Pero mi señor no estaba tan acalorado y, aunque quiso cerciorarse de si Amy era el señor Amy o la señora Amy, y supongo que lo hizo, acabó dándose por satisfecho y fue a sentarse en un pequeño despachito que había al lado de la habitación.

Entretanto, Amy y yo nos levantamos, le di unas sábanas y le ordené que fuese a

hacer la cama de mi señor en la habitación contigua, cosa que hizo enseguida, y luego lo ayudé a acostarse, y a continuación, de acuerdo con sus deseos, me metí en la cama con él. Al principio me dio un poco de reparo hacerlo y me excusé, pues había estado durmiendo con Amy y no me había cambiado de ropa, pero a él no le importó y, con tal de que Amy fuese la señora Amy y no el señor Amy, se dio por satisfecho. Sin embargo, Amy no se presentó en toda la noche ni el día siguiente, y cuando lo hizo, mi señor le gastó tantas bromas a propósito de su *ecclairicissiment*^[23], como él lo llamó, que Amy no sabía dónde meterse.

No es que Amy fuese ninguna remilgada, tal como se ha podido comprobar en la primera parte de este relato, pero en esta ocasión la habían pillado por sorpresa y no supo cómo reaccionar. Además, mi señor la tenía por una mujer tan respetable como cualquier otra y sólo nosotras sabíamos que no era así.

XVII

Llevé esta vida culpable durante casi ocho años, contando desde mi primera llegada a Inglaterra, y aunque mi señor no veía en mí ningún defecto, yo sabía, sin necesidad de fijarme mucho, que cualquiera que me mirase a la cara podía darse cuenta de que tenía más de veinte años, y eso que, sin ánimo de ser vanidosa, llevaba muy bien mi edad, que rondaba ya los cincuenta.

Me atrevo a decir que ninguna otra mujer tuvo nunca una vida como la mía: veintiséis años de depravación sin el menor remordimiento, sin indicio alguno de arrepentimiento y sin la menor intención de ponerle fin. Me había acostumbrado hasta tal punto a llevar una vida de libertinaje que ya ni siquiera me lo parecía. Vivía cómodamente, nadaba en la abundancia y mi riqueza aumentaba sin cesar gracias a los consejos de frugalidad del buen caballero, de modo que al final de aquellos ocho años llegué a tener unos ingresos anuales de dos mil ochocientas libras de las que no gastaba ni un penique, pues me mantenía con la pensión de mi señor..., y todavía me sobraban más de doscientas libras anuales, pues aunque, a pesar de mis insinuaciones, no llegué a garantizármela nunca por escrito, me dio tanto dinero, y tan a menudo, que la cantidad total en realidad ascendía a más de setecientas libras anuales de promedio.

Debo ahora volver atrás y, una vez relatadas abiertamente mis vilezas, hablar de algo que al menos parece una especie de buena acción. Recordé que, unos quince años antes, cuando me fui de Inglaterra, había dejado a cinco niños pequeños abandonados a la caridad de los parientes de su padre. La mayor no tenía entonces ni seis años, pues yo apenas llevaba casada siete años cuando me abandonó su padre.

Nada más regresar a Inglaterra, tuve el deseo de saber qué tal les iban las cosas, si seguían o no con vida y cómo los habían cuidado; no obstante, decidí no decirles quién era, ni darles a entender a quienes los habían cuidado que su madre seguía con vida.

Amy era la única que podía encargarse de averiguarlo, y la envié a Spitalfields a buscar a la anciana tía y a la mujer que tan decisivas habían sido a la hora de conseguir que los parientes se hiciesen cargo de los niños, pero las dos llevaban varios años muertas y enterradas. Luego fue a la casa delante de cuya puerta había abandonado a los pobres niños; al llegar, descubrió que en la casa vivían otras personas y, como no pudo averiguar gran cosa, volvió con una respuesta nada iluminadora. Entonces la envié a preguntar a las vecinas qué había sido de la familia que vivía en aquella casa y, si se habían mudado, dónde residían ahora y en qué circunstancias y, de ser posible, qué se había hecho de los pobres niños, dónde vivían, qué tal los trataban y otras cosas por el estilo.

En aquella segunda visita pudo averiguar algunas cosas de la familia: en primer lugar, que el marido, que había sido quien mejor había tratado a los niños a pesar de

ser sólo su tío político, había muerto y la viuda se había visto en circunstancias un poco apuradas, o, lo que es lo mismo, no estaba necesitada, pero no era ni mucho menos tan rica como pensaba la gente cuando vivía su marido.

En cuanto a los niños, al parecer se había ocupado de mantener a dos de mis hijas, o más bien lo había hecho su marido mientras estuvo con vida, pues, como sabemos, ella siempre se había opuesto. Lo cierto era que los vecinos compadecían a las pobres niñas, pues contaron que su tía las trataba con suma crueldad, como si fuesen sólo un par de criadas para atenderla a ella y a sus hijos, y las pobres iban siempre vestidas como pordioseras.

Al parecer se trataba de la mayor y la tercera, que eran niñas; el segundo era un hijo, el cuarto una hija y el más joven un hijo. Para concluir la triste historia de mis desafortunadas hijas, me contó que, en cuanto fueron capaces de ir a buscar un trabajo, se marcharon de aquella casa, aunque otros afirmaban que las había echado, cosa que, por lo visto, no era cierto, pues se había limitado a tratarlas tan mal que ellas mismas se habían ido. Una fue a trabajar cerca de allí, al servicio de una vecina, la mujer de un tejedor bastante rico, que la contrató como camarera, y poco después pudo sacar a su hermana del Bridewell que era la casa de su tía y le buscó una colocación.

Todo era muy triste y sórdido. Envié a Amy a casa del tejedor, pero descubrió que, después de morir su señora, se había ido y nadie sabía adónde; sólo habían oído decir que había vivido con una gran dama al otro extremo de la ciudad, pero ignoraban de quién pudiera tratarse.

Nuestras averiguaciones habían durado cuatro semanas y no habían dado el menor fruto, pues no había conseguido ninguna noticia convincente. Así que envié a Amy a buscar a aquel hombre honrado^[24], que, tal como conté al principio de mi historia, tanto ayudó a mis hijos cuando los abandoné y que incluso había impedido que el menor quedara a cargo de la parroquia del pueblo donde vivíamos. Dicho caballero seguía con vida y así supimos que mi hija pequeña y mi hijo mayor habían muerto, pero que el pequeño estaba vivo y rondaba ahora los diecisiete años. Gracias a la bondad y la caridad de su tío, había podido colocarse como aprendiz, aunque de un oficio muy fatigoso en el que se veía obligado a trabajar de firme todos los días.

Amy sintió tanta curiosidad que fue a verlo de inmediato y lo encontró en el tajo muy sucio y sudoroso; no lo reconoció, pues no lo había visto desde que tenía dos años, y como es obvio él tampoco podía acordarse de ella.

No obstante, le habló y le pareció un joven sensato y bien educado, que apenas sabía nada de su padre y de su madre y no tenía otras perspectivas que ganarse la vida con su esfuerzo. No obstante, no quiso contarle nada, no fuese a perder el gusto por el trabajo y a convertirse en un inútil. Sin embargo, fue a visitar a su benefactor y, cuando comprobó que se trataba de un hombre bueno y honrado, le contó una larga

historia acerca del cariño que sentía por aquel niño, porque también había querido mucho a su padre y a su madre; le explicó que era la sirvienta que los había llevado a todos a casa de su tía, cuando su señora no tuvo nada para darles de comer y decidió abandonarlos, y que ignoraba lo que había sido de ella después; añadió que sus propias circunstancias habían mejorado mucho desde entonces y que deseaba ayudar de algún modo a los niños, si es que podía dar con ellos.

El hombre la recibió con la cortesía que merecía una propuesta semejante, le explicó lo que había hecho por mi hijo y cómo lo había mantenido, vestido y alimentado, que lo había enviado a la escuela y, por fin, lo había puesto a trabajar. Ella admitió que había sido como un padre para el niño, y luego añadió:

—Pero, señor, es un trabajo muy cansado y él no es más que un muchacho.

—Cierto —repuso él—, pero fue él mismo quien lo escogió y os aseguro que tuve que pagar veinte libras para que le enseñaran el oficio y además me he comprometido a pagarle la ropa mientras trabaje de aprendiz. Si tiene un empleo tan fatigoso, es debido a su sólo infortunio, pobre muchacho, yo no he podido hacer más por él.

—En fin, señor, habéis obrado movido sólo por la caridad —dijo Amy—, y no hay duda de que os habéis portado muy bien con él, pero, ya que estoy decidida a ayudarle, me gustaría que le hicierais dejar ese oficio, pues no soporto verlo trabajar así para ganarse el pan, y quiero hacer lo posible para que pueda ganarse la vida sin tener que trabajar tanto.

El hombre sonrió.

—Sin duda, puedo hacer que deje el empleo, pero entonces perderé mis veinte libras.

—Bueno, caballero, os aseguro que no lo lamentaréis. —Y echó mano al bolsillo y sacó su monedero. Él se extrañó y la miró fijamente a los ojos. Amy se dio cuenta y le dijo—: Por cómo me miráis, veo que creéis reconocerme, pero os aseguro que no es así, pues nunca os había visto antes. Creo que os habéis portado muy bien con el muchacho y que habéis sido como un padre para él, pero vuestra generosidad no debería ir más allá de lo necesario, de modo que tomad vuestras veinte libras y aseguraos de que deje el trabajo.

—De acuerdo, señora, os lo agradezco en mi nombre y en el del chico, pero ¿queréis decirme qué debo hacer con él ahora?

—Caballero —dijo Amy—, ya que habéis sido tan bueno para permitirle alojarse en vuestra casa todos estos años, os ruego que volváis a acogerle un año más bajo vuestro techo. Os daré otras cien libras que os pido que dediquéis a pagar su instrucción, su ropa y su alojamiento; tal vez acabe poniéndolo en situación de agradeceros vuestra bondad.

Satisfecho, pero confundido, le preguntó a Amy con mucho respeto qué quería que aprendiese el muchacho y a qué oficio había pensado que se dedicase.

Amy respondió que le hiciese estudiar un poco de latín y contabilidad comercial, así como a escribir con buena caligrafía, pues quería colocarlo de aprendiz con un mercader turco.

—Señora —dijo—, no sabéis cuánto me alegro por él, pero ¿sabéis que ningún mercader turco aceptará enseñarle el oficio por menos de cuatrocientas o quinientas libras?

—Sí, señor —repuso Amy—, lo sé muy bien.

—¿Y —añadió él— que necesitará miles para establecerse por su cuenta?

—Sí, señor —dijo Amy—, también lo sé, y estoy decidida. No tengo hijos y he decidido convertirlo en mi heredero, y si necesita diez mil libras para establecerse, yo me ocuparé de que no le falten. Era la criada de su madre cuando él nació y sentí muchísimo la desgracia sufrida por la familia, y siempre he dicho que, si alguna vez me iban bien las cosas, adoptaría a ese niño como si fuese mío. Ahora pienso cumplir mi palabra, aunque nunca pensé que llegaría a prosperar tanto. —Y Amy le contó que estaba muy preocupada por mí y que daría cualquier cosa por saber si estaba viva o muerta y en qué circunstancias estaba, y que, si alguna vez daba conmigo, se ocuparía de mí, aunque fuese muy pobre, y volvería a convertirme en una señora.

Él le explicó que la madre del niño se había visto reducida a la indigencia y no había tenido más remedio (como sabía) que dejar a sus hijos con los parientes de su marido; y que, de no ser por él, habrían quedado todos a cargo de la parroquia, pues había obligado a los demás parientes a compartir la carga entre todos. Dijo también que se había quedado con dos, aunque había perdido al mayor que había muerto de viruela, y que a este otro lo había cuidado como si fuese uno de sus propios hijos, y nunca había hecho distinción entre ellos. Aunque, llegado el momento de ponerlo a trabajar, había juzgado más conveniente hacerle aprender un oficio que pudiera ejercer sin necesidad de tener dinero para establecerse, pues lo contrario habría sido perder el tiempo. En cuanto a la madre, a pesar de sus muchas averiguaciones, no había vuelto a saber nada de ella. Se rumoreaba que había muerto ahogada, pero nadie había podido confirmárselo.

Amy fingió echarse a llorar por su desdichada señora, afirmó que daría cualquier cosa por volver a verla, si es que seguía con vida, y otras muchas cosas parecidas. Luego volvieron a hablar del muchacho.

El hombre le preguntó por qué no había ido a buscarlo antes, y así habrían podido darle una educación más acorde con los proyectos que tenía para él.

Ella le explicó que había estado fuera de Inglaterra y que acababa de regresar de las Indias Orientales; lo primero era cierto, pero lo segundo, falso, y lo dijo para despistarle, por si le daba por hacer averiguaciones, pues no era raro que las jóvenes emigrasen pobres a las Indias Orientales y volviesen de allí muy ricas. El caso es que siguió dándole sus instrucciones y ambos se pusieron de acuerdo en no decirle al

muchacho lo que tenían pensado para él y en limitarse a devolverlo a casa de su tío, con la excusa de que el trabajo era demasiado cansado y otras cosas parecidas.

Unos tres días después, Amy volvió a verlo y le llevó las cien libras que le había prometido, pero en esa ocasión se presentó con un aspecto muy distinto al de la primera vez, pues fue en mi carroza, acompañada de dos lacayos y muy bien vestida, con joyas y un reloj de oro. Lo cierto es que no era difícil hacer pasar a Amy por una señora, pues era una mujer muy guapa y bien educada. El cochero y los lacayos recibieron instrucciones de demostrarle tanto respeto como a mí y de llamarla señora Collins si alguien les preguntaba.

Cuando el caballero la vio con aquel aspecto, todavía se sorprendió más y la recibió con todo el respeto posible, la felicitó por haber mejorado así su fortuna y sobre todo se alegró de que el destino del muchacho fuese a cambiar de aquel modo en contra de todo lo previsible.

A pesar de su apariencia, Amy les habló con franqueza y campechanía y afirmó que la buena suerte no le había subido los humos (cosa que era cierta, pues hay que reconocer que Amy siempre fue una criatura alegre y sencilla), que seguía siendo la misma de siempre y que siempre había querido a aquel muchacho, y ahora estaba decidida a ayudarlo.

Luego sacó el dinero y le pagó ciento veinte libras, para acabar de convencerlo de que no saldría perdiendo al volver a acogerlo bajo su techo, y añadió que volvería otro día a verlo para arreglarlo todo de modo que ningún acontecimiento imprevisto, incluido su propio fallecimiento, pudiera causar perjuicios al niño.

En esa reunión, el hombre le presentó a su esposa, una mujer seria, agradable y maternal que habló con mucha ternura del muchacho y que al parecer había sido muy buena con él, aunque tenía varios hijos propios. Después de un rato de charla, la mujer le dijo:

—Señora, me alegra de todo corazón que tengáis tan buenos propósitos para este pobre huérfano, y lo celebro mucho por él, pero supongo que sabéis, señora, que tiene, además, otras dos hermanas que todavía siguen con vida, ¿no os importa que os hable de ellas? Las pobres niñas no han tenido tanta suerte como él y se han visto obligadas a enfrentarse al mundo solas.

—Y ¿dónde están, señora? —dijo Amy.

—Pobres criaturas —respondió la mujer—, se dedican a servir, pero nadie conoce su paradero, es un caso terrible.

—Bueno, señora —dijo Amy—, si supiese dónde se encuentran las ayudaría, pero ahora me preocupa más mi niño, como me gusta llamarlo, y trataré de ponerlo en situación de ayudar a sus hermanas.

—Pero, señora —dijo la compasiva mujer—, es posible que no se sienta inclinado a ser tan caritativo con ellas como lo sois vos, pues los hermanos no son como los

padres, y las pobres niñas ya han sufrido bastante, aunque a menudo las hemos ayudado con ropa y comida, incluso cuando se suponía que estaban al cuidado de su malvada tía.

—Os comprendo muy bien, señora —dijo Amy—, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Por lo visto se han ido y nadie sabe dónde se encuentran. Si aparecen, ya habrá tiempo de pensar en algo.

Ella apremió a Amy a que obligase a su hermano a ayudarlas con la fortuna que sin duda acabaría teniendo.

Amy respondió con frialdad, aunque afirmó que se lo pensaría, y así puso fin a la entrevista. Después, volvieron a verse muchas veces, porque Amy fue a ver a su hijo adoptivo y se encargó de asegurar su educación, su vestido y otras cosas, pero les insistió en que no le dijese nada al joven. Sólo que el oficio que había escogido les parecía demasiado fatigoso y que habían preferido tenerlo con ellos un poco más para que tuviese ocasión de aprender uno mejor. Amy siguió presentándose como hasta entonces: como una mujer que había conocido a su madre y le tenía cierto afecto.

Así pasaron casi doce meses hasta que un día una de mis camareras, que le había pedido a Amy —ella era quien mandaba en la servidumbre y contrataba y despedía a los criados según su criterio— permiso para ir a la City a ver a unos familiares, volvió llorando amargamente y se pasó varios días muy apenada. Amy reparó en aquel exceso y temió que pudiera darle un ataque por el disgusto, así que aprovechó la primera oportunidad para interrogarla.

La camarera le contó una larga historia y le explicó que había ido a visitar a su hermano, el único hermano que tenía en el mundo, y del que sabía que había empezado a trabajar como aprendiz de..., pero una dama se había presentado en una carroza en casa de su tío..., que era quien lo había criado y le había pedido que lo quitara de aprendiz y le hiciera volver a casa, y así la pobre desdichada siguió contándole toda la historia que acabo de relatar, hasta llegar a la parte que le tocaba a ella directamente:

—¡Ay! —dijo—, yo no les había dicho dónde vivía y, según me han contado, la dama también se mostró dispuesta a ayudarme a mí igual que a mi hermano, pero nadie supo decirle dónde estaba y ahora lo he perdido todo y ya no me queda otra esperanza que seguir siendo una pobre criada toda mi vida.

Luego volvió a echarse a llorar. Amy respondió:

—¿Qué historia es ésta? ¿Quién puede ser esa dama? Sin duda se trata de una broma.

—No —replicó ella—, no es una broma, les ha hecho quitar a mi hermano de aprendiz y le ha comprado ropa nueva y lo ha puesto a estudiar, y esa mujer les aseguró también que pensaba convertirlo en su heredero.

—¡Su heredero! —exclamó Amy—, ¿y qué? Lo más probable es que no tenga

nada que dejarle.

—No, no —dijo la chica—, llegó en una lujosa carroza tirada por muchos caballos y no sé cuántos lacayos para atenderla, y llevó consigo una bolsa llena de monedas y se la dio a mi tío..., el que crió a mi hermano, para que le comprase ropa y para pagarle el alojamiento y su educación.

—¿El que crió a tu hermano? —dijo Amy—. ¿Acaso que no te crió a ti también? ¿Se puede saber quién te crió a ti entonces?

La pobre muchacha le contó una triste historia de una tía que las había criado a ella y a su hermana y las había maltratado a las dos, tal como hemos dicho antes.

Para entonces a Amy la cabeza le daba vueltas y tenía el corazón a punto de salirse del pecho. No sabía cómo actuar, pues se había convencido de que aquella no era otra que mi hija, ya que le contó toda la historia de su padre y su madre y cómo la doncella las había llevado a casa de su tía, tal como relaté al principio de mi historia.

Amy no me contó nada hasta al cabo de un tiempo y no supo muy bien qué hacer, pero, como tenía autoridad para administrar los asuntos domésticos, se las arregló para sorprender en falta poco después a la camarera y despedirla.

Sus motivos eran buenos, aunque cuando me enteré no me gustó nada, pero luego me convencí de que tenía razón, pues, si me lo hubiera contado, me habría visto dividida entre la dificultad de ocultarme de mi propia hija y la inconveniencia de que los parientes de mi primer marido supiesen de mi forma de vida, e incluso de que él mismo llegase a averiguarlo, pues Amy me confesó que lo de su muerte en París lo había inventado al verme tan poco decidida a contraer matrimonio, por si se me presentaba alguna ocasión mientras estaba en Holanda.

No obstante, y a pesar de todo lo que había hecho, seguía siendo demasiado buena madre para dejar a aquella pobre chica abandonada en el mundo mendigando por un poco de pan y trabajando como una esclava en la cocina; además se me ocurrió que podía acabar casándose con un pobre diablo, un cochero, lacayo o algo por el estilo, y echar a perder así su vida; o, lo que era peor, que se acostase con uno de ellos y quedara encinta, con lo que arruinaría su vida por completo, y aquellas aprensiones me llenaban de desasosiego a pesar de toda mi opulencia.

No podía enviar a Amy a verla, porque había trabajado en la casa y la conocía tan bien como Amy me conocía a mí, y sin duda, aunque yo estuviera fuera de su alcance, también podía haber tenido la curiosidad de espiarme y haberme visto lo bastante de cerca para reconocermé, si hubiese ido yo a hablar con ella. Así que no podía hacerse de ese modo.

Sin embargo, Amy, diligente e infatigable criatura, buscó a otra mujer y le encargó que fuese a casa de aquel buen hombre en Spitalfields, donde supuso que iría la joven después de que la despidieran, y le dijera que, igual que se habían ocupado

de su hermano, también se ocuparían de ella, por lo que no debía desanimarse. Llevó consigo veinte libras para comprarle ropa y le pidió que no volviese a servir, sino que pensase en alguna otra cosa, que buscara alojamiento en alguna casa de buena reputación y esperase a tener noticias nuestras.

La chica se alegró muchísimo al oírla, desde luego. Al principio le entraron aires de grandeza y se compró un vestido muy bonito y fue a visitar a la señora Amy, para demostrarle lo bien que le iban las cosas. Amy la felicitó y le deseó que todo le fuese tal como imaginaba, también le recomendó que no dejase que se le subiera a la cabeza y le recordó que la humildad era el mejor adorno para una dama. No pudo darle mejor consejo, aunque no le sirviera de mucho.

Eso ocurrió en los primeros años en que me instalé en la ciudad. Mientras yo celebraba los bailes y las mascaradas, Amy se ocupaba de convertir a mi hijo en un hombre de mundo, de acuerdo con los sabios consejos de mi fiel sir Robert Clayton, que le buscó un maestro, con quien luego lo enviamos a Italia, como se contará a su debido tiempo, y cuidaba también de mi hija, a través de una tercera persona.

XVIII

Mi relación con mi señor... llegaba a su fin y, a pesar de todo su dinero, lo cierto es que había durado tanto que yo estaba tan harta de él como él de mí: se volvió viejo, gruñón y quejoso, y debo añadir que al envejecer se volvió también más rijoso y libertino, y eso hacía que su vicio me resultase empalagoso y nauseabundo hasta tal punto que no sería apropiado escribirlo aquí. Tan asqueada estaba que aproveché la ocasión que me brindó uno de los imprevisibles enfados con los que me importunaba cada vez con más frecuencia para no ser tan complaciente con él como acostumbraba y, como sabía que se irritaba con facilidad, dejé que se encolerizase y luego se lo reproché, lo cual nos proporcionó una excusa para hablar del asunto. Le dije que tenía la sensación de que se había hartado de mí y él me contestó muy airado que ciertamente así era. Respondí que tenía la impresión de que mi señor trataba de conseguir que yo también me hartara, pues en los últimos tiempos había tenido que sufrir varios enfados parecidos y ya no me trataba tan bien como antes, y le rogué a mi señor que se tranquilizara. Pronuncié aquellas palabras con un aire de frialdad e indiferencia que sabía que le resultaba insoportable, pero no me enfrenté directamente con él ni le hice saber que yo también estaba harta y quería que me dejase, pues sabía que eso ocurriría tarde o temprano; además, había sido muy bueno conmigo y no quería ser yo la responsable de la ruptura, para que no pudiera decir que era desagradecida.

Sin embargo, él mismo me sirvió la ocasión en bandeja, pues no volvió a visitarme en casi dos meses. Yo contaba con que se ausentara una temporada, pues algo parecido había ocurrido ya otras veces, aunque nunca había durado más de dos o tres semanas como máximo. Pero, después de esperarlo durante un mes, mucho más de lo que habían durado hasta entonces sus ausencias, adopté una nueva estrategia, pues había decidido tomar yo la iniciativa y continuar o no con aquella relación según me conviniese. Así que me mudé a otros apartamentos junto a las graveras de Kensington, cerca de la carretera de Acton, y sólo dejé en mi antigua casa a Amy y a un lacayo, con instrucciones precisas de lo que debían hacer cuando mi señor entrara en razón y juzgase conveniente volver, como yo sabía que acabaría haciendo.

Transcurridos los dos meses, se presentó como siempre al caer la tarde. El lacayo le abrió la puerta y le informó de que su ama no estaba en casa, aunque la señora Amy estaba en el piso de arriba. En lugar de mandarla llamar, subió las escaleras y se encontró a Amy en el comedor. Le preguntó dónde estaba yo.

—Mi señora se mudó hace ya días —dijo ella— y ahora vive en Kensington.

—Y dime, Amy, ¿qué haces tú aquí?

—Pasamos aquí la mayor parte del día, porque todavía no se lo han llevado todo y para atender a quien pregunte por la señora.

—Bueno, ¿y qué vas a decirme a mí?

—Ciertamente, no tengo nada particular que decirnos, salvo, igual que a cualquier otro, dónde vive ahora mi señora, no vaya alguien a pensar que ha huido.

—No, Amy —dijo él—, no creo que haya huido, pero no puedo ir a verla tan lejos. —Amy no respondió, sino que se limitó a hacer una reverencia y a añadir que tenía entendido que yo pensaba volver dentro de poco a pasar una semana o dos en la casa—. ¿Y a qué llamas tú dentro de poco, Amy? —insistió.

—Llegará el próximo martes —respondió Amy.

—De acuerdo, pasaré entonces a verla.

Y se marchó.

Efectivamente, volví el martes y pasé allí quince días, pero él no fue a visitarme, así que regresé a Kensington y, después de eso, se acabaron las visitas de mi señor, cosa que al principio me alegró mucho y luego me alegró todavía más, y por motivos más que loables.

Y es que no sólo me había hartado de él, sino también de aquel vicio y, aunque ahora disponía de todo el tiempo del mundo para distraerme y entretenerme todo lo que pudiera desear una, descubrí que empezaba a juzgar mejor las cosas y a deleitarme de un modo más noble que hasta entonces, y eso me hizo reflexionar sobre el pasado y sobre el modo en que había vivido; y, aunque en todo eso no hubiera ni una brizna de lo que podríamos llamar religión o conciencia, y menos aún de arrepentimiento o algo parecido, el sentido de las cosas y la experiencia que tenía del mundo y de la gran variedad de lugares en los que había vivido empezaron a operar sobre mis sentidos y acabaron por conmoverme de tal modo que, una mañana en que estuve un rato despierta en la cama, me pregunté: «¿Qué motivos tengo ahora para seguir siendo una puta?». Como es natural, recordé las desdichadas circunstancias con las que el diablo me había obligado a claudicar, pues confieso que, al principio, sentí auténticos reparos a la hora de cometer aquel crimen, en parte debido a mi educación virtuosa y en parte a mi sentido de la religión, pero el diablo —y en concreto el terrible diablo de la pobreza— prevaleció; y, por si fuera poco, la persona que asedió mi virtud lo hizo de un modo tan insistente, y casi podría decir tan irresistible, como si lo hubiera inspirado el mismo espíritu maléfico, que, según creo, participa siempre en esa clase de cosas, si es que no participa en todas. Pero, como digo, fue tan insistente que (tal como conté al relatar los hechos) no pude resistirme. El caso es que el diablo utilizó aquellas circunstancias no sólo para obligarme a claudicar, sino como argumentos para atrincherar mi espíritu e impedirme cualquier reflexión, a fin de forzarme a seguir por aquel horrible camino que había emprendido, igual que si fuese lícito y honrado.

Pero de nada sirve volver sobre mis errores, todo eso no eran más que pretextos y agua pasada y lo importante era que ahora ni siquiera el demonio podía proporcionar

un argumento o razón que sirvieran como respuesta, siquiera fingida, a la pregunta: «¿Qué motivos tengo ahora para seguir siendo una puta?».

Durante un tiempo me había servido como excusa mi relación con aquel lord anciano y pervertido, pues no me parecía honorable abandonarlo, pero ¿qué podía ser más absurdo que recurrir a la palabra honor con motivos tan viles? Como si una mujer debiera prostituir su honor por motivos de honor, qué incoherencia tan horrible: lo que me exigía el honor era detestar aquel crimen y a aquel hombre, y resistir los ataques que desde el primer momento había sufrido mi virtud; y el honor, si hubiese recurrido a él, habría preservado mi honestidad desde el principio.

Pues honor y honestidad son una misma cosa.

Eso nos demuestra cuán frívolamente aceptamos falsas excusas con tal de contentarnos y acallar los remordimientos de la conciencia para poder así cometer un crimen deleitable y asegurarnos esos placeres a los que no queremos renunciar.

Pero ya no me servía ese subterfugio, pues en cierto sentido mi señor había faltado a su compromiso (no volveré a hablar de honor) conmigo y me había desatendido de tal modo que justificaba plenamente que yo lo dejara; y, una vez salvada esa objeción, la pregunta «¿Qué motivos tengo ahora para seguir siendo una puta?» seguía sin respuesta. Ni siquiera en mi fuero interno podía excusarme: por muy pervertida que estuviese, no podía responder, sin sonrojarme, que lo hacía simplemente por amor al vicio y porque me gustaba ser una prostituta. Era incapaz de reconocer que fuese tan disoluta, pese a ser cierto. Pero, igual que al principio la necesidad me había obligado a ser una puta, la avaricia, la concupiscencia y el exceso de vanidad me habían empujado a reincidir en el crimen, y había sido incapaz de resistirme a los halagos de los grandes personajes, a que me considerasen la mujer más bella de Francia y a las atenciones de un príncipe e incluso (hasta esos extremos llegaron mi orgullo y mi locura, aunque no tuviese ninguna prueba) de un gran monarca. Con esa carnaza y esas cadenas me encadenó el demonio, de modo que no pudiese recurrir para librarme a la escasa razón que me quedaba.

Pero eso era agua pasada. Ya no era una cuestión de avaricia. Tenía al menos cincuenta mil libras, y lo que es más: las rentas de esas cincuenta mil, que me suponían unos ingresos de dos mil quinientas libras anuales gracias a una hipoteca garantizada, aparte de otras tres o cuatro mil libras en metálico que guardaba siempre en la casa, y joyas, plata y otros bienes por valor de casi cinco mil libras más, por lo que estaba a salvo de los golpes del destino y muy alejada de la pobreza, o del peligro de volver a caer en ella. Todo lo cual no hacía sino añadir peso a la pregunta que, por muchas vueltas que le diera, no dejaba de resonar en mi cabeza: y ahora ¿qué? ¿Qué motivos tengo ahora para seguir siendo una puta?

Lo cierto es que, pese a que no lograba apartar aquello de mi pensamiento, no causó en mí el efecto que podría esperarse de una reflexión de carácter tan grave y trascendental. Aunque no dejó de tener pequeñas consecuencias que me ayudaron a dar un pequeño giro a mi vida, como se dirá en su momento.

No obstante, se produjo otro suceso que me causó cierta intranquilidad en esa época y desencadenó los acontecimientos que me dispongo a relatar ahora. Ya he hablado en alguna de mis digresiones del interés que me tomé por averiguar cómo estaban mis hijos y del modo en que había resuelto aquel asunto. Conviene que vuelva ahora sobre eso, a fin de enlazar así las diversas partes de mi historia.

Como he contado ya, mi hijo, el único que me quedaba al que siguiera teniendo el derecho legal de llamar hijo, había dejado su colocación de aprendiz para recibir otra educación muy diferente y, aunque eso redundó claramente en su beneficio, retrasó en tres años la edad de su emancipación, pues llevaba casi un año trabajando en su anterior empleo y tardó otros dos en formarse para el oficio al que yo le había dado esperanzas de acceder, de modo que no estuvo preparado hasta cumplir los diecinueve o veinte años, momento en que lo coloqué con un próspero mercader italiano, que decidió enviarlo a Messina, en la isla de Sicilia. Poco después, recibí cartas suyas —o, mejor dicho, las recibió Amy— en las que le explicaba que había terminado su aprendizaje y que le había surgido la oportunidad de colocarse en condiciones muy favorables en una casa comercial inglesa, siempre y cuando pudiera contar con el apoyo que se le había prometido; le rogaba que diese orden de hacer por él todo lo posible para facilitar su progreso y añadía que los demás detalles los tenía su maestro, el mercader londinense con quien había trabajado de aprendiz aquellos dos años, y que, por abreviar la historia, proporcionó unos informes tan satisfactorios de él a mi fiel consejero, sir Robert Clayton, que no reparé en pagarle cuatro mil libras, mil más de lo que pedía, o más bien sugería, para animarlo a abrirse camino en el mundo en mejores condiciones de lo que esperaba.

Su maestro le remitió puntualmente el dinero y, al descubrir por sir Robert Clayton que el joven caballero, pues así lo llamó, contaba con tan buen respaldo, escribió varias cartas por su cuenta que le proporcionaron crédito en Messina por el mismo valor que el dinero que yo le había enviado.

Nada me disgustaba más que tener que ocultarme de mi propio hijo y dejar que creyera que todos mis favores procedían de una desconocida, pero no tenía valor para revelarle qué clase de madre tenía y la vida que había llevado, para que no se viese obligado por un lado a sentirse infinitamente agradecido y por el otro, si es que era un hombre virtuoso, a odiar a su madre y a abominar del modo de vida mediante el que había ganado todo el dinero del que ahora disfrutaba.

Por esa razón he sacado ahora a colación a mi hijo, que por lo demás nada tiene que ver con mi historia, porque me hizo concebir la idea de romper con la vida que

había llevado hasta entonces, para que a mi propio hijo, cuando volviera a Inglaterra convertido en un próspero comerciante, no le diera vergüenza reconocerme.

Quedaba todavía otra dificultad que me oprimía aún más, y era el problema de mi hija, a quien ya he contado que había podido ayudar a través de una persona interpuesta contratada por Amy. Como se ha dicho, se le dieron instrucciones para que comprara ropa elegante, buscara unas habitaciones, contratase a una doncella y adquiriese cierta educación, es decir, que aprendiera a bailar y a comportarse como una señora, con la esperanza de ver compensadas un día todas sus amarguras. Tan sólo se le insistió en que no se dejase arrastrar al matrimonio hasta que no dispusiera de una fortuna capaz de facilitarle una existencia acorde, no con lo que había sido, sino con lo que había de ser.

La muchacha era demasiado consciente de cuáles eran sus circunstancias para no cumplir en lo posible con todas esas condiciones y, de hecho, también era lo bastante lista para comprender hasta qué punto eso era lo que más le convenía.

Poco después, muy bien vestida y arreglada, según nuestras instrucciones, fue a visitar, tal como se ha contado más arriba, a Amy para contarle la historia de su buena suerte. Amy fingió sorprenderse de semejante cambio y se alegró mucho por ella, la trató muy bien, la recibió con amabilidad y, cuando iba a marcharse, fingió pedirme permiso y le prestó mi carroza. En suma, averiguó por ella misma dónde vivía, en una calle de la City, y prometió devolverle la visita, cosa que hizo poco después y, en una palabra, Amy y Susan (pues se llamaba igual que yo) acabaron haciéndose amigas íntimas.

Que hubiese trabajado como criada en mi propia casa era un obstáculo considerable en el camino de la pobre chica y, de lo contrario, no me habría resistido a descubrirme. Pero nunca habría permitido que mis hijos supieran a qué clase de criatura debían su existencia, ni les habría dado ocasión de reprocharle a su madre la vida escandalosa que había llevado, y menos aún de que justificaran con mi ejemplo un comportamiento parecido.

Lo mismo debe de sucederles sin duda a todos los padres, que, gracias a sus hijos, se apartan del mal camino cuando el sentido de un poder superior no ejerce sobre ellos esa influencia, pero ya hablaré de eso más tarde.

No obstante, se produjo una circunstancia favorable en el caso de la pobre muchacha, que favoreció que nuestro reencuentro se produjese antes de lo previsible. Después de que ella y Amy se hiciesen amigas y hubiesen intercambiado algunas visitas, la chica, que era ya toda una mujer, le habló con franqueza de las cosas que le habían ocurrido cuando trabajaba como criada en nuestra casa, y le contó con cierta extrañeza que nunca había llegado a ver a su señora:

—Es muy raro que, a pesar de haber vivido dos años en esa casa, nunca llegase a ver a mi señora, salvo la noche en que bailó disfrazada de turca, y entonces iba tan

disfrazada que no podría reconocerla.

Amy se alegró de oírlo, pero como siempre había sido una mujer muy astuta no mordió el anzuelo y no insistió más en el asunto, aunque luego me lo contó y debo admitir que me llevé una alegría al pensar que no me conocía y que, gracias a eso, podría darme a conocer cuando las circunstancias lo permitiesen y presentarme como una madre de la que no tuviera que avergonzarse.

El miedo a que pudiera descubrirme me había inspirado reflexiones muy amargas y me había hecho plantearme la pregunta de la que he hablado antes, y eso me resultaba tan penoso que me alegró mucho saber que la chica no me había visto nunca y por tanto no me reconocería si alguien le decía quién era.

La siguiente vez que pasó a visitar a Amy, quise ponerla a prueba y entrar en la habitación para ver si me reconocía o no, pero Amy me lo quitó de la cabeza, pues no podíamos estar seguras de que fuera a ser capaz de contenerme sin darme a conocer, y decidimos dejarlo para mejor ocasión.

Pero ambas circunstancias —y ésa es la razón de sacarlas ahora a relucir— me hicieron pensar en cómo había vivido hasta entonces y me empujaron a tomar la decisión de cambiar de vida para no volver a ser jamás motivo de escándalo para mi propia familia ni temer darme a conocer a unos hijos que, al fin y al cabo, eran de mi sangre.

Había otra hija de la que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, no pudimos averiguar nada hasta varios años después de encontrar a la primera. Pero vuelvo a mi propia historia.

XIX

Ahora que había dejado mis antiguos apartamentos, parecía estar en el buen camino de abandonar también a mis viejas amistades y, en consecuencia, también el vil comercio al que tanto tiempo había estado dedicada, por lo que, por así decirlo, la puerta de mi reforma parecía abierta y no tenía más que cruzarla. Sin embargo, algunos de aquellos a quienes había considerado mis amigos, preguntaron por mí y fueron a visitarme a Kensington, y con mucha más frecuencia de la que yo hubiera deseado; pero, una vez supieron dónde vivía, no hubo manera de evitarlo, a menos que hubiese corrido el riesgo de ofenderlos al rechazarlos a todos de plano; sin embargo, mi resolución no era tan firme como para ir tan lejos.

Lo bueno fue que mi viejo y libertino enamorado, a quien ahora odiaba de todo corazón, me dejó para siempre. Un día se presentó a visitarme, pero yo le pedí a Amy que le dijese que no estaba en casa y que había salido. Ella lo hizo de un modo tan falso que, antes de irse, mi señor le dijo con mucha frialdad:

—Vaya, vaya, Amy, de modo que tu señora no quiere recibirme; dile que no la molestaré nunca más —y repitió las palabras «nunca más» dos o tres veces mientras se marchaba.

Al principio me sentí un poco culpable, pues siempre me había colmado de atenciones, pero, como he contado, estaba harta de él, debido a ciertas cosas que, si pudiera publicarlas, justificarían plenamente mi conducta, pero esa parte de la historia no se puede relatar aquí, por lo que es mejor olvidarla y seguir adelante.

Tal como llevo dicho, había empezado a reflexionar sobre mi forma de vida y a considerar la posibilidad de cambiarla, y nada me animaba más a hacerlo que el hecho de tener tres hijos adultos y no poder hablar con ellos ni darme a conocer. Eso me preocupaba tanto que por fin decidí contárselo a Amy.

Ya he dicho antes que nos habíamos mudado a Kensington y que, aunque había roto con el viejo y perverso lord, seguí recibiendo las visitas de otros; así, empecé a ser conocida en la ciudad, no sólo de nombre, sino por mi reputación, lo que era mucho peor. Una mañana en que Amy estaba conmigo en la cama yo empecé a darle vueltas a esos negros pensamientos y ella me oyó suspirar tantas veces que me preguntó si no me encontraba bien.

—Sí, Amy, estoy bien —respondí—, pero hace tiempo que me agobian ciertas reflexiones un tanto sombrías —y le conté lo mucho que me dolía no poder darme a conocer a mis propios hijos o tener amistades honradas.

—Y ¿por qué os angustia tanto, señora? —preguntó Amy.

—Vamos, Amy, ¿qué dirían mis hijos si descubriesen que su madre, por muy rica que sea, no es más que una puta vulgar y corriente? En cuanto a las amistades, dime, Amy, ¿qué dama virtuosa o familia de renombre querría visitar o relacionarse con una

prostituta?

—No os falta razón, señora —dijo Amy—, pero eso ya no tiene remedio.

—Es cierto, Amy —repliqué—, que ya no tiene remedio, pero al menos podríamos romper con esta vida escandalosa.

—La verdad, señora —respondió Amy—, es que no sé cómo vais a hacerlo, a menos que volvamos a abandonar el país y nos instalemos en algún lugar donde nadie nos conozca ni nos haya visto antes.

Esas palabras de Amy me dieron una idea y repuse:

—Bueno, Amy, ¿y no podría mudarme a otra parte de la ciudad o del país y vivir apartada de todo, como si nadie me conociera?

—Sí —dijo Amy—, creo que sí, pero tendríais que renunciar a todo vuestro séquito, criados, carruajes y caballos, cambiar vuestra librea, es más, vuestros vestidos y, de ser posible, vuestro mismo rostro.

—De acuerdo —respondí—, si es preciso hacerlo, lo haremos, pues ya no puedo seguir con esta vida. —Amy se tomó el proyecto con su alegría característica, es decir, con un ímpetu irresistible, pues era muy decidida y quiso ponerlo en práctica cuanto antes—. De acuerdo, Amy —dije—, nos iremos lo antes posible, ¿pero cómo lo hacemos? No podemos despedir a los criados y deshacernos sin más de los carruajes y los caballos, ni cerrar la casa y adoptar un nuevo aspecto en un instante. Es preciso advertir a los criados y vender los muebles y un sinfín de cosas más.

Eso nos dejó tan confundidas que estuvimos dos o tres días considerándolo.

Por fin, Amy, a quien se le daban muy bien estos asuntos, dio con una solución.

—Ya está, señora —dijo—, he encontrado un modo para que, si así lo deseáis, podáis cambiar vuestro aspecto y vuestras circunstancias en un solo día y paséis a ser tan desconocida en veinticuatro horas como si hubieran transcurrido muchos años.

—Vamos, Amy —repliqué—, suéltalo ya, que me tienes sobre ascuas.

—Pues bien —respondió Amy—, dejad que vaya a la City esta tarde y alquile en vuestro nombre unas habitaciones en la casa de alguna familia seria y honrada para una dama de provincias que desea pasar en Londres cerca de medio año y donde os alojaréis con una dama de compañía, mitad sirvienta, mitad amiga, es decir, yo, y permitid que les pague un mes por adelantado.

»Si encuentro alguna casa que sea de vuestro gusto, podéis mudaros allí conmigo mañana por la mañana en un coche de punto y llevar con vos los vestidos y la ropa de cama que mejor os parezca, aunque es mejor que sean los más sencillos que tengáis. Una vez hecho eso, ya no tendréis que volver a poner el pie en esta casa ni que ver a nadie más. Les diré a los criados que os habéis visto obligada a partir para Holanda a causa de un asunto imprevisto, y que no tenéis más remedio que despedir a vuestro séquito; les avisaré con antelación o, si lo aceptan, les pagaré el salario de un mes. Luego, venderé vuestros muebles lo mejor que pueda. En cuanto a la carroza,

mandaré que la pinten y le pongan tapicería nueva, cambiaré los arneses y el asiento del cochero y de ese modo podréis quedárosla o venderla, como mejor os plazca. Con tal de que vuestro alojamiento esté en algún lugar apartado de la ciudad, pasaréis tan desapercibida como si no hubieseis pisado Inglaterra en toda vuestra vida.

He aquí el plan de Amy, y tanto me complació que decidí no sólo ponerlo en práctica, sino acompañarla yo misma a buscar casa, pero ella me disuadió alegando que, si iba sola, podría ir de aquí para allá, mientras que, si la acompañaba, no sería más que un estorbo.

En una palabra, Amy se marchó y pasó fuera cinco horas. Cuando volvió, noté por su expresión que sus esfuerzos habían valido la pena, pues llegó risueña y jadeando.

—¡Oh!, señora —dijo—, no podría ser más de vuestro gusto.

Y me contó que había alquilado habitaciones en una casa que había encontrado por casualidad en un patio de las Minorities^[25], y en la que no vivía ningún hombre, porque el marido había emigrado a Nueva Inglaterra. La mujer tenía cuatro hijas y dos sirvientas, y vivía bien, pero necesitaba compañía, motivo por el cual había accedido a alojar a sus dos huéspedes.

Amy aceptó pagar un alquiler algo elevado porque quería que me trataran bien y acordó que pagaríamos treinta y cinco libras por seis meses, y cincuenta, si empleábamos los servicios de la criada. Podíamos estar seguras de que todo el mundo sería de lo más circunspecto, pues se trataba de una familia de cuáqueros, cosa que me alegró mucho.

Estaba tan contenta que decidí acompañar a Amy al día siguiente a ver mis habitaciones y conocer a la señora de la casa y asegurarme así de que ambas me convenían; pero, si el conjunto me había resultado tentador, los detalles todavía me gustaron más, pues la amable señora (debo llamarla así, aunque fuese cuáquera) era una persona correcta, amable y cortés, muy bien educada y muy simpática, y, en una palabra, su conversación era tan entretenida, tan seria y, al mismo tiempo, tan alegre y divertida que apenas puedo expresar con palabras lo mucho que me agradó y deleitó su compañía. El caso es que decidí quedarme y me instalé allí esa misma noche.

Sin embargo, aunque a Amy le costó casi un mes guardar las apariencias y vender las cosas tal como se ha dicho antes, yo no necesitaré tanto y bastará con decir que Amy rompió mis lazos con todo aquello y se presentó con armas y bagajes en nuestra nueva casa.

Ahora vivía totalmente retirada, lejos de todas las miradas de quienes me habían conocido y corría tanto riesgo de encontrarme con alguno de mis antiguos conocidos como si estuviera en las montañas de Lancashire, pues, ¿cómo iba a pasar una jarretera azul, o un coche de seis caballos por un estrecho pasaje de las Minorities o de

Goodman's Fields? Y, como no corría peligro de encontrármelos, tampoco tenía el menor deseo de volver a verlos en lo que me quedaba de vida.

Al principio, entre todas las idas y venidas de Amy, estuve un poco más preocupada, pero, cuando todo estuvo dispuesto, pudimos llevar una existencia totalmente apartada con aquella dama, tan encantadora y tan educada —pese a ser cuáquera— que lo mismo podría haber sido una duquesa, pues tenía en suma, tal como he contado, una conversación muy agradable.

Después de llevar allí un tiempo, fingí interesarme por el vestido de los cuáqueros, y eso le complació tanto que quiso vestirme con su ropa, aunque mi verdadero designio era comprobar si podría servirme como disfraz.

A Amy le impresionó la novedad y, aunque yo no le había revelado mis intenciones, en cuanto la cuáquera salió de la habitación, me dijo:

—Adivino lo que estáis pensando, es un disfraz perfecto, parecéis otra persona. Yo misma no os habría reconocido. Es más —añadió Amy—, os hace parecer diez años más joven.

Nada podría haberme dejado más satisfecha y, cuando Amy me dijo aquellas palabras, me alegré tanto que le pregunté a la cuáquera (no quiero llamarla casera, pues sin duda es una palabra demasiado grosera para ella y se merece otra mucho mejor) si no estaría dispuesta a venderme su ropa. Le dije que me había gustado tanto que le pagaría suficiente para que pudiera comprarse otro vestido mejor; al principio, ella declinó, pero enseguida noté que lo hacía por delicadeza, para que yo no tuviese que rebajarme a vestir su ropa vieja. Y por fin se ofreció acompañarme a comprar un vestido nuevo que fuese más apropiado para mí.

Yo siempre le había hablado con suma franqueza y le pedí que hiciera lo mismo conmigo. Le expliqué que no tenía reparos de esa clase y que, si accedía a vendérmela, se la pagaría bien, así que me dijo lo que le había costado y, para compensarla, le di tres guineas más de lo que había pagado.

Aquella amable (aunque desdichada) cuáquera tenía la desgracia de haberse casado con un mal marido que la había abandonado para ir al otro lado del mar. Poseía una buena casa muy bien amueblada y unas rentas de las que vivían ella y sus hijas, por lo que no pasaba necesidad. No obstante, agradecía la ayuda que suponía tenerme como huésped, y estaba tan contenta conmigo como yo con ella.

De todos modos, pensé que lo mejor que podía hacer era asegurarme su amistad y empecé a hacerles regalos tanto a ella como a sus hijas. Así, un día en que estaba deshaciendo el equipaje, la oí en la habitación de al lado y la llamé de forma familiar, le mostré mis vestidos y, como tenía entre mis cosas una holanda muy fina, que había comprado hacía poco a casi nueve chelines el codo, la saqué y le dije:

—Tened, amiga mía, voy a haceros un regalo, si es que me hacéis el honor de aceptarlo.

Y le puse la holandita en el regazo.

Noté que se sorprendía mucho y que apenas sabía qué decir.

—¿Qué quieres decir? —dijo—. No osaría aceptar un regalo tan elegante. Es demasiado para mí.

Pensé que se refería a que no podía vestirlo por ser cuáquera, así que le pregunté:

—¿Acaso los cuáqueros no pueden vestir ropa fina?

—Sí —respondió—, claro que sí, siempre que podemos permitirnoslo, pero esto es demasiado bueno para mí.

El caso es que la obligué a aceptarlo y me quedó muy agradecida. De ese modo, conseguí que estuviera en deuda conmigo y logré salirme con la mía, pues nada me hacía más falta que una mujer sensata y honrada en quien pudiera confiar.

A fuerza de tratarla, llegué a acostumbrarme no sólo a vestir como una cuáquera, sino a emplear el tuteo como hacen ellos y acabé hablando con tanta naturalidad como si hubiese nacido cuáquera y, en una palabra, pasaba por serlo entre quienes no me conocían. Salía muy poco, pero estaba tan acostumbrada a viajar en carroza que no sabía pasarme sin una y, además, pensé que aquél sería otro modo de ocultarme, así que un día le dije a mi amiga la cuáquera que, en mi opinión, vivíamos demasiado encerradas y que me hacía falta un poco de aire. Ella propuso que diésemos de vez en cuando un paseo en coche de punto o en bote, pero yo le respondí que siempre había tenido carroza propia y que ahora me habían entrado ganas de volver a tener una.

Al principio, le pareció raro teniendo en cuenta lo retirada que yo vivía, pero cuando comprobó que no me importaba hacer aquel gasto, no se opuso lo más mínimo, así que decidí comprar un carruaje. Me recomendó que fuese lo más austero posible y yo estuve de acuerdo con ella, así que mandó llamar a un fabricante de carros que me proporcionó un vehículo muy sencillo, sin dorados ni pintura, tapizado de tela gris, y un cochero vestido del mismo modo y sin puntillas en el sombrero.

Cuando estuvo dispuesto, me puse el vestido que me había vendido y le dije:

—Vamos, hoy yo también seré cuáquera y las dos iremos a dar un paseo.

Así lo hicimos y no hubo un solo cuáquero en toda la ciudad que pareciese más auténtico que yo misma. Aunque todo formaba parte de mi plan para ocultarme y asegurarme de que nadie me conociera, sin necesidad de tener que pasarme la vida confinada como una prisionera y estar siempre asustada de que pudiesen reconocerme, lo demás era puro fingimiento.

XX

Llevábamos una existencia muy tranquila y sosegada, y sin embargo no puedo decir que disfrutase de paz de espíritu. Me sentía como pez fuera del agua, seguía siendo tan joven y alegre de corazón como si tuviese veinticinco años y estaba tan acostumbrada a que me cortejasen y adularan que ahora lo echaba de menos, y eso me hacía recordar muy a menudo mi vida pasada.

Había muy pocos momentos de mi existencia que, al recordarlos, me inspirasen otra cosa que remordimiento, pero, de todos los actos insensatos que había cometido, ninguno me parecía tan absurdo e irreflexivo, ni me llenaba tanto de melancolía, como el haberme separado de mi amigo el mercader de París, y el haber rechazado las condiciones honrosas y favorables que me había ofrecido. Y, aunque lo había visto con malos ojos después de que despreciara con razón mi invitación de volver a verme, no podía quitármelo de la cabeza y pensaba constantemente en lo ridícula que había sido mi conducta al rechazarlo. Me halagaba a mí misma pensando que, si algún día volvíamos a vernos, podría volver a dominarlo y olvidaría todo lo sucedido, pero, como era imposible imaginar semejante reencuentro, procuraba desechar esas ideas siempre que podía.

No obstante, siguieron asediándome los remordimientos, y el recuerdo de alguien a quien había olvidado hacía más de once años me impedía dormir tanto de noche como de día. Se lo conté a Amy y nos pasamos muchas noches hablando de eso en la cama. Por fin, a Amy se le ocurrió una idea un tanto descabellada.

Ya que estáis tan intranquila, señora —dijo—, por culpa de ese señor..., el mercader de París, si me lo permitís, iré a ver qué ha sido de él.

—Ni por diez mil libras —respondí yo—, ni aunque te lo encontrases por la calle, querría que le hablastes en mi nombre.

—No —dijo Amy—, jamás se me ocurriría hablarle y, si lo hiciera, os aseguro que no sería de vuestra parte. Sólo le preguntaría cómo le iban las cosas, y de ese modo, si sigue con vida, tendríais noticias suyas y al menos sabríais a qué ateneros.

—Bueno —respondí—, si me prometieses no hablarle de mí, ni dirigirle la palabra a menos que él te hablase a ti primero, a lo mejor me dejaría convencer y podría permitirte que lo intentaras.

Amy me prometió todo lo que quise y, por abreviar la historia en lo posible, la dejé partir, aunque tan atada de pies y manos por mis recomendaciones que era casi imposible que su viaje sirviese de nada. Y, si hubiese pensado en cumplirlas todas, mas le habría valido quedarse en casa, pues le pedí que, en caso de que llegara a verlo, no diese muestras de reconocerlo, y que, si le dirigía la palabra, le respondiese que hacía muchos años que me había dejado y no sabía qué se había hecho de mí, que ella había vuelto a Francia hacía seis años y se había casado y vivía en Calais, o algo

por el estilo.

En realidad, Amy no se comprometió a hacerlo, pues, tal como ella misma dijo, era imposible decidir lo que convendría o no hacer hasta que estuviese allí y encontrase al caballero en cuestión o tuviese noticias suyas, aunque me aseguró que, llegado el caso, podía confiar en que no haría nada que no favoreciese mi propio interés, y que esperaba que con eso me diese por satisfecha.

Con esa embajada, Amy, a pesar del terror que le inspiraba el mar, volvió a embarcarse y partió a Francia. Tenía cuatro encargos que cumplir en mi nombre, y luego me confesó que también tenía otro que le concernía sólo a ella. Y digo cuatro, porque, aunque su misión principal era averiguar lo que pudiera del mercader holandés, también le encargué que preguntase por mi marido, a quien había dejado como soldado de caballería en los gendarmes; por aquel judío malvado, cuyo nombre tanto aborrecía y de cuyo rostro tenía un recuerdo tan horrible que ni el propio Satanás podría parecer más abominable; y, por fin, por mi príncipe extranjero. Y lo cierto es que los cumplió todos a la perfección, aunque el resultado no fuese del todo de mi agrado.

Amy tuvo muy buena travesía y, a los tres días de su partida de Londres, recibí una carta suya desde Calais. Cuando llegó a París, me escribió un informe respecto a su primera investigación, la más importante, la del mercader holandés: por lo visto, había regresado a París, había vivido allí tres años y luego había dejado la ciudad para instalarse en Rouen. Así que Amy decidió viajar allí.

Pero, cuando estaba apalabrando una plaza en la diligencia de Rouen, se encontró casualmente con su caballero, como yo lo llamo, es decir, con el mayordomo del príncipe de..., el hombre a quien, como se recordará, había concedido a menudo sus favores.

Sin duda, ocurrieron muchas cosas entre ellos dos, como se verá más tarde. Pero lo más importante fue, en primer lugar, que Amy le preguntó por su señor, y él le dio un informe completo y, en segundo, que, cuando le explicó adónde iba y para qué, el mayordomo le pidió que no se fuese todavía, pues al día siguiente podría darle noticias suyas a través de un mercader que lo conocía y, tal como le había prometido, a la mañana siguiente le informó de que el caballero holandés hacía seis años que se había trasladado a Holanda y de que aún seguía viviendo allí.

Ésas, digo, fueron las primeras novedades que tuve de mi mercader por medio de Amy, quien entretanto se dedicó a preguntar por todas las demás personas que le había encargado. En lo que respecta a mi príncipe, el mayordomo le contó que se había ido a vivir a Alemania, donde tenía sus tierras, y que ahora residía allí; que me había mandado buscar y él había preguntado por todas partes, pero no había podido encontrarme; estaba convencido de que, si su señor hubiese sabido que estaba en Inglaterra, habría ido a buscarme, pero, después de mucho intentarlo se había dado

por vencido, aunque estaba seguro de que, de haber dado con mi paradero, se habría casado conmigo, y también de que estaba muy preocupado de no tener noticias mías.

El informe de Amy no acabó de satisfacerme y le ordené que viajara a Rouen en persona, cosa que hizo. Con grandes dificultades (pues la persona a quien debía preguntar había muerto) pudo enterarse de que mi mercader había vivido allí poco más de dos años y, después de sufrir un grave contratiempo en los negocios, había vuelto a Holanda, tal como le había informado el mercader francés, y había pasado allí otros dos años. Lo que no le había dicho es que después había vuelto a trasladarse a Rouen, donde gozaba de una excelente reputación, y había pasado allí otro año, para luego trasladarse a Inglaterra, e instalarse en Londres, donde vivía ahora. Pero, por mucho que se esforzó, Amy no pudo averiguar sus señas, hasta que, por pura casualidad, se las dio un viejo capitán de barco que había trabajado para él en Rouen. Según le dijo, residía en Laurence Pountney Lane, pero podía vérselo a diario en la Bolsa y en el Camino Francés.

Amy pensó que tendría tiempo sobrado de explicármelo todo a su regreso, pues no dio con el capitán holandés hasta pasados cuatro o cinco meses, así que volvió a París y luego a Rouen en busca de información, pero entretanto me escribió desde París, contándome que no había forma de encontrarlo, que llevaba fuera de la ciudad siete u ocho años, que le habían dicho que había vivido en Rouen y que, justo cuando se disponía a viajar allí, para ver qué podía averiguar, se enteró de que se había trasladado a Holanda, por lo que finalmente no había ido.

Ése, como digo, fue el primer informe de Amy y, como no me satisfizo, le encargué que viajara a Rouen a seguir con sus averiguaciones, tal como se ha visto más arriba.

Mientras ocurría todo esto y recibía los sucesivos informes de Amy, me ocurrió una extraña aventura que debo narrar aquí. Había salido a tomar el aire, como de costumbre, con mi amiga cuáquera, y casi habíamos llegado a Epping Forrest, e íbamos de vuelta hacia Londres cuando, en la carretera entre Bow y Mile End, nos adelantaron dos señores a caballo.

No cabalgaban deprisa, pero aun así nos adelantaron porque nosotras íbamos muy despacio, ni tampoco miraron hacia nuestro carruaje, sino que cabalgaron junto a él hablando muy serios y con la cabeza ligeramente ladeada; el que pasó más cerca del carruaje miraba hacia el otro lado y el otro llevaba el rostro vuelto hacia nosotras. Al pasar oí que hablaban en holandés, y sería imposible describir la confusión que sentí cuando vi con total claridad que el que iba más lejos, el que miraba hacia el carruaje, era mi amigo, el mercader holandés a quien había conocido en París.

Si hubiese podido ocultarle mi azoramiento a mi amiga la cuáquera, lo habría hecho, pero descubrí que estaba demasiado avezada en estas cuestiones para no darse cuenta.

—¿Entiendes el holandés? —preguntó.

—¿Por qué? —respondí.

—¿Por qué? —repitió ella—. Es fácil deducir que te ha puesto nerviosa algo que han dicho esos dos caballeros, tal vez estén hablando de ti.

—No, querida amiga —dije—, te equivocas, he entendido muy bien de lo que hablaban, pero se trataba de barcos y asuntos comerciales.

—En ese caso —insistió—, uno de ellos debe de ser amigo tuyo, o algo parecido, pues aunque tu lengua no lo confiese, tu rostro ya lo ha hecho.

Iba a contarle una mentira y a responderle que no los conocía de nada, pero comprendí que era imposible ocultárselo, así que le dije:

—De hecho, me ha parecido reconocer al que cabalgaba más alejado, pero no he hablado con él ni lo he visto en más de once años.

—Pues debiste de conocerlo muy bien, o de lo contrario no te habrías sorprendido tanto al verlo.

—Es cierto que me ha sorprendido verlo, pues lo hacía en otra parte del mundo, y puedo asegurarte que nunca lo había visto en Inglaterra.

—Entonces es más que probable que haya venido a buscarte.

—No, no, hace mucho que pasaron los tiempos de la caballería andante. Las mujeres ahora son mucho más fáciles de conseguir y los hombres ya no tienen necesidad de viajar de un reino a otro en su busca.

—Claro, claro —replicó—, pero me habría gustado ver lo que habría pasado si él te hubiese visto con tanta claridad como tú a él.

—No lo hará —dije yo—, pues estoy segura de que jamás me reconocería con este vestido y, si puedo, procuraré que tampoco pueda verme la cara.

Me puse el abanico delante de los ojos y ella me vio tan convencida que no insistió más.

Seguimos hablando del asunto y le insistí en que estaba decidida a no dejar que me reconociera, aunque acabé por confesarle que, a pesar de que no quería que él supiese quién era o dónde vivía, no me importaría saber dónde vivía y cómo podría localizarle. Ella tomó nota enseguida y, como su sirvienta iba detrás del carruaje, lo llamó y le pidió que no le quitara la vista de encima a aquel caballero, y que, en cuanto llegásemos al final de Whitechapel, se apeara y lo siguiera de cerca, hasta averiguar dónde guardaba su caballo, y luego que entrase en la posada y preguntase, si podía, quién era y dónde vivía.

El hombre le siguió diligentemente hasta la puerta de una posada en Bishopsgate Street y, al verlo entrar, creyó haber logrado su objetivo, pero se equivocó, pues luego descubrió que la posada era un pasaje que conducía a otra calle, y que los dos caballeros habían cruzado la posada camino de la calle a la que se dirigían, de modo que volvió sin haber averiguado nada.

Mi amable cuáquera se enfadó y decepcionó más que yo, al menos en apariencia, y le preguntó al hombre si podría recordar a aquellos caballeros en caso de volver a verlos. El criado afirmó que lo había seguido tan de cerca, y se había fijado tanto en él, a fin de cumplir lo mejor posible con su encargo, que estaba seguro de reconocerlo, y que, en todo caso, estaba seguro de reconocer su caballo.

Esa parte era la más creíble, y la buena cuáquera sin decirme nada, le ordenó a su criado que se apostara todos los sábados por la tarde en la esquina del muro de la iglesia de Whitechapel, por ser ése el día en que los ciudadanos salían a pasear por el campo, y esperara a encontrárselo allí.

Pasaron cinco sábados antes de que el criado volviera muy contento y le informara de que había descubierto al caballero en cuestión, que era holandés, aunque se hubiese afincado en Francia como mercader, procedía de Rouen y se llamaba... y vivía en casa del señor..., en Laurence Pountney Hill. Desde luego, me llevé una buena sorpresa cuando mi amiga se presentó una tarde y me dio todos los detalles, excepto lo de que había puesto a vigilar a su criado.

—He encontrado a tu amigo holandés —afirmó—, y también he averiguado dónde vive.

Yo volví a sonrojarme hasta la raíz del cabello.

—Pues eso es que has pactado con el diablo, amiga mía —le dije muy seria.

—No, no —replicó—, no sé nada de demonios, pero te repito que lo he encontrado.

Y añadió que se llamaba así y así y que vivía donde se ha dicho más arriba.

Yo volví a sorprenderme, pues no acerté a imaginar cómo había averiguado todo eso.

—En fin —dije—, agradezco mucho tu amabilidad, pero no valía la pena tomarse tantas molestias, pues, ahora que lo sé, sólo servirá para satisfacer mi curiosidad y por nada en el mundo le mandaré llamar.

—Como quieras —respondió ella—, estás en tu derecho de no contármelo, si no quieres. ¿Por qué ibas a fiarte de mí? Aunque, si lo hicieras, te aseguro que no te traicionaría.

—Eres muy amable —dije—, y te creo, puedes confiar en que, si alguna vez llevo a querer verle, serás la primera en saberlo y te lo contaré todo.

Durante aquel intervalo de cinco semanas, me había enfrentado a cien mil perplejidades, estaba totalmente convencida de no haberme equivocado de persona, pues lo conocía muy bien y lo había visto con tanta claridad que no había equivocación posible. Había salido en el carruaje casi a diario (aprovechando la excusa de tomar un poco el aire) con la esperanza de volver a encontrármelo, pero no tuve la suerte de volver a verlo y, ahora que por fin había dado con él, seguía sin saber qué hacer igual que al principio.

Estaba decidida a dejarme matar antes que escribirle o hablarle si me lo encontraba; hacerle seguir aún me apetecía menos, así que, en una palabra, no tenía ni idea de qué hacer ni de cómo hacerlo.

Por fin llegó la carta de Amy, con el último informe que había conseguido en Rouen gracias al capitán holandés, que confirmaba lo que yo ya sabía y terminó de sacarme de dudas de que no estaba equivocada. Pero, aun así, no había modo humano de obligarme a hablar con él, pues, al fin y al cabo, ¿qué sabía yo de sus circunstancias? ¿Cómo saber si seguía soltero o se había casado? Y si tenía una mujer, yo sabía muy bien que era demasiado decente para dirigirme la palabra, o siquiera reconocirme, si me veía por la calle.

En segundo lugar, como me había ignorado por completo, lo que, en una palabra, es el peor modo de desdeñar a una mujer, y no había respondido a mis cartas, yo no sabía si seguiría siendo el mismo hombre de siempre, así que decidí no hacer nada hasta que no se presentase una oportunidad mejor y viera las cosas un poco más claras, pues estaba decidida a no darle otra ocasión de despreciarme.

Pasé casi tres meses debatiéndome entre tales pensamientos, hasta que por fin (llena de impaciencia) resolví enviar a buscar a Amy para contarle lo que ocurría, y no hacer nada hasta que ella volviera. Amy, en respuesta, me envió una carta en la que afirmaba que volvería lo antes posible y me rogaba que no entrara en contacto con él, ni con nadie, hasta su llegada, aunque sin darme más explicaciones, cosa que me molestó mucho, por varias razones.

Pero, mientras ocurría todo esto y Amy se retrasaba con sus cartas, razón por la cual no estaba tan satisfecha con ella como de costumbre, se produjo la siguiente escena:

Una tarde, a eso de las cuatro en punto, mi amiga cuáquera y yo estábamos en el saloncito de arriba charlando muy animadas (no había mejor compañía en el mundo), cuando alguien llamó a la puerta con mucha insistencia y, como dio la casualidad de que no había ningún criado cerca, salió a abrir ella misma. Se encontró a un caballero acompañado de un lacayo que, después de pronunciar algunas excusas que ella no llegó a entender bien, pues hablaba un inglés un tanto macarrónico, preguntó por mí, aunque no utilizó el nombre por el que me había conocido, sino el que empleaba en aquella casa.

Ella, muy educadamente, aunque a su manera, le invitó a pasar a un salón que había en el piso de abajo y afirmó que iría a comprobar si la persona que se alojaba en su casa respondía a aquel nombre.

Apenas me sorprendí, pues antes de saberlo con certeza ya había adivinado de quién se trataba (que los naturalistas nos expliquen la razón de esos presentimientos), aunque me asusté y quise morirme cuando la cuáquera subió tan contenta como una gallina clueca:

—Ha venido a visitarte el mercader holandés al que conociste en Francia. —No pude ni responderle ni moverme de la silla y me quedé inmóvil como una estatua. Mi amiga me dijo mil cosas agradables, pero no logró hacerme reaccionar y por fin me zarandeó y empujó—. Vamos, vamos, domínate y despierta. Tengo que bajar, ¿qué quieres que le diga?

—Dile —dije— que en esta casa no vive nadie con ese nombre.

—Eso no puedo hacerlo —replicó— porque no es cierto. Además, ya le he explicado que estabas arriba. Vamos, vamos, baja conmigo.

—Ni por mil guineas —exclamé.

—Bueno —repuso ella—, le diré que bajarás enseguida. —Y se marchó sin darme ocasión de responderle.

En mi imaginación bulleron un millar de ideas, pero seguí sin saber qué hacer. Comprendí que no me quedaba otro remedio que recibirle, aunque habría pagado quinientas libras por evitar aquella entrevista y otras quinientas por tener ocasión de volver a verlo. Así de fluctuantes e indecisos eran mis pensamientos: rechazaba lo que más deseaba, justo cuando tenía ocasión de tenerlo, y me disponía a rechazar algo por lo que había pagado cuarenta o cincuenta libras al enviar a Amy a Francia, aun sin tener la menor esperanza de encontrarlo, algo que me había tenido tan intranquila que no había podido conciliar el sueño en casi medio año, hasta que Amy me propuso ir en su busca. En suma, no podía estar más confusa y alterada: una vez lo había rechazado y luego me había arrepentido sinceramente; después me había ofendido su silencio y había vuelto a rechazarlo mentalmente, pero también de eso me había arrepentido. Ahora había caído tan bajo como para enviarlo a buscar a Francia, cosa que, si él lo hubiera sabido, tal vez le habría impedido ir a visitarme. ¿Acaso debía rechazarlo por tercera vez? Por otro lado, cabía la posibilidad de que él también se hubiese arrepentido y de que, ignorante tanto de que me había rebajado a mandarlo buscar como de la vida disoluta que había llevado, hubiese venido a buscarme, y de que todavía pudiera aceptarlo en las mismas condiciones que me ofreció en su momento. ¿Es que debía negarme a recibirlo? Mientras estaba sumida en aquella confusión, volvió mi amiga la cuáquera y, al verme tan alterada, corrió a la alacena y me ofreció un vasito de licor, pero yo no quise probarlo.

—¡Oh! —dijo—, ya te entiendo, no te preocupes, te daré algo para quitarte el olor y, aunque te bese mil veces, no notará nada.

Yo pensé para mis adentros que parecía muy avezada en aquellos asuntos y que tal vez sería buena idea ponerme en sus manos, así que acepté bajar con ella. Me tomé el licor y ella me dio una conserva muy especiada, cuyo sabor era tan fuerte y tan delicioso que habría ocultado el aroma más dulce y no dejó ni rastro de licor en mi aliento.

Después de eso (aunque todavía con dudas), bajé con ella hasta un comedor que

había pared por medio del salón donde él estaba esperándome, pero me detuve y le pedí que me dejara pensarlo un poco.

—De acuerdo, hazlo —dijo, y se marchó aún más deprisa que antes—. Piénsalo cuanto quieras, que ahora mismo vuelvo.

Aunque me volví atrás con un retraimiento sincero, cuando se marchó pensé que había sido muy poco amable por su parte dejarme allí y empecé a considerar que tendría que haberme obligado a acompañarla: así de absurdamente nos resistimos a lo que más deseamos del mundo, y nos engañamos con falsas reticencias cuando una negativa sería para nosotros peor que la muerte. Pero era más astuta que yo, pues, mientras estaba, por así decirlo, culpándola en mi imaginación por no haberme llevado con él por mucho que me hubiese resistido, ella abrió de pronto las puertas que daban al salón y dijo animándole a pasar:

—Ahí tenéis a la persona por la que, según creo, habéis preguntado.

Y acto seguido, haciendo gala de mucha discreción, se retiró con tanta presteza que apenas nos dio ocasión de saber adónde había ido.

Yo me puse en pie, pese a lo mucho que me confundió una pregunta que me vino a la cabeza de improviso: ¿cómo debía recibirlo?, y, con una resolución tan rápida como el rayo, me dije a mí misma: «Con frialdad», así que adopté de repente una actitud rígida y ceremoniosa, y la mantuve, aunque con grandes dificultades, unos dos minutos.

Él también se contuvo, se acercó con mucha gravedad y me saludó muy formalmente, pero por lo visto lo hizo porque pensaba que la cuáquera seguía allí, pese a que, como he dicho, ella se había hecho cargo enseguida de la situación y se había retirado, igual que si se hubiese volatilizado, para que tuviésemos total libertad, pues, como me dijo luego, imaginaba que ya nos habíamos visto antes, aunque hubiese sido hacía mucho tiempo.

A pesar de que yo misma estuviese tan envarada, me molestó la actitud del mercader y me pregunté qué clase de reunión ceremoniosa iba a ser aquélla. No obstante, en cuanto reparó en que la mujer se había ido, miró a su alrededor y exclamó:

—¡Caramba, pensaba que la señora seguía aquí!

Y, diciendo esas palabras, me tomó entre sus brazos y me besó tres o cuatro veces, pero la frialdad de su saludo me había ofendido en grado sumo y, aun ahora que sabía los motivos, no logré desembarazarme de aquel prejuicio y pensé que no me abrazaba con el mismo ardor de siempre, lo que hizo que me portase de forma extraña durante un buen rato, pero contaré eso en su momento.

Empezó a hablar extasiado de la suerte que había tenido al encontrarme. ¿Cómo era posible que llevase cuatro años en Inglaterra y hubiese recurrido a todos los medios imaginables para dar conmigo y no hubiese tenido la menor noticia mía o de

mí, y ahora, cuando hacía dos años que había renunciado a seguir buscándome, me hubiera encontrado, por así decirlo, sin querer?

Sólo con que le hubiese aclarado los detalles de mi verdadero retiro, podría haberle explicado fácilmente por qué habían fracasado sus pesquisas, pero, en lugar de eso, le di un giro verdaderamente hipócrita a la situación: afirmé que cualquiera que conociera el tipo de vida que llevaba ahora comprendería por qué no había logrado dar con mi paradero, pues mi retiro había hecho que las probabilidades de que lo hiciese fuesen de cien mil contra una. Teniendo en cuenta que había renunciado a toda vida social y me había instalado bajo nombre supuesto lejos de Londres, donde no tenía ningún conocido, no era raro que no nos hubiéramos encontrado. De hecho, incluso mi ropa debería hacerle comprender que no deseaba que nadie me reconociese.

Luego me preguntó si no había recibido sus cartas. Le respondí que no y que, dado que a él no le había parecido oportuno tener el detalle de responder a la última que yo le había escrito, era lógico que no contase con verle regresar, sobre todo después de haberme rebajado y comprometido de un modo tan insólito en mí. Añadí que, desde luego, después de su silencio, no había vuelto a buscar ninguna otra carta al sitio donde le había indicado que las remitiese, y que, tras haber sido castigada justamente por mi debilidad, no había podido hacer otra cosa que arrepentirme de haber sido tan estúpida como para haber violado los principios por los que me había regido hasta entonces. Pero, como en cualquier caso, e independientemente de lo que pensara él, había actuado movida por la gratitud y no por una verdadera debilidad, tenía la satisfacción de sentirme libre de aquella deuda en mi fuero mas íntimo. También le dije que no me habían faltado ocasiones de conseguir las aparentes ventajas de la supuesta felicidad conyugal y que podría haber ostentado títulos que prefería no nombrar, pero que, por mucho que me hubiese rebajado con él, había seguido siempre fiel a los principios de la libertad femenina, contra todos los ataques del orgullo y la avaricia, y le estaba infinitamente agradecida por haberme dado la oportunidad de librarme, sin tener que pagar las consecuencias, de la única obligación que me amenazaba. Y asimismo esperaba que él también opinara que mi ofrecimiento de dejarme encadenar hubiese bastado para satisfacer la deuda, aunque siguiese infinitamente obligada a él por permitirme seguir siendo libre.

Se quedó tan confundido por aquel discurso que no supo qué decir y guardó silencio un buen rato, pero luego se recobró un poco. Y afirmó que había reanudado una discusión que esperaba que estuviese superada y olvidada y que no tenía intención de reavivar. Añadió que sabía que no había recibido sus cartas, pues lo primero que había hecho al llegar a Inglaterra había sido ir al lugar donde las había remitido y las encontró todas allí, menos una, pues no habían sabido dónde enviarlas. Había ido con la esperanza de que le diesen mis señas o le dijiesen dónde

encontrarme, pero había sufrido la mortificación de que le dijese que ni siquiera sabían quién era yo, cosa que le había causado una gran decepción. Dijo también que yo debería saber que, en respuesta a todos esos agravios, él había pasado una larga, y esperaba que suficiente, penitencia a cambio del desprecio que yo pensaba que me había inflingido; que era cierto (como no podía ser de otro modo) que, después de que lo rechazara, pese a haberme hecho tantas ofertas y concesiones, se había ido ultrajado y disgustado, y que había pensado, con remordimiento, en el crimen que había cometido, aunque la crueldad con que yo había tratado al niño que todavía llevaba entonces en mi seno lo llenara a la vez de repugnancia, razón por la cual no había podido escribirme una respuesta amable durante un tiempo; pero, al cabo de seis o siete meses, su enfado fue dando paso al afecto que sentía por mí y a su preocupación por el pobre niño —en ese momento se interrumpió y vi que tenía los ojos llenos de lágrimas, y añadió entre paréntesis que seguía sin saber si estaba vivo o muerto—; luego prosiguió y afirmó que, al pasársele el enfado, me envió varias cartas, creo recordar que dijo que fueron siete u ocho, pero no recibió ninguna respuesta. Después, los negocios le hicieron viajar a Holanda, aunque antes pasó por Inglaterra, para descubrir, como se ha dicho más arriba, que nadie había ido a recoger las cartas. A su regreso a Francia, estaba tan preocupado que no pudo evitar volver a buscarme a Inglaterra como un caballero andante, a pesar de que todas sus averiguaciones previas hubiesen fracasado y de que no supiera ni dónde ni a quién preguntar por mí. Aun así, se había instalado aquí, firmemente convencido de que, tarde o temprano, acabaría cruzándose conmigo o tendría noticias mías y de que alguna casualidad terminaría poniéndolo sobre mi pista. Habían pasado más de cuatro años desde entonces y, aunque había perdido ya toda esperanza, no se le había ocurrido trasladarse a ninguna otra parte del mundo, a menos que fuese como algunos ancianos que sienten la inclinación de ir a morir a su país, aunque en eso no había pensado todavía. Y añadió que, si consideraba todos sus pasos, encontraría razones sobradas para olvidar sus primeros agravios y consideraría la penitencia, como él la llamó, que había sufrido para buscarme, una *amende honorable*^[26], y una reparación de la afrenta que me había hecho al no responder a mi ofrecimiento, por lo que ambos podíamos olvidar los sufrimientos pasados.

Admito que oírlo me conmovió profundamente, pero aun así conservé un buen rato mi actitud rígida y formal. Le dije que, antes de responder a sus palabras, debía darle la satisfacción de saber que su hijo estaba vivo y que, al verlo ahora tan preocupado y referirse a él con tanto afecto, lamentaba no haber encontrado algún modo de hacérselo saber antes; pero había pensado que, después de despreciar a la madre, tal como se ha contado más arriba, había dicho su última palabra sobre el niño en la carta que me había escrito pidiéndome que cuidara de él, y, como hacen otros muchos padres, había considerado su nacimiento un accidente que más valía la pena

olvidar por ser su causa tan vergonzosa, por lo que con asegurar su subsistencia se había dado por satisfecho, convencido de que había hecho por él más que la mayoría de los padres.

Respondió que le habría gustado mucho que yo hubiese tenido la bondad de comunicarle que la pobre y desdichada criatura seguía con vida, y que, de haberlo sabido, se habría ocupado de él personalmente e incluso lo habría reconocido como su hijo legítimo y, de ese modo, habría borrado la infamia que, de lo contrario, pesaría siempre sobre él, y así el niño no habría llegado siquiera a conocer la desgracia de su origen, aunque mucho se temía que ahora fuese demasiado tarde.

Añadió que yo podía ver por su conducta el desdichado error que había cometido al principio y que jamás me habría ofendido ni habría colaborado en añadir *une miserable* (tales fueron sus palabras) al mundo, de no haber albergado la esperanza de hacerme suya, pero que, si todavía era posible salvar al niño de las consecuencias de su desdichado nacimiento, esperaba que le permitiese hacerlo, y me demostraría que, a pesar de los reveses que había sufrido, seguía teniendo tanto los medios como el afecto necesario para hacerlo y que nunca permitiría que a una madre por la que sentía tanto aprecio le faltase nada que él pudiese proporcionarle. No pude impedir que me impresionaran sus palabras, y me avergonzó que él, que no lo había visto nunca, sintiese más afecto por el niño que yo, que lo había traído al mundo, pues lo cierto es que ni amaba al niño ni tenía el menor deseo de verlo; me había ocupado de que estuviese bien atendido, pero lo había hecho por medio de Amy, y no lo había visto más de dos veces en cuatro años, y estaba secretamente decidida a que, cuando creciese, no pudiese llamarme madre.

En todo caso, le aseguré que el niño estaba bien cuidado y que no debía preocuparse por eso, a menos que pensara que yo lo amaba menos que él, que no lo había visto en toda su vida. Le dije que ya sabía lo que había prometido hacer por el niño, es decir, donarle las mil *pistoles* que yo le había ofrecido y que él había declinado. También le aseguré que había redactado testamento y que le había dejado cinco mil libras y los intereses hasta que fuese mayor de edad, en caso de que yo falleciera antes. Me mostré dispuesta a seguir siendo igual de generosa, aunque le dije que, si había decidido ocuparse personalmente de él, no me opondría y haría que le entregasen al niño junto a las cinco mil libras necesarias para su manutención, siempre que resultase tan buen padre como parecía dar a entender por el cariño que le demostraba ahora.

Yo había reparado en que había aludido dos o tres veces en su discurso a los reveses que había sufrido en los negocios y me había extrañado que utilizase aquella expresión y sobre todo que la repitiera tan a menudo, pero por el momento no me di por aludida.

Me agradeció que hubiera cuidado del niño, con una ternura que daba fe de la

sinceridad de sus palabras y acrecentó mis remordimientos por no haber demostrado más afecto por el pobre niño.

Me dijo que no deseaba tanto arrancarlo de mi lado como presentarlo en el mundo como hijo suyo, cosa que podía hacer, pues llevaba tanto tiempo sin ver a sus hijos (tenía dos hijos y una hija que se estaban criando con una hermana suya en Nimeguen, Holanda) que no parecería raro que enviara a otro hijo de diez años a criarse con ellos y decir, según las circunstancias, que su madre estaba muerta o viva; y, como yo había decidido contribuir tan generosamente a su educación, él añadiría también una suma considerable, aunque debido a los contratiempos que había sufrido (y repitió esas palabras) no pudiera hacer por él lo que habría hecho en otras circunstancias.

Entonces me sentí obligada a preguntarle por esos infortunios de los que tanto hablaba. Le dije que lamentaba mucho oírle decir que había sufrido reveses en los negocios y que no toleraría que, por culpa mía, viese incrementadas sus pérdidas o pudiese aportar menos a sus otros hijos, por lo que no permitiría que se llevase al niño —aunque su proposición fuese tan ventajosa para él— a menos que me prometiese que todos los gastos correrían de mi cuenta y añadí que, si cinco mil libras no le parecían suficientes, le daría más.

Estuvimos discutiendo sobre este y otros asuntos que consumieron casi todo el tiempo de aquella primera visita. Cometí la impertinencia de preguntarle cómo me había encontrado, pero me respondió con una evasiva, pidió mi permiso para volver a verme y se marchó. Y lo cierto es que estaba tan conmovida por todo lo que me había dicho que me alegré de que lo hiciera. A ratos me sentía llena de afecto y ternura por él, sobre todo al oírle hablar con tanta devoción del niño; otras veces me asaltaban las dudas sobre sus circunstancias y en ocasiones me estremecía el temor de que, si llegaba a intimar con él, pudiera enterarse de la clase de vida que había llevado en Pall Mall y otros lugares y acabara echándomelo en cara, motivo por el cual concluía que lo mejor que podía hacer era rechazarlo una vez más y no volver a recibirlo. Todos esos pensamientos, y otros muchos, se agolparon en mi imaginación de tal modo que estaba deseando librarme tanto de ellos como de él, por lo que me alegré mucho cuando se marchó.

Después volvimos a vernos varias veces, pero nos vimos obligados a discutir tantos preliminares que apenas tuvimos ocasión de abordar la cuestión principal. Una vez hizo alusión al asunto y yo cambié de conversación con una especie de broma:

—¡Ay! —le dije—, eso está fuera de lugar, hace siglos que lo hablamos. Y ya veis que ahora me he convertido en una anciana.

Mas adelante hizo otra tímida tentativa y yo volví a burlarme:

—Pero ¿qué decís? ¿Es que no veis que me he convertido en una cuáquera? Ahora ya no pienso en esas cosas.

—Vamos —respondió—, los cuáqueros se casan como todo el mundo y también se aman. Además, el vestido de cuáquera os sienta muy bien.

Y así volvió a bromear e incluso lo intentó una tercera vez.

No obstante, con el tiempo, empecé a mostrarme más amable con él y llegamos a intimar mucho, y, de no haberse interpuesto el desdichado incidente que me propongo contar ahora, sin duda me habría casado con él y habría consentido la siguiente vez que me lo hubiera pedido.

XXI

Yo llevaba mucho tiempo esperando carta de Amy, quien al parecer había vuelto a viajar a Rouen para proseguir con sus averiguaciones y, por una desafortunada coincidencia, recibí en ese momento su misiva, donde me comunicaba los resultados siguientes:

En lo referente a mi caballero, a quien ahora tenía, por así decirlo, en mis brazos, me contaba que había dejado París, tal como se ha indicado antes, tras sufrir grandes pérdidas y contratiempos en los negocios; que se había instalado en Holanda por ese mismo motivo y se había llevado a sus hijos consigo; que a continuación se había trasladado por un tiempo a Rouen, que ella había estado allí y, gracias a un capitán holandés, había averiguado (por pura casualidad) que ahora vivía en Londres, donde llevaba más de tres años, que podía vérselo a menudo en la Bolsa y en el Camino Francés, y que residía en Laurence Pountney Lane. Amy añadía también que no me costaría mucho esfuerzo dar con él, aunque dudaba de que valiera la pena hacerlo ahora que era pobre. Hablaba de ese modo debido al segundo punto de su informe, que la muy descarada juzgaba mucho más interesante.

En cuanto al príncipe de..., como se ha dicho, se había trasladado a Alemania, donde tenía sus tierras, había dejado de trabajar para el servicio diplomático francés y vivía retirado del mundo. Amy había visto a su mayordomo, que se había quedado en París para cobrar sus atrasos y otras formalidades, y éste le había informado de que su señor le había encargado dar con mi paradero, tal como se ha contado antes, y de los esfuerzos que había hecho por encontrarme; además, le había explicado que había averiguado que había vuelto a Inglaterra y que el príncipe le había dado órdenes de ir a buscarme; y por último le había dicho que, si llegaba a averiguar dónde me encontraba, su señor estaba decidido a convertirme en condesa, casarse conmigo y llevarme con él a Alemania, y que tenía órdenes de garantizarme que se casaría conmigo, si volvía a su lado; añadió que, en ese caso, avisaría al príncipe diciéndole que me había encontrado y no tenía la menor duda de que él le ordenaría viajar a Inglaterra para atenderme tal como correspondía.

Amy, una mujerzuela ambiciosa que conocía muy bien mis puntos débiles, es decir, mis ínfulas de grandeza y lo mucho que me gustaba que me adularan y cortejasen, añadió muchos detalles agradables a propósito de esta ocasión, sabedora de que halagarían mi vanidad, y exageró las instrucciones que le había dado el príncipe a su mayordomo de acudir a mi encuentro para celebrar el matrimonio por poderes (como acostumbran a hacer los príncipes en casos parecidos) y proporcionarme el séquito adecuado y qué sé yo qué cosas más; pero me informó de que no le había dicho todavía que la había enviado yo, o que supiera dónde encontrarme o dónde escribirme, pues quería llegar al fondo del asunto y averiguar si

hablaba en serio o todo era una *gasconnade*^[27], tan sólo se había limitado a decirle que, si de verdad tenía tal encargo, ella haría todo lo posible para averiguar mi paradero. Pero baste con esto por ahora.

En cuanto al judío, me informó de que no había podido averiguar con certeza qué había sido de él, o en qué parte del mundo se encontraba, pero al menos había sabido de buena fuente que había cometido un crimen y que estaba implicado en el intento de robo a un banquero de París, que había huido y que no se había vuelto a oír hablar de él por el momento.

Por lo que se refiere a mi marido, el cervecero, había averiguado que lo habían enviado a combatir a Flandes, que había resultado herido en la batalla de Mons y que había muerto a causa de sus heridas en el hospital de los Inválidos. Y con eso ponía fin a los cuatro encargos que le había hecho.

Las noticias del príncipe y de la renovación del afecto que sentía por mí, unidas a todas las cosas fastuosas y suntuosas que eso parecía implicar —sobre todo después de haber sido exageradas por mi doncella—, llegaron en un momento muy inoportuno y en plena crisis de mis asuntos.

El mercader y yo acabábamos de iniciar nuestras conversaciones sobre el gran asunto. Yo había dejado de hablar de amores platónicos y de mi independencia y de ser una mujer libre como hasta entonces, y él había despejado todas mis dudas respecto a sus circunstancias y los reveses de los que había hablado, y habíamos llegado al punto de empezar a considerar dónde viviríamos, de qué modo, con qué séquito, en qué casa y otras cosas por el estilo.

Yo me había pronunciado varias veces partidaria de las delicias de la vida en el campo y de una existencia apartada de las molestias del mundo y los negocios, aunque todo fuese una impostura motivada por mi miedo a aparecer en público y a que alguna persona impertinente de alta alcurnia me abordara al grito de «Roxana, Roxana por...» acompañado de un juramento, como había ocurrido antes.

Mi mercader, criado entre comerciantes y acostumbrado a relacionarse con hombres de negocios, apenas concebía vivir de otro modo, o al menos parecía un pez fuera del agua, inquieto y agonizante; pero aun así se mostró de acuerdo conmigo y tan sólo me pidió que viviéramos lo más cerca posible de Londres para que él pudiese ir de vez en cuando a la Bolsa y estar al tanto de cómo iba el mundo y de qué tal les iba a sus amigos y a sus hijos.

Respondí que, si prefería vivir agobiado por los negocios, tal vez sería mejor para él estar en su propio país, donde su familia era bien conocida y vivían también sus hijos.

Sonrió al pensarlo y afirmó que nada le gustaría más que aceptar una oferta tan tentadora, pero no podía exigirme tanto, ahora que me había acostumbrado a vivir en Inglaterra, pues eso equivaldría a arrancarme de mi país natal y a él nunca se le

ocurriría hacer tal cosa. Le dije que se había equivocado conmigo, y que, igual que le había dicho todas aquellas cosas de que el matrimonio era como un cautiverio y la familia una especie de mazmorra, y de que al casarme me convertiría en una especie de sirvienta, contaba con que, si, pese a todo, accedía a desposarlo, comprobara que sabía desempeñar mi papel de sierva y satisfacer en todo a mi señor; y que, si no hubiese decidido acompañarle allí donde quisiera ir, podía estar seguro de que no lo aceptaría como marido.

—¿Acaso no me ofrecí a acompañaros a las Indias Orientales? —le recordé.

No obstante, todo era pura comedia, pues, dado que las circunstancias no me permitían quedarme en Londres, o al menos presentarme en público, había decidido que, si lo desposaba, viviríamos aislados en el campo o abandonaríamos juntos Inglaterra.

Pero llegó, en mala hora, la carta de Amy, en mitad de aquellas conversaciones, y aquellas cosas tan halagadoras que me dijo del príncipe empezaron a obrar un extraño efecto en mí: la posibilidad de convertirme en princesa e irme a vivir a un lugar donde todo lo que había sucedido aquí quedaría borrado del recuerdo y de mi memoria (con la excepción de mi conciencia) era muy tentadora. La idea de verme rodeada de criados, honrada con títulos, de que me llamasen «Vuestra Alteza» y de vivir en el esplendor de la corte y, lo que era más, en los brazos de un hombre de tan alto rango, que yo sabía que me amaba y valoraba, todo eso, en una palabra, nubló mi vista e hizo que me diera vueltas la cabeza, y pasé quince días tan ida y perturbada como cualquiera de los pacientes de Bedlam^[28], o al menos poco faltó.

Cuando mi caballero volvió a visitarme, no le presté casi atención, deseé no haberle recibido nunca y, en suma, decidí no volver a tratar con él. Fingí estar indispuesta y, aunque bajé a verle y hablé un momento con él, le di a entender que estaba tan mala que (como suele decirse) no era buena compañera, y que lo más amable por su parte sería dejarme sola por un tiempo.

A la mañana siguiente, envié a un lacayo a preguntar cómo me encontraba y le hice saber que estaba muy resfriada; dos días más tarde se presentó él en persona y bajé a recibirlo, aunque fingí estar tan afónica que no podía pronunciar una palabra de forma audible y que incluso susurrar me costaba un gran esfuerzo; y, en una palabra, lo tuve en esa incertidumbre casi tres semanas.

Durante todo ese tiempo experimenté una extraña exaltación y el príncipe, o más bien su espíritu, se adueñó de mí de tal modo que pasaba casi todo el rato fantaseando sobre cómo sería mi vida con él, regocijándome en la grandeza de la que esperaba disfrutar y considerando perversamente el modo de librarme para siempre de mi caballero.

Sólo puedo decir que a veces me torturaba la indignidad de mi actitud: prevalecían el honor y la sinceridad con que siempre me había tratado y, por encima

de todo, la fidelidad que me había demostrado en París, y el hecho de que le debiera la vida; y a menudo me decía que estaba obligada con él y que sería una auténtica bajeza rechazarlo después de haber contraído tantos compromisos y obligaciones.

Pero el título de Alteza y de princesa y de todas las cosas agradables de las que iba a disfrutar lo borraban todo y la sensación de gratitud se desvanecía como una sombra.

En otras ocasiones, consideraba la fortuna que poseía y el hecho de que podía vivir como una princesa aun sin serlo, y de que mi mercader (pues me había puesto al corriente de todos sus contratiempos económicos) tampoco era pobre y mucho menos mezquino; juntos tendríamos unos ingresos de entre tres y cuatro mil libras al año, lo que equivalía a las rentas de muchos príncipes extranjeros. Pero, aunque eso fuese cierto, el título de princesa acariciaba mis oídos y, en una palabra, el orgullo lo podía todo y estos razonamientos acababan volviéndose en contra de mi mercader, de modo que, en suma, decidí abandonarle y aprovechar la ocasión de su siguiente visita para darle mi respuesta definitiva: en concreto, pensé decirle que había ocurrido algo que había cambiado inesperadamente todos mis planes y que, en una palabra, no quería seguir importunándole.

Creo sinceramente que semejante crueldad fue consecuencia de una violenta fermentación de mi sangre, pues la contemplación constante de mis grandezas imaginarias me había sumido en una especie de fiebre y apenas sabía lo que hacía.

Muchas veces me he preguntado cómo es que no me volví completamente loca, y desde entonces ya no me extraña oír hablar de esas lunáticas a quienes su orgullo las lleva a imaginar que son reinas y emperatrices y obligan a prosternarse a sus criados y dan la mano a besar a sus visitantes y otras cosas parecidas, pues, si el orgullo no basta para hacernos enloquecer, es que no hay nada capaz de hacerlo.

Sin embargo, cuando mi caballero volvió a visitarme, no tuve ni el valor ni la mezquindad de tratarlo con la crueldad que había planeado, y menos mal que no lo hice, pues poco después recibí otra carta de Amy en la que me comunicaba la angustiada y ciertamente sorprendente noticia de que mi príncipe (como me gustaba llamarlo en secreto) estaba muy malherido a causa de un golpe recibido mientras se dedicaba a la caza del jabalí, un deporte cruel y muy peligroso con el que, al parecer, se entretiene la nobleza de Alemania. Eso me asustó mucho, sobre todo porque Amy añadía que su mayordomo había vuelto apresuradamente con su amo, lleno de aprensión por si su señor moría antes de su llegada, aunque le había prometido que, en cuanto llegase, le enviaría un correo para informarle del estado de salud del príncipe y de la otra cuestión. Eso había obligado a Amy a quedarse en París catorce días más esperando sus noticias, aunque se había comprometido con el mayordomo a ir a buscarme a Inglaterra y él había prometido enviarle una letra por valor de cincuenta *pistoles* para el viaje. De manera que Amy me comunicaba que se quedaría

a esperar su respuesta.

Eso fue un golpe para mí en muchos sentidos. En primer lugar, porque me dejó en un estado de incertidumbre respecto al príncipe y sin saber si estaba vivo o muerto, y puedo asegurar que no me dejaba indiferente puesto que sentía por él un afecto inexpresable que se había reavivado por la esperanza de que llegásemos a estar más unidos que nunca; pero eso no era todo, pues, si lo perdía, perdería para siempre todo el fasto y la gloria que tanta huella habían dejado en mi imaginación.

Según la carta de Amy, aún tendría que pasar otros quince días en ese estado de incertidumbre y, si hubiese tratado a mi mercader tal como había planeado, habría cometido un grave desliz, de modo que fue una suerte que me faltara el valor.

En cualquier caso, seguí dándole excusas y haciéndole desaires para apartarlo de las conversaciones que estábamos teniendo y poder actuar así según se presentase la ocasión. Pero lo que más me angustió fue que Amy seguía sin escribirme, a pesar de haber pasado los catorce días; por fin, para mi gran sorpresa, cuando estaba asomada a la ventana esperando con impaciencia al cartero que nos traía las cartas del extranjero, me lleve la alegría de ver un carruaje detenerse en la puerta del patio donde vivíamos y a mi doncella Amy apearse de él y dirigirse a la puerta seguida por el cochero que iba cargado con varios bultos.

Bajé las escaleras a la velocidad del rayo, pero sus palabras fueron como un jarro de agua fría.

—¿Está vivo o muerto, Amy? —le pregunté.

Ella respondió con frialdad y cierto desdén.

—Está vivo, señora —dijo—, pero eso poco importa y casi preferiría que estuviese muerto. —Así que subimos a mi habitación y me expuso solemnemente la situación.

En primer lugar, me contó una larga historia de cómo el príncipe había sido herido por un jabalí y del grave estado en que había quedado, que había hecho temer a todos por su vida, pues la herida le había producido fiebre, y luego añadió un sinnúmero de detalles que sería demasiado prolijo relatar aquí. Me contó cómo había sobrevivido a aquel peligro, aunque seguía estando muy débil, y cómo el mayordomo había sido un *homme de parole* y le había enviado un correo, tan puntualmente como si se hubiese tratado de un rey, informándola sobre la salud de su señor, su enfermedad y su mejoría; pero lo que a mí me interesaba era que, en lo que se refería a su dama, su señor se había vuelto penitente a raíz de ciertos votos hechos en pro de su sanación y no quería volver a oír hablar del asunto, sobre todo teniendo en cuenta que la dama se había ido y aún no se le había hecho ninguna oferta, por lo que su honor seguía intacto, aunque el príncipe se había mostrado agradecido por los buenos oficios de Amy y le había enviado las cincuenta *pistoles* para compensarla por las molestias, como si hubiese hecho el viaje.

Confieso que apenas pude soportar la sorpresa que me produjo aquel desengaño. Amy lo notó y me soltó (a su manera)

—¡Qué demonios, señora!, no le deis más vueltas. Ya veis que se ha dejado atrapar por los curas, supongo que le habrán impuesto alguna absurda penitencia y tal vez le hagan peregrinar descalzo a ver a alguna Madonna, Notre-Dame o cualquier otra cosa, pero de momento no quiere saber nada de amoríos. Os garantizo que volverá a ser tan pecador como siempre en cuanto se recupere y escape de sus garras. No sabéis cómo odio estos arrepentimientos. ¿Qué le impedía arrepentirse y tomar una buena esposa? Me habría gustado que hubieseis llegado a ser princesa, pero nos os preocupéis si no es posible; sois lo bastante rica para serlo y él no os hace ninguna falta, así que tanto mejor.

A pesar de todo, lloré amargamente y me sentí muy contrariada, pero, como Amy no se apartó de mi lado y se esforzó por distraerme con sus bromas e ingeniosidades, acabé por recobrarme un poco.

Luego le conté a Amy la historia de mi mercader, y cómo había dado conmigo cuando más obsesionada estaba por encontrarlo. Le dije que era cierto que residía en Laurence Pountney Lane y que me había puesto al corriente de aquellos reveses en los negocios de los que había oído hablar, y en los que había perdido más de ocho mil libras esterlinas, y que todo me lo había contado con franqueza antes de que ella hubiese podido informarme por carta o al menos de que yo pudiera adivinarlo.

Amy se alegró mucho al oírlo.

—Bueno, señora —dijo—, en ese caso ¿qué se os da a vos lo que haga el príncipe? Y ¿para qué querríais ir a dar con vuestros huesos en otro rincón del mundo y tener que aprender esa lengua diabólica que llaman alemán? Estáis mucho mejor aquí. Vamos, señora, ¿acaso no sois más rica que Craso?

Aun así tardé todavía bastante tiempo en olvidar mis ínfulas de grandeza, y yo, que tanto había deseado ser la amante de un rey, habría dado cualquier cosa por convertirme en la esposa de un príncipe.

Hasta tal punto pueden llegar a dominar nuestro espíritu el orgullo y la ambición y, una vez nos han poseído, nada nos resulta quimérico, sino que concebimos ideas que parecen reales en nuestra imaginación. Nada es tan ridículo como los pasos que damos en esos casos: un hombre o una mujer se convierten en meros *malades imaginaires* y lo mismo pueden llegar a morir de pena como enloquecer de alegría (según se cumplan o no sus ilusiones), como si todo fuese real y ellos pudiesen controlarlo.

No hay duda de que contaba con dos ayudantes para sacarme de aquella trampa. En primer lugar, estaba Amy, que conocía mi enfermedad, pero nada podía hacer por remediarla y, en segundo, el mercader, que aportó el remedio, aun sin conocer la dolencia.

Recuerdo que, cuando más turbada estaba por aquellos pensamientos, mi amigo el mercader observó en una de sus visitas que últimamente le parecía un poco alterada y que mi mal, fuese el que fuese, radicaba sobre todo en mi imaginación y, aprovechando que hacía un tiempo veraniego y mucho calor, me propuso salir a tomar un poco el aire.

Yo salté al oír aquella expresión:

—¡Cómo! —dije—. ¿Acaso creéis que me he vuelto loca? ¿Por qué no me hacéis encerrar?

—No, no —respondió—. No me refería a eso. Confío en que sea vuestra cabeza la que está mal, y no vuestro cerebro.

Yo sabía muy bien que él estaba en lo cierto y también sabía lo mal que lo había tratado, pero siguió insistiendo en que saliese a dar un paseo por el campo y volví a interrumpirle.

—¿Qué necesidad tenéis —le dije— de alejarme de vos? En vuestra mano está la posibilidad de dejar de preocuparos por mí, así los dos nos ahorraríamos disgustos.

Se lo tomó a mal y replicó que antes yo tenía mejor opinión de su sinceridad, y quiso saber qué había hecho para merecer que le negase ahora aprecio. Lo cuento aquí para mostrar hasta qué punto estaba decidida a dejarlo, es decir, lo cerca que estuve de demostrarle lo vil, desagradecida y malvada que podía llegar a ser. Pero comprendí que había ido demasiado lejos y que de ese modo acabaría consiguiendo que se hartase de mí, como le había ocurrido antes y, poco a poco, empecé a cambiar de actitud y volví a hablar con él como había hecho antes.

No tardamos en volver a reconciliarnos y hablarnos con familiaridad. Me llamaba con singular satisfacción «su princesa», y yo me sonrojaba al oírlo, pues ciertamente me tocaba en lo más hondo, aunque él ignorase el verdadero motivo.

—¿Qué queréis decir con eso? —le pregunté un día.

—Nada —respondió—, sólo que para mí sois como una princesa.

—Bueno —repuse—, no sabéis cuánto me alegro, pero dejad que os diga que habría podido llegar a serlo, si os hubiese dejado, y aún hoy creo que podría serlo.

—No está en mi mano haceros princesa —dijo—, pero podría convertirlos fácilmente en una dama, aquí en Inglaterra, y también en una condesa, si es eso lo que queréis.

Oí ambas cosas con agrado, pues a pesar de la decepción sufrida, mi vanidad seguía intacta y pensé para mis adentros que aquella propuesta podría compensarme en parte por la pérdida del título que tanto había acariciado en mi imaginación, pero, aunque ardía en deseos de saber a qué se refería con sus palabras, no le habría preguntado por nada del mundo, así que lo dejé para mejor ocasión. En cuanto se fue, le conté a Amy lo que me había dicho y ella se mostró tan impaciente como yo por saber cómo podría lograr semejante cosa, pero en su siguiente visita (y de forma

totalmente inesperada para mí) afirmó que la última vez que nos habíamos visto me había hablado de cierta posibilidad sin pensar muy bien en lo que decía, pero que ahora lo había pensado mejor y se preguntaba si no me convendría y me proporcionaría cierto prestigio en sociedad, por lo que se había decidido a preguntármelo.

Yo fingí tomármelo a broma y le respondí que, como él bien sabía, había optado por una vida retirada, por lo que poco me importaba ser una dama o incluso una condesa, aunque, si lo que pretendía, por así decirlo, era arrastrarme otra vez al mundo, tal vez a él le resultase agradable que lo fuese, pero aparte de eso no podía opinar, porque no veía cómo iba a conseguirme un título.

Me contestó que con dinero se podían comprar títulos honoríficos en casi cualquier parte del mundo, aunque el dinero no pudiese proporcionar los principios del honor, que procedían sólo de la sangre y el nacimiento. Pero, en ocasiones, los títulos podían servir de ayuda para elevar el alma e infundir principios generosos en el espíritu, sobre todo si las personas tenían buen fondo. Añadió que esperaba que a ninguno de los dos se nos subiera demasiado a la cabeza y que supiésemos ostentarlo sin pretensiones injustificadas, de modo que nos sentara tan bien como a cualquier otro. En Inglaterra, lo único que le haría falta sería conseguir un acta de naturalización, y a continuación comprar una patente de *baronet*, o, lo que es lo mismo, hacer que transfiriesen el título y los honores a su nombre, pero, si mi intención era que nos instaláramos en el extranjero, tenía un sobrino, el hijo de su hermano mayor, que poseía el título de conde y las tierras correspondientes, que no eran muy extensas, y en muchas ocasiones se había ofrecido a vendérselo por mil *pistoles*, lo que no era una cantidad demasiado grande, y teniendo en cuenta que pertenecía ya a la familia, lo compraría en el acto si yo así lo deseaba.

Le respondí que lo segundo me parecía mejor, pero añadí que no le permitiría comprarlo, a menos que me dejase pagar a mí las mil pistoles.

—No, no —dijo—, rechacé una vez mil *pistoles* que tenía más derecho a aceptar que éstas, y no consentiré ahora que hagáis semejante gasto.

—Sí —respondí—, las rechazasteis y lo más probable es que después os arrepintierais de haberlo hecho.

—Nunca me quejé —objetó.

—Pues yo sí —repliqué—, y a menudo me arrepentí por vos.

—No os comprendo —dijo.

—Digo sólo que me arrepentí de haberos permitido rechazarlas —le expliqué.

—Bueno, bueno —repuso—, ya tendremos tiempo de hablar de eso, cuando decidáis en qué parte del mundo queréis instalaros.

Luego me habló un buen rato con mucha amabilidad y me explicó que el destino le había hecho pasar toda su vida fuera de su país natal y cambiar a menudo de

domicilio, y que yo misma no había tenido siempre residencia fija, pero que ahora ninguno de los dos éramos tan jóvenes e imaginaba que yo preferiría instalarme en un lugar de donde, a ser posible, no tuviéramos que volver a mudarnos, al menos él era totalmente de esa opinión, siempre que la elección de dicho lugar fuese sólo mía, pues todos los sitios del mundo le parecían iguales con tal de que yo lo acompañara.

Le oí con placer infinito, tanto porque me conmovió que me dejase escoger a mí, pues estaba decidida a vivir en el extranjero por los motivos que he explicado antes, es decir, por si alguien llegaba a reconocerme en Inglaterra, y salía a relucir la historia de Roxana y los bailes, como porque me tentaba mucho la idea de ser condesa ya que no había podido ser princesa.

Se lo conté todo a Amy, que seguía siendo mi confidente, y cuando le pedí su opinión, hizo que me retorciera de risa:

—Bueno ¿y qué debo escoger, Amy? —le pregunté—. ¿Ser una dama, es decir, la mujer de un *baronet* en Inglaterra, o una condesa en Holanda?

La muy desvergonzada conocía mi vanidad casi tan bien como yo y respondió con agudeza (y sin un instante de duda):

—Ambas cosas, señora. ¡Escoger! —exclamó (repitiendo mis palabras)—, y ¿por qué no vais a ser ambas cosas? De este modo sí que seríais una auténtica princesa, pues sin duda ser una dama en inglés y una condesa en alemán ha de equivaler a ser una princesa en alemán.

Aunque Amy hablaba en broma, me metió la idea en la cabeza y decidí, en una palabra, que sería ambas cosas, y lo conseguí, tal como se verá después.

En primer lugar fingí haber decidido que nos quedáramos en Inglaterra, aunque con la condición de que no viviéramos en Londres. Afirmé que la ciudad me asfixiaba y que cuando estaba en Londres me faltaba el aliento, pero que cualquier otro lugar me satisfaría, y luego le pregunté si no le gustaría vivir en alguna ciudad portuaria inglesa, porque sabía que le complacería seguir en contacto con los negocios y conversar con mercaderes, y le sugerí varios sitios cercanos a Francia o a Holanda, como Dover o Southampton en el primer caso, e Ipswich, Yarmouth o Hull, en el segundo; pero me aseguré de no decidir nada concreto, pues tan sólo pretendía darle la impresión de que estaba decidida a vivir en Inglaterra.

Ya iba siendo hora de actuar y, al cabo de seis semanas, dispusimos todos los preliminares y, entre otras cosas, me informó de que tendría su acta de naturalización a tiempo, de modo que sería (como él mismo dijo) inglés, antes de que nos casáramos. Y pronto se hizo realidad, pues el Parlamento estaba celebrando sesiones y varios extranjeros solicitaron juntos el acta, para ahorrar gastos.

Tres o cuatro días más tarde, sin decirme nada, compró la patente de *baronet* Me la trajo en una bolsa bordada, me saludó como lady... (y añadió mi apellido) y me la regaló junto con un medallón con su efigie rodeada de diamantes y un broche por

valor de mil *pistoles*, y a la mañana siguiente nos casamos. De este modo puse fin a esa vida de intrigas y escandalosa prosperidad cuyo recuerdo tanto me afligía, pues la había pasado consagrada a crímenes flagrantes que, al volver a considerarlos, me parecían cada vez más negros y horribles y parecían borrar todas las comodidades y deleites que pudiera ofrecerme esa otra vida que tenía ahora por delante.

XXII

No obstante, la primera satisfacción que tuve en mi nuevo estado fue pensar que por fin había concluido aquella vida de crímenes y que era como un pasajero recién llegado de las Indias, que, tras muchos años de fatigas y apremios en los negocios, en los que hubiese conseguido un capital considerable con innumerables peligros y dificultades, llegara sano y salvo a Londres con todos sus efectos personales y tuviera el placer de decir que no volverá a aventurarse jamás en el mar.

Después de casarnos, volvimos enseguida a mis habitaciones, pues la iglesia quedaba muy cerca, y la ceremonia se había celebrado con tanta discreción que sólo asistieron Amy y mi amiga la cuáquera. Nada más llegar a casa, mi nuevo marido me tomó entre sus brazos y me besó.

—Ahora ya sois mía —dijo—. ¡Oh!, ojalá hubieseis tenido la bondad de aceptarme once años antes.

—En ese caso —respondí—, tal vez os hubieseis cansado de mí hace mucho tiempo. Es mejor así, pues ahora tenemos toda una vida de felicidad por delante. Además, de lo contrario, no sería ni la mitad de rica de lo que soy. —Aunque esa última observación la hice sólo para mis adentros, pues no había por qué darle tantas explicaciones.

—¡Oh! —respondió—, yo nunca me habría cansado de vos y, además de gozar de la satisfacción de vuestra compañía, no habría sufrido aquel desdichado contratiempo de París que me supuso unas pérdidas de más de ocho mil *pistoles*, ni tantas fatigas y agobios por culpa de los negocios —y luego añadió—, pero ahora que os tengo en mis manos me aseguraré de hacéros las pagar todas juntas.

Yo me asusté un poco al oír sus palabras.

—¡Ah! —dije—, ¿tan pronto empezáis a amenazarme? ¿Se puede saber qué queréis decir con eso?

Y adopté una actitud un poco más seria.

—Os diré —replicó, sujetándome todavía entre sus brazos— con total claridad a lo que me refiero: a partir de este momento, no pienso volver a ocuparme de los negocios, de modo que no ganaré para vos ni un chelín más de los que ya tengo, eso es lo que habéis perdido por un lado; en segundo lugar, no pienso ocuparme de administrar ni lo que vos tenéis ni lo que yo he aportado al matrimonio, sino que tendréis que encargaros vos misma de todo, igual que hacen las mujeres en Holanda, así que tendréis que resarcirme también de ese modo, pues todas las preocupaciones serán sólo vuestras; y por último, tengo intención de obligaros a soportar constantemente mi molesta compañía, porque pienso ataros a mi espalda como el saco de un buhonero y no volveré a separarme de vos, ya que estoy convencido de que nadie puede deleitarme más en este mundo.

—Muy bien —respondí—, pero os advierto que peso bastante, y confío en que, cuando os canséis, me dejéis de vez en cuando en el suelo.

—No os preocupéis por eso —replicó—, y cansadme si es que podéis.

Todo aquello no eran más que bromas y alegorías, pero la moraleja de la fábula tenía un fondo de verdad, tal como se verá en su momento. Pasamos muy felices el resto del día, aunque sin ruido ni alharacas, pues él no invitó a ninguno de sus conocidos o amigos, ni ingleses ni extranjeros. La honrada cuáquera nos sirvió una cena magnífica, teniendo en cuenta que éramos muy pocos comensales, e hizo lo mismo los demás días de la semana, y por fin quiso que los gastos corrieran de su cuenta, cosa que me contrarió mucho. En primer lugar, porque sabía que, aunque no fuese pobre, sus circunstancias no eran precisamente holgadas; y en segundo, porque había sido una amiga tan sincera y me había consolado tanto, además de servirme de confidente, en todo aquel asunto, que había decidido hacerle un regalo que le fuese de ayuda cuando todo hubiera terminado.

Pero, por volver a las circunstancias de nuestra boda, después de pasar un rato muy alegre, Amy y la cuáquera nos ayudaron a acostarnos, sin que la pobre cuáquera imaginara que ya habíamos compartido el lecho once años antes, pues eso era un secreto que ni siquiera Amy sabía. Amy sonrió e hizo muchas muecas, como si estuviera muy satisfecha, pero aprovechando un momento en que él había salido, refunfuñó un poco y se quejó de que no me hubiese casado diez o doce años antes, en lugar de hacerlo ahora, cuando ya de poco podía servirme, queriendo decir, en suma, que su señora rozaba ya la cincuentena y era demasiado mayor para tener hijos. La regañé y la cuáquera se burló, me felicitó por no ser tan vieja como decía Amy y añadió que no podía creer que tuviese más de cuarenta y que todavía estaba a tiempo de llenar la casa de niños. No obstante, Amy y yo sabíamos que no era así, pues lo cierto es que, por muy juvenil que fuese mi aspecto, mi edad era lo bastante avanzada para descartar la maternidad, pero la obligué a guardar silencio.

Por la mañana, la cuáquera vino a vernos antes de levantarnos y nos llevó pasteles y chocolate a la cama, y luego volvió a marcharse y nos animó a dormir otro rato, cosa que hicimos. En una palabra, nos trató tan bien y demostró ser tan afable y generosa que comprendí que los cuáqueros podían —y desde luego así era en su caso— ser tan amables y educados como el que más.

Sin embargo, traté de declinar su oferta de invitarnos toda la semana y tantas veces se lo repetí que noté que, si no aceptábamos, se lo tomaría a mal e incluso podría ofenderse, así que no insistí más y la dejé hacer. Tan sólo me limité a decirle que la compensaría, y así lo hice después. En cualquier caso, aquella semana los gastos corrieron de su cuenta y nos trató de un modo tan exquisito y con tanta profusión de cosas buenas que su mayor dificultad fue librarse de las sobras, pues no permitió que ningún plato, por abundante o exquisito que fuese, se sirviera dos veces

en nuestra mesa.

Claro que yo tenía dos criadas que la ayudaron un poco —me refiero a mis dos doncellas, pues Amy ya no era una criada, sino mi ama de llaves, y comía siempre con nosotros—, y también tenía un cochero y un mozo; por su parte, la cuáquera tenía un criado y una sola doncella, pero les pidió prestadas otras dos a unas amigas para la ocasión, y contrató a un cocinero para preparar los platos.

De lo único de lo que carecía, por lo que me dio a entender, era de vajilla de plata, así que le ordené a Amy que fuese a buscar un baúl que había dejado en lugar seguro, y donde guardaba toda la plata fina que había adquirido en una ocasión peor, tal como se ha contado antes; lo puse en manos de la cuáquera y le pedí que la utilizara como si fuese no mía sino suya, por una razón que ahora explicaré:

Me había convertido en lady... y debo reconocer que estaba muy complacida de serlo, me sentía tan grande e importante al oír cómo me llamaban «mi señora», «vuestra señora» y otras cosas por el estilo que era como aquel rey indio de Virginia a quien los ingleses le construyeron una casa con una cerradura en la puerta y se pasó días enteros con la llave en la mano abriendo y cerrando la puerta, extasiado ante la novedad. Yo también podría haberme pasado un día oyendo cómo me hablaba Amy y me llamaba «mi señora» a cada palabra, pero al cabo de un tiempo la novedad perdió parte de su encanto y el orgullo que me inspiraba disminuyó, hasta que por fin empecé a ambicionar el otro título tanto como había ambicionado antes el primero.

Pasamos esa semana del mejor humor imaginable y nuestra amable cuáquera fue tan agradable en todo que supo entretenernos del mejor modo posible. No tuvimos música ni bailes, sólo yo cantaba de vez en cuando alguna canción francesa para distraer a mi marido, si me lo pedía, y la intimidad de nuestra diversión nos resultaba doblemente placentera. Tampoco encargué ningún vestido para la boda, pues tenía vestidos de sobra que, con sólo hacer algún arreglo, quedaron a la última moda. Al día siguiente de celebrarse el matrimonio, mi marido me pidió que me vistiera, aunque estábamos solos, y le respondí en broma que creía poder disfrazarme con un vestido para que no pudiera reconocer a su mujer cuando la viera, sobre todo si había delante alguien más. ¡No!, respondió, eso era imposible, y quiso ver aquel vestido. Le dije que me lo pondría siempre y cuando me prometiera que no me obligaría a lucirlo en presencia de nadie más que él; así lo prometió, aunque quiso saber el porqué de aquella condición, pues ya se sabe que los maridos son criaturas inquisitivas y quieren averiguar todo lo que creen que se les está ocultando; pero yo tenía una respuesta preparada: «Porque en este país no es un vestido decente y sería muy poco decoroso llevarlo», y de hecho no lo era, pues era casi como ir en camisa, aunque fuese la vestimenta habitual en el país de donde procedía. Se quedó satisfecho con mi respuesta y prometió no pedirme que lo luciera en presencia de nadie. Así que me retiré y me llevé conmigo a Amy y a la cuáquera, y Amy me ayudó a ponerme el

vestido de turca con el que había bailado otras veces, tal como se dijo anteriormente. A la cuáquera le encantó y afirmó que, si semejante atuendo llegaba a ponerse de moda en Inglaterra, no sabría qué hacer y se sentiría tentada de no vestir nunca más al estilo de los cuáqueros.

Cuando acabé de vestirme, me puse las joyas y, en concreto, el enorme broche por valor de mil *pistoles* que él me había regalado en el centro del *tyhaia*, o turbante, donde el efecto era más esplendoroso; me puse también mi collar de diamantes y mi cabello quedó *tout brillant* y resplandeciente con tantas joyas.

Cosí al chaleco el medallón con su efigie rodeada de diamantes, como si estuviese a la altura del corazón (tal como acostumbran a hacer, en casos semejantes, los orientales), pues estaba tan abierto por el pecho que no había sitio para poner allí ninguna joya. De esa guisa, con Amy sujetando la cola de la túnica, bajé a verlo. Se quedó boquiabierto y totalmente perplejo: me reconoció, sin duda, porque yo le había prevenido de antemano, y porque no había presente nadie mas que la cuáquera y Amy, aunque a ésta última no pudo reconocerla, pues se había puesto el vestido de la pequeña esclava turca que compré en Nápoles, tal como he contado más arriba. Llevaba el cuello y los brazos desnudos, y la cabeza descubierta con una larga trenza que le caía por la espalda, pero la muy descarada tenía la lengua demasiado larga y no pudo aguantar callada mucho tiempo sin delatarse.

Tanto le gustó mi vestido que quiso que comiese con él puesto, pero era muy fino y estaba tan abierto por delante que, con aquel tiempo tan frío, me dio miedo resfriarme. No obstante, mandamos cerrar las puertas y echar leña al fuego y le complací. Él afirmó que no había visto un vestido tan hermoso en toda su vida, luego le conté que mi marido (así llamaba al joyero que murió asesinado) me había regalado en Leghorn aquel vestido y que una joven esclava turca, de la que me había deshecho en París, me había enseñado a ponérmelo, así como muchas de las costumbres turcas y algunos rudimentos de su idioma. Como la historia era casi cierta y sólo había cambiado al protagonista, le pareció muy creíble y se dio por satisfecho. Sin embargo, yo tenía buenas razones para no querer ver a nadie con aquel vestido, al menos en Inglaterra, pero no hay por qué repetirlas aquí más veces.

No obstante, cuando nos trasladamos al extranjero, me lo puse con frecuencia y, en dos o tres ocasiones, incluso bailé para él.

Nos quedamos en las habitaciones de la cuáquera casi un año, pues después de muchas indecisiones respecto a dónde instalarnos en Inglaterra para su satisfacción, y una vez exceptuado Londres, que no era de la mía, fingí estar dispuesta a vivir en el extranjero con tal de complacerle. Afirmé que eso sería lo que más le gustaría y que a mí cualquier sitio me parecía igual que otro, añadí que, puesto que había vivido tantos años en el extranjero sin un marido, no me importaría volver a hacerlo, sobre todo ahora que lo tenía a él, y empezamos a intercambiar cortesías. Me dijo que él se

encontraba muy a gusto en Inglaterra y que lo había dispuesto todo en ese sentido, pues ya me había dicho que estaba decidido a dejar los negocios, la administración de nuestra fortuna y las preocupaciones, pues ni uno ni otro teníamos necesidad de más, y por eso se había naturalizado inglés, había comprado la patente de *baronet*, etcétera. Yo acepté sus cumplidos, pero insistí en que imaginaba cuánto debía de añorar su país natal, donde se estaban criando sus hijos, y añadí que, ya que me valoraba tanto, me encantaría darle esa satisfacción, que mi hogar estaría allí donde él estuviera y que cualquier lugar del mundo me parecería Inglaterra si él estaba conmigo. De este modo logré convencerlo de que le estaba haciendo un favor al permitir que nos trasladáramos al extranjero, cuando en realidad yo nunca habría estado del todo cómoda en Inglaterra, a menos que hubiese vivido siempre encerrada, para evitar que, de un modo u otro, saliera a relucir la vida disoluta que había llevado allí y llegasen a saberse también todas las maldades que había cometido y que ahora tanto me avergonzaban.

Al terminar nuestra semana nupcial, en la que la cuáquera nos había tratado tan bien, le expliqué a mi nuevo marido lo agradecidos que debíamos estarle a nuestra anfitriona por habernos cuidado de un modo tan generoso, lo buena amiga que había sido y lo bien que se había portado siempre conmigo; y luego le conté algunas de sus desdichas conyugales y le dije que, en mi opinión, no sólo debíamos mostrarle gratitud, sino también hacer algo para ayudarla; y añadí que yo no tenía ningún protegido que pudiera importunarle en el futuro, puesto que no había nadie que dependiera de mí de quien no me hubiese ocupado ya generosamente y, a pesar de que ahora quisiera hacer algo por aquella honrada mujer, ése sería el último regalo que le haría a nadie en toda mi vida, con excepción de Amy, a quien no pensaba abandonar, aunque llegados el momento y la ocasión, haría lo que considerase más oportuno. Entretanto, Amy no era pobre, y había conseguido ahorrar entre setecientas y ochocientas libras, aunque no le dije el modo y las trapacerías con que las había ganado, sino sólo que disponía de ese dinero, para que comprendiese que no tendría necesidad de pedirnos nada.

Mi marido se alegró mucho al oír mis palabras acerca de la cuáquera, pronunció una especie de discurso a propósito de la gratitud, y afirmó que era una de las facetas más nobles de una mujer distinguida y que estaba tan entreverada con la honradez, e incluso con la religiosidad, que se preguntaba si podían darse la una sin la otra; añadió que en aquel acto había no sólo gratitud, sino caridad, y que para hacer esta última todavía más cristiana, el objeto a quien iba dedicado era sin duda merecedor de ella. Accedió, pues, de todo corazón e insistió en que le dejase pagar su parte.

Respecto a eso, le dije que, a pesar de lo que hubiese dicho antes, no tenía la intención de que cada uno tuviéramos nuestra propia bolsa, y que, aunque le hubiese hablado de ser una mujer libre e independiente y de otras cosas por el estilo, y él se

hubiera ofrecido y me hubiese prometido dejarme conservar el control de mis bienes, y, ya que lo había aceptado como marido, haría lo que hacen las mujeres honradas y le daría todo lo que poseía; y, si me guardaba alguna cosa, sería sólo para poder dárselo a sus hijos en mi nombre en caso de fallecimiento. Añadí, en suma, que, si a él le parecía bien unir nuestras fortunas, lo discutiríamos al día siguiente para ver qué capital podíamos reunir entre los dos y considerar, antes de decidir en qué lugar instalarnos, el mejor modo de invertirlo en nuestro mutuo beneficio. Eran unas palabras demasiado generosas, y él un hombre demasiado sensato para no comprender el sentido en que se habían pronunciado, y se limitó a responder que haríamos lo que a los dos nos pareciese bien, pero que ahora lo más importante era manifestarle a nuestra amiga la cuáquera no sólo nuestra gratitud, sino también nuestra caridad y nuestro afecto; y lo primero que propuso fue donarle mil libras para que cobrase una renta vitalicia de sesenta libras anuales, pero hacerlo de tal modo que sólo ella pudiera cobrar el dinero. Era una oferta muy generosa por su parte, y lo cuento porque demuestra los desinteresados principios de mi marido, pero me pareció un poco excesiva, entre otras cosas porque yo había pensado regalarle la vajilla de plata; por tanto le dije que, en mi opinión, si le daba una bolsa de cien guineas como primer regalo, y luego le donaba una renta vitalicia de cuarenta libras anuales, sería más que suficiente.

Accedió a hacerlo y ese mismo día, por la noche, cuando íbamos a irnos a la cama, cogió a la cuáquera de la mano, la besó y le dijo que nos había tratado muy bien desde el primer momento y añadió que, según le había contado yo, lo mismo había hecho conmigo antes del matrimonio, por lo que se sentía obligado a demostrarle que tenía amigos que sabían cómo ser agradecidos, y que le rogaba que aceptara aquel pequeño presente (y le puso las monedas en la mano) como muestra de su gratitud personal y que su mujer le informaría de nuestras otras intenciones. Y, sin darle apenas tiempo de decir gracias, subió por las escaleras a nuestro dormitorio, y la dejó confusa y sin saber qué decir.

Después de irse mi marido, ella expresó con muy buenas y agradecidas palabras la devoción que sentía por nosotros, pero añadió que nunca podría corresponder a nuestra generosidad y que yo ya le había hecho muchos regalos valiosos, cosa que era cierta, pues, aparte de la pieza de tela que le había dado al principio, también le había regalado un juego de manteles adamascados, que había comprado para mis bailes, y que incluía tres manteles de mesa y tres docenas de servilletas, y en otra ocasión le había dado un collarcito de cuentas de oro y otras cosas parecidas. El caso es que repitió que sólo podía correspondernos con su afecto y que ahora se lo habíamos puesto aún más difícil, pues estaba más en deuda con nosotros que nunca. Dijo todo aquello a su manera, del modo más amable y sincero que pueda imaginarse, pero la interrumpí y le pedí que no dijese nada más y aceptara lo que mi marido le había

dado, que no era más que una parte, como le había oído decir.

—Ahora ven, siéntate a mi lado y permite que te diga las demás cosas que mi marido y yo hemos acordado respecto a ti.

—¿A qué te refieres? —preguntó, y se ruborizó y pareció muy confundida, aunque no se movió.

Hizo ademán de volver a decir algo, pero yo la interrumpí y le pedí que no volviera a disculparse de nada, pues tenía cosas mejores que contarle. De modo que proseguí y le dije que, ya que había sido tan amable y cariñosa con nosotros en todo momento, que su casa había sido el lugar donde se había producido nuestro feliz reencuentro, y que ella misma me había puesto en parte al corriente de sus actuales circunstancias, habíamos decidido proporcionarle una ayuda para lo que le quedaba de vida. Luego le conté lo que habíamos planeado y le dije que sólo faltaba decidir cómo garantizarle la renta independientemente de lo que le pagase su marido; de este modo, si él le pagaba lo suficiente para vivir cómodamente y sin apuros, no tendría necesidad de utilizarla y podría ahorrar los intereses y añadirlos anualmente al capital, y así, con el tiempo, y tal vez antes de que pudiera necesitarlo, el dinero se habría doblado. Añadí que nada nos gustaría más que ver cómo acrecentaba su fortuna y que todo lo que ganase sería para ella o sus herederos, pero que las cuarenta libras al año volverían a nuestra familia cuando concluyese su vida, que ambos esperábamos que fuese larga y feliz.

Que ningún lector se extrañe por mi extraordinario interés por aquella pobre mujer, o de que incluya el relato de mi generosidad en esta historia: puedo asegurarle que no lo hago por hacer exhibición de mi caridad o de la grandeza de mi alma al donar con tanta prodigalidad algo que habría estado por encima de mis posibilidades aunque mi riqueza hubiese sido el doble de lo que era; no, todo aquello manaba de otra fuente y por eso lo he contado aquí. ¿Acaso podía pensar sin conmoverme en esa pobre y desdichada mujer abandonada con sus cuatro hijas por un marido inútil? Yo, que había conocido tan profundamente las amarguras de aquella especie de viudedad, ¿iba a mirarla y considerar sus circunstancias sin que me afectase? No, no, cada vez que la veía a ella y a su familia —y eso que no se encontraban ni mucho menos tan solas y desamparadas como yo lo había estado— recordaba mi propia situación, cuando envié a Amy a vender lo último que me quedaba para comprar una paletilla de cordero y un manojo de nabos, y tampoco podía mirar a sus pobres hijas —aunque no fuesen pobres ni estuviesen pasando hambre como los míos—, sin que se me llenaran los ojos de lágrimas al pensar en la terrible situación a la que se vieron condenados cuando la pobre Amy los llevó con su tía en Spitalfields y los abandonó. Aquélla era la verdadera fuente y el manantial de donde manaron mis afectos a la hora de socorrer a aquella pobre mujer.

Cuando un pobre deudor, después de pasar una larga temporada en el Compter, en

Ludgate o en el King's Bench^[29] por no pagar sus deudas, sale de la cárcel y consigue abrirse paso en el mundo y hacerse rico, es muy probable que acabe convirtiéndose de por vida en benefactor de los prisioneros allí encerrados, y tal vez también en los de cualquier otra prisión del mundo, pues siempre recordará los negros días que pasó en las celdas, e incluso aquellos que carecen de vivencias parecidas que sirvan de acicate a su caridad llegarían a mostrarse igual de generosos si tuvieran la sensatez de recordar que lo que les distingue de los demás es sólo una Providencia más favorable y piadosa.

Tal fue, como digo, la fuente de mi preocupación por aquella cuáquera amable y agradecida, y, ya que disponía de una fortuna tan abundante, decidí que saborease, de un modo que nunca habría imaginado, la recompensa por haber sido siempre tan atenta conmigo.

Mientras hablaba con ella, reparé en la confusión de sus sentimientos. Tanta alegría había sido demasiado: se ruborizó, tembló y por fin palideció y estuvo a punto de desmayarse. Tiró nerviosamente de una campanita para llamar a la doncella y, por señas, pues apenas podía hablar, le indicó que le llenase una copa de vino, pero le faltó el aliento y casi se atragantó al beber el primer sorbo. Vi que lo estaba pasando mal y traté de auxiliarla como mejor pude, y con la ayuda de sales y perfumes conseguí que no se desmayase; luego le indicó con un gesto a la doncella que se marchara y acto seguido rompió a llorar; cuando logró dominarse un poco, corrió hacia mí, me echó los brazos alrededor del cuello y dijo:

—¡Tanta alegría acabará conmigo!

Y allí se quedó, con la cabeza apoyada en mi cuello, casi un cuarto de hora, incapaz de decir palabra y llorando como un niño al que acabaran de castigar.

Sentí mucho no haber interrumpido mi alocución para ofrecerle una copa de vino antes de conmoverla de ese modo, pero ya había pasado todo y la emoción no la había matado.

Cuando por fin se recuperó, empezó a decir muchas cosas buenas en agradecimiento por mi generosidad. No la dejé continuar y le dije que todavía tenía una cosa más que decirle, aunque prefería dejarla para otra ocasión. Me refería al baúl donde guardaba la vajilla de plata, de la que le regalé una gran parte a ella y otra a Amy, pues tenía tantas piezas y algunas tan grandes que pensé que, si mi marido las veía, podría preguntarse para qué ocasión las había necesitado, sobre todo una enorme fuente para poner las botellas, que costaba ciento veinte libras, y algunos candelabros demasiado grandes para el uso corriente. Estos últimos le pedí a Amy que los vendiera y, en suma, vendió objetos de plata por valor de casi trescientas libras; lo que le di a la cuáquera superaba las sesenta libras y a Amy le di más de treinta, y aun así quedó mucha plata para mi marido.

Nuestra generosidad con la cuáquera no acabó con aquellas cuarenta libras al año,

pues en el tiempo que pasamos en su casa, que se alargó más de diez meses, seguimos haciéndole regalos, de modo que, en una palabra, en lugar de alojarnos con ella, era ella la que se alojaba con nosotros, pues yo me encargaba del cuidado de la casa, ella y toda su familia comían con nosotros y además les pagábamos el alquiler. Me acordaba, en suma, de mi propia viudedad y trataba de consolar a aquella viuda lo mejor que podía.

XXIII

Por aquel entonces mi marido y yo empezamos a pensar en trasladarnos a Holanda, donde le propuse ir a vivir, y para disponer todos los preliminares de nuestra vida futura, empecé a reunir todos mis bienes para tenerlos a mano en cualquier ocasión en que pudieran ser necesarios. Luego, una mañana, llamé a mi marido y le dije:

—Oíd, caballero, tengo dos preguntas muy importantes que haceros. Ignoro qué responderéis a la primera, pero dudo que podáis responder de forma convincente a la segunda, y no obstante os aseguro que son de enorme importancia para vos y vuestro porvenir dondequiera que estéis.

No pareció alarmarse mucho, porque notó que le hablaba medio en broma.

—Oigamos vuestras preguntas, querida amiga —respondió—, y os responderé como mejor pueda.

—De acuerdo —dije—, en primer lugar:

»1. Habéis tomado una esposa, habéis hecho de ella una dama y le habéis dado esperanzas de ser algo más, cuando viva en el extranjero. Os ruego que consideréis si, una vez allí, seguiréis siendo capaz de cumplir con todas sus extravagantes exigencias y de mantener a una inglesa tan cara, vanidosa y orgullosa. En suma, ¿os habéis preguntado si seréis capaz de mantenerla?

»2. Habéis tomado una esposa, la habéis colmado de presentes, la mantenéis como a una princesa y a veces incluso la llamáis así. Os ruego que me digáis qué dote habéis recibido de ella, qué fortuna os ha aportado y dónde están sus tierras para que la mantengáis con tantos lujos. Mucho me temo que la estéis manteniendo a un precio muy por encima de sus merecimientos, al menos por lo que sabéis de ella hasta ahora. ¿Estáis seguro de no haberos excedido y de no haber hecho una dama de una mendiga?

—En fin —respondió—, ¿tenéis más preguntas que hacerme? Es mejor que me las planteéis todas juntas, pues tal vez pueda responderlas todas en tan pocas palabras como estas dos.

—No —dije—, éstas son las dos únicas preguntas de importancia que quería haceros, al menos por el momento.

—En tal caso —replicó—, os contestaré en pocas palabras que soy dueño de mis circunstancias y que, sin más preámbulos, puedo responderle a la esposa de la que habláis que, igual que la he convertido en una dama, podré mantenerla allí donde vayamos, tanto si tiene una *pistole* como dote, como si no tiene dote ninguna. Y, como nunca le he preguntado si disponía o no de dote, jamás le faltaré al respeto, ni la obligaré a vivir peor ni a pasar penurias por ese motivo, al contrario: si se viene a vivir conmigo a mi país, la convertiré en algo más que una dama y correré con todos los gastos, sin tocar nada de lo que ella tenga. Espero que esto responda a vuestras

dos preguntas al mismo tiempo.

Habló con mucha más seriedad en el semblante de la que había manifestado yo al plantearle mis preguntas y añadió muchas amables consideraciones a propósito de otras cosas que yo había dicho anteriormente, por lo que me creí obligada a hablarle también con cierta seriedad.

—Mi querido amigo —dije—, sólo os lo había preguntado en broma y a modo de introducción para algo mucho más serio que tengo que deciros. En concreto se trata de que, si he de ir con vos al extranjero, esta vez quiero dejaros claras las cosas y que sepáis lo que pienso aportar a nuestro matrimonio, así como el modo en que lo he dispuesto y garantizado todo y otras cosas por el estilo. De modo que venid —añadí—, sentaos y dejad que os lo explique. Espero que comprobéis que no os habéis casado con una mujer sin fortuna. —Me respondió que, ya que quería hablar de cosas tan serias, prefería que lo dejásemos para el día siguiente, y que hiciésemos entonces igual que hacen los pobres después de casarse, que se palpan los bolsillos y comprueban de cuánto dinero disponen para enfrentarse al mundo—. De acuerdo —le respondí satisfecha, y así concluyó de momento la conversación.

Eso ocurrió por la mañana y, después de comer, mi marido salió a ver a su banquero, según me explicó, y volvió con un mozo de cuerda cargado con dos grandes baúles y con su criado, que arrastraba otro casi tan pesado como los que llevaba el mozo y sudaba copiosamente. Despidió al mozo de cuerda y, poco después, volvió a salir con el criado y no regresó hasta la noche, acompañado de otro mozo de cuerda cargado con más baúles y bultos y mandó que lo subieran todo a una habitación que había al lado de nuestro dormitorio. Por la mañana, me pidió que me sentara a una mesa muy grande y empezó a desempaquetar las cosas.

Cuando abrió los baúles, descubrí que contenían sobre todo libros, papeles y pergaminos, es decir, libros de cuentas y escrituras y otras cosas por el estilo, que en aquel momento carecían de interés para mí, pues no los comprendía. Sin embargo, vi que los sacaba todos, y los extendía sobre la mesa y en las sillas y empezaba a consultar unos y otros, de modo que salí de la habitación. Y, de hecho, estaba tan ocupado con sus libros que no me echó de menos hasta pasado un buen rato. Después de revisar todos sus papeles, abrió un pequeño cofre y me llamó.

—Bueno —dijo, llamándome «su condesa»—, ahora ya puedo responder a vuestra primera pregunta. Si tenéis la bondad de sentaros mientras abro este cofre, sabréis mejor a qué ateneros.

Así que abrimos el cofre y tengo que admitir que me llevé una buena sorpresa, pues estaba convencida de que en aquel tiempo había disminuido y no acrecentado su fortuna; sin embargo, me mostró cerca de dieciséis mil libras esterlinas en letras de cambio y bolsa de la Compañía de las Indias Orientales, luego me entregó nueve letras de crédito del banco de Lyon, en Francia, y dos sobre las rentas del

Ayuntamiento de París, que ascendían en total a cinco mil ochocientas coronas anuales o por renta anual, como lo llaman allí; y por fin la suma de treinta mil *rix-dólares* del banco de Amsterdam, aparte de algunas joyas y piezas de oro que había en el cofre, por valor de entre mil quinientas y mil seiscientas libras, entre ellas había un magnífico collar de perlas que debía de valer unas doscientas libras, y que sacó y me puso alrededor del cuello, diciendo que esa bagatela era lo de menos.

Yo estaba tan sorprendida como satisfecha, y comprobar que se había enriquecido de aquel modo me causó una inexpresable alegría.

—Desde luego —admití—, teníais razón al decir que podíais hacerme condesa y mantenerme como tal.

En suma, era inmensamente rico, pues aparte de todo eso —y de ahí que hubiera estado tan atareado con sus libros— me mostró varias inversiones que tenía en el extranjero relacionadas con sus negocios y, en particular, una participación equivalente a la octava parte de un barco de la Compañía de las Indias Orientales que estaba ahora en ultramar; una cuenta corriente con un mercader de Cádiz, en España; unas tres mil libras invertidas en barcos que acababan de partir hacia las Indias y un enorme cargamento de mercancías que estaba a la venta en Lisboa, en Portugal; en sus libros había, pues, otras doce mil libras. El total sumaba más de veintisiete mil libras esterlinas y mil trescientas veinte libras al año.

Me quedé perpleja ante sus explicaciones y no le dije nada en un buen rato, sobre todo porque vi que seguía ocupado con sus libros. Después, notó que iba a expresarle mi sorpresa y me dijo:

—Esperad, amiga mía, pues eso no es todo.

Y sacó varios sellos antiguos y pequeños pergaminos que al principio no acerté a comprender, pero que, según me explicó, eran los derechos de reversión que tenía sobre las fincas de su padre, así como una hipoteca de catorce mil *rix-dólares* sobre los bienes del actual propietario, lo que suponía otras tres mil libras más.

—Esperad todavía un momento —prosiguió—, pues también tengo que pagar algunas deudas, y os aseguro que son bastante cuantiosas.

La primera, afirmó, eran las ocho mil *pistoles* de las que tanto me había hablado, que había perdido en un pleito en París, y que le habían impulsado a abandonar la ciudad muy disgustado; afirmó que debía también unas cinco mil trescientas libras esterlinas en otras cuentas, pero que, a pesar de todo, seguía teniendo diecisiete mil libras netas en metálico y unas rentas de mil trescientas veinte libras anuales.

Tras una pausa llegó mi turno de hablar.

—En fin —dije—, es muy triste que un caballero con una fortuna semejante venga a Inglaterra y acabe casándose con una mujer que no tiene ni un céntimo. Pero, bueno, que no se diga que no apporto lo poco que tengo a la bolsa común.

Y empecé con mi enumeración.

En primer lugar, le mostré la hipoteca que me había conseguido el bueno de sir Robert Clayton, con unas rentas anuales de setecientas libras y un capital de catorce mil libras.

En segundo, le mostré otra hipoteca sobre unas tierras, que me había procurado el mismo fiel amigo y por la que, en tres ocasiones, me habían ofrecido hasta doce mil libras.

En tercero, le mostré un saquito con diversos valores de renta fija y pequeñas hipotecas por un valor total de diez mil ochocientas libras, que suponían unas rentas de seiscientas treinta y seis libras anuales; de modo que, en conjunto, sumaban unos ingresos fijos de dos mil cincuenta y seis libras al año en dinero contante y sonante.

Después de mostrárselo, lo puse sobre la mesa y le pedí que lo tomara, a fin de que, de ese modo, pudiera responder a la segunda pregunta, es decir, qué fortuna le había aportado su mujer, y él esbozó una sonrisa.

Se quedó mirándolo un rato, y luego me lo devolvió.

—No pienso tocarlo —dijo—, hasta que todo esté en manos de fideicomisarios para vuestro propio uso y la administración dependa sólo de vos.

No puedo ocultar lo que sentí mientras ocurría todo aquello, a pesar de ser una situación agradable en sí misma, pues me hizo temblar más que a Baltasar^[30] cuando vio la escritura en el muro en una ocasión idéntica. «¡Pobre desgraciada —me dije—, toda esta riqueza mal adquirida, producto de la lujuria y de una vida licenciosa de prostitución y adulterio, se mezclará con la fortuna honradamente conseguida por este caballero inocente, la roerá como la polilla y la carcoma^[31] y atraerá el juicio del cielo sobre él y sus posesiones, y todo por mi culpa! ¿Habrán mi maldad de poner fin a su tranquilidad? ¿Seré la llama que arrase su cosecha y un medio para que el cielo maldiga sus bendiciones? ¡No lo quiera Dios! Separemos nuestros bienes, si es que todavía es posible».

Ése es el motivo de que haya sido tan meticulosa al detallar mi enorme riqueza y por qué, a petición mía, decidimos separarla de su propia fortuna, que probablemente fuera fruto de una laboriosa vida de esfuerzos y que era igual, si no superior, a la que yo poseía.

Ya he contado que me devolvió todas mis escrituras.

—Muy bien —dije—, ya que insistís en que conserve todos mis bienes, aceptaré con una condición.

—Y ¿qué condición es ésa? —preguntó.

—Lo único que os pido es conservarlos sólo en caso de que se produzca vuestro fallecimiento, siempre, claro, que yo os sobreviva.

—De acuerdo —respondió—, me parece legítimo.

—Sin embargo —proseguí—, es el marido quien cobra los ingresos anuales mientras está con vida, ya que se supone que son necesarios para mantener a la

familia. Pues bien —dije—, he aquí dos mil libras anuales, que en mi opinión es más o menos lo que gastaremos, y no quiero que se ahorre ni un céntimo; así podréis añadir todos los ingresos de vuestro capital, los intereses de las diecisiete mil libras y las mil trescientas libras anuales a vuestra propia fortuna, y de este modo —añadí— os enriqueceréis tanto como si os dedicaseis a negociar con él y no tuvieseis que mantener una casa.

Le gustó mi proposición y aceptó que así se hiciera. De manera que, hasta cierto punto, me aseguré de no exponer a mi marido a la ira de una justa Providencia por unir mi riqueza maldita y mal adquirida a sus bienes adquiridos honradamente. Todo eso lo inspiraron las reflexiones que yo me hacía de vez en cuando sobre la justicia divina, pues tenía motivos sobrados para creer que acabaría por abatirse sobre mí o sobre mis bienes después de la vida malvada que había llevado.

Y que nadie se llame a engaño y deduzca por el sorprendente éxito que tuve en todos mis perversos actos, y por la enorme fortuna que amasé con ellos, que vivía una vida feliz y satisfecha. No, no, llevaba una flecha clavada en el hígado^[32], en mi interior ardía un infierno secreto, incluso en los momentos en que mayor era mi alegría, pero sobre todo ahora que todo había terminado, y cuando todo hacía suponer que debía ser la mujer más feliz de la tierra. Todo ese tiempo, digo, me embargaba un terror tan constante que sufría de vez en cuando terribles sobresaltos y me hacía temer lo peor casi en cualquier circunstancia.

En una palabra, no tronaba o relampagueaba sin que yo esperase que el siguiente rayo fuese a desgarrarme las entrañas y fundir la espada (mi alma) con su funda de carne; no soplaban ráfaga de viento que no me obligara a pensar en el derrumbe de alguna chimenea u otra parte de la casa que me enterrarían entre sus ruinas y lo mismo me ocurría con otras muchas cosas.

Pero tal vez tenga ocasión de hablar de eso más adelante. En cierto modo, todo estaba arreglado: disponíamos de cuatro mil libras anuales para asegurar nuestra subsistencia futura, además de una enorme suma en joyas y plata, y además de eso yo tenía ocho mil libras guardadas, que le oculté para ayudar a mis dos hijas, de quienes todavía tengo mucho que decir.

XXIV

Con esa fortuna, gestionada como se ha dicho y con el mejor marido del mundo, volví a dejar Inglaterra. No sólo abandoné aquella vida alegre y licenciosa empujada por la prudencia y la naturaleza de las cosas, tras haberme casado y establecido de un modo tan ventajoso, sino que empecé a considerarla con odio y horror, que son seguros compañeros, si no los antecedentes, del arrepentimiento.

En ocasiones, el milagro de mis actuales circunstancias operaba sobre mí y me extasiaba haberme librado tan fácilmente de las garras del infierno y no haberme dejado arrastrar a la ruina, como acaba ocurriéndoles, más tarde o más temprano, a casi todos los que llevan una vida parecida, pero aquél era un aliento demasiado elevado para mí. Mis remordimientos no emanaban de una percepción de la bondad divina. Me arrepentía del crimen, pero con otro tipo de arrepentimiento de categoría inferior, impulsado más por el miedo a la venganza que por la sensación de haberme librado del castigo y de haber desembarcado sana y salva después de la tormenta.

Lo primero que sucedió tras nuestra llegada a La Haya (donde nos instalamos por un tiempo), fue que mi marido me saludó una mañana llamándome «condesa», como había prometido que haría, después de transferir a su nombre las tierras y el título. Es cierto que se trataba sólo de una reversión, pero no tardó en pasar a sus manos y, entretanto, igual que a todos los hermanos de un conde se les llama condes, ostenté el título por cortesía unos tres años antes de que fuese mío en realidad.

Fue una agradable sorpresa que lo consiguiera tan pronto, y quise que mi marido cogiera de mis propios fondos el dinero que le había costado, pero sólo conseguí que se burlara de mí.

Ahora estaba en la cima de mi gloria y mi prosperidad: me había convertido en la condesa de..., pues había conseguido lo que tanto deseaba en secreto y que era, en realidad, el verdadero motivo de que hubiese aceptado instalarme en el continente. Contraté más sirvientes, viví en una especie de magnificencia que no había conocido hasta entonces, me hacía llamar «mi señora» a cada paso, y llevaba una corona en mi carruaje, aunque poco o nada supiera de mi nuevo linaje.

De lo primero que se ocupó mi marido fue de declarar que nos habíamos casado once años antes de nuestra llegada a Holanda, y de este modo reconoció como hijo legítimo al niño, que seguía en Inglaterra, y luego dio orden de que fuesen a buscarlo, para que pudiera vivir con su familia.

Con esa misma intención, mandó avisar a su familia de Nimega, que era donde se estaban criando sus hijos (dos niños y una niña), de que había vuelto de Inglaterra y de que se encontraba con su mujer en La Haya, donde pensaba quedarse un tiempo; pidió que le enviaran a sus dos hijos y yo procuré tratarlos con la ternura y amabilidad que podían esperar de una madrastra que además pretendía serlo desde

que ellos tenían dos o tres años.

No fue difícil fingir que llevábamos casados todo ese tiempo, pues en aquel país nos habían visto juntos por aquella época, es decir, unos once años antes, y después nadie había vuelto a saber nada de nosotros hasta nuestro regreso. De eso dio fe gustosamente nuestro amigo, el mercader de Rotterdam, y también los dueños de la casa donde nos habíamos alojado en dicha ciudad, y donde había empezado nuestra relación, que, por fortuna, seguían con vida. Y para hacerlo todavía más público, viajamos a Rotterdam, volvimos a alojarnos en el mismo sitio e hicimos que nos visitara allí nuestro amigo el mercader, quien luego nos invitó a su vez a su residencia, donde nos trató con mucha hospitalidad.

El astuto modo de actuar de mi marido fue sin duda testimonio del afecto honorable y sincero que sentía por nuestro hijo, pues lo hizo sólo por el bien del niño.

Digo que fue un afecto honorable, pues, si se tomó tantas molestias, fue sólo movido por la honorabilidad, para prevenir el escándalo que, de otro modo, se habría abatido sobre el niño inocente, igual que antes había pedido mi mano, cuando el niño no nacido estaba todavía en mi seno, y me había implorado, en nombre del afecto natural de una madre, que me casara con él, movido sólo por la justicia y a fin de que el pobre desdichado no tuviese que pagar por los pecados de sus padres. Y, aunque me amaba sinceramente, tengo razones para pensar que aquel mismo principio de justicia fue el que le impulsó a volver a Inglaterra a buscarme, con la intención de desposarme y, tal como él mismo dijo, salvar al cordero inocente de una infamia peor que la muerte.

Debo repetir con justo reproche que yo no sentía la misma preocupación por él, pese a que fuese carne de mi carne, y que tampoco llegué a sentir el mismo amor afectuoso que sintió siempre mi marido. Ignoro cuál sería el motivo, pero el hecho es que en todos mis años de juergas y francachelas londinenses no había expresado otra preocupación por él que enviar a Amy a verlo de vez en cuando y pagar para que lo cuidaran: apenas lo vi más de cuatro veces en sus cuatro primeros años de vida, y más de una vez deseé que desapareciese silenciosamente de este mundo; en cambio, me preocupé mucho más por un hijo que tuve con el joyero y, aunque no permití que llegase a conocerme, lo envié a un buen colegio y, cuando tuvo la edad adecuada, lo dejé ir con un honrado comerciante a las Indias y, una vez empezó a valerse por sí mismo, le mandé de vez en cuando dos mil libras, con las que negoció hasta hacerse rico, y es de esperar que algún día pueda volver con cuarenta o cincuenta mil libras en el bolsillo, como hacen muchos a quienes no les ayudaron tanto al principio.

También le envié una mujer, una joven hermosa, bien educada y de buen carácter, pero al muy descarado no le gustó y tuvo la impertinencia de escribirme —es decir, a la persona a la que yo empleaba para mantener correspondencia con él— pidiéndome que le enviara otra y prometiéndome que casaría a la que le había enviado con un

amigo suyo a quien le había gustado más que a él; pero yo me enfadé tanto que no se la mandé y además no le envié otra cosa que tenía preparada y que valía más de mil libras. Luego se lo pensó mejor y se ofreció a desposarla, pero ella se había ofendido por la afrenta y lo rechazó, y yo le escribí diciéndole que la comprendía perfectamente. No obstante, después de que la cortejara más de dos años y gracias a la intervención de algunos amigos, acabó por aceptarlo y fue una magnífica esposa, tal como yo había imaginado, pero nunca les envié las mil libras prometidas: perdió, en fin, aquel dinero por desobedecerme y encima acabó casándose con la joven de todos modos.

Mi nuevo marido y yo vivíamos una vida regular y contemplativa, una vida plena y llena de felicidad, pero, aunque considerase con satisfacción mi situación actual, cosa que ciertamente hacía, también pensaba a todas horas con odio y aflicción en el pasado y, por primera vez, dichas reflexiones empezaron a hacer presa en mi comodidad y a ensombrecer todas mis alegrías. Puede decirse que ya habían roído un hueco en mi corazón antes, pero ahora lo traspasaba de parte a parte, devoraron todo lo que me resultaba placentero, amargaron mis dulzuras y llenaron mis sonrisas de suspiros.

Ni la opulencia de nuestra fortuna, ni un capital de cien mil libras (pues eso era lo que habíamos reunido entre los dos), ni títulos, ni honores, ni séquitos, ni criados, ni, en una palabra, todas las cosas que consideramos placenteras, podían aliviarme o servirme de consuelo, al menos no demasiado. Es más, me volví triste, pensativa y melancólica; dormía y comía poco; soñaba continuamente con las cosas más terribles y espantosas: apariciones, monstruos y demonios, abismos que se abrían a mis pies y altos precipicios de los que caía sin remedio, de forma que por la mañana, en lugar de levantarme descansada con la bendición del sueño, me despertaba aterrada con miedos y otras cosas terroríficas que sólo existían en mi imaginación, y me sentía agotada por la falta de descanso o congestionada y apenas podía hablar con mi familia o cualquier otra persona.

Mi marido, el hombre más tierno del mundo, sobre todo conmigo, se preocupó mucho por mí, e hizo todo lo posible por consolarme y animarme: se esforzó en razonar conmigo, luego trató de divertirme, pero apenas consiguió nada.

Mi único alivio era desahogarme de vez en cuando con Amy cuando nos quedábamos a solas, y ella hacía lo que podía por consolarme, aunque no servía de mucho, pues, aunque Amy había sido una auténtica penitente cuando sobrevivimos a la tormenta, ahora había vuelto a ser como siempre: una mujerzuela alegre y ligera de cascos a quien la edad no había vuelto más seria, pues por entonces también tenía entre cuarenta y cincuenta años.

Pero, para seguir con mi propia historia, igual que no tenía a nadie que me consolara, tampoco tenía quien me aconsejara; era una suerte, pensé a menudo, que

no fuese católica romana, pues ¿qué papel habría hecho al acudir al cura con una historia como la que tenía que contarle? Y ¿qué penitencia me habría impuesto un padre confesor honrado y sincero?

En cualquier caso, como no disponía de tal recurso, no conseguí la absolución que tanto alivia al criminal tras la confesión, sino que seguí con el peso de mi crimen en el corazón y sin saber qué hacer. En ese estado languidecí casi dos años, y bien puedo decirlo así, pues, si la Providencia no me hubiese aliviado, habría muerto al poco tiempo. Pero ya contaré eso más tarde.

XXV

Ahora debo volver atrás a fin de completar el relato de mis asuntos en Inglaterra, o al menos los que me propongo contar en esta historia. Ya he explicado a grandes rasgos lo que había hecho por mis dos hijos, uno en Messina y el otro en las Indias.

Pero no he terminado la historia de mis dos hijas. A una de ellas no podía verla porque corría el riesgo de que me reconociera, y a la otra no se me ocurría cómo verla y darme a conocer, porque entonces sabría que no quería que me viese su hermana y eso le habría parecido extraño. Así que decidí no ver a ninguna de las dos y que Amy se ocupara de todo en mi nombre, aunque, después de convertirlas a ambas en unas damas cumplidas, gracias a una educación tardía pero esmerada, estuvo a punto de dar al traste con todo al delatarse ante una de ellas, en concreto ante la que había sido mi criada y a quien, como se ha dicho antes, había tenido que despedir por miedo a que descubriera lo que descubrió entonces. Ya he explicado el modo en que Amy lo arregló todo a través de una tercera persona, y cómo la chica, una vez convertida en una dama, adoptó la costumbre de visitarla en mis apartamentos. El caso es que Amy fue a ver al hermano de la joven a casa del hombre de Spitalfields y dio la casualidad de que las dos chicas estaban allí, y la última descubrió inocentemente el secreto es decir, que aquélla era la dama que había hecho tanto por ellas.

Amy se quedó muy sorprendida pero, como vio que la cosa no tenía remedio, se lo tomó a broma y les habló abiertamente, convencida como estaba todavía de que no podrían averiguar nada mientras no supiesen de mí. De modo que los reunió a todos y les contó la historia, tal como la llamó ella, de su madre, empezando por el día en que las llevó a casa de su tía, y una de ellas afirmó estar muy sorprendida, pues estaba convencida de que Amy era su madre y de que por algún poderoso motivo que no se le alcanzaba se lo había ocultado todo ese tiempo, por lo que, cuando les contó sinceramente que no lo era, la chica empezó a llorar y a Amy le costó mucho consolarla. Aquélla era la chica que había trabajado para mí como criada en el Pall Mall y, cuando consiguió que se recobrase un poco, Amy le preguntó qué era lo que la afligía tanto. La pobre chica la abrazó y la besó y se emocionó tanto que, a pesar de ser una joven robusta de diecinueve o veinte años, no pudo pronunciar palabra. Por fin logró dominarse y exclamó:

—¡Oh, no digáis que no sois mi madre! Estoy segura de que lo sois.

Y luego volvió a echarse a llorar como si quisiera morir de pena. Amy no supo qué hacer hasta pasado un buen rato, pues no quería repetirle que no era su madre para no producirle otro ataque de llanto, así que optó por abordar la cuestión de otro modo:

—Vamos, niña —dijo—, ¿por qué quieres que lo sea? Si es por lo amable que he sido contigo, no te preocupes por eso. Seguiré tratándote igual de bien que una

madre.

—¡Sí! —dijo la chica—, estoy segura de que lo sois, ¿se puede saber qué os he hecho para que no queráis reconocerme? Aunque sea pobre, vos me habéis convertido en una dama y nunca haría nada que pudiera deshonraros; además —añadió—, sé guardar un secreto, sobre todo si concierne a mi propia madre.

Y luego volvió a llamar a Amy «mi madre querida» y a abrazarla del cuello mientras lloraba a lágrima viva.

Estas últimas palabras de la joven alarmaron a Amy y, por lo que me contó, le asustaron terriblemente; es más, la dejaron tan confundida que no pudo dominarse, ni ocultarle a la chica su turbación, tal como se contará ahora. El caso es que Amy se quedó perpleja y muy sorprendida, y la muchacha, que era muy despierta, aprovechó la ocasión.

—Mi madre querida, no os preocupéis. Lo sé todo, pero no os preocupéis, no diré ni una palabra ni a mi hermano ni a mi hermana sin vuestro permiso. Pero no me rechazéis ahora que me habéis encontrado, no os escondáis de mí por más tiempo. No sería capaz de soportarlo —exclamó—, se me partiría el corazón.

«Esta chica debe de haberse vuelto loca», pensó Amy.

—Vamos, muchacha, te aseguro que, si fuese tu madre, no te rechazaría. ¿Acaso no he sido tan buena contigo como una madre?

Pero fue como hablar con la pared.

—Sí —respondió la chica—, reconozco que habéis sido muy buena conmigo —e insistió en que ése era otro motivo más para convencer a cualquiera de que se trataba de su madre, aunque ella tenía otras razones para creerlo y también saberlo, y añadió que era muy triste que no permitiese a su propia hija que la llamara madre.

Amy estaba tan confusa que, en lugar de seguir preguntándole para tratar de averiguar qué era lo que le hacía estar tan segura, se marchó y corrió a contarme lo sucedido.

Al principio me quedé atónita y después todavía más, como se explicará ahora, pero el caso es que le dije a Amy: «Aquí hay alguna cosa que se nos escapa»; sin embargo, tras mucho considerarlo, llegué a la conclusión de que la chica sólo la conocía a ella y me alegré mucho de no haber participado en el asunto y de que no supiese nada de mí. No obstante, mi tranquilidad no duró mucho, pues la siguiente ocasión en que Amy fue a visitarla, ocurrió lo mismo y se mostró aún más vehemente que la vez anterior. Amy trató de calmarla de todos los modos posibles, primero le dijo que le ofendía mucho que no la creyera, y la amenazó con volver a dejarla en la miseria si seguía insistiendo en aquel absurdo capricho.

Al oírla, la chica sufrió otro terrible ataque de llanto y se le abrazó como una niña desamparada.

—Vamos —dijo Amy—, ¿es que no puedes serenarte y dejar que siga cuidando

de ti como hasta ahora? ¿Acaso crees que si fuese tu madre no te lo diría? ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

Pues bien, la joven le respondió que estaba enterada de todo y le explicó en pocas palabras lo que sabía. Y lo cierto es que, pese a lo escuetas que fueron aquellas palabras, bastaron para aterrorizar primero a Amy y luego a mí.

—Sé —afirmó— que cuando os marchasteis de... (y le dio el nombre del pueblo), después de que mi padre nos abandonara, os trasladasteis a Francia. Y también sé con quién fuisteis —prosiguió la chica—, ¿o es que vais a negarme que regresasteis de allí con mi señora Roxana? Yo no era más que una niña, pero me lo han contado. —Y así siguió hasta que consiguió que Amy perdiese la paciencia, se pusiera a gritarle como una posesa y le asegurase que no volvería a verla nunca y que poco le importaba si acababa pidiendo limosna.

La joven no pudo dominarse y le respondió que se había visto en peores situaciones y que siempre podría volver a servir. Y añadió que, si no quería reconocer a su propia hija, ella haría lo que le viniese en gana. Luego volvió a prorrumpir en llanto como si fuese a morir de pena.

En suma, la conducta de aquella muchacha horrorizó tanto a Amy como a mí y, aunque estuviera equivocada en algunos detalles, el hecho de que acertase tanto en otros nos cubrió de perplejidad; sin embargo, lo que terminó de desquiciar a Amy fue que le dijo que sabía que yo me había ido a Francia con el joyero, aunque no le llamó así, sino que afirmó que, después de abandonar a sus hijos, el dueño de la casa la había cortejado y había acabado casándose con ella.

El caso es que era evidente que la chica tenía sólo una versión parcial de las cosas, pero aún así había logrado enterarse de algunos detalles que no dejaban de tener un fondo de verdad: por lo visto, nuestras primeras medidas y mis amores con el joyero no habían pasado tan desapercibidas como habíamos imaginado y habían llegado a oídos de mi cuñada, a quien Amy le había llevado los niños y que, al parecer, había organizado un pequeño escándalo al enterarse, aunque por suerte eso había ocurrido cuando yo ya me había marchado sin que nadie conociese mi paradero, porque de lo contrario estoy segura de que me habría devuelto a los niños.

Hasta aquí lo que pudimos sacar del discurso de la chica, o mejor dicho, lo que le sacó Amy en varias visitas sucesivas; sin embargo, la mayor parte eran fragmentos inconexos de varias historias que la joven había oído hacía mucho tiempo y que no acababan de tener ni pies ni cabeza, pues tan sólo sabía que su madre se había prostituido, se había fugado con el propietario de la casa y, después de casarse con él, se había ido a vivir a Francia. Y, cuando se enteró, mientras trabajaba en mi casa como criada, de que Amy había estado en dicho país con su señora Roxana y consideró la bondad que le había demostrado siempre, se convenció de que Amy era, en realidad, su madre y no hubo manera de convencerla de lo contrario.

Pero todo aquello, una vez considerada la cuestión y por lo que pude deducir de las palabras de Amy, no me preocupó ni la mitad que saber que aquella descarada conocía el nombre de Roxana y parecía saber quién era, aunque eso tampoco tuviera mucho sentido, pues en ese caso no habría deducido que Amy era su madre. No obstante, poco después, cuando Amy casi había logrado convencerla y la chica empezaba a estar tan confusa que lo que decía ya no tenía ni pies ni cabeza, la desdichada criatura sufrió una especie de arrebató de cólera y le dijo que, si ella no era su madre, entonces por fuerza tenía que serlo su señora Roxana, pues estaba convencida de que lo era una de las dos, y, en ese caso, todo lo que había hecho por ella Amy había sido siguiendo las órdenes de su señora Roxana.

—Y estoy segura —añadió— de que la carroza que llevó a aquella dama (quienquiera que fuese) a casa de mi tío en Spitalfields era la de mi señora Roxana, pues así me lo dijo el cochero.

Amy se burló de ella con el desparpajo de siempre, aunque luego me confesó que le había costado un gran esfuerzo hacerlo, pues sus palabras la dejaron tan confundida que poco faltó para que cayera desmayada en el suelo, y lo mismo me ocurrió a mí cuando me lo contó.

No obstante, Amy lo negó todo con el mayor descaro.

—Muy bien —le dijo—, pues ya que estás tan convencida de ser de tan alta cuna como para ser hija de mi señora Roxana, ¿por qué no vas a reclamarle lo que es tuyo? Supongo que sabes dónde encontrarla, ¿no?

Ella respondió que eso no sería difícil, y afirmó saber muy bien dónde me escondía y que, aunque volviera a mudarme, me encontraría.

—Sé muy bien a lo que se dedica, vaya que sí —observó con una especie de mueca sardónica.

Amy se ofendió de tal modo que me confesó, en suma, que empezó a pensar que sería necesario asesinarla. Esta expresión me produjo tal espanto que se me heló la sangre en las venas y me puse a temblar con tanta violencia que no pude articular palabra hasta pasado un buen rato. Por fin, le dije:

—Pero bueno, Amy, ¿es que te ha poseído algún demonio?

—No, no —respondió—, dejaos ahora de demonios. Si sospechara que sabe una palabra de vuestra historia, la despacharía una y mil veces, aunque se tratase de mi propia hija.

—Y yo —exclamé—, a pesar de lo mucho que te quiero, sería la primera en echarle la soga al cuello, y asistir a tu ejecución me proporcionaría mayor placer que cualquier otra cosa que haya visto en toda mi vida. Pero, qué digo —continué—, ni siquiera creo que vivieras lo bastante para que te colgasen, yo misma te degollaría con mis propias manos. Casi estoy tentada de hacerlo por haberme propuesto algo semejante.

Luego la llamé demonio maldito y le ordené que se quitara de mi vista.

Creo que ésa fue la primera vez que me enfadé con Amy en toda mi vida, y eso que, si se piensa bien, aquella idea diabólica era fruto tan sólo de la enorme devoción y fidelidad que sentía por mí.

Lo cierto es que todo eso me produjo una conmoción terrible, pues sucedió justo después de celebrarse mi matrimonio, y sirvió para apresurar nuestra partida a Holanda; por nada en el mundo me habría arriesgado a dejarme ver y que alguien hubiera podido reconocer a Roxana, pues eso habría bastado para arruinar todos los proyectos que había hecho con mi marido y me habría convertido en una nueva princesa alemana^[33].

El caso es que puse a Amy a trabajar y le encargué que investigase por todos los medios cómo había descubierto la chica todo aquello, y en concreto qué era lo que sabía en realidad y qué lo que no sabía. Era de suma importancia que averiguásemos por qué aseguraba conocer a la señora Roxana y de dónde había sacado aquellas misteriosas ideas suyas, pues era evidente que no sabía a ciencia cierta quién era yo, o de lo contrario no se le habría metido en la cabeza que Amy era su madre.

Reprendí severamente a Amy por haberse dejado reconocer por mi hija, es decir, por haberse dejado identificar como mi cómplice, pues era imposible que no la reconociera después de haber trabajado para ella, o más bien a sus órdenes y para mi familia, tal como se contó antes. Pero Amy siempre había hablado con ella a través de una persona interpuesta y el secreto se descubrió sólo por accidente, como expliqué más arriba.

Amy estaba tan preocupada como yo, pero no pudo hacer nada por evitarlo. Y, aunque nos causase una gran inquietud, la cosa no tenía remedio y lo único que podíamos hacer era tratar de acallar el asunto en lo posible para que todo quedase entre nosotras. Ordené a Amy que castigara a mi hija y así lo hizo, pues se despidió de ella con un reproche y le aseguró que ahora comprobaría de una vez por todas que no era su madre, pues pensaba abandonarla allí donde la encontró, y, ya que no le bastaba con recibir la ayuda de una amiga y necesitaba convertirla en una madre, en el futuro no sería ni su madre ni su amiga, y le aconsejó que volviera a servir y a ganarse el pan con el sudor de su frente como lo había hecho hasta entonces. La pobre chica lloró de un modo lamentable, pero no hubo manera de convencerla y lo que más sorprendió a Amy fue que, después de aquella terrible reprimenda, siguiera en sus trece y que, pese a todas sus amenazas de abandonarla, continuara diciendo que estaba segura de que, si Amy no era su madre, entonces es que lo era su señora Roxana, y añadiera que estaba dispuesta a averiguarlo y que sabía muy bien dónde preguntar por su nuevo marido.

Amy volvió con aquella noticia y, nada más entrar en la habitación, noté que estaba frenética y fuera de sí y que tenía que hacer un gran esfuerzo para no

contármelo, pues mi marido estaba presente. No obstante, cuando subió a cambiarse, no tardé en encontrar una excusa para seguirla.

—¿Qué demonios ocurre, Amy? —dije—. Estoy segura de que traes malas noticias.

—¡Malas noticias! —respondió en voz alta—. Pues sí. Creo que esa muchacha está endemoniada y que va a ser nuestra ruina y la suya, no hay modo de tranquilizarla.

Y así siguió y me contó todos los detalles, pero lo que más me asombró es que la chica afirmase saber que yo me había casado, que conocía el nombre de mi marido y que pensaba ir a buscarme. Pensé que me desmayaba al oírlo, mientras Amy daba vueltas por la habitación como una perturbada.

—Hay que acabar con esto, no lo soporto más, la mataré, la mataré como hay D... —Y juró por su creador en el tono mas serio del mundo, y luego volvió a repetirlo tres o cuatro veces, mientras iba y venía por la habitación—. La mataré, vaya que sí, aunque fuese la última mujerzuela del mundo.

—Te ruego que sujetes la lengua, Amy —le dije—, parece que te hayas vuelto loca.

—Y así es —respondió—, loca de remate, pero recobraré la cordura en cuanto haya acabado con ella.

—No, no lo harás —exclamé—. ¡Ay de ti como se te ocurra tocarle un solo pelo! Tendrían que colgarte por lo que has hecho ya, pues sólo por haberlo pensado eres tan asesina como si hubieras cometido el crimen.

—Lo sé —dijo Amy—, y no concibo nada peor, pero aún así estoy decidida a libraros de ella. Os aseguro que jamás volverá a decir que sois su madre, al menos en este mundo.

—Vamos, vamos —la tranquilicé—, cálmate y no hables así, no lo soporto más.

Y, al cabo de un rato, se serenó un poco.

Debo admitir que la posibilidad de que nos descubrieran conllevaba tantas ideas espantosas y precipitaba de tal modo mis pensamientos que estaba casi tan nerviosa como la propia Amy, así de terrible es el peso de la culpa sobre el espíritu.

Sin embargo, cuando Amy empezó a hablar por segunda vez de matar a aquella pobre muchacha y de asesinarla, y juró por su creador que lo haría, empecé a comprender que hablaba en serio y el espanto me hizo volver en mí.

Nos pusimos a considerar juntas el modo de averiguar cómo había llegado a saber todo aquello y se había enterado de que su madre había vuelto a casarse, pero no hubo manera de saberlo: la joven se negaba a decir nada, pues estaba muy disgustada con el modo tan brusco en que la había abandonado Amy.

El caso es que Amy fue a la casa donde vivía ahora mi hijo, pero todo fue en vano. Lo único que les había contado la pobre desdichada era una confusa historia

acerca de una tal señora no sé cuántos, cuyo nombre ignoraban, y a la que no le habían dado ningún crédito. Amy les habló del absurdo comportamiento de la chica, les explicó hasta dónde habían llegado sus extravagancias y añadió que se había enfadado tanto con ella que no quería volver a verla y que, a menos que recapacitase y cambiase de actitud lo antes posible, tendría que volver a ponerse a servir.

El anciano caballero que había sido el bienhechor de mis hijos se preocupó mucho al oírlo, y la buena de su mujer se deshizo en excusas y le rogó a milady —refiriéndose a Amy— que no se lo tomara tan a pecho. Además ambos prometieron hablar con ella y la mujer añadió, con cierta perplejidad:

—Es imposible que sea tan loca y que no podamos convencerla de que sujete la lengua, sobre todo teniendo en cuenta que vos misma le habéis asegurado que no sois su madre y que a milady le molesta que siga insistiendo.

De modo que Amy se fue con ciertas esperanzas de que la cosa no pasara de ahí.

Pero la joven estaba tan obcecada que siguió en sus trece a pesar de todo lo que le dijeron y de que su hermana le suplicó que no fuese tan obstinada o la arrastraría también a ella a la perdición, pues aquella dama acabaría abandonándolas a ambas a su suerte.

Pues bien, el caso es que siguió insistiendo a pesar de todo, y lo peor estuvo en que cuanto más tiempo pasaba, menos respeto le fue teniendo a Amy y más se fue convenciendo de que quien era su madre era la señora Roxana, y afirmaba que había hecho averiguaciones y estaba segura de que acabaría desenmascarándola. Llegados a este punto, cuando descubrimos que no había nada que hacer con la chica, y que estaba tan obstinada en dar conmigo que incluso se aventuraba a explicarnos sus planes, me tomé mucho más en serio mis preparativos de viajar al otro lado del Canal y sobre todo empecé a temer que pudiera haber algo peor detrás de todo aquello. Pero el siguiente incidente superó todas mis previsiones y me sumió en la mayor confusión que he conocido en mi vida. Faltaba tan poco tiempo para marcharnos que mi marido y yo habíamos tomado todas las medidas necesarias para nuestra partida y, para reducir al mínimo las posibilidades de exhibirme en público y de que alguien pudiese reconocerme, pretexté que me desagradaban la falta de comodidades y la promiscuidad de la muchedumbre en los barcos de pasajeros. Mi marido captó enseguida la indirecta y encontró un barco mercante inglés que tenía como destino Rotterdam, se presentó al capitán, alquiló el barco entero, es decir, los camarotes — las bodegas iban llenas de carga—, a fin de que dispusiésemos de todas las comodidades en el viaje, y cuando todo estuvo dispuesto, invitó al capitán a cenar en casa para presentármelo y que tuviese ocasión de conocerlo. Después de cenar, empezamos a charlar sobre el barco y las comodidades a bordo y el capitán me animó a ir a verlo y aseguró que nos trataría del mejor modo posible. En otro momento de la conversación se me ocurrió expresar mi esperanza de que no hubiese otros pasajeros

a bordo y él respondió que no los había, pero añadió que su mujer llevaba mucho tiempo insistiéndole en que la dejara viajar con él a Holanda, aunque hasta ahora nunca se lo había permitido, pero que, ya que esta vez iba a ir yo a bordo, se le había ocurrido llevarlas a ella y a una de sus parientes para que pudieran atenderme y hacerme compañía, de modo que, si le hacía el honor de cenar con ellos en el barco al día siguiente, llevaría también a su mujer para que pudiéramos conocernos.

XXVI

¿Quién habría podido imaginar que el diablo me estaba tendiendo una trampa o que había algún peligro oculto en semejante situación? Era demasiado raro para sospecharlo. Dio la casualidad de que Amy no estaba en casa cuando aceptamos su invitación y, en su lugar, llevamos a nuestra honrada y alegre amiga cuáquera, una de las mejores personas que ha vivido nunca, y que, además de tener un sinfín de buenas cualidades y ser una persona sin tacha, era una excelente conversadora, aunque creo que también habríamos llevado a Amy si no hubiese estado tan ocupada con el desdichado asunto de la chica, que de pronto había desaparecido sin dejar rastro. Amy la había buscado por todas partes, pero lo único que había podido averiguar era que se había mudado a casa de una antigua compañera de colegio a quien quería como a una hermana y que estaba casada con un capitán de barco que vivía en Rotherhithe, aunque esto último no llegó a decírmelo. Al parecer, cuando Amy le recomendó que adquiriese cierta educación y que fuese a la escuela y otras cosas por el estilo, la muchacha había asistido a clases en un internado de Camberwell, donde se había hecho muy amiga de una joven damisela (así las llaman) que dormía con ella, hasta el punto de que se consideraban casi hermanas y se habían prometido no romper nunca su amistad.

Pero juzgue el lector cuál no sería mi sorpresa cuando, al subir a bordo y entrar en el camarote del capitán, o como ellos lo llaman, el camarote principal, para conocer a su mujer y a una joven que había con ella, me encontré con que se trataba de mi antigua criada de Pall Mall y que, tal como se ha explicado, no era otra que mi propia hija. La reconocí sin el menor género de dudas, pues aunque ella no había tenido ocasión de verme muy a menudo, yo sí la había visto muchas veces, ya que había trabajado mucho tiempo en mi casa.

Si alguna vez necesité valor y presencia de ánimo, fue entonces. Era mi mayor secreto y todo dependía de esa ocasión: si la muchacha me reconocía, estaba perdida; y la menor sorpresa o agitación me habrían delatado o le habrían hecho sospechar.

Se me ocurrió fingir un desmayo o desvanecimiento, desplomarme en el suelo o en cubierta y aprovechar la confusión y el desconcierto para ponerme la mano o un pañuelo delante de la cara, con la excusa de que no soportaba el olor a barco o de que me ahogaba dentro del camarote, pero eso sólo habría servido para que me llevasen al alcázar a que me diese un poco el aire y donde también habría habido más luz. Y, si hubiese alegado que me molestaba el olor, sólo habría servido para que desembarcásemos y fuésemos a casa del capitán, que estaba cerca de allí, pues el barco estaba atracado tan cerca de la orilla que para subir a bordo sólo tuvimos que cruzar una pasarela y pasar a través de otro que estaba abarloado al nuestro. El caso es que aquello no me pareció factible y, por si fuese poco, apenas tuve tiempo de

pensarlo, pues las dos damas se levantaron y nos saludamos, por lo que me vi obligada a acercarme a mi hija para darle un beso, cosa que no habría hecho si hubiera podido evitarlo, pero no había escapatoria posible.

No puedo dejar de reseñar aquí que, a pesar del espantoso secreto que ocultaba y pese a que estuve a punto de desmayarme cuando me acerqué a ella para saludarla, sentí un placer inconcebible al besarla, ya que se trataba de mi propia hija, sangre de mi sangre, nacida de mi cuerpo y a quien no había besado desde que me despedí de todos ellos, arrasada por las lágrimas y con el corazón encogido por el pesar, cuando Amy y aquella buena mujer se los llevaron a Spitalfields. No hay pluma capaz de describir ni es posible expresar con palabras la extraña impresión que aquello produjo en mi ánimo: sentí cómo se me aceleraba la sangre por las venas, el corazón pareció salirseme del pecho, la cabeza me daba vueltas y me dio la impresión de que todo giraba en torno a mí. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no dejarme llevar por la pasión al verla y todavía más cuando mis labios rozaron su cara, pues pensé que tendría que haberla abrazado y besado una y mil veces sin pensar en las consecuencias.

Sin embargo, prevaleció mi buen juicio, logré quitarme aquella idea de la cabeza y volví a sentarme infinitamente conmovida. Y no creo que nadie se extrañe si digo que la sorpresa me dejó sin habla unos minutos y que mi turbación estuvo a punto de delatarme. Era una situación enormemente complicada y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para dominarme, pero toda mi prosperidad dependía de que lo hiciera, de modo que me obligué a evitar aquella desgracia que llamaba a mi puerta.

El caso es que ya digo que la saludé, pero antes me dirigí a la mujer del capitán, que estaba al otro extremo del camarote, cerca de la lámpara, y tuve ocasión de colocarme de espaldas a la luz, por lo que, cuando me volví hacia ella, que estaba más a la izquierda, no pudo verme con claridad a pesar de lo cerca que estábamos. Yo temblaba y no sabía muy bien lo que hacía ni lo que decía. Las circunstancias me habían colocado en una situación extremadamente complicada, pues me veía obligada a ocultarles a todos mi turbación y corría el riesgo de que cualquiera pudiera descubrirme. Lo más probable era que ella me reconociese, pero yo debía evitarlo a toda costa. Debía ocultarme, pero no tenía dónde hacerlo, en suma, no había retirada posible, ni forma de impedir que mi hija me viera con total claridad y tampoco podía disimular la voz, pues mi marido se habría dado cuenta enseguida. Todo estaba en mi contra y no había nada que pudiera serme favorable.

Después de pasar casi media hora en el potro de tortura, mi marido y el capitán empezaron a hablar del barco, el mar y otras cosas que poco o nada interesan a las mujeres, hasta que por fin el capitán se lo llevó al alcázar y nos dejó a nosotras en el camarote. Hasta entonces yo me había mostrado fría, reservada y ligeramente formal, pero a partir de ese momento nos pusimos a hablar con más libertad y me sentí un

poco más animada, pues me dio la impresión de que la chica no me reconocía, ya que no noté ningún cambio en su expresión ni en su actitud, ni ninguna confusión ni vacilación en sus palabras; tampoco noté que fijara la vista en mí, como pensé que haría, sino que mas bien se dedicó a conversar sobre diversos asuntos con mi amiga cuáquera, aunque reparé en que sólo hablaban de cuestiones triviales e insustanciales.

Eso me hizo recobrar algo el valor y empecé a mostrarme un poco más alegre, pero de pronto me llevé otro mazazo cuando se volvió hacia la mujer del capitán y le dijo:

—¿Sabes, hermana^[34], que esta señora me recuerda mucho a...? —y pronunció el nombre de la persona, y la mujer del capitán afirmó que a ella también se lo parecía.

Luego, la chica replicó que estaba segura de haberme visto antes en alguna parte, aunque no recordaba dónde. Yo respondí (aunque no estuviese hablando conmigo) que lo más probable era que no hubiese sido en Inglaterra y le pregunté si había vivido en Holanda. Ella respondió que no y afirmó que nunca había salido de Inglaterra, y yo le dije que en ese caso era imposible, a menos que nos hubiésemos visto hacía muy poco tiempo, pues había vivido toda mi vida en Rotterdam. De este modo, salí con cierta dignidad de aquel embrollo y, para darle aún más veracidad a mis palabras, aproveché que el grumete holandés entró un momento en el camarote del capitán para hablarle en holandés y bromear con él todo lo que me permitió mi turbación.

No obstante, fui convenciéndome de que la chica no me conocía, lo que me produjo una satisfacción infinita, o al menos de que, aunque hubiese oído hablar de mí, no estaba del todo segura de mi identidad, pese a que conocerla le habría causado tanto gozo como a mí sorpresa. De hecho, me pareció evidente que, si hubiese sabido la verdad, no habría sido capaz de ocultármelo.

Así concluyó la reunión y no hace falta decir que decidí que, si conseguía librarme de ella ahora, no volvería a verme jamás, pero también en eso me equivocaba, como se verá enseguida. Después de desembarcar, la mujer del capitán nos llevó a su casa, que estaba junto a la orilla del mar, volvió a agasajarnos muy amablemente y nos hizo prometerle que volveríamos a visitarla antes de nuestra partida, para aclarar todos los detalles del viaje y demás, pues afirmó que su hermana y ella estarían encantadas de hacer la travesía con nosotros para hacernos compañía. Yo pensé para mis adentros: «No será conmigo», pues comprendí perfectamente que no me convenía acompañarlas, pues con el trato cotidiano podía acabar reconociéndome y sin duda reclamaría sus lazos de parentesco.

Apenas puedo concebir qué habría sucedido si Amy me hubiese acompañado al barco, sin duda se habría descubierto el pastel y me habría convertido en la esclava de aquella chica, es decir, habría tenido que dejarla participar en el secreto y confiar en que supiera guardarlo, o arriesgarme a que me delatase y lo echara todo a perder: sólo

de pensarlo me estremecía de espanto.

Pero no tuve tan mala suerte, pues Amy no fue con nosotros y gracias a eso salí relativamente bien librada. Sin embargo, todavía tenía que vencer un último obstáculo: igual que decidí cancelar el viaje, decidí, desde luego, cancelar la visita, pues me había prometido a mí misma que la chica me había visto por última vez y que no volvería a verme en toda su vida.

No obstante, para obrar con elegancia y al mismo tiempo tantear (si era posible) cuál era la situación, envié a mi amiga la cuáquera a visitar a la mujer del capitán con instrucciones de excusarme diciendo que no me encontraba muy bien y de insinuarle que tal vez no podría partir tan pronto como quería el capitán, por lo que probablemente tuviésemos que esperar hasta su próxima travesía. A la cuáquera no le di más explicaciones y me limité a decirle que estaba indispuesta y, para disimular, le insinué que creía estar encinta.

Fue fácil metérselo en la cabeza y ella, por supuesto, le dijo a la mujer del capitán que me había visto tan indispuesta que temía que pudiera perder el niño, por lo que, como es lógico, no podía partir.

Tal como yo había imaginado, desempeñó su papel con mucha habilidad, aunque ignorase el verdadero motivo de mi indisposición, pero aun así me desanimó al contarme algo que la había desconcertado durante su visita, y es que la joven, como ella la llamó, que estaba con la mujer del capitán, le había hecho preguntas de lo más impertinentes, como quién era yo, cuánto tiempo llevaba en Inglaterra, dónde había vivido y otras cosas parecidas y, por encima de todo, se había mostrado muy interesada en saber si alguna vez había vivido al otro extremo de la ciudad.

—Sus preguntas me parecieron tan fuera de lugar —dijo la honrada cuáquera— que no respondí a ninguna de ellas, ya que había reparado por cómo le contestaste a bordo del barco en que no te apetecía trabar amistad con ella, así que decidí que no averiguase nada por mí, y cuando me preguntó si habías vivido aquí o allá, le respondí que eras una dama holandesa que volvías con tu familia y que siempre habías vivido en el extranjero.

Le di las gracias del modo más efusivo, pues lo cierto es que no imaginaba hasta qué punto me había ayudado y, de hecho, había respondido a la chica con tanta inteligencia que, si hubiese estado enterada de todo el asunto, no habría podido hacerlo mejor.

Pero tengo que admitir que todo aquello volvió a colocarme en el potro de tortura y que me desanimó comprobar que aquella desvergonzada estaba tras la verdadera pista y recordaba mi rostro, aunque lo hubiera ocultado con disimulo, hasta disponer de una ocasión mejor. Se lo conté todo a Amy, que era el único consuelo que me quedaba, y la pobre desdichada quiso ahorcarse y afirmó que ella había sido la causante de todo y la que me llevaría a la ruina (ésa era la palabra que empleaba

siempre) y parecía tan atormentada que a ratos tuve que consolarla yo a ella.

Lo que mas se reprochaba era haberse dejado reconocer por la chica, como ella la llamaba, y haber permitido que la desenmascarase, cosa que en efecto había sido un error garrafal, como yo le había dicho muchas veces, pero no tenía sentido hablar de eso ahora. La cuestión era cómo librarnos de sus sospechas, así como de la propia chica, pues la cosa tomaba un cariz mas peligroso a cada instante y, si antes me preocupaba lo que me contaba Amy de las conversaciones y discusiones que tenía con ella, ahora que no sólo había visto mi cara, sino que sabía dónde vivía, cómo me llamaba y otras cosas por el estilo, tenía otros mil motivos de preocupación.

Y aún no he contado lo peor, pues unos días después de que mi amiga cuáquera fuese a visitarla y me disculpase por estar indispuesta, la mujer del capitán y mi hija (a quien llamaba «su hermana») se presentaron en mis habitaciones con la excusa de interesarse por mi salud y acompañadas por el capitán, quien se limitó a dejarlas en la puerta y luego se fue a atender unos asuntos.

Si la amable cuáquera no hubiese corrido a avisarme, no sólo me habrían sorprendido en el salón, sino que habrían visto a Amy conmigo y habría sido mil veces peor. Creo que en ese caso no habría tenido mas remedio que confesárselo todo a la chica, lo que habría sido un enorme contratiempo.

Pero la cuáquera, felizmente, las vio llegar antes de que llamasen al timbre y, en lugar de ir a abrir la puerta, corrió a buscarme con la confusión pintada en el semblante y me advirtió de quién estaba llegando, con lo cual Amy salió corriendo y yo detrás de ella, no sin antes rogarle a la cuáquera que subiese a verme en cuanto las hubiese dejado entrar.

Estuve a punto de pedirle que dijese que no estaba en casa, pero después de haberles hablado de mi indisposición eso habría parecido muy extraño; además, yo sabía que la honrada cuáquera habría hecho cualquier cosa por mí, menos mentir, y habría sido muy desconsiderado pedirle que lo hiciera.

Después de hacerlas pasar al salón subió a donde estábamos las dos, que todavía no nos habíamos recuperado del susto y, no obstante, estábamos felicitándonos de que no hubiesen sorprendido a Amy.

La visita fue muy formal y yo las recibí con la misma formalidad, aunque aproveché la ocasión para insinuar dos o tres veces que me encontraba tan mal que mucho me temía no poder viajar a Holanda, al menos no tan pronto como pretendía el capitán. También les dije lo mucho que lamentaba no poder disfrutar de su compañía y ayuda en la travesía e incluso les di a entender que esperaría a recuperarme para viajar con ellas a la siguiente ocasión. Pero la cuáquera terció diciendo que para entonces estaría tan avanzada (refiriéndose a mi gestación) que no debería correr riesgos, y luego añadió (como alegrándose de antemano) que esperaba que me quedase y diese a luz en su casa. Aquello contribuyó a darle verosimilitud al caso, así

que me alegré de que lo dijera.

Sin embargo, ahora tendría que convencer a mi marido de la necesidad de retrasar el viaje, pero ésa no sería la prueba más dura que tendría que superar, pues, después de charlar un rato, aquella loca volvió con la murga de siempre y sacó a relucir una o dos veces que me parecía mucho a una dama del otro extremo de la ciudad a quien había tenido el honor de conocer y que cada vez que me miraba no podía quitárselo de la cabeza. Una o dos veces tuve la impresión de que estaba a punto de echarse a llorar y por fin vi que tenía lágrimas en los ojos y le pregunté si la dama en cuestión había muerto, pues parecía muy preocupada por ella. Su respuesta me alivió más que ninguna otra, pues afirmó que no lo sabía a ciencia cierta, aunque creía que había fallecido.

Ya digo que eso me alivió en parte, pero pronto volví a desanimarme, pues al cabo de un rato la muy descarada se puso locuaz y fue evidente que conservaba tantos recuerdos de Roxana y de las juergas que me había corrido en aquella parte de la ciudad que el menor detalle podía echarlo todo a perder.

Cuando llegaron, yo llevaba puesto una especie de *déshabillé* y por encima una bata de estilo italiano, y al subir sólo me había limitado a peinarme un poco, pues se suponía que estaba enferma y aquella ropa casaba bien con mi estado.

Dicha bata o túnica, llámesela como se quiera, iba más ceñida al cuerpo de lo que se estila ahora y tal vez habría sido un poco atrevida si hubiese tenido que lucirla en presencia de hombres, pero entre nosotras me pareció apropiada, sobre todo teniendo en cuenta que hacía mucho calor: era de una tela adamsada francesa muy vistosa de color verde.

Esta prenda le proporcionó otro tema de conversación a mi hija, y su hermana — como ella la llamaba— le dio la réplica, pues ambas se deshicieron en halagos y alabaron la belleza del vestido, el encanto del damasco, la elegancia del corte y demás. Mi hija se dirigió a su hermana (la mujer del capitán) y le dijo:

—Se parece mucho a la túnica con la que te conté que bailaba aquella dama.

—¿Quién —preguntó la mujer del capitán—, aquella famosa Roxana de la que me hablaste? ¡Oh!, es una historia de lo más emocionante. ¿Por qué no se la cuentas a la señora?

No tuve más remedio que mostrarme interesada, aunque en el fondo de mi alma deseé que estuviese en el cielo por haberlo sacado a colación. Es más, no ocultaré que, con tal de haberme librado de ella y de su historia, llegué a desear su muerte, pues cuando empezó a describir el vestido turco fue imposible que la cuáquera, que era una mujer muy inteligente, no sacara conclusiones más peligrosas que las de la chica, aunque no me inspirase ningún miedo, pues aunque lo hubiese descubierto todo, habría podido confiar en ella mucho más que en la chica, y de hecho no habría tenido nada que temer.

En cualquier caso, lo cierto es que su conversación me puso muy nerviosa y tanto más cuando la mujer del capitán pronunció el nombre de Roxana. No sé si mi rostro llegó a traicionarme, pues no pude verme, pero mi corazón empezó a latir como si fuese a salirse del pecho, y mi rabia aumentó hasta el punto que pensé que estallaría si no le daba salida de algún modo. En suma, me embargó una especie de ira silenciosa y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para contenerme, pues no tenía con quién desahogarme, ni a quién quejarme, no podía salir de la habitación o ella habría seguido contando la historia en mi ausencia y yo me habría quedado para siempre con la duda de lo que hubiera dicho o dejado de decir, de modo que, en una palabra, me vi obligada a quedarme allí y oírle contar toda la historia de Roxana, es decir, de mí misma, sin saber si hablaba en broma o en serio, si me conocía o no, y, en suma, si iba a verme desenmascarada o no.

Empezó a hablar en general, hablando de dónde vivía, de cómo tenía decoradas las habitaciones, de la compañía tan agradable que había siempre en la casa, de cómo todo el mundo pasaba la noche jugando y bailando, de lo elegante que era su señora y del dineral que ganaban los criados de mayor rango. En cambio, ella trabajaba en el piso de abajo y nunca ganó gran cosa, dejando aparte una noche en que alguien regaló veinte guineas para que se las repartiesen los criados y le correspondieron dos guineas y media.

Siguió hablando y contó cuántos criados había en la casa y cómo estaban a las órdenes de una tal señora Amy, que era la preferida de su ama y ganaba mucho más —ignoraba si Amy era su nombre de pila o su apellido, aunque suponía que se trataba del apellido— que los otros. Según les contaron, la misma noche que se repartieron las veinte guineas ella ganó sesenta monedas de oro. En ese momento, la interrumpí.

—Eso es mucho dinero para un regalo —exclamé—. Caramba, si es casi la dote de un criado.

—¡Oh, señora, pues eso no es nada comparado con lo que ganó después! Todos los criados la odiábamos por esa razón, es decir, deseábamos cambiar nuestro destino por el suyo.

—Pues, insisto en que, si lo hubiese administrado con sentido común, habría sido más que suficiente para conseguir un buen marido y haber prosperado en la vida.

—Desde luego, señora —respondió—, según me contaron, llegó a ahorrar más de quinientas libras. Pero supongo que la señora Amy sabía que necesitaría una buena dote para casarse.

—¡Oh! —dije—, en ese caso, la cosa es diferente.

—No —repuso—, la verdad es que lo ignoro, pero se rumoreaba que había un joven caballero que era muy generoso con ella.

—Y decidme, ¿qué se hizo de esa mujer? —insistí, pues estaba deseando saber (ya que parecía tan dispuesta a contarlo todo) qué era lo que tenía que decir de Amy y

de mí.

—No lo sé, señora, no volví a saber de ella en varios años, hasta que el otro día me la encontré por casualidad.

—¿Ah, sí? —pregunté con extrañeza—. Sin duda iría cubierta de harapos, muchas de esas mujeres acaban así.

—Al contrario, señora. Fue a visitar a un conocido mío sin pensar que yo podía estar allí y os aseguro que llegó en su propia carroza.

—¡En su propia carroza! —exclamé—. Pues sí que le han ido bien las cosas. Eso es que supo aprovechar bien la ocasión, ¿sabéis si se había casado?

—Creo que sí, señora —dijo—. Al parecer había pasado una temporada en las Indias Orientales y, si se ha casado, debió de ser allí. De hecho creo recordar que dijo que le habían ido bien las cosas en las Indias.

—Imagino que con eso querría decir que enterró allí a su marido.

—Eso mismo pensé yo, señora, y que había heredado sus tierras.

—¿Y a eso lo llama buena suerte? Tal vez lo fuese para ella, en lo que al dinero se refiere, pero es propio de una mujerzuela llamarlo así.

Hasta ahí llegó nuestra conversación sobre la señora Amy, pues no sabía nada más del asunto, pero entonces la cuáquera, aunque sin mala intención, le hizo una pregunta desafortunada, que sin duda no le habría planteado si hubiese sabido que hasta entonces yo había desviado su atención hacia Amy a propósito para dejar fuera de la conversación a Roxana.

Pero no iba a resultarme tan fácil. La cuáquera la interrumpió y le dijo:

—Pero has olvidado hablarnos de tu señora, ¿cómo has dicho que se llamaba? ¿Roxana? Dinos, ¿qué se hizo de ella?

—Sí, sí, Roxana —dijo la mujer del capitán—. Por favor, hermana, oigamos ahora la historia de Roxana, estoy segura de que a la señora le resultará muy entretenida.

«Eso es una sucia mentira —pensé para mis adentros—, y, si supierais lo poco que me divierte, me tendríais en vuestras manos». Pero el caso es que no vi manera de desviar la conversación y me preparé para lo peor.

—¡Roxana! —exclamó—. No sé qué decir, estaba muy por encima de todos nosotros y la veíamos tan poco que apenas sabíamos de ella nada que no fuesen habladurías. A pesar de todo la vi alguna vez y era una mujer encantadora, y los lacayos decían que iban a mandarla a la corte.

—¿A la corte? Pero ¿acaso no estaba ya allí? Pall Mall está muy cerca de Mitehall.

—Sí, señora —respondió—, pero yo lo digo en otro sentido.

—Ya te comprendo —afirmó la cuáquera—, te refieres a que iba a convertirse en la amante del rey.

—Sí, señora.

No me resisto a confesar el resto de orgullo que me quedaba y cómo, a pesar de lo mucho que temía oírle continuar con su historia, no pude evitar sentir cierta satisfacción al oírle hablar del refinamiento de Roxana, e incluso le pregunté varias veces por su belleza y si era tan elegante como se decía, para saber lo que pensaba la gente de mí y de mi comportamiento.

—Sin duda era la mujer más hermosa que he visto en toda mi vida.

—Pero —objeté— habéis dicho antes que sólo tuvisteis ocasión de verla cuando iba más emperifollada.

—No, no, señora, también la vi varias veces en *déshabillé* y os aseguro que era una mujer bellísima, y, lo que es más, todo el mundo decía que no se maquillaba.

Eso también me resultó agradable oírlo en cierto sentido, aunque tenía un fondo amargo, pues si de verdad me había visto varias veces en *déshabillé*, sin duda debía de haberme reconocido y acabaría por desenmascaramme.

—Pero, hermana —insistió la mujer del capitán—, explícale a la señora lo de los bailes, es la mejor parte de la historia, y cuéntale también lo de cuando bailó con un hermoso vestido exótico.

—Ésa sin duda es una de las partes más interesantes de la historia —coincidió la chica—. Lo cierto es que casi todas las semanas ofrecíamos bailes en los apartamentos de la señora, pero una vez invitó a toda la nobleza y acudió una multitud enorme.

—Creo recordar, hermana, que dijiste que asistió incluso el rey, ¿no es cierto?

—No, eso fue la segunda vez. Se rumoreó que había oído hablar de lo bien que bailaba la dama turca y se presentó a verla, aunque si su majestad estuvo, sin duda iba disfrazado.

—A eso lo llaman ir «de incógnito» —observó mi amiga la cuáquera—. No irás a decirme que el rey se disfrazó.

—Sí —respondió la chica—, así fue. No asistió públicamente con sus guardias, pero aun así todos supimos que se trataba del rey, al menos eso fue lo que dijo todo el mundo.

—Bueno —la interrumpió la mujer del capitán—, pero hablemos ya de lo del vestido de turca.

—Pues el caso es que mi señora estaba en un saloncito que comunicaba con el salón principal, donde recibía los cumplidos de los invitados, y, cuando empezó el baile, un gran señor cuyo título he olvidado (aunque era un gran señor o un duque, no lo recuerdo bien) la sacó a bailar y estuvo bailando con ella, pero al cabo de un rato mi señora cerró las puertas del saloncito y corrió al piso de arriba con su doncella, la señora Amy, y pese a que no se entretuvo demasiado tiempo (pues imagino que debía de tenerlo todo preparado de antemano), volvió a bajar con el vestido más extraño y

suntuoso que he visto en mi vida.

Luego empezó a describir el vestido y lo hizo con tanta exactitud que me dejó de una pieza, pues no olvidó ni el menor detalle. Aquél fue un nuevo motivo de turbación, pues la muy deslenguada hizo una descripción tan minuciosa de mi vestido que mi amiga la cuáquera se ruborizó y me miró dos o tres veces para ver si a mí me había ocurrido lo mismo, pues (tal como me contó después) comprendió enseguida que se trataba del mismo vestido que me había visto. En cualquier caso, al ver que yo no me daba por enterada, disimuló como pudo sus pensamientos, igual que hice yo.

La interrumpí dos o tres veces para decirle que debía de tener muy buena memoria para acordarse con tanta precisión de los detalles.

—¡Oh, señora! Todos los criados nos apiñamos en un rincón desde donde lo veíamos todo mejor que algunos de los invitados. Además —añadió—, fue la comidilla de varios días en la casa, y lo que no observó uno lo observó otro.

—En fin —afirmé—, tengo para mí que no se trataba de ningún vestido persa. Probablemente vuestra señora fuese alguna actriz francesa, es decir, una amazona de guardarropía, y se pusiera un vestido como los que se emplearon en la representación de *Tamerlán* en París, o alguna cosa parecida.

—No, señora, os aseguro que no era ninguna actriz, era una dama muy hermosa que lo mismo podría haber sido una princesa. Si era la amante de alguien, debió de serlo del mismísimo rey y la gente le hablaba como si lo fuese. Además, mi señora bailó una danza turca, o eso dijeron todos los nobles y señores, y uno de ellos juró que la había visto bailar en Turquía, así que no podía provenir del teatro de París, y el nombre de Roxana es turco.

—Bueno —objeté—, pero ése no sería el verdadero nombre de vuestra señora.

—No, no, no lo era. Conozco muy bien el nombre y la familia de mi señora y no se llamaba Roxana, en eso no os falta razón.

Una vez más, volvió a dejarme sin palabras, pues no me atreví a preguntarle cómo se llamaba en realidad, no fuese a haber pactado verdaderamente con el demonio y diera mi propio nombre como respuesta. Cada vez estaba más segura de que la chica había descubierto de un modo u otro mi secreto, aunque no se me ocurría cómo podía haberlo hecho.

En una palabra, la conversación me incomodaba enormemente y traté de ponerle fin por todos los medios, pero me resultó imposible, pues la mujer del capitán, que la llamaba «hermana», la apremiaba y animaba a seguir hablando, convencida en su ignorancia de que la historia debía de estar resultándonos muy entretenida.

Dos o tres veces intervino la cuáquera para señalar que la tal Roxana parecía muy bien informada y que era probable que, si había vivido en Turquía, la hubiese mantenido algún gran bajá. Pero mi hija la interrumpió para proseguir con las más extravagantes alabanzas de su señora, la famosa Roxana. Yo la critiqué diciendo que

no había duda de que se trataba de una mujer escandalosa, pero ella no quiso ni oír hablar de eso: su señora era de una perfección tal que sólo un ángel podría comparársele. Y eso que de sus palabras se deducía que la célebre dama mantenía nada menos que una especie de casa de juegos, o, como se diría ahora, que celebraba reuniones consagradas al juego y la galantería.

Yo no podía sentirme más incómoda. Sin embargo, la historia prosiguió sin que saliera a relucir la verdad, e incluso me mostré contrariada de que me comparasen con aquella dama de vida alegre cuyas costumbres fingí reprobear totalmente.

Pero no acabó ahí mi suplicio, pues la ingenua cuáquera pronunció entonces unas palabras que volvieron a mortificarme:

—Por como lo describe, me parece que el vestido de esa señora se parece mucho al tuyo. —Luego se volvió hacia la mujer del capitán y le dijo—: Mi amiga tiene un vestido persa o turco mucho mas hermoso.

—¡Oh! —respondió la chica—, es imposible que sea mejor, pues el de mi señora estaba todo repujado de oro y diamantes, y su cabello y su turbante, he olvidado cómo lo llamaba, brillaban como las estrellas de tantas joyas como tenían engarzadas.

Hasta entonces jamás había deseado librarme de la compañía de mi buena amiga la cuáquera, pero en ese momento habría dado muchas guineas por desembarazarme de ella, pues movida por la curiosidad de comparar los dos vestidos empezó inocentemente a describir el mío. Y nada me horrorizaba mas que la aprensión de que pudiera importunarme pidiéndome que se lo enseñase, cosa que decidí no hacer en ningún caso.

Pero, antes de llegar a eso, le pidió a mi hija que le describiera el *tyhaia* o turbante, y ella lo hizo con tanta habilidad que la cuáquera no pudo sino decir que el mío era exactamente idéntico y, tras encontrar otras muchas similitudes, a cual más irritante, me pidió amablemente que le permitiese a aquellas señoras ver mi vestido y ellas se unieron ansiosas a su petición sin miedo de resultar impertinentes.

Yo traté de negarme y, aunque al principio no se me ocurrió ninguna excusa, les dije que estaba guardado con el resto de la ropa que había embalado para enviarla a bordo, y que, cuando viajáramos juntas a Holanda (cosa que, dicho sea de paso, decidí que no ocurriría jamás), me lo pondría para que lo vieses, aunque no debían contar con que bailara con él igual que hacía la tal Roxana con todas sus joyas.

De ese modo salí bastante bien librada y, después de eso, todo lo demás resultó fácil y empecé a estar un poco mas relajada y, por poner fin cuanto antes al relato de esta conversación, me deshice como pude de mis visitantes, que aun así se fueron mucho más tarde de lo que yo habría deseado.

XXVII

En cuanto se marcharon, corrí a ver a Amy y di rienda suelta a mi cólera, le conté toda la historia y le hice ver las desgracias que nos había acarreado su paso en falso. Amy lo comprendió enseguida y expresó su ira de otro modo: tildando a la pobre chica de mujerzuela, loca (además de otras cosas peores) y de todos los epítetos que se le ocurrieron. En ese momento, entró la honrada cuáquera y puso fin a nuestra conversación.

—Bueno —dijo—, por fin se han ido. Venía a felicitarte, pues me había dado la impresión de que la visita te estaba resultando muy fatigosa.

—Ciertamente, así ha sido —respondí—, esa joven nos ha enredado a todas en un cuento de Canterbury. Pensé que no se acabaría nunca.

—Lo que me extraña es que haya insistido tanto en hacerte saber que era sólo una camarera.

—Sí —dije—, y en una casa de juegos, o casino, y al otro extremo de la ciudad. Tendría que saber que eso no le dará muy buena reputación entre sus conciudadanos.

—No he podido evitar darme cuenta —dijo la cuáquera— de que hablaba con doble intención. Quisiera saber qué le rondaba por la cabeza. Nada me satisfaría mas que averiguarlo.

«¿Ah, sí? —pensé—. Pues a mí no. Al menos te aseguro que no me satisface nada oírte. ¿Qué ocurrirá ahora? ¿Cuándo acabarán todas estas zozobras?». Aunque, claro, no lo dije en voz alta, sino que respondí a mi amiga la cuáquera preguntándole a qué se refería y que le hacía pensar eso.

—No puede tener nada contra mí —añadí.

—No —respondió amable la cuáquera—, y aunque lo tuviese, no es asunto mío y no se me ocurriría pedirte que me lo contaras.

Eso volvió a asustarme, no porque temiera confiarle mi secreto a aquella buena mujer en caso de haber despertado sus sospechas, sino porque prefería no tener que contárselo a nadie. Sin embargo, ya digo que me asusté un poco, pues, ya que se lo había ocultado todo hasta entonces, me habría gustado seguir haciéndolo, pero era imposible que no hubiese reparado en un sinfín de detalles inquietantes en las palabras de la chica y era demasiado perspicaz para contentarse con una vulgar excusa. Por suerte, no era lo bastante indiscreta para preguntarme por la historia o tratar de averiguarla por su cuenta, ni tampoco habría sido peligrosa en caso de haberse enterado. Pero, como digo, debió de reparar por fuerza en varios detalles como el nombre de Amy y las descripciones del vestido de turca que ella había visto y admirado, tal como he contado más arriba.

Lo primero habría podido disimularlo regañando a Amy y preguntándole a quién había servido antes de vivir conmigo, aunque también eso habría sido inútil, pues

habíamos comentado en numerosas ocasiones los muchos años que había vivido conmigo y, lo que es peor, yo había admitido tener habitaciones en Pall Mall, por lo que todo encajaba demasiado bien. Sólo había una cosa que podía ayudarme a confundir a la cuáquera y es que la chica había contado lo rica que se había vuelto Amy y que tenía una carroza propia: siempre era posible, pues, que hubiese varias señoras Amy aparte de la mía, que, desde luego, no podía permitirse tener una carroza, y tal vez eso contribuyera a despejar las sospechas que pudiera albergar la amable cuáquera.

Pero lo que más me alarmó fue comprender que iba a ser muy difícil convencerla de cuáles eran las intenciones de mi hija, pues afirmó haber reparado en que la chica se había conmovido mucho al oír hablar del vestido, y más aún cuando me pidieron que les enseñara el mío y yo me negué a hacerlo. Aseguró que, en varias ocasiones, la había notado muy emocionada y que le había parecido que le costaba un gran esfuerzo dominarse, e incluso la había oído murmurar un par de veces con lágrimas en los ojos que «lo había averiguado», o que «lo averiguaría», no recordaba bien, y añadió que, cuando les expliqué que mi vestido turco estaba embalado con la ropa y que tendrían que esperar a que llegásemos a Holanda para verlo, la había oído decir en voz baja que, en ese caso, haría el viaje a propósito.

Cuando terminó de hacerme esos comentarios, yo observé que había notado también que la chica hablaba y se comportaba de un modo muy raro y que se había mostrado muy inquisitiva, pero afirmé que no sabía adónde quería ir a parar.

—¿Adónde quería ir a parar? —dijo la cuáquera—. A mí me parece muy evidente: cree que sois la misma Roxana que bailaba vestida de turca, pero no está segura del todo.

—¡Eso cree! —exclamé—. De haberlo sabido, yo misma la habría sacado del error.

—¡Pues claro que lo cree! Yo misma había empezado a creerlo, y aún seguiría haciéndolo, si no me hubieran convencido tus palabras y tu actitud indiferente.

—¿Así que la habrías creído? —dije con cordialidad—. No sabes cuánto lamento oírlo. ¿Es que me habías tomado por una actriz o una cómica francesa?

—No es necesario llevar las cosas tan lejos —respondió la buena y amable mujer—. En cuanto le hiciste aquellas reflexiones, supe que no podía ser cierto, pero ¿cómo querías que no lo pensara cuando describió tu vestido, con el turbante y las joyas incluidas, y cuando habló de Amy y de otras circunstancias? Claro que la habría creído —continuó—, si tú no la hubieras contradicho, pero, en cuanto te oí hablar, comprendí que no podía ser cierto.

—Es muy amable por tu parte —repliqué—, y te estoy agradecida por hacerme justicia. Por lo visto, es más de lo que puede hacer esa deslenguada joven.

—No —respondió la cuáquera—, desde luego no te hace justicia, pues sin duda

sigue creyendo lo mismo que creía antes.

—¿Ah, sí?

—Sí, y estoy convencida de que volverá a visitarte.

—¿Tú crees? En tal caso, me temo que no tendré más remedio que enfrentarme con ella.

—No, no será necesario —afirmó, de muy buen humor—. Yo te la quitaré de encima y, si hace falta, le plantaré cara e impediré que vuelva a molestarte.

Me pareció un ofrecimiento muy amable, aunque no se me ocurrió cómo se las apañaría y reconozco que la idea de volver a verla en mi casa me perturbó un poco, pues no sabía qué actitud adoptaría ella ni cómo debía recibirla yo. No obstante, mi buena amiga y constante consuelo afirmó que la chica le había parecido una impertinente y que, puesto que le había dado la impresión de que yo no deseaba hablar con ella, había decidido que no volviese a molestarte. Pero ya tendré ocasión de contarlo con más detalles, pues la chica llegó mucho más lejos de lo que yo había imaginado.

Como he dicho antes, iba siendo hora de hacer algo para convencer a mi marido de la necesidad de retrasar el viaje, así que una mañana empecé a hablarle desde la cama mientras se vestía y fingí encontrarme muy indispuesta, y, como era tan fácil convencerle de cualquier cosa, pues creía todo lo que le decía, me las arreglé para darle a entender que estaba encinta, aunque no se lo dije claramente.

No obstante, resultó tan eficaz que, antes de salir de la habitación, se acercó a la cama y me habló muy seriamente de mi indisposición. Animado por la esperanza de que estuviese encinta, me rogó que considerase si no sería mejor alterar nuestros planes de viajar a Holanda, pues el mareo y, aún peor, las tormentas podían ser muy peligrosas en mi estado, y, tras decirme las cosas más amables que podría decir el más amable de los maridos, me pidió que descartase la idea del viaje hasta que todo hubiese concluido y aceptara dar a luz en Inglaterra, donde podrían cuidarme y atenderme mucho mejor.

Eso era justamente lo que yo quería, pues, como ya se ha dicho, tenía mil y un buenos motivos para posponer el viaje, sobre todo en compañía de aquella joven, y mi intención era que fuese él y no yo quien propusiera retrasarlo. Incluso tuve la oportunidad de hacerme de rogar, pues le dije que no quería causarle tantas molestias y dificultades, que ya había reservado la cubierta de camarotes del barco y que tal vez hubiese pagado parte del dinero y embarcado mercancías, por lo que cancelar el viaje le ocasionaría un gasto innecesario y tal vez perjudicase también al capitán.

Él respondió que no me preocupara y que no permitiría que eso me inquietara ni un solo instante, añadió que podría excusarse fácilmente con el capitán del barco explicándole los motivos y que, aunque tuviese que compensarle por las molestias, no le saldría muy caro.

—Pero, querido —dije—, si ni siquiera os he dicho todavía que esté encinta, pues yo misma lo ignoro. Y, si finalmente resultara no estarlo, la habríamos hecho buena. Además —proseguí—, esas dos damas, la mujer del capitán y su hermana, cuentan con que vayamos y han hecho ya todos los preparativos y todo para atenderme, ¿qué les diremos ahora?

—No os preocupéis por eso —respondió—. En caso de que no estuvieseis encinta, aunque espero que lo estéis, tampoco pasará nada. A mí no me perjudicará lo más mínimo quedarme otros tres o cuatro meses en Inglaterra y podemos irnos cuando queramos, una vez estemos seguros de que no lleváis un hijo en vuestro seno o, en caso de que lo llevéis, cuando os hayáis recuperado del parto. En cuanto a la mujer del capitán y su hermana, dejádmelas a mí, yo respondo de que no se ofendan. Haré que el propio capitán se excuse en nuestro nombre y todo irá bien, os lo aseguro.

Todos mis deseos se habían cumplido y eso me tranquilizó un poco. Desde luego, seguía preocupada por aquella muchacha tan impertinente, pero confiaba en que, una vez suspendido el viaje, dejase de molestarme. Sin embargo, pronto comprobé que me equivocaba, pues volvió a ponerme entre la espada y la pared del modo más incalificable que se pueda imaginar.

Mi marido, tal como habíamos acordado, se reunió con el capitán del barco y se tomó la libertad de decirle que mucho se temía tener que decepcionarlo, pues había ocurrido algo que le había obligado a cambiar de planes, por lo que su familia no podría partir a tiempo con él.

—Estoy enterado, caballero —dijo el capitán—, he oído decir que vuestra esposa se ha encontrado con una hija con la que no contaba. Os felicito.

—¿Qué queréis decir con eso? —preguntó mi marido.

—Nada —respondió el otro—, pero he oído cotillear a las mujeres. Lo único que sé es que ése es el motivo de que no podáis emprender el viaje, y lo lamento, aunque no es asunto mío y supongo que vos sabéis lo que hacéis.

—En cualquier caso, debo compensaros por las molestias. —Y sacó el dinero.

—No, no —dijo el capitán, y ambos empezaron a intercambiar cortesías, hasta que, en suma, mi marido le pagó tres o cuatro guineas sin que volvieran a aludir a aquella primera insinuación.

Sin embargo, no me libré tan fácilmente, pues, en una palabra, veía cernerse sobre mí los nubarrones y por todas partes me parecía percibir motivos de alarma: mi marido me contó lo del capitán, pero por suerte pensó que el hombre había oído campanas sin saber muy bien dónde y se contentó con repetirme, palabra por palabra, lo que le había dicho.

Enseguida relataré cómo evité que mi marido reparase en mi turbación, pero antes debo decir que, si el capitán no sabía lo que decía y mi marido no acabó de

entenderle, yo los entendí muy bien a ambos, y para ser sincera, fue el mayor sobresalto que me había llevado hasta entonces. Por fortuna, mi ingenio me brindó el modo de ocultar mi sorpresa: como estábamos sentados a una mesita junto al fuego, alargué la mano para coger una cuchara que había al otro lado y derribé una de las velas. Me levanté para cogerla, me incliné y me manché el delantal.

—¡Oh! —exclamé—, se me ha manchado el vestido, se ha ensuciado con el sebo de la vela. —Eso me proporcionó una excusa para interrumpir de momento la conversación y llamar a Amy, y, como no acudió de inmediato, le dije a mi marido—: Tendré que subir a quitármelo y pedirle a Amy que lo limpie.

Así que se levantó, se dirigió al armario donde guardaba sus papeles y sus libros, sacó un libro y se sentó a leer un rato.

Me alegré mucho de habérmelas arreglado para escapar y corrí a ver a Amy, que por suerte estaba sola.

—¡Oh, Amy, estamos perdidas! —Y rompí a llorar y no pude decir nada más hasta al cabo de unos minutos.

Debo añadir que por mi cabeza cruzaron muchas justas reflexiones: pensé que el hecho de que los crímenes más secretos salgan a la luz por culpa de accidentes totalmente imprevistos no es sino un glorioso testimonio de la justicia de la Providencia, y del modo en que dirige los asuntos humanos (desde los más nimios a los más importantes).

También reflexioné sobre lo justo que es que el pecado y la vergüenza se sucedan el uno al otro tan de cerca como para no ser sólo concomitantes, sino que, como la causa y la consecuencia, estén necesariamente unidos el uno al otro. De este modo que, cuando se comete un crimen, es imposible evitar el escándalo y no hay poder humano capaz de ocultar el primero o silenciar el segundo.

—¿Qué voy a hacer, Amy? —dije cuando pude volver a hablar—. ¿Qué será ahora de mí? y volví a echarme a llorar con tanta vehemencia que no pude pronunciar palabra hasta pasado un buen rato. Amy se asustó mucho, pues no sabía lo que ocurría, —y me pidió que le explicara lo sucedido y que tratara de dominarme y no llorar más.

—Vamos, señora, si vuestro marido sube a la habitación —afirmó—, verá el estado en que os encontráis, sabrá que habéis estado llorando y querrá saber cuál es el motivo.

Al oírla exclamé:

—¡Ay! Ya lo sabe, Amy. ¡Lo sabe todo! ¡Nos han descubierto y estamos perdidas! Amy se quedó atónita.

—Desde luego —dijo—, si eso es cierto, estamos perdidas sin remedio, pero no puede ser. Es imposible. Estoy segura.

—No, no —la contradije—, no lo es, te aseguro que te digo la verdad. —Y, como

para entonces ya me había serenado un poco, le dije lo que habían hablado mi marido y el capitán y lo que había dicho éste. Amy se puso fuera de sí y empezó a gritar, a maldecir y a jurar como una loca; luego me reprochó que no le hubiera permitido matarla cuando todavía estábamos a tiempo y afirmó que todo era culpa mía y otras cosas parecidas. Pero el caso es que yo todavía no estaba dispuesta a matar a la chica y me estremecía sólo de pensarlo.

Pasamos más de media hora dedicadas a aquellas extravagancias y no sacamos nada en claro, pues lo cierto es que no podíamos hacer ni decir nada y, si acaso había de suceder alguna cosa, no había manera de evitarlo. Así que, ligeramente aliviada por el llanto, recordé que había dejado a mi marido abajo y que se suponía que había subido a cambiarme. Me quité el vestido que había fingido ensuciar con la vela, me puse uno nuevo y bajé.

Pasado un rato, vi que mi marido no volvía a sacar a colación el asunto, tal como yo había pensado que haría, por lo que decidí armarme de valor y preguntarle:

—Al caerse la vela interrumpisteis vuestra historia, ¿es que no vais a contarme más?

—¿Qué historia? —respondió.

—Pues la del capitán.

—¡Ah!, no había nada más. El hombre debe de haber oído campanas y no sabe muy bien dónde, supongo que se refería a lo de que estáis encinta y no podéis hacer el viaje.

Comprendí que mi marido no se lo había tomado en serio y había pensado sólo que se trataba de una historia que había ido de boca en boca, concerniente a algo que él ya sabía, o creía saber, es decir, que yo estaba encinta, o al menos eso deseaba él.

Su ignorancia fue como un estímulo para mi alma y maldije a quien quisiera sacarlo de su error. Comprendí que para él la anécdota no merecía más comentario y decidí ponerle yo también fin diciendo que imaginaba que el capitán debía de habérselo oído decir a su mujer y añadiendo que podía haberse buscado a cualquier otra para convertirla en objeto de sus cotilleos, y con eso mi marido se dio por satisfecho y yo salí bien librada de aquella situación en la que creía haber corrido tanto peligro. No obstante, todavía me quedaban dos motivos de preocupación: en primer lugar, la posibilidad de que el capitán y mi marido volvieran a encontrarse y a hablar del asunto y, en segundo, que aquella joven impertinente volviese a visitarme y pudiera ver a Amy, lo que tendría consecuencias tan fatales como si llegara a descubrirlo todo.

Respecto a lo primero, sabía que el capitán no se quedaría en la ciudad más de una semana, pues la estiba del barco casi había concluido y pronto tendría que llevar anclas, por lo que me las arreglé para sacar a mi marido de la ciudad, donde no pudieran encontrarse.

La cuestión era dónde ir, y por fin me decidí por Northaw, no para tomar las aguas, afirmé, sino porque allí el aire era más puro y podría sentarme bien. Él, que siempre estaba pensando cómo complacerme, aceptó de inmediato y ordenó que preparasen el carruaje para la mañana siguiente, pero, cuando estábamos disponiéndolo todo, dio al traste con mis planes, pues dijo que tal vez sería mejor partir a mediodía, pues antes tenía que hablar con el capitán y entregarle unas cartas, cosa que podría hacer y estar de vuelta antes de las doce.

Yo respondí: «Sí, por supuesto», aunque no era sincera y mi voz no coincidía con mis propósitos, pues había decidido hacer todo lo posible para impedir a cualquier coste que volviese a ver al capitán.

Así pues por la noche, poco antes de acostarnos, fingí haber cambiado de opinión y no querer ir ya a Northaw, sino a otro sitio, aunque afirmé temer que sus negocios nos lo impidieran. Él quiso saber adónde quería ir ahora, pero le respondí sonriendo que no se lo diría para que no tuviese que posponer sus negocios y me contestó en el mismo tono, aunque con muchísima más sinceridad, que sus negocios no eran tan importantes para impedirle acompañarme allí donde yo quisiera ir.

—Pero vos queréis hablar con el capitán antes de que parta para Holanda.

—Es cierto —respondió—, pero también puedo escribir a mi administrador para que vaya a verle en mi nombre. Se trata sólo de hacerle firmar unas consignaciones y él puede encargarse de eso.

Al ver que me había salido con la mía fingí resistirme.

—No quiero que posterguéis vuestros negocios por mí. Prefiero esperar una semana o dos, antes que causaros el menor perjuicio.

—No, no —respondió—, no tendréis que esperar ni una hora por mi culpa, puedo recurrir a un intermediario para hacer negocios con cualquiera menos con mi mujer. —Luego me tomó entre sus brazos y me besó.

¡Cómo me ruboricé, al pensar en la confianza con que aquel caballero abrazaba a la mayor hipócrita que jamás estuvo en brazos de un hombre! Él era todo ternura, gentileza y sinceridad, yo era todo engaño, fingimiento y falsedad, una simple fachada construida para ocultar a fuerza de maquinaciones e imposturas toda una vida de perversidad e impedir que llegase a descubrir que tenía entre sus brazos a un auténtico demonio, cuya conversación a lo largo de veinticinco años había sido tan negra como el mismo infierno y estado tan teñida de crímenes que, si alguna vez llegaba a averiguarlo, no tendría más remedio que repudiarme y aborrecer incluso mi nombre. Pero eso ya no tenía remedio y lo único que podía hacer para consolarme era seguir ocultándole lo que había sido y satisfacerle en lo posible viviendo de forma virtuosa en el futuro, ya que era imposible deshacer lo vivido en el pasado. Así lo había decidido, aunque más adelante se presentó una gran tentación y tuve motivos para dudar de mi estabilidad, pero cada cosa a su tiempo.

Después de que mi marido cambiase sus planes para satisfacerme, nos propusimos partir a la mañana siguiente y le dije que mi intención, si es que no le parecía mal, era ir a Tunbridge, y él accedió de muy buena gana, aunque afirmó que, de no haberle propuesto Tunbridge, se habría decantado por Newmarket (donde se había instalado la corte y había muchas cosas que ver). Le ofrecí una nueva muestra de hipocresía, pues fingí querer ir a Newmarket, ya que él lo había elegido, pese a que en realidad no habría ido ni aunque me hubiesen pagado mil libras, pues, dado que la corte estaba ahora allí, no podía permitirme correr el riesgo de que alguien me reconociese en un lugar donde había tanta gente que me había visto antes. Así que, al cabo de un rato, le dije a mi marido que en mi opinión Newmarket estaba tan concurrido que no encontraríamos alojamiento y que no me apetecía ver a la corte y a las multitudes, a menos que a él sí le apeteciera; y añadí que, si no le importaba, podíamos dejar aquel viaje para cuando fuésemos a Holanda, pues siempre podríamos partir de Harwich y dar un pequeño rodeo para pasar por Newmarket y Bury y luego ir de allí a Ipswich, desde donde podíamos llegar al mar. No me costó mucho hacerle desistir de su idea, igual que de cualquier otra cosa que a mí no me gustara, y con una increíble dulzura prometió estar dispuesto por la mañana para viajar conmigo a Tunbridge.

En realidad mi propósito era doble: en primer lugar, impedir que mi marido pudiera volver a encontrarse con el capitán; y, en segundo, quitarme yo misma de en medio, por si a aquella impertinente que se había convertido en mi pesadilla le daba por volver, como había predicho la cuáquera y como, de hecho, ocurrió dos o tres días más tarde.

XXVIII

Una vez asegurada nuestra partida al día siguiente, lo único que me quedaba por hacer era darle a mi fiel ayudante, la cuáquera, las instrucciones precisas sobre lo que debía decirle a aquella atormentadora (pues eso resultó ser más tarde) y a cómo debía tratarla si la visitaba con más frecuencia de la que aconsejaba el decoro. Pensé en dejar también a Amy para que la ayudase, pues nadie sabía dar mejores consejos en caso de imprevistos y, de hecho, ella misma me rogó que la dejase, pero no sé qué impulso secreto me lo impidió. Sencillamente no pude hacerlo, por temor a que aquella mujerzuela pudiera descubrirla. Cosa que, de todos modos, Amy se aseguró de impedir más tarde, como quizá cuente después con más detalle.

Es cierto que ansiaba tanto librarme de ella como un enfermo de unas fiebres tercianas y que, si la hubiesen encontrado muerta en alguna cuneta, es decir, si hubiese muerto a raíz de algún exceso, no habría vertido por ella ni una sola lágrima; pero todavía no me había hundido lo bastante en el pozo de mi propia perfidia para cometer un asesinato o concebir siquiera semejante barbaridad, y menos aún tratándose de mi propia hija. Aunque, como digo, Amy así lo hizo sin que yo lo supiera, motivo por el cual la maldije con toda mi alma, aunque poco más pude hacer, pues denunciarla habría sido como cometer suicidio. Pero esa tragedia es demasiado larga para contarla aquí, así que volvamos a mi historia.

Mi querida amiga, la cuáquera, era amable y honrada y habría hecho por mí cualquier cosa que fuese justa y recta, pero nada malvado o deshonesto. A fin de poder decirle francamente a aquella mujer que no sabía dónde estaba yo, prefirió no saber adónde íbamos y, para que su ignorancia fuese completa y no correr ningún riesgo, permití que le dijera que nos había oído decir que íbamos a ir a Newmarket. A ella le gustó la idea y dejé que lo demás corriera de su cuenta y que obrase como le pareciera más oportuno; tan sólo le pedí que, si la chica sacaba otra vez a relucir la historia de Pall Mall, no la dejase extenderse demasiado, le diera a entender que todos pensábamos que insistía demasiado en aquel asunto y que a la señora no le gustaba que la comparasen con una actriz o mujer de vida pública, y le pidiera que, de ser posible, no volviera a hablar de ello. Sin embargo, aunque no le di a mi amiga la cuáquera unas señas donde escribirme, ni le dije dónde estaríamos, le dejé un papel sellado a su doncella donde le explicaba cómo ponerse en contacto con Amy, y por tanto conmigo.

Pocos días después de mi partida, la impaciente muchacha volvió a mis habitaciones con la excusa de saber cómo me encontraba y de saber si tenía intención de emprender o no el viaje. Mi leal ayudante estaba en casa, la recibió con suma frialdad en la puerta y le informó de que la señora se había marchado.

Eso la dejó sin palabras un buen rato, pero mientras estaba allí plantada pensando

qué decir, reparó en que mi amiga la cuáquera parecía incómoda y hacía ademán de entrar en la casa y cerrar la puerta, cosa que la ofendió en lo vivo y le hizo insistir, hasta que la cuáquera no tuvo más remedio que dejarla pasar, pues tuvo la sensación de que podía organizar un escándalo y concluyó que a mí no me importaría siempre que la recibiera con frialdad.

Pero no se desanimó tan fácilmente. Afirmó que, si la señora... no estaba en casa, quería tener unas palabras con ella, refiriéndose a mi amiga. Tras lo cual la cuáquera la invitó educada pero gélidamente a entrar, tal como ella quería. No obstante, no la hizo pasar al salón principal, sino a una salita donde normalmente se reunían los criados.

Una vez allí, la chica no se recató en insinuar que estaba convencida de que yo me hallaba en la casa, pero no quería recibirla, e insistió en hablar conmigo un momento uniendo las lágrimas a sus súplicas.

—Siento que tengas tan mala opinión de mí —dijo la buena cuáquera— para pensar que te mentiría y te diría que la señora... ha salido si no fuese cierto. Te aseguro que no empleo esa clase de métodos y que la señora... tampoco desea que le preste un servicio semejante, al menos que yo sepa. Si estuviese en la casa, te lo habría dicho. —Ella no respondió y se limitó a repetir que tenía que hablarme de un asunto de la mayor importancia y luego prorrumpió otra vez en llanto—. Pareces muy triste —afirmó la cuáquera—, ojalá pudiera hacer algo por ti, pero si lo único que puede consolarte es ver a la señora..., me temo que no está en mi mano hacerlo.

—Espero que sí lo esté —insistió la otra—, porque se trata de algo de vital importancia para mí. Si no consigo hablar con ella, estoy perdida.

—Tus palabras me conmueven mucho, pero ¿por qué no aprovechaste para hablar con ella la última vez que viniste?

—No tuve ocasión de estar con ella a solas y no podía hacerlo en presencia de nadie. Si pudiera haberle hablado un momento, me habría arrojado a sus pies y le habría pedido su bendición.

—Me sorprendes, no te comprendo —dijo la cuáquera.

—¡Oh! —repuso la joven—, ayudadme, si es que os queda algo de caridad o una brizna de compasión por los desdichados; de lo contrario, estoy perdida.

—Tu manera de hablar me asusta, pues no entiendo a qué viene.

—¡Oh! —exclamó ella—. Es mi madre. Es mi madre y se niega a reconocerme.

—¡Tu madre! —dijo la cuáquera, que empezaba a estar sinceramente conmovida—. Me dejas de una pieza, ¿qué quieres decir con eso?

—Sólo lo que habéis oído y os repito ahora: ¡es mi madre!, y no quiere reconocerme.

Y se interrumpió anegada en llanto.

—¡Qué no quiere reconocerte! —repitió la tierna y amable cuáquera echándose a

llorar ella también—. Pero si no te conoce y nunca te había visto antes.

—No —dijo la chica—, no me conoce, pero yo sí a ella, y sé que es mi madre.

—¡Es imposible! Hablas de un modo muy misterioso —afirmó la cuáquera—. ¿Por qué no te explicas un poco mejor?

—Sí, sí —respondió—, puedo explicároslo todo. Estoy segura de que es mi madre y se me ha roto el corazón buscándola, y ahora que voy a perderla después de encontrarla se me partirá del todo.

—Pero, si es tu madre, ¿cómo es que no te conoce?

—¡Ay!, porque nos separamos en mi más tierna infancia y no me ha visto desde entonces.

—¿Y tú tampoco la has visto a ella?

—Sí —respondió—, la he visto muchas veces, pues cuando ella era Roxana yo trabajaba en su casa como criada, pero entonces no lo sabía, y ella tampoco me reconoció. Lo he descubierto todo después. ¿Acaso no tiene una doncella llamada Amy?

La cuáquera se quedó estupefacta al oír aquella pregunta.

—Lo cierto es que la señora... tiene varias criadas y no me sé todos sus nombres.

—Pero su doncella, su confidente —insistió la chica—, ¿no se llama Amy?

—Caramba —dijo la cuáquera, con una feliz inspiración—, no me gusta que me interroguen, pero para que no te confundan mis reticencias, te responderé por una vez que, aunque ignoro el nombre de esa mujer, sé que la llaman Cherry.

Mi marido la había bautizado así el día de nuestra boda y, desde entonces, siempre la habíamos llamado de ese modo, por lo que no se apartó de la verdad en ningún momento.

La chica replicó con mucha modestia que sentía mucho haberla ofendido al preguntarle, que no era su intención ser grosera o dar la impresión de estar interrogándola, pero que estaba tan agitada que no sabía lo que hacía ni lo que decía y que nada sentiría más que haberla disgustado. Sin embargo, volvió a rogarle, como cristiana, como mujer y como madre, que se apiadara de ella y, a ser posible, la ayudase a dar conmigo para que pudiese hablarme un momento.

La compasiva cuáquera me contó que la chica pronunció aquellas palabras con una elocuencia tan conmovedora que se le saltaron las lágrimas, pero se vio obligada a decirle que no sabía adónde había ido ni tenía unas señas donde pudiera escribirme, aunque añadió que, si alguna vez volvía a verme, me contaría todo lo que le había dicho y todo lo que quisiera encargarle que me dijera y le transmitiría mi respuesta, suponiendo que yo creyese conveniente contestarle.

Luego la cuáquera se tomó la libertad de preguntarle por los detalles de aquella historia tan extraordinaria, como ella misma la denominó, y la chica empezó por contarle los primeros apuros de mi vida, y desde luego de la suya, continuó con el

relato de su mísera educación y de la época en que estuvo al servicio de la señora Roxana y terminó con la historia de cómo la había auxiliado Amy, y de las razones que tenía para creer que, como había ya dicho, se trataba de la doncella de su señora Roxana, la cual la había acompañado a Francia. También le contó que, debido a todas esas circunstancias y a otras muchas que habían ido surgiendo en la conversación, estaba totalmente convencida de que Roxana era su madre, igual que lo estaba de que aquella señora... que se alojaba en su casa era la misma Roxana a la que ella había servido.

Mi buena amiga cuáquera, aunque estaba muy emocionada por la historia y no sabía muy bien qué decir, era demasiado buena amiga para dejarse convencer de algo que me veía tan poco dispuesta a reconocer, y trató de persuadir a la muchacha: insistió en la precariedad de las pruebas que alegaba y en la falta de tacto que suponía pretender tener semejante relación de parentesco con alguien que estaba muy por encima de ella y de cuyo papel en el asunto no podía estar segura, ya que no contaba con pruebas suficientes. Luego añadió que la señora que se alojaba en su casa era una persona por encima de toda sospecha de quien no podía creer que pudiera renegar de una hija, teniendo como tenía mas que suficiente para mantenerla. Además, después de todo lo que le había oído decir de la tal Roxana, era evidente que no podía tratarse de la misma persona, pues ella misma la había descrito como una persona falsa, mentirosa y vulgar, y estaba segura de que jamás podría atribuirme a mí un nombre y unas costumbres que había denunciado con tanta justicia.

Por si eso fuera poco, le aseguró que su huésped no era ni mucho menos una aventurera, sino la mujer legítima de un *baronet* y afirmó saber a ciencia cierta que me encontraba muy por encima de la mujer que había descrito. Por último añadió que había una última razón para que todo aquello fuera imposible.

—Se trata —dijo— de tu edad, pues tú misma has dicho que tienes veinticuatro años y que eras la menor de tus hermanos; por tanto, tu madre debe de estar ya entrada en años, pero cualquiera podría ver que esta mujer sigue siendo joven y no ha cumplido aún los cuarenta, y que, si ha decidido ir a tomar el aire al campo es sólo porque está encinta. No puedo, pues, conceder el menor crédito a lo de que se trate de tu madre y, si quieres un consejo, lo mejor que puedes hacer es descartar por improbable una idea que sólo sirve para confundirte y nublar el entendimiento, pues es evidente que estás muy alterada.

Pero todo fue inútil, no se daría por satisfecha hasta que pudiese hablar conmigo. Sin embargo, la cuáquera se defendió muy bien y le repitió que no podía decirle dónde estaba y, al ver que seguía actuando con cierta impertinencia, afirmó que le disgustaba que no la creyera y añadió que, si hubiese sabido adónde iba, no se lo habría dicho, a menos que yo se lo hubiera indicado, pero dado que ni siquiera le había informado, le parecía evidente que no quería que se supiese, y con esas

palabras se levantó, lo que equivalía casi a pedirle, con tanta claridad como si estuviese señalando a la puerta, que se levantara también y se marchase.

Pero la chica no se dio por vencida y le aseguró que lamentaba mucho que su historia no la hubiese emocionado, por muy conmovedora que fuese, y que no sintiese la menor compasión por ella. Afirmó que era una lástima que, en su anterior visita, no me hubiese rogado hablar conmigo en privado, o se hubiese arrojado a mis pies y reclamado el afecto de una madre, pero añadió que, ya que había desperdiciado aquella oportunidad, esperaría a que se presentase otra. Por las palabras de la cuáquera deducía que no había abandonado definitivamente la casa, sino que había ido a pasar una temporada en el campo para tomar el aire, por lo que se dedicaría a hacer de caballero andante y a recorrer los lugares de recreo de toda la nación e incluso del reino, sí, y también de Holanda, hasta dar con mi paradero, pues estaba segura de poder convencerme de que era mi hija y de que no la rechazaría, pues mi ternura y mi compasión me impedirían dejarla morir de hambre, una vez me hubiera convencido de que era carne de mi carne. Y, tras anunciar que pensaba visitar todos los lugares de recreo de Inglaterra, los enumeró uno por uno, empezando por Tunbridge —precisamente el sitio donde yo había ido— y siguiendo por Epsom, Northaw, Barnet, Newmarket y Bury hasta llegar a Bath, y se despidió.

XXIX

Mi fiel agente, la cuáquera, me escribió inmediatamente pero, como era astuta además de honrada, comprendió que aquella historia, ya fuese falsa o cierta, no debía llegar a oídos de mi marido, pues ignoraba lo que yo podía haber sido o cómo podía haberme hecho llamar en el pasado y no sabía si habría o no algo de verdad en todo aquello, por lo que consideró que, si se trataba de un secreto, era sólo cosa mía y, si no lo era, ya habría tiempo de hacerlo público, de modo que no debía revelárselo a nadie sin mi consentimiento. Aquellas prudentes medidas fueron muy amables por su parte, además de muy sensatas, pues mi marido habría podido ver la carta y, aunque no la hubiera abierto, le habría parecido un poco extraño que le ocultara su contenido, pues siempre me había jactado de tenerlo al corriente de todos mis asuntos.

Gracias a esas precauciones, mi buena amiga se limitó a escribir unas sucintas palabras explicándome que la impertinente joven había ido a visitarla, tal como había supuesto, y que, si podía prescindir de Cherry, sería conveniente que la enviara con ella.

La carta iba dirigida a Amy, y no por los cauces que yo le había indicado, pero acabó por llegar a mis manos de todos modos, y, aunque al principio me alarmó un poco, no supe hasta más adelante del peligro que corría de sufrir la visita de aquella irritante criatura y me arriesgué más de lo aconsejable; no envié a Amy con ella hasta pasados trece o catorce días, pues me consideraba tan a salvo en Tunbridge como si estuviera en Viena.

Pero la preocupación de mi fiel confidente (pues en eso se había convertido la cuáquera gracias a su sagacidad) me salvó de aquel apuro, cuando, por así decirlo, estaba con la guardia baja, pues, al ver que no le enviaba a Amy y que ignoraba a ciencia cierta cuándo pondría en práctica sus planes aquella loca, envió un mensajero a casa de la mujer del capitán, donde se alojaba, para decirle que quería hablar con ella. La joven volvió con el mensajero con la esperanza de recibir alguna noticia y de que la señora hubiese vuelto a la ciudad.

La cuáquera, siempre preocupada por no decir una mentira, le hizo creer que contaba con recibir muy pronto noticias mías y le habló como de pasada de lo hermoso que era el paisaje de los alrededores de Bury y de lo sano, limpio y placentero que era allí el aire; le habló también de las colinas de Newmarket y de la agradable compañía que podía frecuentarse en aquel lugar ahora que la corte se había trasladado a dicha ciudad, hasta que la joven concluyó que su señora había viajado a Newmarket, pues, según dijo, sabía que me «gustaba mucho estar bien acompañada».

—No me interpretes mal —dijo mi amiga—, no he querido insinuar que la persona por la que preguntas se encuentre allí y te aseguro que ni siquiera lo creo.

La chica sonrió y aseguró que, a pesar de todo, ella sí lo creía. Para concluir, la

cuáquera le dijo muy seria:

—Creo que te equivocas al sospechar de todo el mundo y no confiar en nadie. Te repito que no creo que hayan ido allí, o sea, que, si te tomas la molestia de viajar hasta Newmarket y no los encuentras, luego no digas que te he engañado.

La cuáquera sabía muy bien que, lejos de disminuir sus sospechas, eso las acrecentaría y serviría para tenerla ocupada hasta que llegase mi doncella.

Cuando por fin llegó Amy, se quedó muy confundida al oír lo que le contó la cuáquera, y encontró el modo de avisarme y de hacerme saber que, para mi satisfacción, la muchacha no iría a Tunbridge en primer lugar, sino que antes pasaría por Bury o Newmarket.

En cualquier caso, me produjo una gran inquietud pues, si de verdad estaba decidida a buscarme por todas partes, yo ya no estaría segura en ninguna parte, no, ni siquiera en Holanda, y no se me ocurría qué hacer. Esa amargura envenenaba todas mis alegrías y vivía en un continuo estado de aprensión por culpa de aquella descarada que me perseguía como un espíritu maligno.

Entretanto, Amy estaba casi fuera de sí. Decidió no volver a verla en mis habitaciones y fue varias veces a Spitalfields, a donde iba a menudo, así como a su antigua residencia, pero no logró dar con ella. Por fin tomó una decisión descabellada y decidió ir directamente a casa del capitán en Rotherhithe y hablar con ella. Es cierto que era una locura, pero, como dijo la propia Amy, ella también estaba loca, y no podía hacer otra cosa. Si Amy la hubiese encontrado en Rotherhithe, sin duda la chica habría deducido que la cuáquera la había advertido y habría llegado a la conclusión de que todos estábamos confabulados, y de que, en suma, todo lo que pensaba era cierto. Pero, por suerte, las cosas salieron mejor de lo que esperábamos pues, cuando Amy se apeó de la carroza para embarcarse en Tower Wharf, se dio de bruces con la chica, que acababa de desembarcar procedente de Rotherhithe. Amy hizo ademán de pasar de largo, aunque estaban tan cerca que no pudo hacer como si no la hubiese visto, sino que la miró de arriba abajo y luego se apartó con un leve gesto de desdén. La chica la detuvo, le habló e intercambiaron algunas cortesías.

Amy le habló con frialdad y con aire irritado, y, tras cruzar algunas palabras en la calle, la chica le dijo que parecía tan enfadada como si no quisiera hablar con ella.

—¡Vaya! Y ¿cómo esperas que quiera hablar contigo después de cómo te has portado a pesar de todo lo que he hecho por ti?

La chica no pareció darse por aludida pero respondió:

—Ahora mismo iba a visitaros.

—¡A visitarme! —exclamó Amy—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que iba a visitaros a vuestras habitaciones —repitió la chica con aire de familiaridad.

Amy se enfureció, aunque se contuvo y pensó que no era el momento de

manifestar su ira, pues tenía otros planes en la cabeza, de los que yo nada supe hasta después de que los pusiera en práctica. No se había atrevido a contármelo, pues yo siempre me había expresado con vehemencia contra la posibilidad de hacerle el menor daño a mi hija, por lo que decidió tomar medidas por su cuenta sin consultarme.

El caso es que Amy le respondió con amabilidad y disimuló su enfado lo mejor que pudo y, cuando dijo lo de ir a verla a sus habitaciones, sonrió y no dijo nada, pero llamó a un barquero para que la llevara a Greenwich y le preguntó a la chica si no quería acompañarla a casa.

Amy habló con tanto convencimiento que la chica se quedó un poco confusa y no supo muy bien qué responder, pero, al ver que dudaba, Amy insistió y, con mucha amabilidad, le aseguró que, si no quería ver su casa, al menos le hiciera compañía un rato y se ofreció a pagarle el bote de vuelta. En una palabra, Amy la convenció de que subiera al bote con ella y la acompañara a Greenwich.

Lo cierto es que a Amy no se le había perdido nada en Greenwich ni tenía la menor intención de ir allí, pero todos estábamos desesperados por la impertinencia de aquella criatura, sobre todo yo, que no sabía qué hacer.

Una vez en el bote, Amy empezó a reprocharle su ingratitud y que tratase de forma tan grosera a quien había sido tan buena con ella. Le preguntó qué había conseguido con eso y qué era lo que esperaba conseguir. Luego llegó mi turno: Amy se burló y le preguntó si había encontrado ya a la tal Roxana.

Pero Amy se sorprendió y enfureció aún más cuando la chica le respondió con franqueza que le agradecía mucho todo lo que había hecho por ella, pero que no era tan estúpida como para ignorar que Amy se había limitado a seguir las instrucciones de su madre, que era a quien debía estarle agradecida. Añadió que sabía distinguir a un mero instrumento de su instigador y que no pagaría su deuda a un simple emisario cuando debía todo su agradecimiento a quien lo había enviado. Afirmó saber muy bien quién era y para quién trabajaba, aseguró conocer a la señora... (y dio el nombre por el que me hacía llamar ahora) y a su marido, y concluyó diciendo que a través de él averiguaría si era o no hija de la tal Roxana.

Amy deseó verla en el fondo del Támesis y ella misma me juró que, de no haber habido marineros a bordo del bote y otros testigos presentes, la habría empujado al río. Toda aquella historia me horrorizaba y cada vez estaba más convencida de que acabaría siendo mi perdición, pero, cuando Amy me contó que había estado tentada de arrojarla al río y ahogarla, me enfadé tanto con ella que incluso pensé en despedirla; llevaba conmigo casi treinta años y siempre había sido la amiga más fiel que jamás ha tenido una mujer, y digo fiel, pues siempre fue sincera conmigo e incluso aquella cólera era sólo por mí y por miedo a que me aconteciera alguna desgracia.

Sea como fuere, yo no soportaba oír hablar de asesinar a la pobre chica y hasta tal punto me sacó de mis casillas que me enfurecí y le ordené que se quitara de mi vista y se fuese de mi casa. Le dije que llevaba demasiado tiempo a mi servicio y que no quería volver a verla. Ya le había dicho antes que era una asesina y una criatura sanguinaria y que me repugnaba pensar y oír hablar de aquello, y ahora añadí que hacerme aquella proposición, sabiendo que yo era realmente la madre de la chica, era de una impudicia inaudita, y que, si ella era malvada, yo lo era diez veces más, pues aquella joven tenía razón y yo no podía reprocharle nada, y el único motivo que tenía para ocultarme de ella era la perversidad de la vida que había llevado hasta entonces, pero que no asesinaría a mi propia hija, aunque eso supusiera mi ruina. Amy replicó en tono seco y cortante que yo no lo haría, pero ella sí, en cuanto tuviese una oportunidad. Y fue entonces cuando le ordené que se quitara de mi vista y se fuera de mi casa. Y ella llegó a empaquetar sus cosas y a marcharse casi para siempre. Pero todo a su tiempo, ahora debo volver a la travesía que hicieron juntas a Greenwich.

Siguieron discutiendo todo el trayecto, la chica repitió con insistencia que sabía que yo era su madre y le contó la historia de mi vida en Pall Mall, tanto antes de que la despidiéramos como después. Le habló de mi matrimonio y, lo que era aún peor, aseguró saber no sólo quién era mi marido, sino dónde había vivido, es decir, en Rouen, en Francia. No sabía nada de París, ni que pretendíamos instalarnos en Nimega, pero repitió varias veces que, si no podía encontrarme aquí, iría a buscarme a Holanda.

Desembarcaron en Greenwich y Amy la llevó con ella al parque, donde estuvieron paseando casi dos horas por los senderos más remotos y apartados, pues Amy comprendió que hablaban con tanto acaloramiento que la gente podría darse cuenta de que estaban discutiendo.

Siguieron andando hasta llegar casi a las tierras sin cultivar que hay al sur del parque pero, cuando la chica reparó en que Amy parecía tener intención de internarse en el bosque, se detuvo y se negó a continuar.

Amy sonrió y le preguntó qué le ocurría. Mi hija respondió que ignoraba dónde estaban y adónde la llevaba y afirmó que no pensaba seguir adelante, y, sin más ceremonias, se volvió y echó a andar a buen paso. Amy se sorprendió, se dio también la vuelta y la llamó. La chica se detuvo y Amy la alcanzó y le preguntó a qué se refería con eso.

La muchacha le respondió con brusquedad que temía que la asesinara y que no se fiaba, por lo que no volvería a pasear con ella a solas. Era toda una provocación, pero aun así Amy se contuvo a duras penas, sabedora de que muchas cosas dependían de que lo hiciera, así que se burló de su absurda desconfianza y afirmó que no tenía nada que temer, pues nunca se le ocurriría hacerle nada malo y tan sólo la habría ayudado, si se lo hubiese permitido, pero, ya que se mostraba tan quisquillosa, no volvería a

molestarla, pues no volvería a verla jamás, y ni ella, ni su hermano, ni su hermana volverían a tener noticias suyas jamás, y de ese modo tendría la satisfacción de haber arrastrado a la ruina no sólo a sí misma, sino también a sus hermanos. La chica pareció aplacarse un poco con aquellas palabras y afirmó que a ella no le importaba y que encontraría un modo de ganarse la vida, aunque le parecía injusto que su hermano y su hermana tuvieran que sufrir por su causa y habló de ellos con mucha ternura. Sin embargo, Amy respondió que eso debía considerarlo por sí misma, pues la responsabilidad era solo suya: ella les había ayudado tanto como había podido, pero a partir de ahora no tendría que temer estar en su compañía, pues no volvería a darle ocasión de estarlo. Sin embargo, ni la una ni la otra decían la verdad, pues para su desgracia la chica volvió a aventurarse una vez más a ver a Amy, como se verá después.

Cuando estuvieron un poco más serenas, Amy la llevó a una casa de Greenwich donde la conocían y aprovechó una ocasión para dejar a la chica en una sala y hablar con los dueños y pedirles que se comportasen como si se hospedara con ellos. Luego volvió con ella y le dijo que allí era donde se alojaba y donde podría encontrarla siempre que quisiera y a continuación se despidió. Más tarde, encontró un coche de punto vacío en el pueblo y volvió a Londres por tierra, mientras la chica volvía al río y regresaba en un bote.

Aquella conversación no había servido de nada, pues Amy no consiguió convencer a la chica de que abandonase sus planes de ir en mi busca, y, aunque mi infatigable amiga cuáquera la entretuvo tres o cuatro días más, me pareció que marcharnos de Tunbridge era lo más oportuno y, aunque no sabía muy bien dónde ir, al final opté por un pueblecito de Epping Forest llamado Woodford, donde alquilamos habitaciones en una casa particular y pasamos casi seis semanas aislados del mundo, hasta que juzgué que se habría cansado de buscar y se habría dado por vencida.

Allí recibí noticias de mi fiel cuáquera contándome que aquella desvergonzada había estado en Tunbridge, había averiguado dónde nos habíamos alojado y había relatado su historia en tono conmovedor; luego nos había seguido, según creía, a Londres, aunque la cuáquera le había asegurado que no sabía nada de nosotros, cosa que era cierta, y le había recomendado que se tranquilizara y no se dedicase a perseguir a la gente de bien como si fueran ladrones. También le hizo comprender que, si yo no quería verla, no podría obligarme a hacerlo y que, tratándome así, sólo conseguiría molestarme. Y con esos argumentos pudo calmarla, por lo que añadía que esperaba que no volviese a molestarme.

Fue por esa época cuando Amy me contó lo de su excursión a Greenwich y me habló, muy seria y decidida, de matar a la chica, y eso me produjo tal enfado que, como ya se ha dicho, la eché de casa y ella se marchó sin decirme adónde. Aunque,

cuando caí en la cuenta de que, a excepción de mi amiga cuáquera, me había quedado sin ayudante ni confidente con quien hablar o a través de quien conseguir la más mínima información, me sentí muy intranquila.

Esperé y desesperé varios días, convencida de que, tarde o temprano, Amy recapacitaría y volvería o me enviaría noticias suyas, pero pasaron diez días sin que supiera nada de ella. La impaciencia no me dejaba dormir ni de noche ni de día y no sabía qué hacer. No podía ir a la ciudad a visitar a la cuáquera por miedo a encontrarme con aquella impertinente criatura de mi hija y tampoco podía averiguar nada desde aquel sitio perdido, así que le pedí a mi marido que cogiese un día el carruaje y fuese a buscar a la cuáquera con la excusa de que necesitaba compañía.

Cuando llegó, no me atreví a preguntarle nada y tampoco supe por dónde empezar, pero ella misma me contó que la chica había ido tres o cuatro veces a verla y a preguntar por mí, y que había sido tan importuna que por fin había tenido que enfadarse y había acabado diciéndole que dejase de tratar de averiguar algo por ella, pues, aunque lo supiera, no se lo diría, tras lo cual dejó de ir a verla por un tiempo. Pero, por otro lado, me dijo que no había sido una buena idea mandar a buscarla en mi carruaje, pues tenía razones fundadas para creer que vigilaba su puerta noche y día y que controlaba todas sus entradas y salidas. La muchacha estaba tan decidida a dar conmigo que no paraba en barras, e incluso pensaba que había alquilado una habitación cerca de su casa con ese propósito.

Apenas presté atención a lo que me decía, pues estaba deseando preguntarle por Amy, pero me extrañó mucho que me dijera que no sabía nada de ella. Es imposible expresar los pensamientos angustiosos que cruzaron por mi imaginación y la perplejidad que me asediaba constantemente. Me reproché mi severidad al despedir a una criatura tan fiel, que a lo largo de tantos años había sido no sólo una criada y una confidente, sino una amiga leal.

Luego pensé que Amy conocía todos mis secretos, había participado en todas mis intrigas y había sido mi cómplice para bien y para mal, por lo que, en el mejor de los casos, despedirla había sido una mala política, pues, igual que haber llegado a esos extremos había sido egoísta y desconsiderado por mi parte —y más teniendo en cuenta que su única falta era un exceso de preocupación por mi seguridad—, haría falta mucha generosidad por la suya para no pagarme con la misma moneda y utilizar todo lo que sabía para buscarme la ruina y acabar irremediabilmente conmigo.

Estas ideas me angustiaban y no sabía qué hacer. Empecé a desesperarme por volver a verla, pues llevaba ya fuera más de quince días y se había llevado consigo su ropa y su dinero, que no era poco, por lo que no tenía la excusa de volver a recogerlos, y no había dejado dicho adónde había ido o dónde podía preguntar por ella.

También me preocupaba que, aunque mi marido y yo habíamos decidido tener un

gesto generoso con Amy, aparte de todo lo que ella hubiera podido ahorrar por su cuenta, no le habíamos dicho nada, y ella no tenía, por tanto, ese estímulo para volver.

Pero, por encima de todo, me atormentaba aquella chica que me seguía como un sabueso que hubiese encontrado un rastro todavía fresco y luego lo hubiese perdido. Como digo, aquel tormento por un lado y la desaparición de Amy por el otro acabaron de decidirme a partir a Holanda, con la esperanza de que tal vez allí pudiera descansar. Así que un buen día le dije a mi marido que temía acabar hartándolo con mis indecisiones y que, al fin y al cabo, no creía estar encinta, por lo que, ya que todo estaba dispuesto y teníamos el equipaje preparado, estaba decidida a viajar con él a Holanda cuando quisiera.

Mi marido, a quien le daba lo mismo partir que quedarse, dejó la decisión en mis manos, así que, después de mucho pensarlo, empecé a hacer los preparativos para el viaje, pero, ¡ay!, con la marcha de Amy me había quedado desamparada, había perdido mi mano derecha, ella era mi administradora, cobraba mis rentas —es decir, el dinero de los intereses—, llevaba las cuentas y, en una palabra, se ocupaba de todos mis asuntos, y sin Amy no sabía ni cómo partir ni cómo quedarme. Y, por si eso fuera poco, entonces se produjo un incidente que, incluso con la ayuda de Amy, me habría sumido en el horror y la confusión mas completos.

Ya he dicho que mi fiel amiga cuáquera había ido a verme y me había contado que mi hija no dejaba de incomodarla e incluso vigilaba su puerta día y noche. Lo cierto era que había apostado un espía para controlarla, y la cuáquera no podía ni entrar ni salir sin que ella se enterase.

Eso se hizo evidente cuando a la mañana siguiente de su llegada (pues se quedó a pasar la noche conmigo) vi detenerse, para mi indecible sorpresa, un coche de punto en la puerta de la casa donde me alojaba, y vi a mi hija (sentada sola en el interior del vehículo). Dentro de lo que cabe, tuve la suerte de que mi marido hubiese cogido el carruaje esa mañana y se hubiera ido a Londres, pues me quedé tan perpleja que no supe qué hacer ni qué decir.

Mi valiosa amiga demostró tener más presencia de ánimo que yo y me preguntó si no había trabado amistad con ninguna vecina. Le respondí que, en efecto, había una señora que se alojaba dos puertas más abajo con quien había intimado bastante.

—¿Y no hay ninguna puerta trasera por la que puedas salir para ir a su casa? —Daba la casualidad de que había una puerta trasera en el jardín por la que íbamos y veníamos de una casa a la otra y así se lo dije—. Muy bien, entonces ve a hacerle una visita y deja que yo me encargue de lo demás.

El caso es que salí corriendo y le dije a aquella señora (con quien tenía mucha confianza) que ese día me había quedado viuda, pues mi marido había tenido que viajar Londres, de modo que no había ido sólo a visitarla, sino a pasar el día con ella,

pues mi casera tenía a su vez visita de Londres. Y, después de contarle aquella mentira, saqué la labor del bolsillo y añadí que no iba a estar ociosa.

Mientras yo salía por un lado, mi amiga cuáquera fue por el otro a recibir a aquella visitante tan inoportuna. La chica no se anduvo con ceremonias: después de pedirle al cochero que llamase a la puerta, se apeó y se dirigió a la entrada, donde salió a su encuentro una joven campesina que trabajaba en la casa, pues la cuáquera prohibió bajar a mis doncellas. Mi hija preguntó por la cuáquera y la muchacha la invitó a pasar.

Quando la cuáquera entró en la habitación (habían hecho pasar a la joven a un saloncito) adoptó una expresión muy seria, pero no le habló, y mi hija tampoco pronunció palabra hasta pasado un rato. Sin embargo, por fin se animó a empezar y dijo:

—Supongo que me recordaréis, señora.

—Sí —dijo la cuáquera—, desde luego.

Y así prosiguió la conversación.

—Entonces sabréis por qué he venido.

—La verdad es que no, ignoro qué puedes haber venido a hacer aquí.

—En realidad no he venido a veros a vos.

—Y ¿por qué me has seguido hasta aquí?

—Sabéis muy bien a quién busco. —Y rompió a llorar.

—Entonces, ¿por qué me sigues, si ya te he dicho una y mil veces que no sé dónde está?

—Tenía la esperanza de que lo supieseis.

—Pues eso es que tenías la esperanza de que no te hubiese dicho la verdad, lo cual dice muy poco en tu favor.

—Estoy convencida de que está aquí.

—Si eso es lo que crees, pregunta por ella, yo no tengo nada más que decirte, adiós. —E hizo ademán de marcharse.

—No quisiera ser maleducada, os ruego que me dejéis verla.

—Estoy de visita en casa de unos amigos y no creo que seguirme demuestre mucha educación.

—He venido con la esperanza de descubrir lo que vos sabéis.

—Has venido inútilmente. Te aconsejo que te vuelvas y te sosiegues. Cumpliré la palabra que te di de no entrometerme ni informarte de nada, a menos que reciba instrucciones de hacer lo contrario.

—Si supierais lo mucho que sufro, no seríais tan cruel conmigo.

—Me has contado tu historia y creo que sería más cruel decírtelo que no hacerlo, pues creo que está decidida a no volver a verte y asegura que no es tu madre. ¿Cómo quieres que te reconozca, si no sois parientes?

—¡Oh!, si pudiera hablar con ella un instante, le demostraría mi parentesco de modo que no tuviera que negarlo más.

—Pero, por lo que parece, no puedes hacerlo.

—Os agradecería mucho si me dijeseis si está aquí. Me han informado de que habíais venido a verla y de que ella había enviado a buscaros.

—Quisiera saber quién te ha informado tan mal. Si has venido a verla, te has equivocado de casa, pues te aseguro que no está aquí.

Mi hija volvió a importunarla con sus súplicas y lloró tan amargamente que mi pobre cuáquera se conmovió y trató de convencerme de que lo pensara bien y accediera a verla para oír lo que tenía que decir, pero eso fue después, ahora vuelvo a mi relato.

Mi hija siguió incordiando a la cuáquera un buen rato, habló de enviar el coche de vuelta y quedarse a pasar la noche en el pueblo, cosa que mi amiga sabía que me colocaría en una situación muy incómoda, aunque no se atrevió a contradecirla. Sin embargo, de pronto se le ocurrió un golpe de audacia que, aunque habría podido ser peligroso en caso de haber salido mal, surtió el efecto deseado.

Le dijo que hiciese lo que quisiera respecto a despedir al cochero y añadió que no creía que encontrase alojamiento fácilmente en el pueblo, pero ya que era forastera le haría el favor de hablar con el dueño de la casa para preguntarle si tenía una habitación para una noche a fin de que no tuviese que volver a Londres.

Era una estratagema astuta y peligrosa que alcanzó completamente su objetivo, pues despistó del todo a mi hija, quien concluyó que era imposible que yo estuviese allí, pues de otro modo mi amiga jamás le habría ofrecido quedarse en la casa. Descartó la idea de quedarse y aseguró que prefería volverse esa misma tarde y que volvería al cabo de dos o tres días para buscarme en todos los pueblos de los alrededores, aunque tuviera que quedarse una o dos semanas, pues estaba segura de encontrarme en Inglaterra o en Holanda.

—Haz lo que gustes —dijo la cuáquera—, pero así sólo conseguirás salir perjudicada por mi causa.

—Y ¿por qué? —preguntó ella.

—Porque cada vez que vaya a alguna parte te ocasionaré grandes gastos y tú causarás molestias innecesarias a la gente.

—No serán innecesarias.

—Sí, porque no te servirán de nada. De hecho, creo que voy a optar por encerrarme en mi casa, para ahorrarte gastos y molestias.

Mi hija respondió únicamente que procuraría ocasionarle las menos molestias posibles, aunque añadió que mucho se temía que de vez en cuando tuviera que incomodarla y que esperaba que tuviera a bien excusarla. La cuáquera le contestó que sólo la excusaría a condición de que desistiese de aquel propósito, pues podía

asegurarle que nunca averiguaría nada por ella.

Eso hizo que la chica volviera a prorrumpir en llanto, aunque al cabo de un rato se recobró y le dijo que no debía estar tan segura de eso y que siempre podría averiguar alguna cosa, y de hecho ya le había sonsacado que no estaba en la casa y por tanto no debía de andar muy lejos, por lo que, si se daba prisa, tal vez pudiera encontrarme todavía.

—De acuerdo —repuso la cuáquera—. Así pues, si la señora no quiere verte, me encargas que le diga que se aparte de tu camino.

Al oírla, la muchacha montó en cólera y le dijo que, si hacía tal cosa, su maldición caería sobre ella y sobre sus hijos y la amenazó con tales horrores que asustaron a la ingenua cuáquera hasta el punto de hacerle perder la sangre fría, por lo que quiso volver a Londres a la mañana siguiente, y yo, que estaba diez veces más inquieta que ella, decidí acompañarla y volver también a la ciudad, aunque, después de pensarlo dos veces, preferí quedarme y tomar las medidas necesarias para que mi hija no pudiera verme ni reconocerme en caso de que le diera por volver. Sin embargo, no volví a tener noticias suyas en una temporada.

XXX

Me quedé allí casi dos semanas y en todos esos días no volví a saber nada de ella ni de mi cuáquera, aunque dos días más tarde recibí una carta de esta última diciendo que tenía algo importante que decirme que no podía comunicarme por carta y me pedía que me tomase la molestia de ir en coche a su casa de Goodman's Fields y luego entrar a pie por la puerta de atrás, que ella dejaría abierta para que ningún espía pudiera verme.

Mis sentidos llevaban tanto tiempo alerta que casi cualquier cosa me alarmaba y aquella misiva me intranquilizó mucho, y no se me ocurrió cómo explicarle aquella excursión a Londres a mi marido, que se encontraba tan a gusto en el campo que me propuso que nos quedáramos unos días más. Le escribí a mi amiga diciéndole que no podía ir a la ciudad todavía y que además no me atrevía a exponerme a las miradas indiscretas, por lo que, en suma, retrasé mi partida casi quince días.

Pasado ese tiempo, volvió a escribirme y me dijo que no había vuelto a saber nada de aquella joven tan impertinente que tantas molestias nos había causado, pero en cambio sí había visto a mi fiel confidente Amy, quien le había contado que se había pasado seis semanas llorando sin parar y le había explicado todas las dificultades e inquietudes que me había ocasionado la joven con su obsesión por perseguirme allí donde fuera. Tras lo cual Amy había añadido que, a pesar de que yo estuviese enfadada con ella y la hubiese tratado tan mal, seguía convencida de que era indispensable quitarla de en medio, y, en suma, pensaba asegurarse, sin pedir permiso a nadie, de que nunca más volviese a molestar a su señora. Y, como desde entonces no había vuelto a tener noticias de la chica, suponía que Amy se las había arreglado para poner fin a aquella desagradable historia.

La inocente y bienintencionada criatura, que era todo bondad y amabilidad, en particular conmigo, pensó sencillamente que Amy había encontrado algún modo de convencerla para que se calmara y dejase de perseguirme, y se alegraba mucho por mí. Incapaz como era de pensar mal de nadie, no sospechaba nada y estaba feliz de poderme transmitir aquellas noticias. Pero yo pensaba de otro modo.

La lectura de aquella carta fue un terrible mazazo: me eché a temblar de pies a cabeza y empecé a dar vueltas por la habitación como una posesa. No tenía a nadie con quien desahogarme y no pude pronunciar palabra hasta pasado un buen rato. Me eché en la cama y grité: «¡Señor, ten piedad de mí, ha asesinado a mi niña!», y estallé en llanto y estuve llorando más de una hora. Por fortuna mi marido había salido de caza, así que estaba sola y pude dar rienda suelta a mis sentimientos hasta que tuve ocasión de serenarme un poco. Sin embargo, después del llanto, me dominó un violento ataque de cólera contra Amy, la tildé mil veces de demonio, monstruo y tigresa sanguinaria, y le reproché haber cometido un acto que sabía de sobra que yo

aborrecía y cuya sola mención había bastado para que la echara de casa tras tantos años de amistad y servicio.

Al cabo de un rato, mi marido volvió de la caza y yo puse tan buena cara como me fue posible, pero él era demasiado perspicaz para no reparar en que había estado llorando y en que algo me preocupaba y me apremió para que se lo contara. A regañadientes, le respondí que me avergonzaba que una nadería de tan poca importancia me afectase de ese modo, y le dije que me entristecía que Amy no hubiera vuelto y que no me conociera lo bastante para saber que estaba dispuesta a perdonarla y otras cosas por el estilo. Y que, en una palabra, había perdido a mi mejor sirvienta por culpa de un arrebato de cólera.

—Bueno, bueno —respondió—, si eso es todo lo que te apena, confío en que pronto se te pase. Te aseguro que no tardaremos en tener noticias de la señora Amy.

Y así cambiamos de conversación, aunque yo no pude dejar de darle vueltas y seguí tan nerviosa y asustada que quise saber algo más del asunto, por lo que fui a ver a mi fiel y animosa cuáquera, que me contó toda la historia y me felicitó por haberme librado de aquel tormento.

—¡Librarme de ella! —dije—. Sí, siempre que haya sido de un modo justo y honorable... pero ignoro lo que puede haber hecho Amy y no sé si no la habrá hecho desaparecer.

—¡Dios mío! —exclamó la cuáquera—. ¿Cómo puedes pensar eso? No, no, ¡hacerla desaparecer! Amy no se refería a eso. Estoy segura de que puedes estar tranquila. A Amy no se le ocurriría nunca algo semejante.

Sin embargo, no logró convencerme y la idea siguió obsesionándome de día y de noche. No podía pensar en otra cosa y llegué a sentir tal horror y a odiar de tal modo a Amy, a quien tenía por una asesina, que, si la hubiera visto, la habría enviado directamente a Newgate o a algún sitio peor, y de hecho creo que habría podido matarla con mis propias manos.

En cuanto a mi pobre hija, la tenía constantemente presente, la veía de noche y de día, ocupaba todo el tiempo mi imaginación, creía verla en cientos de formas y posturas, y dormida o despierta estaba siempre conmigo. A veces la veía degollada, a veces con la cabeza cortada y los sesos esparcidos, en ocasiones colgada de una viga o ahogada en el estanque de Camberwell. Todas aquellas apariciones eran aterradoras, sobre todo porque seguía sin saber nada de ella. Envié a preguntar a la mujer del capitán en Rotherhithe y me respondió que se había ido con sus parientes de Spitalfields. Mandé a buscarla y aseguraron que había estado allí hacía unas tres semanas, y se había marchado en un carruaje con la señora que tan buena había sido con ella, pero no sabían adónde habían ido, pues no habían vuelto a verla desde entonces. Volví a enviar al mensajero para que le describieran a la mujer con quien se había ido y, por la descripción, supe que no cabía la menor duda de que se trataba de

Amy.

Les hice saber que la señora Amy había dejado a la joven tras pasear con ella dos o tres horas y les pedí que la buscaran, pues tenía motivos para pensar que pudiera haber sido asesinada. Eso les asustó terriblemente y dedujeron que Amy había ido a entregarle dinero y alguien la había seguido, robado y asesinado.

Yo no creía esa última parte, pues estaba convencida de que, fuese lo que fuese lo sucedido, la autora había sido Amy, quien, en suma, había quitado de en medio a mi hija. Y estaba tanto más convencida porque Amy no había vuelto a verme y su ausencia no hacía sino confirmar su culpa.

Lloré más de un mes a mi hija pero, al ver que Amy no aparecía por ninguna parte y que no podía seguir posponiendo los preparativos del viaje a Holanda, dejé a mi fiel amiga cuáquera a cargo de mis intereses en el puesto de confianza que hasta entonces había ocupado Amy y, con el corazón roto a causa de mi pobre niña, embarqué con mi marido y todos nuestros bienes a bordo de un barco mercante holandés, no en un paquebote, y partimos hacia Holanda, donde llegamos, tal como se ha contado antes.

Debo aclarar, no obstante, que no debe deducirse de eso que pusiera a mi amiga cuáquera al corriente de mi vida pasada y tampoco que le revelara el mayor secreto de todos, es decir, que yo era en realidad Roxana y la madre de la joven. No había necesidad de hacerlo y siempre me regí por la máxima de no desvelar jamás ningún secreto, a menos que pudiera obtener una utilidad evidente. Ni a ella ni a mí nos habría servido de nada que se lo hubiese contado, y además era demasiado honrada para podérselo confiar, pues, aunque me había demostrado muchas veces el afecto que me tenía, era evidente que, llegada la ocasión, no mentiría por mí, por lo que no habría sido recomendable contárselo: si la chica o cualquier otro hubiesen ido a verla y le hubiesen preguntado si yo era la madre de la chica o la famosa Roxana, o bien no lo habría negado, o lo habría hecho con tan poca gracia, y con tantas dudas y vacilaciones en su respuesta, que les habría sacado de dudas y se habría traicionado a sí misma y el secreto.

Por ese motivo, digo, no le conté nada, sino que la puse en el puesto de Amy para cobrar dinero, intereses, rentas y otras cosas parecidas y se reveló tan fiel y tan diligente como ella.

Pero quedaba otra gran dificultad que no sabía cómo resolver y era cómo hacerles llegar el dinero al tío y la otra hermana, que dependían —sobre todo esta última— de mí para mantenerse, y de hecho, aunque Amy había dicho en un acceso de cólera que no volvería a preocuparse por la hermana y la dejaría morir de hambre, hacerlo no era propio de mi naturaleza, ni de la de Amy, y no entraba ni mucho menos dentro de mis propósitos, por lo que resolví dejarlo todo en manos de mi amiga cuáquera, aunque no supiese cómo darle las instrucciones para que lo hiciera.

Amy les había dicho muchas veces que no era su madre, sino la doncella que los había abandonado en casa de su tía, y que ella y su madre se habían ido a las Indias Orientales a hacer fortuna y habían tenido tanta suerte que su madre se había enriquecido mucho, y ella misma se había casado, aunque luego se había quedado viuda y había decidido volver a Inglaterra, donde su madre le había pedido que buscara a sus hijos e hiciera por ellos lo que había hecho. Ahora había decidido volver a las Indias, pero antes había recibido instrucciones de su madre para que fuese generosa con ellos por última vez y les entregase dos mil libras a condición de que fuesen sobrios, se casaran honorablemente y no se comportasen como granujas.

Yo había decidido ocuparme de la familia que tanto había cuidado de mis hijos y así se lo había hecho saber por mediación de Amy, quien había obligado a mis hijas a prometer que se someterían a la autoridad de aquel buen hombre y le obedecerían como a un padre y consejero que se había comprometido a tratarlas y cuidarlas como si fueran sus propias hijas. Y, a fin de garantizarles a él y a su mujer una vejez confortable, le había ordenado que depositase otras dos mil libras en el banco y se cerciorase de que cobrasen de por vida los intereses, que ascendían a ciento veinte libras anuales, y de que a su muerte pasaran a mis hijas. Amy lo había dispuesto todo con tanta habilidad que nada de lo que hizo me complació más. El caso es que dejó a mis hijas con su antiguo benefactor y lo preparó todo para reunirse conmigo en Holanda (y no en las Indias Orientales como ellos imaginaban), y ésa era la situación cuando aquella desdichada de la que tanto he hablado dio al traste, como se ha dicho, con todos nuestros planes y, haciendo gala de una testarudez inmune a cualquier tipo de ruegos o amenazas, empezó a acosarme hasta llevarme casi al borde del abismo y, con toda probabilidad, habría acabado por desenmascarme si el violento apasionamiento de Amy no lo hubiera impedido por un abominable procedimiento que yo desconocía, aunque ahora no tengo tiempo de entrar en más detalles.

No obstante, yo no podía marcharme sin resolver aquel asunto, como había amenazado con hacer Amy, y por culpa de la locura de una hija permitir que la otra se muriese de hambre o dejar de recompensar a aquella familia. En una palabra, encargué a mi fiel amiga cuáquera que completara mis proyectos, y le conté lo mínimo que necesitaba saber para cumplir lo que les había prometido Amy.

Con dicho propósito, lo primero que hice fue entregarle el dinero para que fuese a ver a aquel hombre tan honrado y a su mujer y lo arreglara todo con ellos. Les explicó que la señora Amy, que había actuado siempre en nombre de la madre de las niñas, se había visto obligada a volver a las Indias antes de tenerlo todo dispuesto por culpa de la obstinación de la otra hija y, aunque había dejado instrucciones respecto a los demás, no había dicho nada con respecto a ella, por lo que, en todo caso, habría que esperar a recibir nuevas noticias.

No necesito decir con qué diligencia actuó mi nueva ayudante, quien además

invitó varias veces a su casa al anciano, a su mujer y a mi otra hija, y así, como yo me alojaba en su casa, tuve oportunidad de verla, cosa que no hacía desde que era una niña.

El día que los vi me vestí al estilo cuáquero y hasta tal punto parecía una cuáquera que, sin haberme visto antes, habrían sido incapaces de imaginar que pudiera ser otra cosa que una cuáquera auténtica, pues había aprendido incluso su forma de hablar.

No tengo tiempo para relatar aquí la sorpresa que me llevé al ver a mi niña y cómo se conmovieron mis afectos, así como la lucha terrible que tuve que librar en mi interior para contenerme y no decirle quién era, ni para explicar el enorme parecido que guardaba conmigo, aunque ella era mucho más hermosa, y la dulzura y la modestia con que se comportaba, y que me decidieron a hacer por ella más de lo que había convenido con Amy.

Baste con decir que, una vez resuelto aquel asunto, no había nada que me impidiese embarcar, a no ser la ausencia de mi antigua confidente. De todos modos, no desesperé de recibir noticias suyas y le dejé instrucciones a la cuáquera para que se las entregara en caso de que volviera a verla y en las que le ordenaba explícitamente dejar el asunto de Spitalfields en manos de mi amiga tal como yo había decidido, y le decía que podía volver conmigo siempre que le demostrase de forma irrefutable a mi amiga cuáquera que no había asesinado a mi hija, pues, si lo había hecho, no volvería a verla jamás. No obstante lo cual, volvió sin darle ninguna explicación a mi amiga ni informarla de que tuviera intención de hacerlo.

No añadiré más, salvo que tras mi llegada a Holanda con mi marido y su hijo, me presenté en aquel país con todo el fasto y el boato apropiados a mi nueva condición, tal como ya he explicado.

Allí, tras unos años de prosperidad y aparente felicidad, sufrí, al igual que Amy, una serie de terribles calamidades que fueron la justa contrapartida de nuestros buenos tiempos. El castigo del cielo siguió al daño que le hicimos a la pobre chica y volví a caer tan bajo que mi arrepentimiento pareció consecuencia de mi desgracia, igual que ésta lo era de mi crimen.

FIN



Daniel Defoe (Londres, 1660-Moorfields, actual Reino Unido, 1731) Escritor inglés. Abandonó la carrera eclesiástica para dedicarse al comercio, primero en una empresa textil, hasta 1692, y luego en otra de ladrillos, actividades que propiciaron frecuentes viajes por Europa. En 1695 entró a formar parte del gobierno, y en 1701 obtuvo cierto éxito con *El verdadero inglés*, novela en la que atacaba los prejuicios nacionales en defensa de su admirado rey Guillermo III, de origen holandés.

Al año siguiente publicó el libelo *El medio más eficaz para con los disidentes*, siendo acusado de blasfemo, multado y condenado a una pena que finalmente no cumplió, aunque, al parecer, a cambio debió de trabajar para el gobierno como agente secreto bajo la protección de Robert Harley. Tras fracasar en sus negocios, trabajó como periodista para el progubernamental *The Review*.

En 1719 publicó su primera obra de ficción, *Vida y extraordinarias y portentosas aventuras de Robinsón Crusoe de York*, obra con la que obtuvo una gran popularidad, basada en parte en la historia real del marino Alexander Selkirk, abandonado en la isla de Más a Tierra (hoy Juan Fernández), en el Pacífico.

En 1722 publicó *Fortunas y adversidades de la famosa Moll Flanders*, considerada la primera gran novela social de la literatura inglesa, centrada en la vida de una prostituta. Ese mismo año aparecieron *El coronel Jack* y *Diario del año de la peste*, prototipo del reportaje periodístico; durante mucho tiempo se creyó que no se trataba de una novela, sino de un verdadero diario. En 1727 publicó *El perfecto comerciante inglés*, y poco antes de morir un «manual» para evitar robos callejeros.

Notas

[1] Estúpido u obstinado. <<

[2] Alusión a unos versos del poeta inglés John Dryden (1631-1700) tomados de su obra *Cymon and Iphigenia, from Boccace*. <<

[3] Job 2:11-13. <<

[4] Lamentaciones 2:20. <<

[5] Proverbios 19:17. (cita aproximada) <<

[6] 1 Juan 3:17. <<

[7] Génesis 30:1-8. <<

[8] Leadenhall era un mercado de la City londinense especializado en la venta de carne, aves, cuero y lana, que desapareció en el incendio de 1666. <<

[9] Moneda española más o menos equivalente al luis de oro francés. <<

[10] Ahora levantaos. <<

[11] ¡La bebida! <<

[12] Es decir, las acciones humanas en contraposición a las de Dios considerado la causa primera. <<

[13] Bridewell era un antiguo palacio real junto al Támesis, que fue reconvertido en prisión y hospicio en el siglo XVI. Con el tiempo llegó a convertirse en un nombre genérico para referirse a las prisiones donde se cumplían condenas de corta duración.

<<

[14] Éxodo 21:35. <<

[15] Los alrededores de la Casa de la Moneda eran un santuario donde no podía arrestarse a los acreedores. <<

[16] Es decir, de forma descuidada. <<

[17] La ley impedía ajusticiar a una mujer embarazada. <<

[18] Las parroquias podían poner trabas al traslado de una mujer embarazada, sobre todo si era pobre, porque llegado el caso podían tener que ocuparse de mantener al niño. <<

[19] Galanes. <<

[20] En las obras teatrales del siglo XVIII, el nombre de Roxana era un nombre genérico para las reinas orientales. <<

[21] Es decir, que pertenecían a la Orden de la Jarretera, la principal orden de caballería inglesa. <<

[22] Es decir, del Rey. <<

[23] Esclarecimiento, dilucidación. <<

[24] Debe de tratarse de un error de Defoe, pues al principio de la historia no se habla en ningún momento de este personaje. <<

[25] Zona de la City londinense, cercana a la Torre de Londres. <<

[26] Enmienda honorable. <<

[27] Exageración. <<

[28] Denominación popular del Royal Hospital of St. Mary of Bethlehem, la primera institución inglesa creada para el cuidado y confinamiento de los enfermos mentales.

<<

[29] Tres de las cárceles londinenses donde se encerraba a los morosos. <<

[30] Daniel 5:1-31. <<

[31] Mateo 6:19. <<

[32] Proverbios 7:23. <<

[33] Roxana alude al caso de Mary Carleton, una famosa estafadora que se hizo pasar por una acaudalada aristócrata alemana y acabó sus días en la horca. Tras su muerte, se hizo muy popular una obra de teatro inspirada en su vida y titulada *The German Princess*. <<

[34] Como se verá más adelante, la mujer del capitán y la hija de Roxana se llamaban «hermana». <<